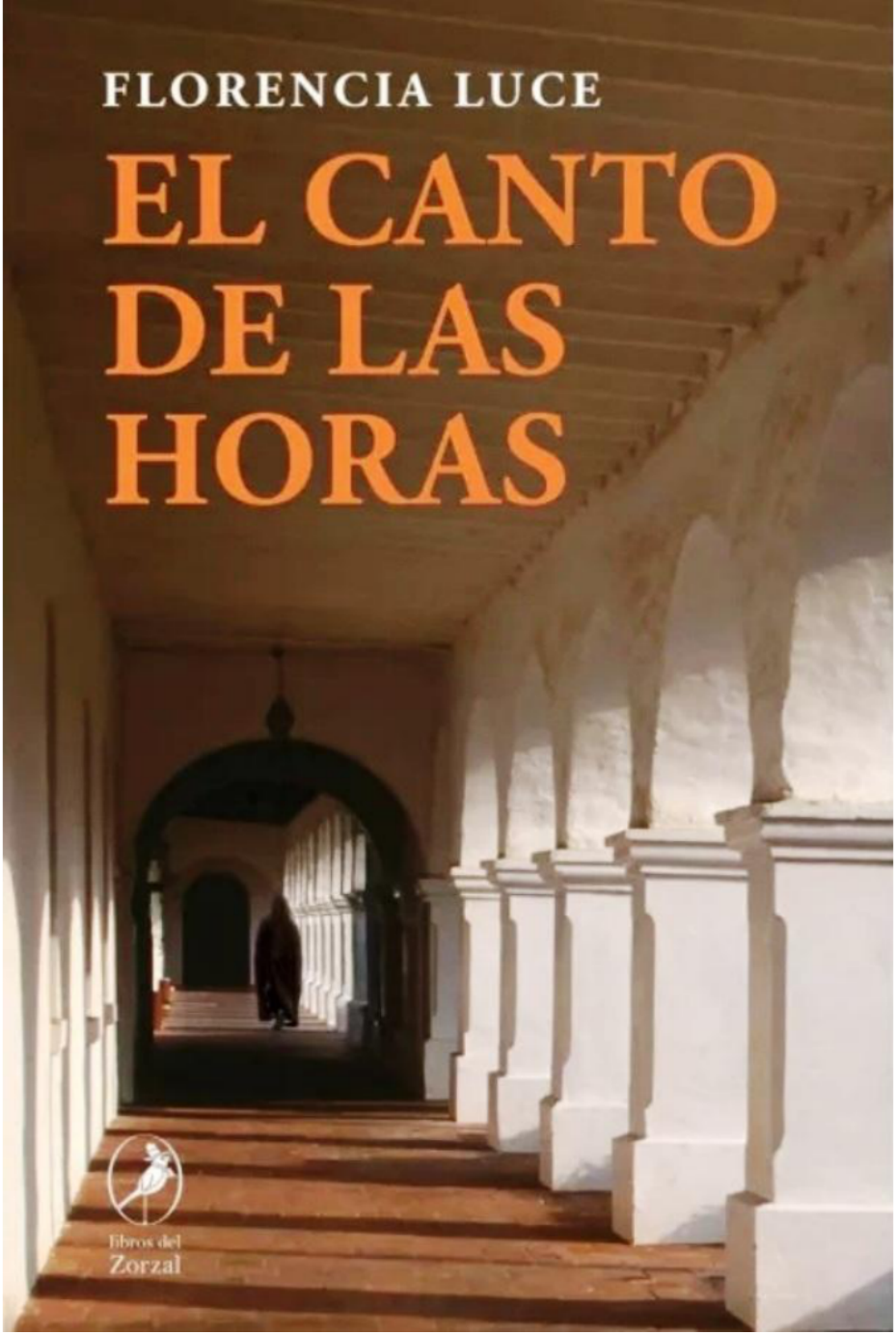
FLORENCIA LUCE
EL CANTO DE LAS HORAS
Libros del Zorzal

Table of Contents

El canto de las horas

01-Tapa

02-Portada

03-Legales

04-Dedicatoria

05-Indice

Interior

Table of Contents

Cover Page

El canto de las horas

01-Tapa

02-Portada

03-Legales

04-Dedicatoria

05-Indice

Interior

Florencia Luce

El canto de las horas

Luce, Florencia El canto de las horas / Florencia Luce. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2022. Novelas Testimoniales. I. Título. CDD A863

Diseño de tapa: Osvaldo Gallese

© 2022.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

A Hugo Correa Luna, el maestro.

A Bea Lunazzi, la mejor lectora.

A mi familia, por la paciencia y el apoyo.

Índice

1 | 7

2 | 17

3 | 26

4 | 33

5 | 43

6 | 52

7 | 59

8 | 67

9 | 79

10 | 86

11 | 94

12 | 104

13 | 110

14 | 121

15 | 129

16 | 140

17 | 148

18 | 158

19 | 165

20 | 174

21 | 183

22 | 196

23 | 204

24 | 212

25 | 221

26 | 241

27 | 248

28 | 259

29 | 267

30 | 276

1

Marie amaneció temprano ese domingo. Sin necesidad de esperar el despertador, lo apagó antes de las siete. La misa comenzaría a las diez de la mañana, seguida por una breve ceremonia. Se duchó y bajó a desayunar sin hambre. Los padres estaban tomando café y apenas hablaban. La madre, ya con anteojos oscuros, se paraba, lavaba un plato, se sentaba, tomaba un sorbo y volvía a levantarse para limpiar la mesada limpia de la cocina. Su padre revolvía y agregaba más y más azúcar sin tocar la taza. Marie abrazó a cada uno e hizo un intento por conversar, pero no había palabra para aliviarlos. Cuando aparecieron sus hermanos el movimiento en la cocina llegó a ser casi cotidiano, a pesar de las caricias con las que Margarita ya buscaba retenerla.

Ni bien llegaron las abuelas, partieron hacia la iglesia. Una hora de viaje en la que ninguno escuchaba los comentarios de la abuela francesa, la única que hablaba mientras se alejaban de la ciudad sin tránsito. La ruta recorría barrios con casas y casillas cada vez más separadas y bordeaba las vías del tren, el mismo tren en el que Marie había viajado tantas veces en los últimos meses.

Era aún temprano. Se sentaron en los primeros bancos, reservados para ellos. Amigos, tíos y primos de los dos lados de la familia se acercaban a saludarlos. La gente seguía entrando, ubicándose en los bancos y pasillos, cuando el presbítero subió hacia el altar y todos se pusieron de pie. Los padres de Marie, a sus costados, le tomaron las manos frías; era la última vez que se sentaban junto a ella.

Durante la misa las religiosas cantaban himnos gregorianos del otro lado de las rejas. Apenas se las veía, pero se las oía muy bien; voces agudas, acompañadas por los acordes del órgano, se fundían con el zumbido de los ventiladores. Lecturas, sermón y más cantos. El sacerdote, antes de la bendición final, anunció la entrada al monasterio de la nueva postulante y la llamó a subir al altar para

recibir su propia bendición. La madre, siempre con los anteojos negros, sacó el pañuelo silenciando un sollozo, y ya no lo soltó. El padre tenía la mirada ausente, fija en el vacío, y los dos hermanos observaban muy serios, ignorando los susurros y resoplidos de la abuela, molesta ante tanto rito.

Al terminar la misa los asistentes tuvieron la oportunidad de despedirse en el atrio, delante del portal principal. La madre Beatriz, superiora de la casa, salió de la clausura para saludar a la familia. Se acercó con pasos silenciosos y, con una sonrisa enmarcada por el velo negro y blanco que le caía por la espalda hasta la cintura, se dirigió a los padres:

—Se trata solo de una prueba —aseguró, con voz suave y aguda —. Si veo que no es feliz, se la devolvemos al instante —y enfatizó la palabra instante—. No queremos que nadie viva aquí si no está plenamente convencida, nadie que no se sienta contenta y con mucha paz interior. Pueden estar tranquilos.

Pidió a todos que se acercaran, mientras una monja, con un gran llavero colgado del cinturón, tomó una llave de hierro forjado y abrió con lentitud las dos hojas del pesado portal de madera que resguardaba la clausura. La luz del claustro iluminó el hall oscuro de la hospedería y la gente se fue acercando y mirando en puntas de pie sobre las cabezas de los más altos. Querían ver a las monjas que esperaban el ingreso de la nueva integrante de la familia monástica.

—Marie —dijo la madre abadesa Beatriz, con la voz segura e impostada, leyendo de un cuadernillo de ceremonias—. Traspasa libremente estas puertas en presencia de tu familia de sangre y de tu nueva familia espiritual, testigos hoy de tu firme voluntad de dejar atrás el mundo y sus tentaciones, para compartir y aprender la vida monástica en esta casa de paz y de encuentro con el Señor Jesús.

—Amén —respondieron las religiosas, con una casi imperceptible inclinación de cabeza.

Marie se arrodilló ante la madre superiora, quien le extendió la mano derecha para que le besara el anillo, y después de recibir la bendición en la frente se levantó, sin mirar atrás, y caminó erguida hacia la clausura hasta oír el golpe seco de la barra de hierro que

sellaba el portal.

Las monjas la rodearon. Una por una, le daban la bienvenida. Algunas sonreían y le extendían una mano; otras se presentaban con un abrazo. Una de las novicias, Belén, había sido designada para ser su acompañante en los primeros pasos, rol al que las monjas llamaban familiarmente la "sombra". Ella sería la encargada de mostrarle el edificio y explicarle las costumbres y los horarios de la casa. Era la primera vez que a alguien tan joven le asignaban ser la "sombra" de una postulante, un rol que concedía prestigio entre las novicias. Acababa de cumplir diecinueve, un año menos que Marie, y era la menor del grupo. Ya había sido aceptada en la comunidad para iniciar su noviciado, después de un año como postulante. Su familia era de fe y prácticas religiosas diarias. Eran siete hijos, el mayor en el seminario, cerca ya de la ordenación sacerdotal. Belén había comunicado su vocación religiosa a los padres cuando estaba cursando el último trimestre de la escuela secundaria, y la familia había recibido la noticia como una bendición para todos. Su hija, la más pecosa y alegre de sus hermanos, la de las cejas rojizas, sería monja contemplativa. Un honor.

Belén dedicó el primer día y los siguientes a mostrarle el monasterio y sus rincones, explicándole el uso de cada sala del claustro más que centenario, hablándole en voz baja mientras la miraba a los ojos y se le acercaba como quien no tiene conciencia del espacio personal. Tomándola del brazo para guiarla, le hizo conocer primero la capilla. Marie siempre había sentido curiosidad por ese lado de la iglesia, esa ala misteriosa que salía del altar en forma de ele. Había intentado asomarse cuando asistía a los rezos, pero nunca había llegado a ver, desde el otro lado de la reja, más que los primeros bancos de las religiosas.

—Los llamamos sitiales —le explicó Belén—. En este, al centro, se sienta la madre Beatriz, y a los costados, la priora y la vicepriora. Toda esta segunda fila es para el coro, al que le decimos la schola. Son las que cantan mejor. Este es nuestro lugar preferido. El sitial es donde vivís todo lo más importante. Te sentís aislada y acompañada al mismo tiempo, ya vas a ver. Y esa fila —le agregó susurrando— es para el noviciado. Allá en la punta nos sentamos nosotras.

Belén pasaba suavemente la mano por la madera. Mientras le mostraba cómo brillaba y se cuidaba el detalle, le señalaba el respaldo alto y curvado de cada banco, diseñado para resguardar la soledad de las religiosas. Marie no había imaginado la extensión de ese espacio sagrado, la luz y la gama de colores que entraban por los vitrales altos y ojivales, las filas escalonadas de banquetas dispuestas en forma semicircular alrededor de un importante atril de madera veteada, que tenía la silueta de un águila con los brazos abiertos. A un costado, atrás, el órgano, bien antiguo, comenzó a sonar bajito y suave, como si le hubieran desconectado los tubos. Una monja practicaba e inclinaba la cabeza hacia Marie, asintiendo y sonriéndole. Belén invitó a Marie a arrodillarse en el lugar que le había sido asignado, junto a ella. Le mostró los libros litúrgicos para las oraciones del día guardados en cada sitial y le propuso que rezaran en silencio unos momentos.

Marie buscó concentrarse. Hizo un esfuerzo por pensar en Dios. Miraba las rejas y se asombró por lo monumentales que eran, vistas desde ese lado. Los barrotes negros iban desde el piso de mármol hasta el techo altísimo y en forma de arco y contrastaban con las paredes blancas de piedra. Un solo barrote transversal las cruzaba, y entre algunas de las barras verticales podía verse el diseño de unas ramitas doradas que supuso debían ser de olivo. Apenas unas horas antes había estado del otro lado. La mirada de sus padres volvió a representarse en su memoria. Podía sentir la tristeza escondida en ellos cuando la abadesa cerró firmemente la puerta de la clausura. Por primera vez pidió por ellos. Dios, dales fuerza. Recorrió con la mirada cada uno de los vitrales, sin poder descubrir qué escenas bíblicas representaban. Sus padres le habían pedido que esperara más tiempo antes de tomar una decisión tan drástica. Hacía años que habían dejado de asistir a misa. Rezaban solo cuando se encontraban ante alguna situación extrema de enfermedad o angustia. Era una tragedia que una hija suya decidiera entregar la vida a Dios. Lo tomaban como una falla en su deber de padres. También sus hermanos habían quedado impactados. Lucio, el mayor, se definía a sí mismo como ateo y agnóstico por esencia y desconfiaba de la vocación de Marie. Margarita, en cambio, lloraba y no comprendía. Pero ella, Marie, los ayudaría con sus plegarias.

Belén se puso de pie y le hizo señas para que la siguiera. Volvieron a pasar junto a la monja que tocaba el órgano, quien se levantó de prisa. Bajó los dos escalones para saludar a Marie.

—Soy la hermana Olivia, la organista de la casa. Bienvenida a nuestra familia —le dijo en un susurro, extendiéndole una mano blanda.

Belén tomó a Marie del brazo y excusándose ante la monja la hizo salir de la capilla y subieron las dos a la torre, hasta las campanas, por una escalera fría, angosta y circular. Mientras recuperaban el aliento, Belén le explicó que solo por ser el primer día ella tenía permiso especial de hablar, pero que las monjas nunca debían dirigirse a las novicias, y menos aún en la capilla.

Admiraron la vista a través de rejas cuadriculadas. Se veían los campos y el pueblo con sus techos bajos, y al fondo, lejos, apenas delineado, el contorno de unos edificios. Trataron de sacar las manos para sentir el aire, pero solo podían pasar los dedos por las rejas. De pronto las tres campanas comenzaron a repicar con ímpetu. Se taparon los oídos con las manos y los brazos, cayeron en cuclillas y comenzaron a reír. Marie se sacudía sin lograr contener las carcajadas.

—Es para el rezo de sexta —le dijo Belén, tomándole la mano—. Vamos. Y después, el almuerzo.

—Qué bueno, tengo hambre —confesó Marie, secándose las lágrimas provocadas por la risa.

Sexta, el primer rezo comunitario al que asistió ese día, era uno de los tres oficios breves. Marie siguió a Belén hasta su sitial. No se animaba a mirar a su alrededor, a pesar de la curiosidad que sentía, y mantuvo la cabeza inclinada hacia el libro. Después del canto de un himno, un salmo y la lectura de un párrafo de la Biblia, salieron todas las hermanas en fila, de a dos. Las más ancianas, detrás de la abadesa; el noviciado, detrás de las monjas más jóvenes, y Belén y Marie, últimas.

Cada una se paró frente a su silla. La madre Beatriz entonó una bendición y la comunidad se unió a su canto. Luego dio un golpecito del cuchillo contra el vaso, y todas se sentaron. Nadie podía hablar durante el almuerzo; por ser domingo, escuchaban discos de música clásica. Los violines sonaban junto al choque rítmico de los cubiertos en los platos. Marie observaba las mesas largas ocupadas por monjas

silenciosas que se iban pasando las fuentes enormes de carne con arroz y las jarras de agua. Los días de semana, le había dicho Belén, se designaba a una de ellas para leer durante las comidas algún artículo de interés espiritual o algún comentario de las lecturas de la misa.

—Solo los domingos al mediodía escuchamos música —le explicó.

Después de almorzar y lavar platos, las monjas se reunieron en el jardín para un recreo presidido por la abadesa. Como todos los días soleados, cada una llevaba una silla sacada de un galpón y se ubicaba buscando la sombra de los árboles, frente a un barranco que descendía hasta la huerta y los viejos viñedos desatendidos. Se sentaban a conversar, durante una hora, para distenderse comentando las novedades de las visitas dominicales de sus parientes. La madre Beatriz llamó a Marie para que se sentara a su lado.

—En honor a nuestra nueva postulante, ¡y al calor que hace! —anunció, celebrada por las risas de las monjas—, hoy extendemos la siesta hasta la hora del oficio de las vísperas.

Todas aplaudieron, y los murmullos escalaron a risas y exclamaciones que se silenciaron al unísono al toque de las campanas.

El oficio de las vísperas era el más largo. Marie conocía muy bien el rezo. Cuatro salmos cantados, lectura y responsoriales. Era al que más había asistido del otro lado de la reja, el que más le gustaba por el canto de los salmos con sus melodías en apariencia monótonas, aunque distintivas y particulares. Cada salmo, introducido por una frase cuyas notas le parecían corresponder a cada palabra con una perfección celestial. Terminaba con un canto a la Virgen María, que siempre la conmovía. Era la hora del atardecer. Marie pensaba que ese era un buen modo de recibir la caída de la noche. Y sintió, en ese momento, cuán cerca estaba de Dios.

Una vez más salieron de la capilla, de dos en dos, y cruzando ambos claustros se dirigieron al comedor para la cena. Esta vez no fue con música. Belén le aclaró que la abadesa en muy pocas ocasiones permitía que se volviera a escuchar música durante la cena los domingos: la lectura era más beneficiosa para el espíritu.

La madre Beatriz citó a Marie después de la cena. Belén la acompañó hasta la oficina, golpearon suavemente a la puerta, y ella les abrió. Hizo pasar a Marie y le dijo a Belén que volviera más tarde, al toque de las campanas del último oficio de la noche, el rezo de las completas.

—Siéntate, Marie, cuéntame cómo te sientes —le dijo—. Los vi muy bien a tus padres. Tus hermanos son tan lindos y tan agradables y educados. Tienes una familia excelente. Me han encantado tus abuelas.

—Gracias, madre.

Marie pasó sus manos húmedas por la pollera tableada azul que le caía hasta la media pierna. Se sentía acalorada con el cuello abotonado, las medias largas y los zapatos cerrados, pero sabía que la transpiración de sus manos no respondía al calor. La abadesa había dejado aquella solemnidad que tanto la intimidaba. Sin embargo, esa personalidad atractiva y fascinante oprimía a Marie. Quería irse. Estaba cansada y hacía un esfuerzo por escuchar. Deseaba dormir y que pronto terminara ese día.

—Te doy la bienvenida nuevamente a nuestra querida familia monástica. ¿Cómo te ha ido con la hermana Belén? ¿Se ha estado ocupando bien de vos? ¡Me parece que se está tomando el trabajo con mucha responsabilidad! —Y rio, con una risa sonora.

—Sí, gracias, está muy bien.

—Ven, te voy a mostrar mi escritorio y todo este sector. Seguro que tienes curiosidad, ¿no es cierto? Este es mi reino —dijo, riendo otra vez—. Acá recibo a las monjas. Siempre hay alguna en problemas, con todas las que somos.

Además del escritorio enorme, había dos sillones individuales en un rincón de la habitación, y una de las paredes estaba cubierta con una biblioteca. Se asomaron por la puerta de la izquierda para ver el pequeño oratorio personal de la abadesa, con su reclinatorio y crucifijo. La hizo pasar luego a la sala contigua de la derecha, en la que había una mesa grande rodeada de sillas señoriales.

—Aquí me reúno con mis doce apóstoles —le dijo bromeando—. Y acá, pasando esta puerta, está mi celda.

La habitación era pequeña, pero tenía un ventanal grande que miraba al jardín, una cama angosta, la mesa de luz y una silla y dos armarios antiguos altos y anchos de madera tallada, similares a los que tenía su abuela.

—Vamos a vernos muy seguido, Marie —le indicó la madre abadesa, acompañándola hacia el escritorio— Por las mañanas asistirás a clase con las novicias, pero vamos de a poco. Me irás diciendo si es mucho. Te quiero ver cada tres días por lo menos, para conversar. De ahora en más yo soy tu guía espiritual. Les he prometido a tus padres que no te vas a quedar si no estás contenta, pero yo sé que te va a gustar aquí. Ya te lo he dicho antes, vos tienes todas las condiciones para ser una excelente monja. Dios te ha llamado y ahora tienes que dejar que sea Él quien te manifieste los instrumentos para servirlo.

Ante un gesto de la madre Beatriz, Marie se arrodilló para recibir otra bendición en la frente y besarle el anillo.

Belén la estaba esperando afuera cuando salió junto a la abadesa, y las tres se dirigieron a la capilla para el último rezo.

Después de las completas la mayoría de las hermanas se quedaba en la capilla, rezando y preparando sus libros para la mañana. A partir de ese momento y hasta después de la misa del día siguiente, el silencio tenía que ser absoluto. Lo llamaban “tiempo de silencio mayor”.

Belén le hizo señas para que la siguiera y la acompañó hasta la celda que compartirían. A las nueve de la noche, Marie cayó desplomada en su nueva cama, sin pensar en sus padres, en la abadesa o en la hermana Belén.

2

Poco antes del oficio de laudes, la mañana siguiente, Belén despertó a Marie. Corrió las cortinas y le movió el brazo con suavidad hasta que la vio reaccionar. Marie había dormido tan profundamente que los párpados no le respondían. Todo su cuerpo pesaba, y sus labios resecos quisieron decir algo, sabiendo que debía mantener el silencio. Miró el reloj, las seis y media. La abadesa la había dispensado del madrugón del rezo de las vigilias. Intentando una sonrisa, Marie agradeció a su compañera de cuarto. Al incorporarse en la cama sintió el cuello entumecido y recordó la chatura de la almohada. Tenía quince minutos para prepararse: tender la cama, vestirse y pasar por el baño, al final del largo pasillo. Belén la esperaría allí, frente a las escaleras, para bajar a la capilla.

Se arrodillaron juntas y rezaron un minuto o dos hasta que la abadesa dio un golpecito en su sitial. La madera de los asientos crujió cuando todas las monjas se pusieron de pie al unísono. Una de las hermanas comenzó a cantar al oír el acorde profundo y grave dado por el órgano.

—Dios mío, ven en mi auxilio.

—Apresúrate, Señor, a socorrerme —contestaron todas a coro, mientras marcaban una amplia señal de la cruz en el pecho.

—Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo —entonaron con expresión y potencia, al tiempo que inclinaban sus torsos ante la Trinidad.

—Como era en un principio, ahora y siempre.

—Por los siglos de los siglos.

El órgano volvió a marcar un acorde sostenido y todas respondieron un largo y entusiasta ¡amén!

Marie no pudo cantar. Conocía las melodías, pero sentía la garganta oprimida. De ese lado de la reja el canto resonaba tanto más potente y los tubos del órgano, justo sobre sus cabezas, llenaban el espacio con fuerza divina. Nunca había oído el órgano con semejante precisión y detalle. Su piel se erizaba ante los matices, las diferencias que producía cada tubo que vibraba a sus espaldas.

El oficio de laudes siguió. Un himno y cuatro salmos recitados con sus antífonas. Al finalizar, las hermanas se sentaron unos minutos hasta que la abadesa volvió a ponerse de pie. Todas la imitaron y respondieron a la entonación de un nuevo "Dios mío, ven en mi auxilio". Comenzaba la hora de tercia, el brevísimo rezo de invocación al Espíritu Santo, seguido directamente por la celebración de la misa.

Después de la misa Belén la acompañó hasta el comedor. Solo seis personas desayunaban en el segundo turno, y no se oía más que el ruido de las tazas y platos usados que una hermana recogía en grandes recipientes de plástico. En la mesa, contra la pared, dos termos, uno decía "té" y otro, "café", un canasto con unas cuantas rodajas de pan blanco desordenado y fresco, y otro con galletas y un cartel que decía "especial". Algunas hermanas tenían dieta de comidas, y "especial" era solo para aquellas que tenían un permiso de la enfermera. Marie llenó su taza de café con leche y se sirvió pan. Era el pan más rico que había comido. Lo amasaba la hermana Encarnación, la panadera de siempre, una monja de unos sesenta años, gordita y muy simple, le había dicho Belén. Después del desayuno pasaron a conocer la panadería, y allí estaba Encarnación, sacando del horno bandejas llenas, con la cara redonda enrojecida por el calor.

—Te presento a Marie, la nueva postulante. Acaba de probar tu pan.

Encarnación inclinó su cabeza y la miró con una gran sonrisa de pocos dientes.

—Ay, buen día, ¿te ha gustado? Hace más de treinta años que lo hago para todas las hermanitas. Mira, también hago de este, el negrito, para las que no pueden comer el otro.

—Me encantó, hermana. No sé qué le pone, pero me hubiera

comido la panera entera.

—Está recién hecho. Lo horneo los lunes y los jueves —sonrió, secándose la transpiración de la frente con un trapo.

—Bendecinos, hermana —dijo Belén inclinándose, apurada por salir del calor de la panadería.

Los talleres en los que trabajaban las monjas se encontraban en un edificio separado de la casa principal. Belén y Marie cruzaron el claustro y salieron hacia el jardín por una galería cubierta, muy larga, para recorrer las diferentes salas de trabajo. Todas las puertas abrían desde un solo lado de la galería. Frente a ellas, un jardín inmenso y arbolado asomaba hacia un barranco, pero no se llegaba a ver hasta dónde se extendía. Belén la tomó del brazo y la llevó a conocer cada taller, explicándole en detalle lo que hacían y lo que vendían al mundo exterior.

—Este es el taller más importante, donde trabaja la mayoría de las monjas —le dijo, entrando a la microfábrica de velas y jabones—. Está acondicionado para producir cientos de productos mensuales, y es lo que más vendemos.

Marie saludó desde lejos a las hermanas, ya absortas en sus tareas, en un ambiente que resplandecía de orden y silencio. Belén le presentó a la hermana Consuelo, responsable del taller, quien estaba dirigiendo el mezclado de aceites con un grupo de cinco monjas. Todas sonreían a la nueva postulante, inclinaban la cabeza y volvían a ensimismarse en los quehaceres, sumergiendo en la tarea sus velos blancos de trabajo enganchados por detrás de la espalda con un broche de ropa, y vestidas con túnicas amplias marrones de género pesado y áspero que caían hasta la media pierna. Consuelo se separó un poco del grupo y sacándose la máscara que le cubría la nariz y la boca saludó a Marie, disculpándose por no poder interrumpir el trabajo.

—Regresá mañana y te saludo bien. —Y antes de volver a acomodarse la máscara, agregó—: Es muy probable que pronto te manden a trabajar con nosotras. Todas las jóvenes pasan por aquí, algunas al principio y otras después de unos años. En este taller no

necesitás saber nada para poder ayudar. Espero verte pronto, Marie.

Sin esperar que se fueran, se dirigió al grupo que aguardaba sus órdenes.

Belén y Marie salieron de allí y entraron en el taller de al lado, donde las monjas confeccionaban y arreglaban los hábitos de la comunidad, los velos y la ropa de trabajo, y las túnicas blancas que usaban los sacerdotes de toda la diócesis.

En cuanto las vio asomarse, se acercó a ellas la jefa del taller de costura.

—Marie, bienvenida a nuestra casa. Soy Analía. Pasá, te voy a mostrar el taller —le dijo, extendiéndole las manos y apretando las suyas firmemente.

Entraron a una sala muy amplia y luminosa con mesas largas arrimadas cerca de las paredes. Algunas monjas trabajaban sentadas mirando hacia el centro, detrás de las máquinas de coser, mientras otras pinchaban con alfileres los diversos maniquíes desplegados en el medio de la sala. Una de las paredes estaba recubierta por estanterías blancas altas, con cajones y etiquetas de colores.

—¿Cómo te está tratando el primer día?

—Bien, gracias, hermana.

—¿Te gusta la casa? Un poco grande, ¿no? ¡No te separes de Belén hasta que conozcas bien! —Rio con entusiasmo, mientras ajustaba sus anteojos pesados.

—Sí —le dijo Marie, sin saber si podía responder a su risa.

—Hermanas —les dijo a todas, palmeando las manos y subiendo el tono—, les presento a Marie, la nueva adición a nuestra querida familia monástica.

La llevó del brazo hacia el centro del taller.

Las hermanas inclinaron sus cabezas y le dedicaron una sonrisa rápida. En el centro de la sala una de las monjas intentaba con

dificultad poner una túnica blanca hilvanada a uno de los maniquíes, sin poder hacer entrar los brazos. Dirigiéndose a Marie, la hermana Analía se la presentó.

—La hermana Emilia. Es la encargada de probar la ropa a los maniquíes. Como ves, es una tarea muy complicada, ¿no es cierto, Emilia? —exageró el muy y volvió a reír—. ¡Requiere una maestría impecable! —dijo, al tiempo que una de las monjas sentada en la punta de la mesa se levantó con rapidez a ayudarla. Emilia estaba seria y clavó en Marie sus enormes ojos azules sin decir una palabra.

Belén, que no se había movido de la puerta, llamó a Marie y se despidieron al instante.

Siguieron caminando por la galería y entraron al siguiente taller, más pequeño, con solo dos hermanas ancianas que cosían las hojas de unos libros amarillentos. Las dos estaban sentadas frente a un gran ventanal por el que asomaba una glicina de años, llena de flores lilas pálidas. Se levantaron al mismo tiempo y con gran dificultad, para saludar a Marie. Una de ellas, la hermana Celeste, le tomó las manos entre las suyas y la bendijo.

—Que Dios te regale la felicidad de entregarte generosamente a Él, cada día, y al servicio de nuestra querida comunidad por muchos muchos años. Voy a rezar por vos todos los días.

—Gracias, hermana.

—Te presento a sor Ángela. Hace más de quince años que trabajamos juntas en este taller. Como ves, cuidamos los libros y los curamos cuando están mal. —La hermana Ángela asentía y sonreía.

—Este taller es el preferido de las novicias —le dijo Belén al salir —. Generalmente asignan a una o dos novicias para ayudarlas. Pobres, no pueden ni levantar las cajas o maniobrar las prensas. Seguro te va a tocar alguna vez. A todas nos gusta venir acá. Estas hermanas son santas, están siempre contentas, y es un lugar muy tranquilo para trabajar.

Por último, se asomaron al taller de arte, donde la hermana Lena les dedicó un gesto rápido con la mano avisándoles que no podía interrumpir lo que estaba haciendo.

Pasearon por los jardines, bajando hasta el muro alto que marcaba el límite del terreno, y regresaron hacia el edificio por el lado de la huerta. Dos monjas, escondidas bajo unos viejos sombreros de paja, juntaban las herramientas de trabajo y cerraban unas bolsas grandes de basura. Les señalaron los tomates y las plantas de lechuga y coliflor que crecían saludables, para que Marie las admirara. Las pajas de los sombreros salían desparejas por los costados y se movían al compás de las cabezas de las monjas que asentían aprobando sus cultivos.

—Ya es casi la hora del oficio —dijo Belén—. Vayamos volviendo.

Caminaron juntas en silencio y con ritmo. Marie intentaba resistir la picazón de las piernas no acostumbradas a estar encerradas bajo las medias largas de nailon. A pesar de las nubes, hacía calor. Estaban por entrar al edificio cuando repicaron durante unos minutos las campanas que llamaban al rezo de sexta.

—Vamos rápido a prepararnos y lavarnos un poco —le dijo Belén —. Te espero en el pasillo, en cinco minutos.

Al salir del baño, Marie siguió los pasos rápidos de Belén hasta la capilla. Hicieron la señal de la cruz flexionando una rodilla ante el altar e inclinando la cabeza y se dirigieron a sus lugares. Ni bien se arrodillaron, aliviadas de haber llegado a tiempo, la abadesa dio un golpecito en la madera, y todas se pusieron de pie para entonar el rezo.

Marie se fue relajando de a poco y se unió, con voz tímida, al canto del salmo.

A Ti, Señor, levanto mis ojos. Tú que habitas en el cielo:

míralos, como los ojos de los siervos, en la mano de sus amos.

Como los ojos de la sierva, en la mano de su señora,

así nuestros ojos en el Señor nuestro Dios,

hasta que se apiade de nosotros.

Mira, Señor, mis ojos. Mis ojos pendientes de Ti. Mis ojos y mi persona que se entrega hoy a Ti, rogaba Marie. Dame fuerzas, Señor. Dame fuerzas para que pueda llegar a ser una buena monja.

Al terminar el oficio salieron las hermanas en formación, de dos en dos. De nuevo Marie y Belén eran las últimas. Desde atrás, Marie podía ver las dos filas largas de monjas que avanzaban lenta y silenciosamente con las frentes inclinadas hacia el suelo y las manos escondidas bajo el escapulario negro. Veía los hábitos moverse acompasados al ras del piso, hacia un lado y hacia otro, túnicas que iban dejando los pisos limpios y lustrosos. El piso de los claustros era antiguo, de baldosines gastados rojos, pero muy encerados y brillosos, enmarcados por una franja de mayólica con diseños azules, verdes y rojizos cuyo único dibujo discernible eran las hojitas verdes diminutas.

Entraron al refectorio preparado para el almuerzo con las mesas puestas, y cada una se paró detrás de su silla durante la bendición impartida por la abadesa.

—Señor, bendice estos alimentos que de tu gracia recibimos. Que ellos sean instrumento para alabarte y servirte con el alma y con el cuerpo. Bendice las manos que los han preparado y no permitas que haya hambre en el mundo.

Las monjas se sentaron y las que estaban de turno para servir la mesa fueron entrando ágilmente con sus delantales blancos y zapatos con suela de goma, llevando fuentes de comida a cada mesa, entregándolas a las de los extremos para que se sirvieran y las pasaran a la monja de al lado. En pocos minutos, todas tenían comida en el plato, mientras otra de las hermanas leía, desde un atril y con micrófono, un comentario a las lecturas de la misa del día.

Después del almuerzo Marie y Belén ayudaron al resto de las novicias a recoger la mesa y lavar los platos en la antecocina. Una de las hermanas estaba a cargo del trabajo, y antes de comenzar se ubicaron todas en ronda y recitaron una oración breve para bendecir la labor. La encargada repartió las tareas y comenzaron a trabajar en silencio. Marie secaba platos, vasos y cubiertos. Pronto le tocarían

también las cacerolas enormes y todos los utensilios que eran lavados y ordenados en la cocina por novicias y monjas jóvenes.

A la una de la tarde una monja pasó por los claustros y los pasillos del primer piso tocando un cencerro, anunciando el comienzo del recreo. Sin demora, comenzaron a oírse susurros que con rapidez se convirtieron en charlas grupales y risas fuertes. Las novicias se apuraron por guardar todos los platos y corrieron a sus celdas para sacarse la ropa de trabajo. Marie y Belén salieron directamente al claustro, donde se encontraron con las dos hermanas ayudantes del noviciado que pasarían con ellas el recreo.

—Vamos al jardín —dijo la hermana Marcela—. Las novicias están ansiosas por saber más de vos.

—Marie, ¿cómo fue tu primer día? —le preguntó la hermana Gloria, rodeándole los hombros—. Cuando conozcas bien el monasterio ya empezarás a moverte sola.

3

—Santa Teresita siempre responde, es muy milagrosa —le había dicho su tía entregándole la estampita—. Y además te confirma que te escuchó mandándote una rosa.

Marie entró en una capilla del centro de la ciudad, se arrodilló y rezó. Pidió a santa Teresita que la sacara de ese calvario, esa duda punzante de no saber si tenía vocación religiosa o no. Pensó en su vida —estaba por cumplir los veinte años—, una vida sin grandes emociones ahora confrontada a un cambio crucial, tantas veces ansiado, que se estaba desplegando frente a ella. Encerrada horas en su habitación, a menudo veía, en sus ensueños, la satisfacción de una vida dedicada a rescatar no solo a niños de países remotos, sino incluso a la humanidad entera, de la miseria, la injusticia, el sufrimiento. Tenía la certeza, porque lo sentía muy dentro de ella, de que su vida no iba a ser común. Roco coincidía, la veía predestinada a algo grande, pero ¿a qué? Su novio, muy creyente, la había llevado a las reuniones de jóvenes en la parroquia, donde los sacerdotes daban charlas espirituales y coordinaban encuentros los fines de semana para planear trabajos sociales. Roco sabía escucharla; la quería, era generoso y su fe, muy profunda. Su apoyo y su comprensión, más las charlas con su tía, laica consagrada al servicio de Dios, la habían llevado a plantearse la vocación religiosa. Sin embargo, la duda la torturaba. No entendía bien cómo ella, que nunca había creído en nada en profundidad, que iba a misa sin fe y sin prestar atención, podía ser llamada por Dios. Él puede llamar a quien quiere, afirmaba su tía, no lo menosprecies. Así, de rodillas frente a un altar vacío, comenzó la novena a santa Teresita.

Después de nueve días repitiendo la misma oración de la que en el fondo dudaba, la terminó, pero decidió que la letanía de la estampita no servía y que sin fe no iba a obtener respuesta. La

angustia se instaló en ella. No podía concentrarse en los estudios para la universidad ni tampoco dormir bien. Cursaba el segundo año de la carrera de Sociología y se reunía los fines de semana con dos compañeros para preparar la materia de Estadísticas, convencida de que toda esa matemática no la llevaría a hacer algo por la humanidad. En su mundo reducido a tomar el tren y viajar una hora hasta la ciudad todas las mañanas a la Universidad Católica, que sus padres pagaban con sacrificio, no cabía otra opción más que la de seguir la rutina y buscar respuesta a sus inquietudes por otro lado. Los estudios le producían desasosiego y mayores cuestionamientos, y sin embargo en la Universidad Católica había descubierto su interés por la filosofía. Allí comenzó a leer, comenzó a preguntarse, a entender y vislumbrar que había algo más interesante fuera de su estrecho mundo.

Pasaron unos días después de la novena. Estaba en su casa, leyendo una vida de santos de las que su tía le prestaba, cuando llegó Rodrigo, amigo de su hermano, que vivía cerca y aparecía con frecuencia para cenar con ellos. Marie le abrió la puerta y lo saludó.

—Pasá. Lucio está arriba.

Pero esta vez Rodrigo la sorprendió con una rosa que tenía escondida detrás de la espalda. Él, que nunca había tenido una mínima atención para con ella, que era un amigo más de la casa, de los muchos que pasaban por ahí, le dio la rosa y subió. Esa flor parecía no tener ningún significado para Rodrigo, quién sabe dónde la habría encontrado. Pero Marie quedó turbada. ¿La rosa de santa Teresita? Sintió una debilidad nueva en las piernas, no sabía si tenía que estar contenta o llorar. No lo podía contar a nadie; ni a su madre ni a su familia ni a sus amigas, no, mucho menos lo podían saber sus amigas, se reirían tanto de ella. Nadie estaba enterado de la revolución por la que pasaba su mente en ese tiempo. Nadie, excepto su tía, la religiosa que le había dado la estampita de la santa; ella era la responsable. El mayor deseo de su tía era tener alguien de la familia consagrado a Dios. ¿Cómo supo que santa Teresita le mandaría la rosa y que esa flor le provocaría el cuestionamiento decisivo? ¿Por qué se había dejado convencer para rezar una novena en la que no creía y que, sin embargo, le desató la conflictiva certeza de la vocación?

—Santa Teresita se vale de las personas más inesperadas. Ella es así, muy milagrosa —aseveró la tía.

Había rezado los nueve días, le había pedido una señal para confirmar si tenía vocación religiosa y, cuando la terminó, llegó la rosa de la santa. Marie sonrió, incrédula. Tampoco había mencionado la novena a Roco, no la entendería. Él decía que su religión pasaba por los hechos, y la única santa a quien invocar era la Virgen María. Aunque las dudas de Marie persistían más fuertes que nunca, la rosa estaba ahí, perdiendo los pétalos y desafiándola a un destino que ya no podía eludir.

Con la rosa comenzaron las visitas al monasterio contemplativo. Conocía a una de las novicias, Clara, compañera de su grupo parroquial, que había entrado dos años antes y a la que había visitado otras veces. Si bien era de su misma edad, siempre había sido muy seria, practicante, y parecía muy adaptada a la vida religiosa. Marie comenzó a verla a menudo. Conversaba con ella durante la hora de la siesta de los domingos, y más adelante agregó una visita durante la semana, por consejo de la novicia. Ese día se iba antes de que terminaran sus clases y tomaba el tren que la llevaba hasta el monasterio, lejos de la ciudad. Hablaba con su amiga, en una sala de recepción donde las separaba un mostrador, y luego se quedaba para escuchar a las monjas cantar el oficio de las vísperas. Muchas veces le mandaban también una novicia más avanzada en su camino religioso, que le detallaba las costumbres de la vida monástica. Otras, aparecía la abadesa a saludarla. Una presencia imponente, solemne, toda de negro, con un gran crucifijo de plata en el pecho, presencia que intimidaba a Marie, con su mente impresionable del fin de la adolescencia.

En esas visitas frecuentes, aprendió que el monasterio era el corazón de la Iglesia. Gracias a él la Iglesia vive, decían las monjas. Sin estos centros de espiritualidad, la Iglesia y el mundo se acabarían. Todo se sostiene gracias a los monasterios contemplativos, le repetían a menudo, son el corazón y el pulmón. Se vive y se respira gracias a las oraciones de hombres y mujeres que han abandonado todo para dedicarse a la vida santa, sacrificada y contemplativa. Aquí se trabaja, se estudia y se reza, nada más. Se reza por el mundo, por los

gobernantes, por el papa, por las religiosas y los religiosos que andan esparcidos por esta tierra dedicados a los pobres, para que tomen decisiones sabias. La vida espiritual y casta de estas almas que han dejado los vicios terrenales para tender a Dios con un solo corazón, alegres en la armonía comunitaria, es lo que permite que el mundo siga su curso en orden. Sin el monasterio, el pulmón, ninguno de ellos, la Iglesia y el mundo, podría siquiera respirar. Y si respirara a pesar de todo, sería con dificultad y deficiencias, desesperadamente. El monasterio es una especie de pulmotor, le explicaban.

¿Cómo se sentiría, entonces, si formara parte del órgano vital de la Iglesia y del mundo? ¿Era ese el llamado de Dios? No había lugar a duda. Si deseaba tanto que su vida fuera especial y destinada a lo más grande, qué mejor lugar que ese, donde ejercería con su oración y vida pura la función de corazón y de pulmón de la santa Iglesia. Ya no solo sería los pies y las manos que ayudan a pobres y enfermos, como la madre Teresa, en Calcuta, sino que incluso abarcaría aún más, sería el motor que no necesita de lugar geográfico, que por medio de la oración puede llegar a los rincones más críticos de África o de la India, de Europa y América Latina, sin el cual el mundo entero caería en un caos final.

—Yo sentí que lo demás era secundario ante la grandeza de entregarse a una vida de oración —le contaba su amiga Clara, la novicia.

Tuvo entonces que empezar a transmitírselo a sus padres y amigos, y a Roco. La noticia que nadie quería oír. Primero, quizás cobardemente y buscando apoyo, se lo dijo a su abuela, que era muy religiosa y la entendió. Antonia era su refugio. Siempre tan serena, sabía que en ella encontraría palabras sabias y sensatas.

—Pienso que podés esperar, pero debés escuchar lo que te aconseje la madre abadesa. Las religiosas son personas santas, con experiencia en el tema de la vocación. Me da mucha tristeza cuando pienso que no podremos viajar más juntas, ni pasarás a visitarme como lo hacés ahora, pero es una tristeza egoísta. Yo creo en el llamado de Dios, y contra ello no hay que luchar.

Su abuela le insistía en que no se trataba de un paso definitivo aún y le pidió a Marie una promesa. Si no le gustaba la vida

monástica, si llegaba a sentir que se había equivocado, debía abrazar siempre la verdad.

—No olvides nunca que el noviciado es solo una prueba, es el tiempo para confirmar si la vocación es genuina. No sientas que fallaste; por algo la Iglesia les da seis años para prepararse.

Antonia fue la encargada de contárselo a su madre. ¿No era por eso que había hablado con ella? Los padres quedaron desolados.

—¿Qué es eso de la rosa, el pulmón y el convento de clausura? Sos muy joven, Marie, tenés que conocer más de la vida, no sabés nada del mundo. ¿Cómo vas a abandonar tus estudios? No te precipites, esperá, y el tiempo te irá diciendo —le rogaba el padre.

—Es muy común hacerse esos planteos a tu edad —insistía la madre llorando—. Todos nos los hicimos en algún momento. Es solo una crisis que ya va a pasar, una confusión. Vos tenés condiciones para lo que te propongas. Además, ¿qué apuro tenés? ¡Disfrutá de la vida a los veinte años, tenés tanto por delante!

No, no había nada por delante ni en el presente que le haría cambiar de opinión. Su destino ya se había manifestado, y no había manera de eludirlo. Sus padres no tenían idea de lo que era un apremiante llamado religioso. Pero a ella se lo había demostrado santa Teresita. Solo quería lanzarse y empezar a vivirlo de lleno, lo antes posible. La abadesa coincidió.

—No hay nada que esperar. Una vez que se te ha presentado claramente, no hay más sentido en dilatarlo. Es la llamada imperiosa de Dios, y vos lo sabes en lo más profundo de tu ser.

Sí, ella lo sabía bien, no tenía dudas, solo miedo. Pero estaba entusiasmada también. Finalmente dejaría ese mundo que no la satisfacía. Vivía lo cotidiano con dejadez. No le interesaba nada de lo que hacía. ¿Los estudios? Absurdo, las clases le resultaban estériles. ¿Los viajes en tren a la ciudad? Una pérdida de tiempo. En su vida ya no cabía otra opción. Le daba tristeza dejar a Roco. Lo quería, pero ya no podía pensar en él como antes. Se había convertido en su mejor amigo y confidente, él le había enseñado a creer, pero el noviazgo era

un error. Quizás había sido un instrumento puesto por Dios para llegar a esa revelación. Si bien extrañaría su amistad, ya estaba decidida; sería una persona diferente, muy especial, en el anonimato de un convento de clausura. Entregaría su vida a la oración. Estaba enamorada de Dios y ya no podía pensar en otra cosa más que en esa vida contemplativa que abrazaría sin demora.

Roco tuvo que aceptar, pero le pidió tiempo. Era demasiado pronto para perderla.

—Vení conmigo a misionar este verano —le suplicó— y después ves si seguís convencida. Tenés que probar también la misión, experimentar el trabajo, la convivencia del grupo. Y vamos a estar juntos; yo te necesito.

Marie quiso cortar con todo lo más pronto posible. Lo había visto con claridad, había llegado el momento de renunciar a las ataduras del pasado. Su amiga Clara siempre le repetía que debía avanzar hacia el nuevo camino, sin volverse hacia atrás.

—No podés decirle que no a Dios.

Se fijó una fecha, para tan solo unos meses más tarde.

—Después de las vacaciones —decidió la abadesa—, así la familia no lo sufre tanto.

Terminó el año académico en la Universidad Católica, cursó todas las materias, pero, con la aprobación de su futura directora espiritual y sin decirles a sus padres, no se presentó para los exámenes finales. Hubiera tenido que pedir ayuda a profesores particulares, de tan ausente que había estado en clase. Para qué estudiar si ya no había retorno. La vida le deparaba otro destino, que poco y nada tenía que ver con los números, las encuestas y estadísticas. Todo aquello formaba parte de una etapa concluida, de un recorrido que la había ido preparando para lanzarse de lleno hacia el llamado privilegiado de Dios.

4

Cuando las novicias terminaban sus clases de la mañana, las postulantes más recientes se quedaban con la hermana Marcela para estudiar los oficios litúrgicos y hablar de las costumbres de la casa. El tema del día había sido el repaso de la ceremonia de profesión de votos solemnes que pronunciarían pronto Marcela y Gloria, las dos ayudantes del noviciado.

—Este es el momento más importante —explicó Marcela a sus alumnas.

Solo ella, con su voz grave y pausada, tenía la habilidad de hacer entender con un lenguaje simple los misterios de la teología y la monástica. Micaela y Agustina anotaban cada una de sus palabras, casi sin interrupciones.

—La nueva profesa se extiende boca abajo en el piso con los brazos abiertos formando una cruz, la frente apoyada en el suelo. Los celebrantes evocan a los santos, uno por uno, y la comunidad entera, monjas y fieles, responden cantando al unísono: “Ora por nosotros”. Es un gesto ancestral de humildad, una expresión de vulnerabilidad absoluta. Es un gesto que evoca la muerte, con los ojos puestos en la nada, en lo más bajo, en la tierra oscura. La profesa se despoja de sí misma y se entrega a la Iglesia para que la plegaria en común la haga renacer como monja consagrada, como esposa espiritual de Cristo crucificado.

Marcela daba clases al noviciado entero en sus distintas etapas, pero el grupo de las cuatro jóvenes del primer año era su favorito. Además de Micaela y Agustina, Marie y Belén la motivaban con sus miradas inocentes, preguntas curiosas y sedientas de aprendizaje. Con ellas enseñaba sin temor a equivocarse. Las dos más nuevas, Micaela y Agustina, habían ingresado al monasterio con solo seis días de diferencia y habían recorrido codo a codo la mitad del postulantado.

—Pasaron la prueba de fuego —eran palabras que la abadesa repetía en los recreos cuando las jóvenes llegaban al sexto mes.

Al terminar la clase de liturgia las dos postulantes se dirigieron al taller de velas. Acostumbradas a moverse juntas, necesitaban aún el sostén mutuo. Compartían los mismos trabajos: ayudantes de cocina dos mañanas y taller de velas y jabones las restantes. Agustina había terminado sus estudios de Bellas Artes y era mayor que Micaela, quien había ingresado apenas obtenido su título en la escuela secundaria. Se habían conocido en la hospedería, como aspirantes al postulantado. Sin hablar, salían de la clase, iban a sus habitaciones a prepararse y se esperaban una a la otra en el descanso de la escalera.

A las diez y media, puntuales, entraron al taller y dijeron buen día a su jefa, la hermana Consuelo. Con un gesto les indicó que se sentaran a esperar a que alguna monja les asignara la tarea para esa hora y media de trabajo. El olor a aceites y pigmentos impregnaba el ambiente, a pesar de los grandes ventanales abiertos.

—Las máscaras quirúrgicas son optativas —les había explicado Consuelo el primer día.

Minutos después se acercó la hermana Olivia y les pidió que la siguieran al sector de sellado de jabones.

—Hoy les queremos enseñar un trabajo más delicado, de muchísima responsabilidad.

Los dos sectores se comunicaban por medio de una gran abertura sin puertas, y al traspasarla Agustina sintió aliviada cómo sus pulmones volvían a respirar bien.

—Chicas, pueden alegrarse, hoy les toca el trabajo limpio.

Señaló los estantes de madera blanca que cubrían las paredes hasta el techo, jabones clasificados por fecha que destilaban un perfume ácido suave, una mezcla de hierbas y aceite de cocina.

—Aquí vamos ubicando los jabones para que afiancen su proceso de endurecimiento, aproximadamente cuarenta días.

Los jabones de los estantes eran todos verdes, por el aloe vera,

había explicado la hermana Olivia.

—Cuando terminemos esta camada, vamos a hacer de otro color. La hermana Consuelo se encarga de elegirlo. Por ahora las monjas están comenzando a preparar una partida de velas —agregó.

Marie y la hermana Belén habían llegado temprano y estaban cortando las barras de jabón. Olivia les mostró cómo el jabón debía ser estampado con el sello de la flor de lis, distintivo del monasterio, entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas después de su confección, antes de que se endureciera demasiado.

—El sello se hace de un solo lado, ¿ven? Solo uno. Y siempre con guantes. Lo marcan en el centro del pan de jabón y lo levantan con mucho cuidado. Después lo colocan en estas bandejas que van luego en los estantes. Es necesario que estén aquí unas seis semanas sin ser usados, para que la soda cáustica no dañe la piel. Estos estantes son para la fecha de hoy —dijo, apoyando una mano en la madera—. Cualquier dificultad o duda, me preguntan. Yo estaré allí en el escritorio del depósito, en el final del proceso, anotando las cantidades y preparando las cajas que se envían por correo.

El grupo de las jóvenes realizaba en silencio el trabajo de cortar y sellar jabones, de pie, inclinadas sobre una mesa alta de trabajo. Belén era la supervisora de una tarea que requería precisión y perfección, tarea interrumpida con frecuencia por lamentos de Micaela, que provocaban risas contenidas en el grupo. Siempre inquieta y movediza, se quejaba de que algo le dolía, culpando a sus padres por la herencia de unos huesos grandes y pesados.

—Mañana es el Día de los Inocentes —comentó por lo bajo, quebrando el silencio, mientras se estiraba y masajeaba su cintura.

Marie levantó la cabeza, sorprendida; la hermana Belén soltó la cuchilla sobre el pan de jabón, dañándole un costado, y las cuatro jóvenes se miraron de pronto. Tratando de acallar la risa para evitar que las monjas del otro lado del taller las oyeran, se cubrían la boca sacudiendo los hombros sin querer. Micaela siempre rompía el silencio con ocurrencias inusitadas.

—¿Vamos a tener que confesarnos por hablar? —preguntó Agustina, preocupada, con su voz suave y cansada.

A pesar de llevarles unos años a las otras tres, Agustina parecía la menor, la más ingenua y cándida. Tenía la mirada distraída y espiritual, de artista, como si siempre estuviera pensando en algo diferente de lo que se estaba diciendo o haciendo.

Las hermanas volvieron a soltar la risa, aún más fuerte, mirando hacia abajo y hacia el costado, agachando sus cabezas y secándose los ojos con las toallas de papel del taller. Agustina sonreía sin entender por qué su comentario había provocado esa reacción.

La hermana Olivia se asomó señalándoles con la mano que callaran antes de que la hermana Consuelo las oyera. Micaela insistió, susurrando.

—Tenemos que hacer una broma para el Día de los Inocentes. ¿Alguna vez se hizo algo?

—El año pasado la hermana Marcela les hizo un chiste a las de su grupo de cocina —dijo Belén en voz baja, mientras raspaba el pan de jabón, preocupada por disimular el daño.

—¡Vamos, pensemos! —agregó Micaela entusiasmada.

—Hablémoslo en el recreo —dijo Marie.

—Sí, pero vayamos planeando, porque tenemos menos de un día.

Al día siguiente, miércoles 28 de diciembre y Día de los Inocentes, comenzaron a sonar los despertadores cerca de las cuatro. Las hermanas se levantaron y se dirigieron con prisa, en sus batas de noche y con pañuelos en la cabeza, a los baños y duchas ubicados en las esquinas del edificio cuadrangular. A medida que iban llegando a los baños, se encontraban con las que ya estaban allí y les hacían señas para que fueran a los de los otros pisos.

Ante las filas de espera de los baños de arriba, muchas de las monjas habían bajado, demorando así la disponibilidad para las hermanas mayores. Muy pocas, aquellas con cargos importantes o muy enfermas, tenían baño en sus propias celdas. Al salir del oficio de las vigilias, a pesar de ser hora de silencio mayor, dos de las monjas

tocaron la puerta a la hermana enfermera, Alma, para informarle que los baños del primer piso tenían carteles de “clausurado” en las puertas de los inodoros.

Después de misa, la hermana Gloria detuvo a las novicias en el claustro y les indicó una por una que fueran de inmediato a la sala de clases y aguardaran allí a la madre Beatriz.

—Estoy profundamente avergonzada de lo que pasó esta mañana. En nuestra comunidad hay hermanas muy mayores, hay hermanas enfermas, hay hermanas que sufren diversas debilidades, y esta mañana se han levantado bien temprano para cumplir con las obligaciones de nuestra vida consagrada a la oración, como todos los días. Todas ellas, y ustedes también, se han encontrado con una broma muy pesada al llegar a los baños. La mayoría de ustedes respeta los carteles de la casa y ha debido hacer cola, con paciencia, para poder usar el baño. No sé quién es la responsable de este episodio de muy mal gusto ni quiero que me lo digan ahora. Reflexionen y les comunican a las hermanas Gloria o Marcela si es que fue alguna de ustedes. No puedo imaginar que esto haya surgido de alguna de las monjas.

Marie y Belén se mantuvieron en silencio y no se miraron, pero ambas vieron que Agustina lloraba. La abadesa salió de la sala del noviciado con pasos pesados, sin saludar a nadie, y bajó a su oficina. Belén le hizo señas a Marie para que la esperara en la clase y siguió a la hermana Gloria hasta su escritorio pidiéndole hablar. Enseguida volvió a buscar a Marie para que entrara también con ella. La hermana Gloria las hizo pasar y les indicó que se sentaran. Gloria era la persona adecuada a la cual recurrir cuando se trataban temas difíciles. Era más débil que Marcela y en su bondad y sensibilidad trataba de ser comprensiva aun en lo incomprensible. Solo le quedaba un mes como novicia y comenzaría su retiro espiritual antes de pronunciar los votos definitivos.

—¿Qué hicieron, chicas? No me vendrán a decir que fueron ustedes dos.

La hermana Belén era más estoica, pero le subía el rubor a la cara fácilmente, sin poder ocultar sus emociones.

—¿Cómo se les ocurrió semejante idea?

—No sé, Gloria, fue muy tonto de mi parte. Es todo culpa mía.

Marie, avergonzada de haber participado en una ocurrencia tan infantil, la interrumpió.

—Hermana Gloria, fuimos todas. Pensamos hacer algo divertido para el Día de los Inocentes y no se nos ocurrió considerar que afectaría a las hermanas mayores.

—¿Fuimos todas? ¿Alguien más?

Belén miró rápidamente a Marie y titubeó antes de responder.

—Los carteles de "clausurado" los pusimos nosotras.

—Pero ¿los pusieron en cada puerta? ¿Duchas? ¿Inodoros? ¡Qué locura!

—¡No! —dijeron las dos al unísono.

—En las duchas no —dijo Belén—. Y de los cinco inodoros de cada baño, solo pusimos en cuatro de las puertas.

Gloria sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Quién más estuvo involucrada?

Era muy difícil acusar a otro en el monasterio. El pecado de no decir la verdad se superponía al de hablar en nombre de otra persona.

—Estoy segura de que ellas mismas van a venir a acusarse —le dijo Belén.

—Díganme quiénes son así ganamos tiempo y hablamos con ellas también. De todos modos nos vamos a enterar.

Marie salió del escritorio de Gloria y fue a buscar a Micaela y Agustina, que seguían sentadas en silencio en la sala de clases. Agustina ya no lloraba.

La madre abadesa llamó a las cuatro jóvenes dos días después, tiempo durante el cual no se hizo ver ni por el noviciado ni por las monjas. Estaba demasiado enojada como para encararlas y sentía la vergüenza de enfrentar a la comunidad, siendo suya la responsabilidad de educar a las novicias y postulantes.

—Belén y Marie, ustedes están aquí hace más tiempo. Me siento avergonzada. Esperaba mucho más de ustedes, las creía más maduras.

Agustina volvió a llorar, y Micaela no levantaba la mirada del piso. Belén tomó la palabra.

—Madre, yo soy la responsable. Ellas son postulantes, pero yo tendría que haberme dado cuenta de que no estaba bien lo que hacíamos. Te pido que me perdones. ¿Qué puedo hacer para remediarlo?

—No, madre —interrumpió Marie—, yo también tengo culpa, no fue solo Belén. Las cuatro quisimos hacerlo. Fue una tontería. Por favor, perdonanos, madre, nunca más va a volver a suceder algo así.

—Voy a pensar cómo van a resarcir esto. Ahora vayan a sus trabajos.

Cuando salían del escritorio de la abadesa, sin recibir su saludo ni su bendición habitual, la madre Beatriz detuvo a Agustina y le pidió que se quedara.

Agustina se había tranquilizado después de la charla, pero veía la gravedad de la falta y la culpa la agobiaba. Estaba arrepentida de no haberse detenido a pensar antes de entregarse a semejante ocurrencia. La madre se mostró condescendiente y le dijo que había sido dura porque quería que Belén y Marie tomaran conciencia de que ya no eran adolescentes y de que en la vida consagrada se esperaba de ellas un comportamiento más serio.

—Cuando se juntan estas dos son un peligro —agregó Beatriz, intentando aflojar la tensión de la postulante—. Pero son buenas chicas. Yo les digo estas cosas porque tienen que aprender y porque sé cuánto más puedo exigirles. Quédate tranquila, Agustina, ya no pienses más en esto, y ahora cuéntame de vos. ¿Cómo te sientes en el taller de velas?

—Bien, madre. Estoy tratando de aprender —respondió con su voz delicada y melancólica—. No sé si les sirvo mucho. Para mí es todo nuevo.

—Mira, Agustina, vos eres una artista. Tus dibujos son excelentes, tienes mucho talento. Y ese talento lo pondremos al servicio del Señor y de nuestra comunidad. El trabajo en el taller de velas es simplemente por un tiempo. Te he puesto ahí porque es bueno que estés con las otras chicas. Trabajan juntas y así se sienten contenidas al principio. No quisiera mandarte directo con la hermana Lena al taller de arte. ¡Es muy vieja! —agregó gesticulando—. Es un taller pequeño y estarías muy sola con ese grupito de hermanas mayores y sus manías. La hermana Lena no es una jefa fácil. Pero en un tiempo, en cuanto te sientas más afianzada, voy a pasarte allí para que puedas seguir con tus dibujos. Voy a hablar personalmente con ella para que te dé libertad en tu arte y no te vuelva loca con sus costumbres o su forma estructurada de manejar el taller.

La madre Beatriz miró su reloj y le dijo a Agustina que le daba permiso para faltar a su trabajo esa mañana, si quería quedarse en su celda a dibujar. Antes de despedirla, de pie delante de la puerta, agregó:

—¿Has tenido la visita de tu familia el domingo? ¿Cómo está tu hermana?

Agustina y su hermana melliza habían cursado juntas los estudios de arte. Su hermana se dedicaba a la escultura con improvisación de materiales y ya a los veintidós años había logrado ubicar sus trabajos en exposiciones importantes en la ciudad. No se parecían físicamente, pero tenían la misma voz débil y la misma mirada ausente. Agustina contaba a menudo que su hermana era su mejor amiga y confidente. A madre Beatriz le gustaba hacer hablar a las novicias y postulantes sobre la vida de sus hermanos. Sabía por experiencia lo mucho que les afectaba la separación, tanto a los de afuera como a sus jóvenes discípulas.

Agustina se arrodilló para recibir la bendición de su madre espiritual. Un beso en el anillo abacial, las manos blancas, los dedos largos y finos al igual que en las estampas religiosas. Al ponerse de pie le preguntó con timidez qué ocurriría con Marie y Belén.

—Sé lo que estás pensando, Agustina. No te preocupes, en este monasterio no permito las penitencias físicas. Aquí las cosas las arreglamos hablando. Puedes ir tranquila.

La clase del viernes por la mañana había sido cancelada. Belén, Marie y Micaela fueron directamente del escritorio de la abadesa a su trabajo, al taller de velas y jabones, sin pronunciar palabra durante la mañana completa. Por la tarde, Belén y Marie encontraron debajo de la puerta de sus celdas una nota firmada por la abadesa:

"Belén,

a partir de mañana este es tu nuevo horario de trabajo después de clase:

Lunes, miércoles y viernes, limpieza de los baños del noviciado.

Martes y jueves, ayudante de cocina.

Sábado, taller de velas y jabones."

"Marie,

a partir de mañana este es tu nuevo horario de trabajo después de clase:

Lunes y miércoles, ayudante de cocina.

Jueves y sábado, limpieza de la sala de clases del noviciado y repaso de los baños.

Martes y viernes, taller de velas y jabones."

Belén y Marie se encontraron más tarde, antes del oficio de vísperas, en la sala del noviciado para comparar sus horarios. Ya no tenían un solo día de trabajo juntas.

5

La madre Beatriz escribió entre los renglones de la nota con un marcador verde: “Te atiendo mañana jueves a las cuatro de la tarde”. Dobló el papel en cuatro y anotó “Marie” del lado visible, y junto con los otros mensajes que había respondido lo puso dentro de la caja forrada de azul que tenía sobre la biblioteca de su celda, el correo del noviciado. Era responsabilidad de la hermana Clara la de pasar todas las tardes, antes del oficio de vísperas, por la celda de la abadesa; entraba con discreción, sin molestar, dejaba la ropa limpia y planchada sobre la cama y retiraba la caja azul para repartir las cartas entre las novicias. Después de responder las notas del noviciado, la abadesa volvió a concentrarse en la preparación de la conferencia mensual que daba a las monjas.

Seis meses atrás, Beatriz había anunciado a las monjas que la tradicional conferencia ya no sería semanal, sino que daría solo una por mes. Algunas hermanas habían recibido la noticia con descontento. Pero, pese a ser una mujer joven y activa, la comunidad era muy numerosa, y no le rendía el tiempo como para preparar las charlas y las clases, atender el noviciado y los problemas que surgían de las monjas, además de su responsabilidad en los asuntos financieros que debía supervisar con la hermana administradora. Su predecesora había iniciado la costumbre de dar a la comunidad una conferencia por semana, porque no había asumido tantas responsabilidades. La madre Beatriz, en cambio, consideraba que no podía delegar el trabajo de maestra de novicias en nadie y necesitaba estar disponible como para atender a cada una de ellas. No se atrevía a poner en manos de otra religiosa la frágil e incipiente vida espiritual de las más jóvenes. Pronto las novicias mayores pronunciarían los votos definitivos, y entre ellas sí contaba con hermanas capacitadas; ella misma las había formado, y podrían reemplazarla en el futuro.

Apoyó el lápiz, se echó hacia atrás en la silla masajeando su cuello y releyó los apuntes de su próxima conferencia: “En el primer capítulo de la Epístola a los Efesios, se describe el misterio de la salvación.

”‘Dios… nos ha elegido antes de la fundación del mundo para ser nosotros alabanza de su gloria’.

”Nosotras no somos el punto de partida de nuestra vida. Hay un pensamiento anterior, una elección: Dios nos ha amado. Nos ha elegido para cantar su gloria porque nos ama.

”Toda elección supone estar frente a distintas opciones. Supone preferir, dar prioridad a una cosa antes que a otra.

”En nuestra elección de Dios hay tres características: opción, atracción y elección.

”Dios nos ha dado la libertad como para elegir a otro: a otra persona, a otra carrera o profesión, otra vida, otro foco de atracción.

”En cambio en Dios se da lo inverso: Dios no tiene nada anterior. Dios no tiene por qué elegirnos. Dios ama, y por eso nos elige. Ama y elige en un acto conjunto.

”Dice santo Tomás que el amor no le permitió a Dios quedarse solo.

”Nosotras sí tuvimos opciones, pero algo poderoso, una fuerza que no pudimos controlar, hizo que lo eligiéramos a Él. Que sea Él el foco de nuestro amor, de nuestra vida entera, Aquel que no permite que nosotras, como monjas, estemos solas”.

Encontraba inspiración al dividir en tres puntos todo aquello que quería remarcar. El simbólico número tres. La cabeza le latía, estaba cansada y era la hora de la siesta. Los claustros acallados; podía acostarse un rato y revisar luego su conferencia. Miró, casi por instinto, el teléfono silencioso sobre su mesa. Marcó el cuatro.

—Hermana Alma, ¿no dormías? ¿Serías tan buena de traerme un café? Y tráete uno para vos.

Se sentaron junto al escritorio, en los dos silloncitos dispuestos debajo de la ventana.

—Estoy agotada, Alma.

—Madre, ¿por qué no dormís siesta? No te puedo dar otro consejo mejor que ese.

—No puedo, tengo mucho que hacer. Distráeme, cuéntame qué rumores hay de las hermanas. ¿Me has enviado las espías al recreo? —y soltó una suave risa.

Cuando reía de ese modo, le desaparecían los ojos y el rostro formaba un perfecto círculo enmarcado por el velo. Había crecido en el norte del país, con su hablar musical. Era una mujer atractiva, sin rasgos particularmente lindos; estatura media, ni delgada ni con sobrepeso, pero algo de su postura imponía respeto y admiración. Los hombros erguidos, o quizás el cutis, tan perfecto. La palidez de las monjas contrastaba con el blanco transparente de la piel de madre Beatriz. Tenía cejas finas y de un rubio intenso. Sus manos juveniles y distinguidas parecían no haber visto el sol.

Las últimas noticias que le traía Alma no le sorprendieron. A pesar del carácter reservado y bondadoso de su priora, Beatriz contaba con su fidelidad. Otra vez el mismo grupo de monjas que murmuraban en los recreos y aun en el trabajo. Las peores críticas venían desde el taller de costura. La hermana Analía, siempre Analía, sin ella las cosas serían tanto más fáciles. No había podido aceptar que eligieran a Beatriz como abadesa, siendo tan joven, cuando había otras candidatas más maduras y preparadas. Analía no la había votado y había hecho campaña para evitar que recibiera la mitad más uno requerida. Su argumento era que no llegaba al mínimo de edad y que si era votada iba a ser necesario obtener una dispensa papal. Había hablado con las hermanas más influenciables para convencerlas de que no era la voluntad de Dios por no cumplir con todos los requisitos. Hacía casi ocho años que la comunidad había obtenido el permiso papal. La madre Beatriz se había puesto al frente del abadiato y por ley canónica lo estaría hasta su muerte.

—La hermana Analía lleva en su ser la necesidad de descontento y contrariedad, ¿no coincides conmigo, Alma?

—Madre, aquí el problema lo tendrías que abordar por el lado de las que la escuchan. La hermana Analía es un cáncer en la comunidad, que ya no tiene cura.

—¿A quiénes te refieres?

—No lo sé, madre. Necesito más tiempo —afirmó antes de dejar a su abadesa.

Madre Beatriz retomó su trabajo. Releyó sus notas, pero no pudo avanzar. Pensaba en Analía, incitando una nueva crisis en el seno de su comunidad, y no lograba concentrarse. Sabía que no la podría encarar. Ninguna otra monja le producía temor y desconfianza como ella; prefería acercarla como amiga. La hermana Alma tenía razón, en su simplicidad la había descrito con la palabra más adecuada: era un cáncer, y no podían detectar por dónde había comenzado a hacer estragos.

Interrumpió su tarea y marcó el número de sus asistentes del noviciado. Tenía tanto por hacer. Debía preocuparse por las más jóvenes, mientras estaban en dócil formación.

—¿Hermana Gloria? Por favor, envíame a Marie al escritorio de abajo.

Como maestra de novicias, Beatriz tenía una oficina en el ala del noviciado, donde recibía a las jóvenes, pero en este breve paréntesis que se tomaba en la preparación de su conferencia eligió hacer ir a la postulante a la planta baja.

—Marie, adelante.

Le indicó que se sentara frente a ella.

—Te respondí que vinieras mañana, pero tengo un hueco hoy, así que aquí estamos.

Marie no estaba preparada para la charla. Pensó que iba a tener un día más para rezar y escribir lo que quería conversar con su madre espiritual. Un ardor le subió de pronto por las mejillas. Estaba roja hasta las orejas, supo, avergonzada.

—Has pedido verme, Marie. ¿Cómo te sientes? En una semana estaremos celebrando tu iniciación al noviciado. Qué emoción,

¿verdad? El jueves y viernes harás un retiro de dos días.

—Estoy nerviosa, madre. Quería que supieras que otra vez siento dudas, pero sé que son los nervios.

—Marie, este paso que vas a dar es solo un compromiso con la comunidad. Aquí no se trata de votos ni promesas formales. Es una ceremonia completamente familiar, entre nosotras, y no te va a cambiar nada más que la apariencia exterior. ¡Estarás aliviada de dejar esa ropa! —Rio—. Por supuesto que el cambio por la túnica y el velo es señal de un cambio interior que se irá dando muy de a poco, de un deseo tuyo de seguir explorando la vida monástica, pero no lo tomes como algo definitivo.

—Sí, madre. No sé por qué lo estoy viviendo como algo tan importante, no sé por qué me da mucho miedo. Tengo miedo de estar equivocada, miedo de no tener vocación. —Los ojos llenos de lágrimas, bajó la cabeza—. Extraño a mi familia. Pienso en ellos todo el tiempo, en lo mucho que los hice sufrir.

—Mira, Marie. —Estiró los brazos para tomarle las manos a través del escritorio inmenso y la miró a los ojos—. Esta misma conversación la tengo con todas las postulantes. Es muy normal lo que sientes. Al contrario, sería llamativo si no tuvieras estas dudas. Pero no las llamemos dudas, sino purificaciones. Estos son los momentos en que creces mucho más y tu fe se fortalece. Son los momentos en los que Dios te habla y te pide que te pongas en sus manos y dejes que sea Él quien obre en vos.

El sábado siguiente, por la tarde, las monjas y novicias se reunieron en el salón comunitario, se fueron ubicando en sillas dispuestas en semicírculo para asistir a la ceremonia de iniciación al noviciado. Una mesa larga de madera oscura presidía la sala, tras ella el sillón abacial de cuero y, al costado, un flamante atril con pie de bronce que exhibía el libro de la regla monástica.

Las hermanas Gloria y Marcela, asistentes de la maestra de novicias, prepararon a Marie en el escritorio del noviciado vistiéndola con la túnica negra que le llegaba por debajo de las rodillas, las medias oscuras y zapatos abotinados. La madre Beatriz entró a las tres

menos cuarto de la tarde a cortarle el cabello y colocarle ella misma el nuevo velo blanco, corto hasta los hombros, que usaría durante los próximos dos años de preparación para los votos temporales. Beatriz tomó unas tijeras grandes y, pronunciando una bendición, cortó de una vez la cola de caballo por encima de la cinta con la que la postulante sujetaba su pelo. Luego le pasó las tijeras a Marcela para que emprolijara el corte mientras ella conversaba con Gloria. A las tres en punto, salieron del escritorio la abadesa y Marie a su lado, escoltadas por las dos hermanas ayudantes del noviciado.

Cuando entraron a la sala comunitaria, las monjas las recibieron de pie y entonaron un himno a la Virgen María. Sonreían mirando a Marie mientras cantaban, aprobando su nuevo uniforme monástico. Se sentaron cuando la madre abadesa, Marie y las escoltas tomaron asiento detrás de la mesa principal. La hermana Alma se acercó al atril y leyó, en voz alta y firme, un fragmento breve de la regla monástica: “Al que por vez primera viene a abrazar la vida monástica, no se le conceda fácilmente la entrada; antes bien, como dice el Apóstol, probad los espíritus, si son de Dios. Se le asignará un anciano tal, que sea apto para ganar almas y que vele con todo cuidado sobre él. Y tenga solicitud en observar si realmente busca a Dios”.

Cerró el libro y con las manos bajo el escapulario y la mirada fija en las baldosas regresó a su lugar en la primera fila.

La madre abadesa, bien erecta en el sillón abacial, abrió la carpeta de cuero que tenía delante y, mirando ocasionalmente sus notas, se dirigió a la nueva novicia y a todas las monjas: “Hermanas, nuestro Dios nos llama hoy a pasar de la gratuidad a la misericordia.

”Los pasos de nuestro llamado a la vida monástica, que recorremos desde el primer día hasta el último, son tres:

”- El primer paso está marcado por la gratuidad. Se trata de un llamado gratuito, dado que tenemos opciones, tenemos libertad.

”- El segundo es el sentimiento de atracción. Nos sentimos atraídas por ese llamado.

”- El tercer paso se da finalmente cuando elegimos al Señor. Elegimos que Dios nos abrace con su misericordia.

”Este es el largo camino que hoy inicias, Marie, pero es también el camino que cada una de nosotras, hermanas, iniciamos hoy y cada día, cada mañana.

”Esta atracción que sentimos por el Señor, esta seducción que se renueva día a día, es una atracción por lo perfecto. La perfección atrae. No la conocemos de manera positiva, pero eso no significa que no sea real.

”La perfección nos atrae, y sin embargo Dios nos deja libres. Podemos decir que no. Podemos decir que no todos los días y cada día.

”Pero si lo elegimos, y cada vez que lo elegimos diariamente, esta elección tiene tres consecuencias:

”- La estabilidad: ‘Con amor eterno te he amado’, Jeremías 31, 3. Es una elección permanente.

”- Esa permanencia hace que la atracción de Dios no pueda cesar.

”- La elección debería bastarnos. Es la respuesta de amor a la persona del Señor. Esa respuesta debe ser aquella en la que creemos, en donde ponemos nuestra fe. ‘Credere’, creer, cuya etimología contiene en sí el ‘cor-dare’, es decir, dar el corazón. Se trata así de la entrega de nuestro corazón, de nuestro ser, con nuestros deseos más profundos, hoy y cada día.

”Hermanas, querida hermana Marie, la misericordia de Dios nos llama hoy a entregar nuestro corazón. No se trata de adquirir nada, sino de perdernos, de entregarnos y dejar que sea el Señor quien haga su obra. Aceptemos, sepamos poner en manos de Otro la tarea”.

Al terminar la conferencia, la abadesa se dirigió al centro de la sala. Marie se acercó, seguida por las hermanas Gloria y Marcela, y se arrodilló frente a la madre Beatriz. Con la mano izquierda sobre el velo nuevo de Marie, la abadesa le hizo entrega del libro de la regla.

—Hermana Marie, con este nuevo nombre te recibe nuestra comunidad con alegría.

Un súbito escalofrío recorrió las espaldas de Marie. Se

transformaba, en ese instante, en “hermana”, en religiosa. Ingresaba y desaparecía en el corazón de una hermandad monástica.

—Has demostrado perseverancia en la búsqueda de Dios y en el aprendizaje de nuestra vida religiosa durante este año de prueba. Recibe este velo, símbolo de tu renuncia a tu ropaje, a tu vida anterior. Recibe el libro de la regla monástica con el compromiso de seguir estudiándola y cumpliéndola fielmente.

Marie se puso de pie. Mientras las hermanas del coro entonaban un canto a la Virgen, abrazó a la abadesa, luego a la priora Alma y a todas las hermanas, una por una, comenzando por las monjas mayores y terminando por el noviciado y las postulantes, que la felicitaron emocionadas.

La sala de visitas tenía ventanas que ocupaban toda una pared. El sol de un otoño anticipado, después de misa, resaltaba lo impecable de los pisos y muebles de madera. Marie entró y sus padres la abrazaron, impregnándola con un perfume familiar. La madre de Marie se cubría la boca con un pañuelo y le acariciaba el velo blanco que escondía el cabello. Los padres la tomaron de la mano y arrimaron tres sillas pesadas hasta quedar bien cerca uno de otro. Su padre vestía una camisa del color de sus ojos, aquella que le había regalado Marie la última Navidad, y una corbata y saco, a pesar de ser domingo.

6

Los padres de Marie habían madrugado para asistir a la misa de domingo, un día después de la ceremonia de iniciación al noviciado de su hija. Ella les había explicado que, después de la etapa como postulante, con una breve ceremonia privada comenzaba lo que propiamente correspondía al inicio de la vida religiosa, dejando atrás el período de prueba. Estaban ansiosos por ser los primeros en la sala de visitas. Querían estar solos con ella, lo más posible, al menos para el primer abrazo en un día tan especial. Marie se había ido de la casa once meses antes, bien contados, repetía el padre. La herida seguía lastimando. Estaban orgullosos de su hija y de que hubiera tomado esa responsabilidad tan joven, pero no podían comprender la situación completa.

Durante los primeros seis meses, la veían todos los domingos por las mañanas, después de misa, hasta que las campanas del mediodía los obligaban a despedirse. A partir de entonces, Marie les había pedido que respetaran el nuevo régimen de visita: un domingo por mes. Se habían acostumbrado a esa rutina, sin opción. Luego de verla solían almorzar con amigos o con sus hijos, el que estuviera en casa. Notaron que Marie se estaba volviendo más reacia a contar lo que hacía. Ya no describía como antes los detalles de sus actividades, cuando solía hablar del trabajo, las clases, hasta de la comida y los recreos. Más introvertida, contestaba sonriente pero con pocas palabras; había pasado a ser ella la que les hacía preguntas. Quería saber todo sobre cada uno de la familia.

Al principio iban también los hermanos. A veces con los padres, a veces solos, pasaban un rato a saludarla. Pero gradualmente habían comenzado a saltearse domingos, en particular Lucio, a pesar de la insistencia de los padres.

—Hace más de dos meses que no la ves a Marie —le reprochaban.

La menor, en cambio, acompañaba a menudo a los padres.

Ese domingo los hicieron pasar a una sala privada.

—Hoy van a esperar a Marie aquí —les dijo la monja que atendía la portería—. ¡Los felicito por la nueva novicia!

El locutorio era un salón chico, con ventana de dos hojas por donde asomaba un árbol tupido que dejaba entrever el edificio y poco o nada de la intimidad de la vida contemplativa. No tenía un mostrador que los separara de las monjas, como las otras salas de visita. Un salón sobrio y elegante. Sillas de brazos con asiento y respaldo de cuero rodeaban una mesa baja despojada.

—Sentate. Parece que nos subieron de categoría.

La negrura de la madera contrastaba con un blanco impecable en las paredes, en las que solo colgaba, demasiado alto, un crucifijo inmenso. Ignorando a su esposo, la madre de Marie se dejó caer en una de las sillas y clavó la mirada en la cruz, mientras el padre se paró silencioso junto a la ventana, intentando ver por dónde vendría su hija.

—Los chicos no llegan —se quejó, sin dejar de mirar el Cristo sangrante—. Otra vez se van a perder el horario de visita —protestó cansada.

Marie entró a la sala con su nuevo uniforme de novicia. Después de abrazarse largamente, se sentaron muy cerca uno de otro. Los padres, conmovidos, no dejaban de mirarla.

—Contanos todo. ¿Cómo fue la ceremonia? —le preguntó el padre, tomándole la mano entre las suyas, anchas y fuertes.

—Siempre con las manos calientes, papá. ¿Qué les parece esta sala que nos dieron? —dijo Marie, evitando las lágrimas de su madre.

—Ya veo que ahora que tenés velo nos dan tratamiento especial —bromeó el padre—. ¿O es por ser el primer día y después al gallinero nuevamente?

Marie les contó con detalles los pasos de la ceremonia de iniciación, el retiro que había hecho unos días antes, y les habló del cambio espiritual que ello representaba en su vida y el compromiso

que había asumido ante la comunidad de religiosas, ahora sus hermanas. Su madre lloraba. ¿Cómo explicarle que esa vida la hacía feliz? Le costaba convencerla de que aquella rutina sí era interesante, que no extrañaba el mundo exterior. Era la vida que había elegido. La búsqueda diaria de Dios, un desafío y una pasión para quien tuviera vocación religiosa.

Media hora antes del oficio del mediodía y del fin de la visita, entraron a la sala sus dos hermanos para saludarla, trayendo con ellos a la abuela Antonia. Lucio era el mayor, con casi un año más que Marie. La menor, Margarita, quince años recién cumplidos.

Se disculparon ante la mirada de reproche del padre y saludaron a Marie sonriendo nerviosos, tanteando una reacción adecuada ante el nuevo cambio exterior de su hermana. Antonia estrechó a Marie emocionada, en un largo abrazo, y tomándole las manos se alejó un poco y la observó de pies a cabeza, elogiándola con palabras de admiración.

Acababan de arrimar sillas para los recién llegados cuando entró la madre abadesa a saludarlos y felicitar a la familia por la flamante novicia. Marie se puso de pie en cuanto la abadesa abrió la puerta, obligando a todos a hacer lo mismo.

—Qué alegría verlos a todos juntos —dijo la madre Beatriz—. Estarán muy orgullosos de Marie. Ahora la llamamos hermana Marie —la señaló con orgullo—, y ya forma parte plena de nuestra comunidad monástica. Este es el comienzo del período de estudio y de preparación para los votos temporales, que serán en dos años. ¿Qué les parece? Le queda lindo el velito blanco, ¿verdad? —bromeó.

El padre de Marie la miraba con seriedad mientras su esposa asentía, sí, sí, le queda muy bien el velo blanco.

—¿Y ustedes, chicos, cómo están? ¿Cómo va la universidad, Lucio? ¿Mucho para estudiar?

La abadesa sonreía y buscaba la complicidad de la abuela para distender el clima que parecía haber creado su presencia. Lucio observaba esa sonrisa grande que vocalizaba sin pronunciar las erres, y su mente vagaba, perdida en pensamientos confusos. Se sentía espectador, ausente y externo a la escena que sucedía a un paso de él.

Nuevamente él no estaba allí, como no estaba tampoco cuando asistía como autómata cada mañana a la universidad y se sentaba detrás, en las últimas sillas del auditorio o de las aulas donde transcurrían sus clases.

—Se ha acabado la vida fácil, ¿verdad? —prosiguió la abadesa, mientras Lucio la miraba sin verla, afirmando y reafirmando con la cabeza.

Habían pasado más de dos meses desde su última visita a Marie. Ya no cuestionaba la decisión que su hermana había tomado. Le parecía respetable y que lo más importante era seguir los propios deseos. A sus veintidós años, Lucio estudiaba ingeniería, la expectativa de su padre. Seguía el curso de la carrera sin dificultad, aprobando sin estudiar. Leía una vez y no olvidaba ni las comas, y las matemáticas no le resultaban difíciles. Se había propuesto recibirse, buscando demostrar a su padre que podía cumplir con su mandato y no defraudarlo. Había transitado su adolescencia en una manifiesta rebeldía, pero desde su ingreso a la universidad había decidido mostrar conformidad y dejar de confrontar a sus padres. Con esa nueva actitud adulta terminaría la carrera y colgaría en el estudio de su padre el trofeo del título. Mientras miraba la escena que se había formado en torno a Marie y cómo esa religiosa extraña de velo negro imponía su voz aguda, hablando y gesticulando ante sus padres, imaginó la presencia de una actriz de cine, de rock, una celebridad a quien todos debían adorar para evitar una rabieta. Él era el espectador. Últimamente sentía que no estaba presente en su vida, sino que esta se mostraba delante de él como una película. Se sentía cerca del pensamiento oscuro de El extranjero, que leía con avidez en el tren. “Hoy murió mamá. O quizás ayer, no lo sé”. Se veía a sí mismo ajeno a su propio entorno y aun a su propia vida, siendo su realidad más auténtica aquella que vivía en el tren, acompañado por Camus y otros existencialistas, mientras las casas, los árboles y el tiempo pasaban ante su mirada. Era el espectador no comprometido, sentado en una butaca viendo pasar las historias de otros personajes, y en particular la historia de su propio personaje. La entrada al convento de Marie había significado un hecho más de aquellos que miraba con distancia. La casa había quedado más vacía, y ya no se reunían sus amigos con las amigas de Marie en la cocina a compartir interminables charlas alrededor de una horma de queso, de aquellas que la madre compraba a kilómetros de la ciudad para ahorrar unos

pesos. Marie ya no estaba.

Margarita tenía seis años menos que su hermana. Como hija menor, no la habían hecho partícipe del drama que vivían. Se había enterado dos meses antes de la entrada de Marie, cuando los padres le anunciaron que harían un viaje al mar los cinco para despedirse de las vacaciones familiares. Marie, la hermana maternal que la protegía cuando estaba en problemas. Admiraba todo lo que ella hiciera, y cuando le explicaron la vocación y la entrada al convento, había sentido orgullo por ser su hermana.

—Vas a tener el cuarto para vos sola —le decía Marie—. Lo vas a decorar como vos quieras.

Podría invitar a sus amigas a dormir, se alegró. Pero a ella le gustaba que su hermana pusiera las reglas de convivencia en el dormitorio. Le divertían y sorprendían sus ocurrencias y las iba a extrañar.

Cuando oyeron las campanas de llamada al rezo del oficio del mediodía, la madre abadesa les permitió conversar unos minutos más. Marie debía volver a entrar al claustro para la hora del almuerzo. Se despidió y se dirigió a la capilla, dejando a la familia sola en el locutorio para disfrutar los últimos momentos de la visita.

Margarita le preguntó cómo le había quedado el cabello.

—¿Cuánto te lo cortaron? ¿Quién te lo cortó?

Quería saber todos los detalles de la puesta del velo. Ya comenzaba a sentir la angustia que le producía el final de la visita. Le gustaba ese lugar de paz. Le gustaba ver a su hermana y responder a sus preguntas, pero no era como antes; el tiempo era demasiado corto, el tiempo ahora tenía límite. Algo importante se había perdido. No podían tirarse las dos en la cama a conversar. Ya no podían reírse juntas ni tenía ya su protección.

Marie les contó que había comenzado a conducir el coche del monasterio.

—Hay una sola monja que maneja, así que la madre me dijo que ahora quiere que yo también sea chofer. Se hace muy pesado para una

sola.

—¿La madre? —replicó la mamá.

—Pero ¿adónde tienen que ir? ¿No nos contaste que les traen todas las compras aquí? —preguntó el padre.

—Sí, pero a veces hay que llevar a las monjas al médico. Hay trámites, imagino. Yo tengo que hacer lo que me pidan.

—¿Entonces vas a poder salir de la clausura? —preguntó Margarita entusiasmada—. ¿Eso quiere decir que alguna vez podés venir a casa?

Se despidieron. Marie cerró con suavidad la puerta del locutorio. La familia la siguió con la mirada a través de la ventana, hasta que los árboles la escondieron. Antonia salió al hall de entrada abrazando a Margarita. Marie era su primera nieta, la mayor, la mujer. Había nacido el mismo día de su cumpleaños número cincuenta, a los dos meses de haber enviudado. Cada vez que los padres viajaban, Antonia se mudaba para cuidarlos. De todos los nietos, era Marie quien iba con ella al cine, al teatro, a visitar a sus amigas viudas. Marie, la nieta a quien invitaba a viajar y que le organizaba los remedios y los documentos. Con ella tenía las charlas más lindas. Su idealismo y su búsqueda constante de experiencias nuevas la habían preocupado, hasta que le anunció su vocación. Había rezado mucho por su nieta, para que encausara su vida, pero, aun siendo tan religiosa, Antonia no había previsto una decisión tan radical, ni que Marie iba a estar tan lejos de su vida cotidiana.

7

“¡Quiero un pucho!”, gesticulaba Renata, moviendo los labios sin emitir sonido.

La ventana abierta de la celda dejaba entrar la música y el calor; la hermana Renata bailaba. Golpeaba su boca con los dedos y le hacía señas a Marie, quien le leía los labios. Sonreía sacudiendo su figura delgada, mostrándole cómo llevaba el ritmo en cada parte de su cuerpo, ritmo que el hábito religioso no había apagado aún.

Era la hora de silencio absoluto, el silencio mayor, que regía en dos momentos del día; desde la madrugada hasta el fin de la misa y, por la noche, después del oficio de las completas. Ya celebrado el último rezo comunitario, tras la cena, las religiosas se habían dirigido con recogimiento a sus habitaciones, terminando así un día más de oración y trabajo. Las jóvenes del noviciado, a sus dormitorios en el ala sur del segundo piso; custodiando el silencio, en cada extremo del pasillo, las celdas de Gloria y Marcela, ya profesas de votos solemnes. A diferencia del habitual silencio diurno que las hermanas podían romper por necesidades de trabajo o estudio, el silencio mayor prohibía no solo las palabras, sino también las distracciones y la comunicación gestual. No respetar las horas mayores de recogimiento e introspección constituía una falta grave.

La hermana Marie se divertía mirando a su nueva compañera de celda, conteniendo las ganas de bailar. Apenas movía los tobillos y los pies. Hacía mucho calor. A pesar de estar bien entrado el mes de abril, la humedad muy alta abrumaba el ambiente. Quién iba a poder dormir con esa música penetrante, sabiendo que del otro lado de la calle, desde los fondos del club de pueblo, alguien celebraba con amigos.

Mientras Renata bailaba, Marie se dedicó a matar mosquitos, esos huéspedes perseverantes que no terminaban de morir, primero

palmeando sus propios brazos y luego, las paredes y las sábanas. Renata la siguió, siempre moviendo el cuerpo, que respondía casi por instinto al ritmo de las canciones que podía reconocer. Renata había pasado ya más de dos años lejos del mundo de las fiestas. Algo mayor que Marie, había entrado al monasterio un año antes, y las dos eran novicias de velo blanco. Se miraron y comenzaron a reír, conteniendo las carcajadas, y a mover las caderas debajo de sus camisones blancos, anchos y largos, deshaciéndose de los mosquitos al compás de la música.

La risa provocó en Marie un ataque de asma, de aquellos que en los últimos meses se le estaban repitiendo de noche. Era la risa, lo sabía, y también comprendía que no podía abusar del vaporizador. Nunca había tenido asma con esa intensidad, pero prefería ignorarlo. Sabía que se dormía y despertaba mejor a la mañana siguiente. Tenía que evitar reírse, le decían sus compañeras provocándole más risa. Renata se dejó caer sobre la cama, le guiñó el ojo y apagó la luz. Marie sacó del cajón de la mesa de luz un frasco homeopático y puso en su boca seis globulitos. Repetía mentalmente las letras de las canciones con la atención fija en el movimiento de su pecho, que subía y bajaba con opresión y tos reprimida, mientras respiraba del modo que le había enseñado el médico. Inspiración profunda contando hasta cuatro, exhalar contando hasta cinco. Poco a poco, su respiración comenzó a hacerse más pausada. Cerró los ojos aliviada y se durmió pensando en el cansancio que sentiría al día siguiente, a las cuatro y media, cuando sonara el despertador.

Al salir de la misa, cruzó el claustro y se detuvo frente a la enfermería. Dio dos golpecitos tímidos en la puerta y esperó. Respiraba hondo y largaba el aire por la boca. Tengo que hacer algo, pensó. Luego de unos minutos, llegó Alma, la monja enfermera, y le dirigió una media sonrisa con una inclinación de cabeza lenta mientras sacaba un llavero del bolsillo de su hábito. A pocos pasos la seguía Emilia, con la mirada escondida bajo el velo negro, clavada en las baldosas rojizas cuadradas. Con un gesto, Alma indicó a Marie que esperara afuera y cerró la puerta con firmeza. Marie imaginó los brazos flacos de la hermana Emilia debajo de todo ese género oscuro y suelto que marcaba solo los huesitos sobresalientes de los hombros. Cuando Emilia salió, la hermana Alma hizo pasar a Marie y le pidió

que se sentara mientras ella revisaba unos papeles. Alma era de aquellas monjas a las que era imposible asignarles una edad; alta y robusta, siempre tenía aspecto cansado pero afable.

A pesar de que solo llevaba un año en el monasterio, Marie se sentía incómoda yendo a la enfermería. Las pocas veces que había entrado, salía con la certeza de que no tendría que haber ido. Renata se lo había anticipado.

—Si podés, evitalo.

Ella sí que necesitaba pasar por allí con frecuencia. Hacía meses que sentía molestias estomacales. Ya no se trataba de recetas de la enfermera, sino de visitas a especialistas. Por el momento, se mantenía con régimen de comidas. Los médicos opinaban que el problema era crónico; nada grave, le habían asegurado. Posible intolerancia a las harinas, pero debían seguir investigando.

La hermana enfermera indicó a Marie que redoblara la dosis homeopática y que si necesitaba descanso volviera a la tarde para pedirle la dispensa al oficio nocturno. Ella le comunicaría la decisión a la maestra de novicias.

Por la tarde, monjas y novicias compartieron el recreo. Los días de sol las monjas se reunían en el jardín a conversar, cerca de los talleres, y las novicias buscaban un rincón alejado del parque. Con lluvia o con frío, la sala comunitaria era el lugar del recreo de las monjas, mientras que las novicias se quedaban en el segundo piso, en la salita del noviciado, para que cada grupo tuviera su privacidad. La madre abadesa había tomado la costumbre de invitar al noviciado los domingos y días de fiesta, para que participaran de los recreos con las hermanas ya consagradas. Ese día Marie buscó sentarse en un grupo animado. No quería tener que hacer el esfuerzo de hablar ni que nadie notara que no había dormido bien. Muchas veces se armaba una ronda enorme de sillas, en torno a la abadesa, y otros días se formaban grupos más pequeños. Marie se sentó junto a Renata y algunas hermanas de velo negro que hablaban con entusiasmo e hizo un esfuerzo por atender. Después de la noche de asma, hubiera necesitado irse directo a dormir al terminar el almuerzo, pero no se

había animado a pedir el permiso a la enfermera. El grupito de al lado hablaba muy bajo, tres hermanas de velo negro. Marie estaba muy cerca de ellas y oyó partes de la conversación que la intrigaron. Hablaban en secreto, y sabía que no estaba bien escuchar. En su propio grupo, Renata hacía bromas y las monjas le festejaban todo lo que decía riéndose a carcajadas. Marie intentó volver la atención hacia ellas y trató de participar, cuando sonó la campana indicando el fin del recreo.

Después de la siesta y las clases de la tarde, Marie se arrodilló cerca del altar a la hora de la meditación. Aún respiraba con residuos asmáticos. Renata la había hecho reír mucho. Se sentía culpable. Pidió perdón por haber bailado y reído. Después del oficio de las completas es hora de silencio mayor y recogimiento, repetían siempre las formadoras. Tendría que confesarse. Recordó también con culpa la conversación que había oído durante el recreo. Las tres monjas hablaban de la enfermera, y no eran comentarios positivos. Las oyó cuestionar el tratamiento de la hermana Emilia, la responsabilizaban de su flacura. Pero la hermana Alma había sido atenta con ella, estaba agradecida. Le había incluso sugerido que volviera para pedir descanso si lo necesitaba. En su breve vida de novicia Marie ya había comenzado a sentirse contrariada cuando tenía que avisar a sus superioras que no se sentía bien o que necesitaba dormir un poco más. Una sensación nueva de culpa y vergüenza que conllevaba un buen grado de humillación y que trataba de evitar a toda costa. Una preocupación que nunca se le había presentado cuando vivía con su familia. Si estaba cansada, dormía más. Si se sentía mal, su madre siempre encontraba alguna solución para aliviarla. Nunca se le había ocurrido pensar si era real o no estar cansada o enferma. Pero en el convento todo estaba reglamentado y tenía que pasar por las superioras. Si necesitaban descanso, debían ir a golpear a la puerta y contar por qué se sentían cansadas. Si se sentían enfermas, debían tener explicaciones claras de sus síntomas, y estos debían ser importantes. La perseguía un velado temor a no ser creída. Se predicaba a las novicias que ya no eran dueñas ni de sus cuerpos ni de sus sentimientos. Debían olvidarse de sí mismas y confiar por entero en la sabiduría de la maestra de novicias y sus ayudantes, quienes tenían el don de Dios de discernir e interpretar las necesidades de las jóvenes a su cargo. Se les enseñaba a ser fuertes y tener mayor

tolerancia al sufrimiento. Las monjas no somos mantequitas, les decía una y otra vez la abadesa.

Miró a su alrededor. Era la hora de la oración personal de la tarde. Antes del rezo del oficio de las vísperas, cada hermana meditaba sobre algún texto de la Sagrada Escritura de manera libre. Podían ir a la capilla, al claustro, al jardín, o quedarse en su habitación y rezar, leer y meditar lo que cada una prefiriera. Marie estaba muy dispersa. Como siempre, leía un fragmento de algún texto, y en cuanto intentaba rumiarlo su pensamiento divagaba con las ocurrencias más dispares y lejanas a una actitud contemplativa. Se encontraba a menudo con el dilema de qué leer. Pasaba de un texto a otro, indecisa y ávida, sin saber qué pasaje bíblico sería más adecuado para provocar una reacción meditativa y de adoración. Ansiaba revivir la experiencia de su llamado a la vida religiosa, aquella experiencia mística primera, sola con su Dios. No podía quedarse demasiado tiempo quieta sin que la invadieran una terrible somnolencia y ganas de echarse en una cama a dormir. Con frecuencia su mente cedía ante una de sus distracciones predilectas: mirar quiénes estaban en la capilla con ella. Le gustaba pensar qué estarían leyendo las otras monjas, siempre tan recogidas y santas. Quizás cuando llegue a monja me podré concentrar, pensaba. La abadesa afirmaba que se trataba de una cuestión de entrenamiento, un proceso a conquistar. La distracción no es pecado, le aseguraba, mientras uno siempre trate de volver a concentrarse en lo que debe.

Otras monjas habían escogido como ella meditar en la capilla. Sin importarles dónde, se sentaban separadas, asegurándose de no estar ninguna muy cerca de la otra, y así facilitar la soledad. Marie las miró una por una, sin poder compartir la piedad con que rezaban. ¿Qué habría en la mente de cada una de esas mujeres tan diferentes y tan dedicadas a esa misteriosa vida de entrega? Todas parecían felices y contemplativas, y eso le comprimía el corazón. Ya desde los días en que había empezado a visitarlas, se hablaba mucho de la alegría que irradiaban las hermanas hacia el mundo exterior, una alegría que todos atribuían a la cercanía de Dios. Siempre sonrientes y serenas. Pero también algunas de ellas parecían haber transgredido las normas con sus comentarios en el recreo, murmuraciones. Monjas de edad mediana, con muchos años de experiencia, habían cambiado prontamente el tema cuando la vieron. Ellas también parecían muy enfocadas en sus Biblias. ¡Qué envidia le daba! Ahí estaba Renata.

Desde que compartían la celda, había comenzado a conocerla más. Una novicia divertida, pero cuando tenía que rezar sabía concentrarse. Para Marie era un esfuerzo penoso sostener la atención en un texto y olvidarse de otras conversaciones del día. Le empezaba a doler el cuello y sentía necesidad de mover las piernas. Solía saltar de un texto a otro, de los que sugería la Biblia en las notas, hasta que se pasaba la hora y oía aliviada la campana que las llamaba al siguiente oficio, y luego a comer. Finalmente la hora de la cena, el momento más esperado por Marie, no solo por el hambre permanente que sentía, sino también porque indicaba que el día se acercaba a su fin y podría irse pronto a dormir y lograr unos minutos más de sueño.

Dejó a un lado esos pensamientos. Pidió perdón al Señor por sus distracciones y por haber escuchado las conversaciones ajenas en el recreo. Volvió a su lectura. Su maestra de novicias y abadesa le había sugerido que, cuando no supiera qué leer, empezara por el principio: el Génesis. Le decía que, así como ese era el origen de la Palabra de Dios a los hombres, ese sería el principio de su comunicación con Dios. La Palabra inspirada, ahí estaba todo, ahí estaba la fe, el origen de la fe, el sentido de la vida. Deja que Ella te hable, le había dicho la última vez que se vieron.

Se arrodilló en actitud más meditativa y para cambiar de postura, otra de las recetas. Abrió la Biblia, el Génesis. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”, y repasó los siguientes renglones que comenzaban con “dijo Dios…”. Miró recogidamente hacia el altar uniendo las palmas de sus manos y apoyándolas sobre la Biblia. Qué lugar luminoso, blanco, puro. “Dijo Dios”. Dios habló. Ahí está su Palabra, ahí se la celebra, en ese altar. A los costados, dos jarrones llenos de rosas blancas. ¿Quién habrá regalado tantas rosas? “En el principio existía la Palabra”, se acordaba de que en algún otro lado decía eso. La madre abadesa la había exhortado a que dejara que esa Palabra penetrara en ella.

—Es Dios mismo el que tiene que entrar en vos e impregnar todos tus poros, pero está en vos el permitírselo.

Apoyó la cabeza entre los brazos y pensó en Dios. ¿Cómo es? ¿Una palabra o un espíritu? ¿Un soplo? ¿Por qué a veces podía sentirlo, pero tan pocas veces? Él la había llamado a esta vida y Él había llamado a cada una de estas hermanas. Fue Dios el principio de

su llamado. Marie debía dejar que Él hiciera el resto.

8

La madre abadesa decidió anticipar la ceremonia de los votos temporales de Marie al mes de diciembre, a pesar de que aún no había cumplido los tres años en el monasterio. Le comunicó que pronunciaría sola los primeros votos, y no con las hermanas Micaela y Agustina, como había sido planeado originalmente.

—He decidido, por esta vez, evitar una ceremonia de tres —le anunció madre Beatriz—. Prefiero que esta ceremonia sea tuya, tu momento. No me gustan las ceremonias tan masivas, aunque haremos una excepción con la profesión de cuatro de las novicias, cuando llegue el momento de sus votos definitivos.

Marie había compartido con sus compañeras los primeros años de formación y la ilusión de profesar con sus dos amigas. Pero la manifestación de confianza de la abadesa, el hecho de que la hubiera elegido para adelantar la fecha, la hacía sentirse especial. No podía dejar de alegrarse por la adulación que ello significaba.

—Prefiero dedicarles tiempo individualmente. Dos es lo máximo. No serán los votos definitivos, pero es un momento al que quiero que le den mucha importancia. Es la primera gran promesa a Dios de tu cuerpo y de tu voluntad. Hasta hoy, Marie, la entrega de tus intenciones había sido frente a nosotras, tus hermanas. Ahora será frente a la Iglesia, frente a sus representantes. No soy yo, sino que es el obispo el que aceptará tus votos de obediencia, de pobreza y de castidad.

El domingo anterior a los votos, a dos días de comenzar su retiro espiritual, recibió la visita de su familia. Sus padres y Margarita llegaron por la mañana, junto con la abuela Antonia, al terminar la misa. Marie les detalló la ceremonia paso por paso. Era importante que entendieran el sentido.

Con la interrupción del toque de campanas de las doce, Marie se puso de pie y sus padres la abrazaron, resignados a verla partir, y se despidieron hasta el domingo siguiente, en que presenciarían la ceremonia y la verían pronunciando su promesa ante el obispo. Las últimas en salir de la sala fueron su abuela, quien le expresó el orgullo que sentía por ella, y Margarita, buscando siempre unos minutos más con su hermana.

A la hora de la siesta, cuando ya estaba recostada, cerrando los ojos, le golpearon la puerta. La hermana portera le anunció con voz suave que tenía una visita. Sin saber quién era, Marie entró al locutorio común y se encontró con la inesperada presencia de su hermano.

Lucio le había traído un regalo, envuelto en un papel de revista.

—Perdoná el envoltorio. Te debía el regalo de cumpleaños —le dijo mientras se abrazaban.

—Mi cumpleaños fue hace meses. ¿Qué te pasó? No viniste más. Contame de vos, ¿qué estás haciendo? ¿Y las clases?

—Las clases, mejor no te cuento. No me interesan. Voy a terminar porque solo me faltan pocas materias. A medida que avanzo, más me aburren. Definitivamente no es lo mío. Pero no hablemos de eso. Abrí el regalo.

Marie lo miró con reproche.

—Te olvidaste de que no puedo aceptar libros sin permiso.

—Marie, no te lo podés perder, te va a gustar. Lo descubrí gracias a mi clase de teatro. Nunca había leído nada de Joyce. Tengo una amiga del grupo que es fanática. Me gustaría que la conozcas. Le conté cómo te gustaba leer y me lo recomendó.

El grupo de teatro se reunía dos veces por semana en la casa de la directora, todos aficionados con ambiciones casi profesionales. Pasaban horas entre ejercicios e improvisaciones, sin preparar obras. Pretendía ser una escuela, un taller de formación de actores.

No era la primera vez que Lucio intentaba pasarle libros. Pero hasta entonces habían sido siempre filosóficos y políticos. Lecturas marxistas, un tal Bertolt Brecht, en particular, que nunca había llegado a sus manos. Después de recibir el primero, la abadesa le había explicado a Marie que durante el noviciado se leía solo lo recomendado por la maestra de novicias. Las lecturas de las monjas se encontraban en la biblioteca, libros sobre la monástica, teología y la historia del catolicismo. Los libros de ficción no llegaban a los estantes.

—Yo me encargo de la selección de lo que entra a la biblioteca —le había explicado la madre Beatriz—. La hermana bibliotecaria organiza y ordena. No leemos ficción. Es una distracción innecesaria.

Los regalos que las familias o los amigos les traían se dejaban sobre un banco fuera del escritorio de la abadesa, con una nota con los nombres de la destinataria y de quién provenía el regalo. Chocolates para compartir, jabones, algún par de medias abrigadas, entre los regalos más frecuentes. La madre abadesa juzgaba qué era lo apropiado para cada monja.

—Son tan solo unos cuentos cortos —le guiñó el ojo Lucio—. Mirá qué finito. Te lo guardás en el bolsillo y nadie te lo ve. Seguro tendrás un bolsillo grande en ese vestido. ¡Escondelo!

Marie rio, cómplice, haciéndole señas para que bajara la voz.

—Dios lo va a ver igual. Para Él no hay secretos.

—Pero ¡qué le puede importar a Dios que leas a James Joyce! ¿Está en contra de la buena literatura? Ustedes le hacen decir a Dios cualquier cosa. Te aseguro que no hay sexo, no hay política, son vidas comunes en Dublín. Nada prohibido. No te va a hacer mal leer, al menos una vez, algo bueno.

Meneando la cabeza y asegurándose de que las otras hermanas que estaban con sus visitas en la sala no la estaban mirando, Marie ocultó el libro en el amplio bolsillo de su túnica.

Los dos evitaron hablar de ella y de sus votos y recorrieron las vidas de amigos en común. Muy pocos habían vuelto a ver a Marie desde su entrada a la vida religiosa.

—Ninguno quiere verte acá —le admitió Lucio.

Faltaban pocos minutos para el fin de la hora de visita, cuando la hermana hospedera hizo entrar al locutorio a Roco. Marie se sorprendió; la última vez que se habían visto, todavía vestía de postulante. Se abrazaron, y Lucio decidió despedirse de su hermana y dejarlos solos.

—¿Te podemos ver el domingo después de la ceremonia? Que pases un buen retiro. Si te quedás sin lectura, ya sabés. —Y con una palmada en la espalda a Roco les dijo que hablaran tranquilos.

—Te traje unos chocolates, Marie. ¿Te van a dejar comerlos?

Roco la recorría de la cabeza a los pies. El velo, esas polleras largas, las medias y los zapatos de colegiala. Le tomó la mano, que Marie se apresuró en retirar.

—Acá no, Roco. Hay mucha gente. ¿Por qué no viniste más?

—No pude, perdoname. No quería verte así, acá adentro, detrás de rejas y puertas. Ahora mismo, no sabés lo que me cuesta mirarte con esa cofia en la cabeza. Fue Lucio el que me insistió para que viniera. Me avisó que ibas a pronunciar tus promesas la semana que viene. Por eso vine. Ya después no va a ser lo mismo.

—Va a ser igual después de los votos, no cambia nada, te prometo. Me verás con un velo blanco más largo que este.

—¿Cómo es ese velo? ¿Podés tener pelo largo?

Intentando tomarle la mano nuevamente y mirándola con intensidad a los ojos, Roco siguió.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Pensalo. Pensalo bien. Que nadie te obligue. ¿No te están forzando? A mí me lo podés decir.

—Roco, tranquilo. Estoy muy segura. Es mi vocación. Vos me tenés que entender, lo hablamos tantas veces.

—Sí, puedo entenderte, pero no quiero que estés acá. Debe ser mi

egoísmo hablando. Pero no vine solo para verte y traerte chocolates, Marie. Necesito contarte algo.

Sin ningún rodeo, Roco le contó que había conocido a un compañero de la universidad que se llamaba Sergio.

—Hicimos juntos un seminario. Él está dos años más adelantado. Tuvimos muy buena conexión.

Roco hizo una pausa. Sostuvo largamente la mirada de Marie y viendo cómo se le formaba un brillo húmedo en los ojos agregó:

—Me gusta; estamos juntos.

Como en un sueño, Marie vio pasar vertiginosamente ante sus ojos el año de noviazgo que habían compartido. Se sintió paralizada y a la vez aturdida; un sentimiento ya olvidado reflotaba con dolor. No tenía palabras y no quería herirlo ni llorar. A sus veintitrés años, era la primera vez que oía una alusión a la homosexualidad. No conocía el tema ni tenía opinión formada. Un calor intenso le fue tomando la cabeza, y las orejas le ardían debajo de la cofia cortita de novicia, mientras intentaba retener las lágrimas.

—Marie —dijo Roco, acercándose más, en un nuevo intento por acariciarle las manos con discreción—, sé lo que estás pensando. Para mí es nuevo también. Perdoname.

Ante el silencio de Marie, Roco se sentó derecho al borde de la silla, buscando una explicación, una palabra de consuelo.

—Sé que la Iglesia lo mira como una aberración. Pero la historia de la humanidad es bien anterior a la Iglesia, y antes no era una condena. Los pueblos griegos lo consideraban un honor, un privilegio.

Roco hablaba sin pausa y cada frase alimentaba la opresión en Marie.

—El hombre joven, con su musculatura —acentuó con exageración la palabra—, era el ideal de la perfección. Tengo libros al respecto. Si querés te traigo. Es un tema interesante. La Iglesia cambió las costumbres, puso límites, inventó el pecado de la carne.

Después del toque de campanas que indicaba el fin de la siesta y el llamado a la oración, Marie se despidió de Roco. Esta vez fue ella quien lo tomó de las dos manos y le pidió que regresara a verla después de los votos.

—Quiero que me cuentes más. Voy a estar esperándote.

Sus miradas sostuvieron una profunda tristeza. Marie volvió a entrar a la clausura, arrastrando el peso de sus pies. Las palabras de Roco resonaban en su mente y sentía inmensas ganas de llorar. ¿Por qué? ¿Por qué había venido a contarle su intimidad? ¿Por qué hoy, cuando estaba por comenzar sus días de silencio absoluto en los que debía concentrarse en preparar su promesa a Dios? Cruzaba el claustro inclinando la cabeza ante las monjas que se encontraba en el camino. El libro, escondido en su bolsillo, golpeaba rítmicamente contra su pierna izquierda. Había recuperado a su hermano. El pacto de complicidad volvía a unirlos como antes. Quería ignorar su deber de entregar el regalo a la madre abadesa. Estaba a días, horas, de pronunciar su voto de obediencia para el que se había preparado durante casi tres años.

—Única y última vez —pensó—. Todavía no pronuncié los votos.

Dejó sobre la banqueta, fuera del escritorio abacial, los chocolates de Roco junto a una notita con su nombre y se dirigió lentamente hacia la capilla, acariciando el libro en su bolsillo.

Durante los cinco días de su retiro espiritual, el conflicto de Roco emergía como una sombra que aparecía y desaparecía. Rezar por él, pensaba, ayudaría a olvidar. Confiarlo a los pies de la Virgen María, la protectora, madre sufriente y silenciosa. Ella lo iba a cuidar. Lo hablaré con la madre Beatriz cuando pase todo esto, se decía, cada vez que el recuerdo la invadía.

El primer día del retiro espiritual comenzó con una conferencia de la madre abadesa en la sala de clases del noviciado: “¿Qué es la vida contemplativa, queridas hermanas? Una pregunta sencilla, sin vueltas, a la que todas podemos responder, aun las postulantes. Pero estoy segura de que tendríamos respuestas variadas. ¿Por qué? Porque cada una de nosotras la experimenta de manera diferente”.

Antes de continuar, corrigió su postura y se acomodó el velo cuidando que le cubriera los hombros con perfección: “Me preguntarán nuevamente por qué. Cada una de nosotras tiene una vivencia distinta de la vida contemplativa porque ella está indisolublemente adherida a nuestro ser, a nuestra esencia. La vida contemplativa es —enfatizó es y sostuvo el sonido de la ese— la vida en la fe. Contemplar es ver, pero ver con una mirada profunda”.

Las novicias, atentas, escribían en sus cuadernos: “Pero quisiera hablarles hoy de un aspecto esencial de nuestra vida de monjas. Hoy, primer día del retiro espiritual de nuestra hermana Marie, en el cual se prepara en silencio para prometer al Señor su vida como persona contemplativa. Nosotras la acompañaremos con nuestra oración y nuestra reflexión. La entrega en nuestra vida monástica se distingue de las otras vidas religiosas por la contemplación. Nuestra entrega religiosa es contemplativa”.

Con su hablar norteño, pronunciaba la erre como ye, mientras seguía acentuando la palabra es, con un matiz de irrevocabilidad. La reiteración de palabras y conceptos era su sello. Lo había tomado de la liturgia, los salmos y sus antífonas, un método usado también en los sermones sacerdotales. Medir las palabras, insistir en las repeticiones para que las novicias incorporaran las ideas e imágenes hasta el subconsciente: “De los muchos aspectos de la contemplación, el más obvio es el de ‘mirar’ a Dios, estudiarlo con una mirada profunda y sostenida, averiguar quién es, cómo es”.

Tomó la Biblia, marcada con cintas de colores, eligió la roja, abrió el libro por la mitad y alisó las páginas acariciándolas con ambas manos: “Hoy, sin embargo, quiero dedicarme a otro aspecto de nuestra vida contemplativa. Para ello, vamos a citar a un profeta bíblico: Ezequiel. Ezequiel abre su libro dando testimonio de las revelaciones que tuvo, aun estando desterrado, aun estando cautivo. ‘El año treinta, el día cinco del cuarto mes, encontrándome yo entre los deportados, a orillas del río Kebar, se abrió el cielo y contemplé visiones divinas…’. ‘La palabra de Yahveh me fue dirigida en estos términos: a ti también, hijo de hombre, te he hecho yo centinela de la casa de Israel. Cuando oigas una palabra de mi boca, les advertirás de mi parte’. Ezequiel 1, 1 y 33, 7”.

Cerró la Biblia, juntó sus palmas a modo de plegaria y las apoyó

sobre la mesa: “Al igual que Ezequiel, como monjas contemplativas Dios nos elije, nos habla y nos pide que seamos sus centinelas”.

Se dirigía a las novicias, deteniendo la mirada en cada una de ellas, hablándole a cada una en particular, mechando silencios que les facilitaran tomar sus notas: “El centinela es aquel que requiere de todos los sentidos para estar alerta: necesita ver, necesita escuchar y necesita olfatear. Necesita hacer silencio para recibir información, para ver lo que pasa a su alrededor, para descubrir lo nuevo y a su vez proteger su casa.

”Nuestra casa es la Iglesia, pero también es nuestra comunidad de hermanas, y es ante todo nuestro cuerpo. Necesitamos ser centinelas para proteger ese cuerpo, para entregárselo puro al Señor.

”El centinela es también aquel que no descansa, se mantiene de pie para poder ver lo más lejano, para poder percibir aun aquello que está en la oscuridad.

”Pero el centinela además debe reconocer las intenciones de aquel que oye y ve a lo lejos. Así como Ezequiel escucha la palabra de Yahveh y obra en consecuencia, el contemplativo hace silencio y estudia a Jesús, escucha la Palabra, e intenta adentrarse en los sentimientos de Jesús. Es a través de la fe que la monja contemplativa es capaz de penetrar y descubrir cuál es la visión que Jesús tiene de su Padre”.

Cerró su cuaderno de notas, del que apenas se había servido: “Esto implica un despojo de la propia mirada sobre las cosas, las personas y los eventos. Abrazarse a la mirada de Jesús, lanzarse a lo desconocido, esa es la fe que se nos pide. La fe es muchas veces el desconcierto, las preguntas para las cuales tantas veces no tendremos respuesta. Se trata entonces de un cambio de mirada”.

Hablaba con pausa, y sin detenerse se volvió hacia Marie, sentada en la primera fila: “Pronunciar los votos, aunque solo sea por tres años esta vez, es, sí, prometer obediencia, prometer castidad y prometer pobreza. Son tres votos fáciles de cumplir en lo externo de la vida cotidiana. Pero a la monja contemplativa se le pide más: se le pide una constante actitud de centinela, vigilante y observadora. Se le pide que cambie su mirada y la suplante por la de Jesús.

”Marie, hermanas, las dejo con esta reflexión: el trabajo contemplativo de una monja es el de transformar su mirada. Miren al mundo, a los otros, a ustedes mismas y a Jesús como Dios nos mira”.

Marie temía que el día se le hiciera muy largo. Era la primera vez que iba a encontrarse, no uno, sino cinco días enteros, en completo silencio, sin recreos ni trabajo. Pasó la mañana en la capilla. La madre Beatriz le había prometido que la llamaría para conversar un rato, pero no le había adelantado cuándo; debía esperar. Quiso situarse en el contexto de los versículos citados en la conferencia y acabó leyendo todo el libro de Ezequiel. Le ocurría a menudo que abría la Biblia para meditar sobre unas líneas y luego, más por desidia que por interés, esa desidia que la empujaba hacia el automatismo, seguía de largo hasta que las campanas la llamaban al siguiente oficio. Ezequiel era un profeta al que nunca antes había leído. El libro entero giraba en torno a la idea del profeta como centinela de Dios. Hablaba de un Dios, el “Yahveh” del Antiguo Testamento, que se le aparecía y le daba advertencias sobre lo que podía pasarle a Jerusalén, “la Casa de Israel”, si no cumplía con los mandatos de Dios. Ezequiel presentaba un Dios-castigo. “Extenderé mi mano contra ellos y haré de esta tierra una soledad desolada”. Mensajes oscuros, apocalípticos, pensaba Marie. “No tendré una mirada de piedad, no perdonaré las abominaciones”. Nada de esto me resulta muy inspirador, se decía, sin dejar de leer. Qué rebeldes eran los de la Casa de Israel; atraían la mano dura de Dios. El Dios del Antiguo Testamento era un Dios vengativo. Parecía ser otro Dios, que nada tenía que ver con el Padre de Jesús, con el Dios-amor presentado en los evangelios.

¿Por qué se había inclinado hacia la vida contemplativa? En el transcurso de los últimos años, durante todo su postulantado y noviciado, Marie había tenido muchas charlas con la madre Beatriz sobre su falta de fe. Padecía diariamente de un temperamento dubitativo. Estos textos de Ezequiel, por ejemplo, se decía a sí misma, le costaba reconocerlos como palabra de Dios. Quería creer, pero muchas veces las dudas eran demasiado grandes. La madre siempre la tranquilizaba diciéndole que todas las hermanas pasaban por ello. Le decía que pensara en santo Tomás, el padre de la duda, el apóstol que

no creyó en el Jesús resucitado y pidió tocarle las llagas.

—Dios te está probando, te pide que creas sin permitirte ver ni tocar las llagas. Lo hace porque te eligió y te quiere purificar. Son los momentos más duros de nuestra vocación. Pero son los momentos necesarios para que te entregues aún más.

Su primer planteo de vocación religiosa había sido como misionera, maestra o enfermera, en África, en Asia. Todas las jóvenes idealistas tienen esas inquietudes, le habían advertido familiares y amigos, todas se quieren ir lejos y mejorar la vida de los más pobres. Marie había descubierto luego que la vida monástica abarcaba todo eso y mucho más, y se había sumergido en ella. Pero la vida contemplativa se basaba en la fe. Esa certeza envolvente que había sentido al abrazar la vocación religiosa no la había vuelto a experimentar más. Había sido un instante, un soplo, en el que había "visto y creído", y se había entregado a ello. A partir de su entrada al monasterio, sin embargo, su fe tambaleaba. Dudaba. Su esfuerzo constante era más un intento por creer que un creer. Nada de lo que hacía se podía ver o tocar. Cuando la fe no era certera, el sentido de su vida se tornaba velado. Estaba siendo puesta a prueba, repetía su madre espiritual. La fe es el desconcierto, habían sido palabras de la conferencia.

En unos días abrazaría la vida contemplativa en su modo más estricto y pleno. En unos días sería la protagonista de una ceremonia formal y pública en la que juraría por tres años abrazar la vida monástica en toda su exigencia. Y en unos días dejaría de ser novicia principiante de velo corto y hábito a media pierna y pasaría a vestir el anhelado hábito monacal.

9

Escuchar en privado las palabras de la maestra espiritual era una oportunidad que las novicias recibían como un privilegio. La personalidad fuerte de la madre Beatriz las arrastraba a reverenciar esa voz y la sabiduría que transmitía. Veneraban la Palabra de Dios que el Espíritu Santo ponía en sus labios. En los días de silencio mayor en los que Marie preparaba sus primeros votos, Beatriz la convocó una única vez para conversar sobre su progreso espiritual. Marie se limitó a escucharla. Habría tiempo más adelante para compartir con ella las preocupaciones ajenas a la vida monástica, las novedades de Roco, de sus amigos, de sus hermanos. Nada de eso tenía importancia. Rezar por ellos era su misión.

El temor a tener que pasar tantos días en silencio se había desvanecido, transformándose en una necesidad, un profundo deseo de que esa quietud interior no terminara. Estaba en paz. El tiempo le pertenecía por completo. Se acercaba el momento de pronunciar los primeros votos, los votos temporales, que tendrían vencimiento a los tres años. Entonces los renovaría por el resto de su vida al pronunciar los votos solemnes, los perpetuos, y desposarse y consagrar por siempre su virginidad a Jesucristo. Ahora no era momento para pensar en ello. No quería siquiera pensar en el día domingo, que se aproximaba demasiado rápidamente. Iba a ser la estrella del día, de la ceremonia, de pie frente al altar con la mano derecha en alto y su túnica nueva, prometiéndoles al obispo y a la Iglesia que viviría desde ese momento en íntegro despojo de sí. Se vestiría finalmente con el hábito negro de las monjas, largo hasta los pies, símbolo de la promesa pública de vivir en castidad y pobreza. Sin más pertenencias, sin más deseos. Su cuerpo entero quedaría escondido. Pero Marie, si bien ansiaba ese momento, deseaba ante todo dilatar el tiempo de silencio y anonimato que le facilitaba el retiro espiritual.

El reloj siguió corriendo. Despertó el domingo por la mañana con el estómago comprimido por dentro y la boca que se iba resecando a

medida que se acercaba la hora de la ceremonia.

A las nueve de la mañana, una hora antes de la misa, le golpearon la puerta, como estaba planeado. Las monjas celadoras del noviciado, Gloria y Marcela, entraron a su celda para traerle el nuevo hábito y ayudarla a vestirse. Todo ocurrió sin pronunciar palabra. Estiró los brazos hacia arriba y le pasaron la flamante túnica negra que le llegaba hasta los tobillos. Le entregaron un cinturón nuevo, que tuvo que ajustar en el último agujero. La hermana Gloria la reprobó en silencio. En pocos meses Marie había perdido los kilos ganados por la ansiedad de los primeros años. Tomó la gorra de las manos de Marcela, la cofia blanca que escondía el cabello, y ató con firmeza las dos cintas detrás de la cabeza. Gloria pinchó con alfileres el velo blanco que le llegó hasta la base de los omóplatos. Había llegado su momento.

La misa tuvo lugar como de costumbre, y después de la lectura del evangelio los fieles, los celebrantes y las monjas tomaron asiento mientras la abadesa y la hermana Marie permanecieron de pie. El diácono, acercándose a la clausura, llamó a Marie por su nombre. La novicia se aproximó a las rejas escoltada por la madre Beatriz y, al llegar al pie de los escalones, respondió:

—Aquí estoy, Señor, porque me has llamado.

Subió los escalones y atravesando las rejas abiertas tomó de las manos de un acólito una vela encendida y se detuvo frente al altar.

El obispo se acercó a ella y tomó la palabra:

—Hermana Marie: delante de esta tu congregación, frente a tus hermanas, tu familia, tus amigos, ¿qué pides a Dios y a la santa Iglesia?

—Pido la misericordia de Dios y la gracia de servirle con fidelidad en esta comunidad religiosa —respondió con la mirada en alto.

Las hermanas y los congregantes respondieron a una voz:

—Te damos gracias, Señor.

Y todos tomaron asiento.

Marie y la madre Beatriz se sentaron en dos sillas ubicadas entre las rejas y el altar, junto a un florero inmenso con grandes iris blancas perfumadas entre hojas de palma. Familia y asistentes, sentados y parados, eran testigos de la promesa de Marie ante la Iglesia.

El obispo se dirigió a ella en la homilía, exhortándola a abrazarse a la cruz de Cristo, imitando su obediencia y despojo. Al terminar, llamó a Marie, quien de pie frente a él respondió: “Sí, quiero”, a las preguntas del obispo sobre sus deseos de pronunciar los votos. Invitando a los presentes a orar por ella, el prelado extendió sus brazos e imponiendo las manos sobre la cabeza de la novicia pronunció una bendición.

—Dios y Señor nuestro, mira con bondad a esta hija tuya, Marie, quien desea consagrar hoy su vida a tu servicio, prometiendo serte fiel y vivir según los consejos evangélicos y la regla de esta casa de Dios. Que su vida te glorifique y contribuya a la salvación de tus fieles. Por Jesucristo, nuestro Señor.

—Amén —respondieron a coro los presentes.

Marie se dirigió hacia la abadesa y arrodillándose delante de ella leyó con voz firme su promesa de cumplir los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, por un período de tres años, ante lo cual la madre Beatriz pronunció su aceptación, en su rol de madre superiora de la comunidad de hermanas.

La flamante profesa Marie selló su acta de compromiso firmando el documento, inclinada sobre el altar, y regresó frente a la abadesa para que le colocara el escapulario monacal negro, símbolo del yugo que había escogido llevar a partir de ese momento; símbolo del peso en sus espaldas por la responsabilidad de cargar con la cruz de Cristo y con su Iglesia.

Marie tomó el documento, contrato hecho con la Iglesia y con su comunidad de hermanas, y con las dos manos en alto mostró su firma. Primero al obispo y los sacerdotes presentes, luego a la comunidad religiosa, y finalmente a los laicos, testigos también de su nuevo compromiso.

El órgano marcó sonoramente unos acordes, y las monjas entonaron con entusiasmo, cantándole a la Virgen María, un himno de acción de gracias en latín.

Al terminar la misa, después de la comunión, el grupo de novicias la esperó en el pasillo para abrazarla. Una a una la felicitaron en voz baja y efusivamente, uniéndoseles también las monjas a medida que salían, hasta que la madre abadesa la tomó del brazo y la llevó a su escritorio, donde la esperaban algunas hermanas más para festejar su nuevo paso en la vida monástica. Las hermanas Alma, Gloria y Marcela, y algunas de las novicias, en medio de comentarios y risas, tomaron un café con galletas dulces. Media hora después la madre la acompañó a saludar a los familiares y amigos que esperaban poder verla en el locutorio de visitas.

El salón estaba lleno, y Marie fue excusándose, entre abrazos a gente desconocida, hasta llegar a sus padres. Estaban hablando con el obispo, quien sobresalía por su altura y su gorro morado.

—Se llama solideo —le había corregido una vez la hermana Clara, en sus visitas al monasterio—, significa “solo a Dios”.

Ni bien la vieron acercarse, los padres de Marie intentaron abrirse camino para poder abrazar a su hija. El locutorio estaba atestado, mayormente por los parroquianos curiosos que siempre buscaban una ocasión para intercambiar siquiera una palabra con las monjas. Lucio y Margarita también estaban allí, junto a las abuelas, los familiares y los amigos.

Marie los oía hablar y hacerle preguntas, pero se sentía desbordada y deseaba regresar a la clausura. Intentando llevarla hacia uno de los rincones donde había sillas, su madre y su abuela esperaban poder sentarse con ella un rato.

—Vuelvan el domingo que viene —le pidió discretamente a su padre—. Esto es un circo. Mirá toda la gente que hay que ni siquiera conozco.

Su madre no quería soltarla e intentaba quedarse a su lado mientras la gente seguía apretujándose para llegar a ella. Continuaban abrazándola, uno a uno, y le hablaban al oído. Marie asentía y agradecía, sin saber por qué. Con cada abrazo debía reacomodarse el

velo. Las voces se encimaban; risas y exclamaciones ensordecedoras colmaban el locutorio.

El horario de visita fue interrumpido por las campanas que llamaban al rezo del mediodía, y las hermanas se fueron retirando de prisa hacia el claustro.

Durante el oficio de sexta, con los oídos zumbándole, Marie se desplomó aliviada en su sitial, tomándose la cabeza instintivamente para protegerse del ruido que aún resonaba en su interior, intentando al mismo tiempo recuperar la concentración y aprehender lo que había vivido desde que se había levantado esa mañana.

A los veintitrés años, había sellado públicamente la promesa de vivir la vida monástica, de obedecer a sus superioras y a sus hermanas, de despojarse aun de sus deseos. Acababa de prometer una vida pobre y una vida casta, por tres años. La pobreza material y la pobreza del espíritu; el desprendimiento de todo aquello que amarra a lo mundano, aun las ataduras familiares. También la castidad en todas sus formas. La del cuerpo, sí, la más obvia, pero asimismo la del alma, la más difícil, aquella que exige el despojo de todas las impurezas. El alma casta es aquella que no se corrompe con pretensiones o ambiciones, que no es crítica de la vida de los otros, que no se compara, que no se entrega a los placeres.

Marie repetía para sí el juramento que había firmado y leído en voz alta y cerraba los ojos reviviendo el momento en que había sostenido en alto el documento para que todos los presentes vieran su firma, su determinación y compromiso. Se había cruzado con la mirada triste de su padre. Había notado también a Roco, que la miraba fijo, estático, de pie a un costado con sus brazos cruzados sobre una camisa amarilla. Estaba contenta, pero no sentía el peso de la responsabilidad de lo que acababa de leer y firmar. La ceremonia había implicado demasiada atención sobre ella. El compromiso que había asumido al pronunciar las solemnes palabras ante el obispo, la abadesa, monjas y fieles no podía ser sellado en una misa. Los votos constituían un proceso que comenzaba ese día en lo oculto de sus horas, y no en una ceremonia pública. Debía volver ahora a su trabajo y a sus clases, a los recreos e interacciones con las hermanas, a recibir

las visitas en los locutorios. Su promesa era un deber a construir y reconstruir cada día en lo más privado de su ser.

A la mañana siguiente no tuvieron clases, y retomó su trabajo en el taller de arte, ayudando a la hermana Lena a enmarcar cuadros. Al volver a su celda para la hora de la meditación de la tarde, Marie se sentó en su escritorio. No sabía si releer las conferencias de la abadesa de los días del retiro o tomar la Biblia. Por qué no abrirla al azar y ver qué texto le mandaba Dios. Miró hacia la ventana, atraída por el golpe de la lluvia contra el vidrio. La excitación de la profesión de los votos acarreaba la inevitable consecuencia de un repentino agotamiento y desgano. Se levantó, moviendo los brazos, caminando en círculos, intentando alejar la languidez. Tantos días concentrada en prepararse, en rezar, en mirar su interior. Cual autómata, abrió el armario y levantando una pila de ropa tomó el libro que le había traído Lucio. Se echó sobre la cama, sin preocuparse por las arrugas del velo blanco, y lo examinó por primera vez: "Los Dublineses fueron descriptos por el autor como una serie de capítulos en la historia moral de su comunidad", decía en la contratapa. Recorrió la lista de cuentos y se incorporó. No era la hora de la siesta, y si se quedaba en la cama iba a tener que excusarse ante la madre Beatriz. Caminó nuevamente en círculos en el espacio reducido que quedaba entre la cama y el escritorio, buscando un cuento de pocas páginas.

"Se sentó junto a la ventana mirando cómo la tarde invadía la calle. Estaba cansada".

Las gotas de lluvia deslizándose por el vidrio la distraían. Frente a ella, sobre el escritorio, estaba la Biblia, abierta en el evangelio del día. Cerró el libro de Lucio con firmeza y se apresuró a esconderlo, esta vez en el cajón de su ropa interior, y volviendo a sentarse reabrió la Biblia al azar en un texto del Nuevo Testamento. Había quebrantado las reglas, y no solo las de la meditación. Se arrodilló y pidió perdón. Había aceptado el libro de manos de su hermano y no lo había declarado ante la abadesa, y estaba decidida a no devolverlo. Era su pequeño secreto con Lucio. No era pecado, sino una simple travesura que Dios miraría con ojos bondadosos. Era el único objeto que tenía escondido. Lo había recibido antes de pronunciar sus votos, no debía sentirse en falta. No, no tenía por qué sentir culpa. Se

prometió a sí misma no hacerlo más y reconciliarse con su secreto. Lo leería los domingos o el día libre que le asignaban una vez por mes.

10

—Las vi cuando salían del claustro después de nona. Esperaron a que estuviera vacío para pasar. Iban de a dos y entraban y salían de la cocina con canastos. Esto se está repitiendo, es un escándalo.

—Quizás estén preparando alguna sorpresa para la comunidad, ¿no te parece?

—Qué inocente, Olivia. Esta no es la primera vez. Beatriz se está rodeando de estas chiquilinas y no sabemos qué es lo que hacen —replicó Analía.

—Pero ¿qué tipo de reunión puede ser? Quizás sea una clase para el noviciado.

—¡No! Solo van unas seis, ocho, y no todo el noviciado. ¿Qué sentido tiene que Beatriz dé una clase a solo seis novicias, de años diversos, a la hora de la siesta y encima fuera de la clausura?

Las novicias atravesaron en parejas la puerta que las separaba de la casa de huéspedes. Llovía continuamente desde la noche anterior y la tarde seguía oscura a pesar del verano. La hermana Gloria y la abadesa llegaron últimas, sacudiendo el agua de sus velos y zapatos tras cruzar el pequeño patio que anexaba las casas. El silencio del claustro alcanzaba la hospedería, desierta de huéspedes en ese primer miércoles del año.

Clara tenía todo preparado en la habitación principal, la que recibía a las visitas más importantes, los abades y los obispos. Un crucifijo velaba la cama en el centro de un dormitorio blanco de muebles oscuros. Debajo de la ventana enrejada, sobre el escritorio, Clara había apoyado un termo grande de café e instruyó a Inés a que decorara unos platos con un despliegue de galletas dulces y saladas. Era la única habitación con baño privado, que contaba además con una salita de estar contigua. La madre Beatriz había comprado un

televisor que escondieron dentro de un mueble de algarrobo, y ya contaban con algunas películas para la videoteca.

Al llegar al oficio de nona, Marie había encontrado una nota en el sitial. Doblada en cuatro, sobresalía de su libro de liturgia. Estaba firmada por la hermana Belén, quien ya estaba arrodillada a su lado.

“La madre nos necesita para una reunión a la hora de la siesta. Te espero en la cocina a las tres y veinte en punto. No le digas a nadie”.

A las tres y veinte, Belén le indicó con un gesto que la siguiera. La cocina comunicaba con una antecocina-depósito cuya puerta de atrás estaba siempre cerrada con candado por ser una salida de la clausura. La madre superiora tenía una de las llaves, y la otra la llevaba la monja hospedera colgada del cinturón. Era la primera vez que Marie salía a la hospedería en sus tres años de vida en el claustro. Miraba a su alrededor recordando el hall de entrada, frío, las sillas de cuero, el largo pasillo oscuro que conducía hacia las habitaciones de fieles que buscaban una experiencia de retiro y silencio. Al fondo, frente a una de las puertas, un grupo de hermanas conversaba en voz baja. Ni bien llegó la abadesa, sirvieron el café y las galletas en la sala.

—Chicas, les pido que sean muy discretas. Esta reunión no se comenta con nadie. De eso depende que la podamos repetir. Tienen que ingeniárselas de manera que nadie las vea juntas entrando y saliendo de la clausura. De otro modo no lo podremos mantener, porque a mí me representaría un gran problema con las monjas. ¡Imagínense las filas infinitas que tendría frente a mi escritorio!

Las hermanas asentían mientras disfrutaban del humeante café instantáneo en tacitas de colores.

—Marie, ¡bienvenida a nuestro grupo! Este es un grupo selecto. Son momentos importantes que, lamentablemente, no puedo compartir con todas, porque no entenderían. Somos muchas y hay hermanas que no reciben bien los cambios, por esa razón opto por reunirme con un grupo pequeño. Es importante que las monjas no se enteren.

Recorrió el grupo con su mirada, buscando los ojos de cada una

de ellas, y luego señaló el nuevo televisor ya instalado.

—Miren, en este mueble, del que solo yo tengo las llaves, vamos a ir poniendo las películas que vayan consiguiendo. Pídanles a vuestros padres o hermanos, ¡seguro que a ellos les va a gustar hacer algo por ustedes! A los hermanos sobre todo. Ustedes siempre me dicen que sienten que sus hermanos se alejan. Marie, lo que queremos es ir viendo películas relevantes para nuestra vida, o sobre la situación actual, y debatirlas entre nosotras. Vamos a reunirnos algunas siestas, especialmente durante este mes de vacaciones, y luego en horarios en los que no tengan otras clases, siempre que mantengamos la discreción. Esto no lo puedo hacer con toda la comunidad, se podrán imaginar. Es una pena, pero hay hermanas ancianas —y otras no tan ancianas— que no estarían de acuerdo. Digamos que son un poco a la antigua —agregó con un guiño.

Las novicias hablaban, comentaban y reían mientras se pasaban los platos de galletas.

—Con estas monjas hay que ir muy de a poco con los cambios.

Y agregó que el café y las galletas los ponían como reemplazo de la siesta.

—No les puedo pedir que se queden sin siesta sin ofrecerles un cafecito —bromeó—. Pero hoy hacemos una excepción, para darte la bienvenida a nuestro petit comité, Marie. ¡Por eso tenemos una torta de chocolate!

Las novicias se servían las porciones y las iban pasando entre ellas.

—La porción más grande se la damos a Marie —agregó la hermana Belén.

—Pobres monjas —dijo Clara—, ahora van a tomar su té aguado y el pan duro que sobró de la mañana.

—¡Ojos que no ven, corazón que no siente! —replicó Renata.

—Renata, vos no deberías estar comiendo torta.

—Cómo voy a resistirme, ¡son desalmadas!

—Está bien, déjenla que coma una porción —interrumpió la madre Beatriz—. No le cuenten a Alma. Pero esta noche, Renata, régimen estricto. Y ahora escuchen, tengo algo que contarles.

La madre abadesa les confió sus planes de expandir la hospedería sobre la planta baja y cómo esperaba que todo se pudiera hacer antes de la profesión solemne de las cuatro hermanas.

Año y medio atrás, habían celebrado la profesión de los votos temporales de las hermanas Renata, Paola, Dolores y Teresita. A pesar de la ceremonia simple, la concurrencia había sobrepasado lo previsto. Esa misma noche, la madre Beatriz decidió que los votos definitivos y solemnes de las cuatro hermanas, algo que nunca se había dado en la historia del monasterio, iban a representar una gran fiesta no solo para la diócesis, sino también para los monjes de la congregación.

—Estoy pensando en invitar al padre abad Félix, para que venga a darnos el retiro y recibir los votos de las chicas, anunció.

Tuvo que acallar el gran aplauso entusiasta y las exclamaciones de las novicias.

Antes de consagrarse como monje, el padre abad Félix había sido profesor universitario de algunas de las monjas y era un fiel amigo del convento. Mantenía un contacto asiduo con la comunidad, se hospedaba dos veces por año en la abadía para su retiro personal y ofrecía algunas horas de su tiempo para confesar a las hermanas más jóvenes.

—Nunca hemos tenido una consagración virginal al Señor de cuatro novicias juntas. Será un honor y una excepción. Vamos a preparar un gran festejo y una ceremonia única. Invitar a un abad a una celebración solemne es algo que no se puede hacer a último momento. Quisiera que todo esté perfecto, tener el monasterio más lindo que haya visto y más cómodo para recibirlo. Invitaremos a otros abades y obispos, y los que quieran podrán quedarse a pasar la noche. Esa será además la gran inauguración de un segundo piso de la hospedería.

—Madre, ¿cómo vamos a financiar una obra tan grande? —

preguntó la hermana Gloria.

—Este es el secreto que todavía no anuncié a la comunidad. Las consejeras se enteraron esta mañana. Tenemos dos benefactores para este proyecto. Los padres de la hermana Teresita se harán cargo de calefaccionar y restaurar todo el sector antiguo de la hospedería. Y, por otro lado, el lunes estuve con Raquel Agüero, quien desea construir un segundo piso con más habitaciones.

Refrenando las nuevas expresiones de entusiasmo de las novicias, agregó:

—Es posible que algunas monjas no aprueben esto. Debemos pensar en una manera de presentar el proyecto a la comunidad como para que lo vean por el lado del servicio a la gente que viene para los retiros, un servicio para los sacerdotes de la diócesis que vienen en busca de silencio y recogimiento. De otro modo, les va a parecer ostentación. Pero también tendremos el apoyo del grupo de las monjas más jóvenes, Consuelo, Alma y toda esa camada, que son las que trabajan más duro. A ellas les va a gustar. Es importante conservar la sencillez, sí, pero nuestra orden se caracteriza por la elegancia, la solemnidad y la grandeza, y queremos ser fieles a ello también, ¿verdad?

La madre Beatriz se dirigía a sus discípulas más jóvenes como a su propia conciencia. Las novicias le prestaban atención como en clase. Escuchaban, absorbían y aprendían.

—Madre —interrumpió la hermana Gloria—, ya es la hora. En diez minutos es el toque de campanas para las vísperas.

—Renata, Belén, vuelvan ustedes dos después de vísperas para ordenar todo. Vayan saliendo y sean discretas.

Mientras iban saliendo de a dos en silencio, la madre Beatriz retuvo a Marie para que esperara con ella.

—Quiero que empieces a cantar con la schola. El coro necesita tu voz y talento. Voy a avisarle a la hermana Analía que a partir de mañana te sentarás en la punta del coro y que vas a participar de los ensayos.

—¡Madre, gracias!

Marie sabía que esa noticia llegaría poco después de sus votos simples, pero escucharlo directamente de su abadesa hizo que se sintiera aún más privilegiada.

—La hermana Renata te puede pasar los horarios. Y ahora vamos rápido, no lleguemos tarde —le dijo tomándola del brazo.

Marie comenzó a asistir a los ensayos de la schola, integrándose al grupo de las hermanas que mejor cantaban. Eran diez en el coro, y ella pasaba a ser la cuarta novicia, la más joven, junto a Inés, Teresita y Renata.

Formar parte de la schola era un privilegio tradicionalmente reservado a las monjas de velo negro. La madre Beatriz era la primera abadesa que permitía que algunas novicias asumieran esa responsabilidad. Los ensayos eran rigurosos y la disciplina, estricta. Muchas de las monjas consideraban que las novicias debían concentrarse en el trabajo y el estudio, y no aprobaban la decisión de la madre superiora.

La hermana Analía llevaba años como directora del canto.

—Damos la bienvenida a nuestra integrante más nueva —dijo Analía a las hermanas del selecto coro—. Marie, sigue en todo a Renata.

Comenzó de inmediato el ensayo, sin dar más explicaciones.

—Repasemos rápidamente el himno de la misa del domingo, ya que hace tiempo que no lo cantamos. Luego comenzaremos de a poco con la Fiesta de la Virgen. Es una misa difícil, en especial el Alleluia. Tenemos media hora antes de que lleguen todas las hermanas para el ensayo general.

La hermana Analía se dirigía a las hermanas de la schola con impaciencia. Sentada al piano, en una esquina de la sala comunitaria, miraba a las monjas de reojo y ajustaba sus anteojos. Marcaba las notas iniciales y se ponía de pie para caminar muy cerca de las

hermanas de la primera fila de sillas. Nada de lo que hacían era lo suficientemente perfecto. Las voces muy chillonas, las voces muy apagadas, las voces muy duras o muy blandas. Parece que cada una formara su propio coro, les reprochaba.

—El gregoriano es una sola voz, ¿no ven la línea del tetragrama? Hay una sola nota, cuántas veces debo repetirlo.

Apoyó el índice en la tecla mi y las hermanas entonaron las sílabas prolongadas del gregoriano en uno de los cánticos más difíciles.

—Hermanas, por el amor de Dios, hagan el esfuerzo de escucharse unas a otras. Ninguna debe sobresalir.

El rango del Alleluia abarcaba notas demasiado bajas para la voz femenina, seguidas de otras bien agudas a las que pocas hermanas podían llegar con claridad y precisión.

—Vamos, empecemos de nuevo. Esta es una de las fiestas más bellas y ricas del misal gregoriano. No la arruinen, por favor.

El cántico del Alleluia iba paseando sus vocales a través de las siluetas de las notas que subían, bajaban y volvían a subir del mi al do, pasando por notas intermedias, formando una vocalización celestial que elevaba, no solo la voz sino también el alma, por alturas espirituales escondidas.

—Aaa-a-lle-luuu-uu-u-ia---aa-a.

Una sola voz, se decía Marie mientras cantaba. Conocía bien esa melodía, ese dibujo de notas que se repetía en diversos cánticos. Las notas partían desde un mi bajo e iban subiendo gradualmente hasta tomar un envión fuerte y llegar a la cima en sus dos sílabas finales.

—Aaaa-a-a-dduu-cen-tur re-eeee-gi virgines post e-aaam.

El versículo del salmo experimentaba asimismo con los sonidos, formando figuras nuevas, comenzando también por lo bajo. Apoyándose en un decisivo do prolongado, Marie sentía vibrar su caja de resonancia; con ese apoyo firme subía escalonada la palabra Adducentur, acariciando cada sílaba hasta llegar a un delicado si, que

lograba alterar un instante el carácter, gracias al medio tono del bemol. Un bemol breve, brevísimo, que le daba un repentino toque de melancolía mientras suavizaba la exultación del Alleluia. La melodía iba ralentizando hacia arriba en notas acordeonadas, con un énfasis mucho más dramático en la descripción final de la frase, poniendo de manifiesto, conspicuamente, las virtudes virginales de la Madre de Jesús, y el regocijo en la pureza y la pulcritud de su alma.

La hermana Analía, detrás de sus anteojos espesos, clavó la mirada en Marie mientras asentía repetida y suavemente. Sin decir palabra, cerró el libro e hizo pasar a la comunidad que esperaba, fuera de la sala, el comienzo de la clase.

11

El monasterio se mantenía con herencias y bienes de las hermanas más acomodadas, mientras que los gastos menores del día a día se pagaban con el trabajo de las monjas. Pero las religiosas contaban también con las contribuciones de benefactores muy generosos. Una mujer del círculo de las amantes del canto gregoriano, soltera y muy rica, Raquel Agüero, había asumido el compromiso de ser la Donante, con mayúscula, del monasterio.

El primer domingo de enero, pasadas las fiestas, al salir de misa, la abadesa recibió un llamado personal de la señorita Agüero, quien la convocaba a una reunión en su casa al día siguiente. Raquel Agüero nunca llamaba, tenía una secretaria que hablaba por ella.

La abadesa cortó el teléfono y se dejó caer en el sillón, aflojó los brazos e inclinó la cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo, esperando que se le apaciguaran los latidos del corazón. Recordó todos los beneficios que había podido ofrecer a las monjas durante su abadiato gracias a esta mujer. La calidad de vida de las hermanas era muy superior a cuando ella había sido elegida abadesa.

La primera inversión de la señorita Agüero en el bienestar de las monjas fue la de proveerles la misma asistencia médica privada que ella tenía, y así asegurarse de que estas mujeres de Dios fueran atendidas por los mejores profesionales de la ciudad. Con la determinación de contrariar a sus dos hermanos, Raquel creía que su salvación dependía de su generosidad para con la Iglesia, y la Iglesia para ella era este monasterio contemplativo, solo este; se había puesto a disposición de las monjas, y con ella, su fortuna. De ojos inmensos grises, imponía su presencia a pesar de ser delgada y pequeña de estatura. Recogía con desprolijidad su cabello blanco y lo sostenía con moños de colores fuertes, y no usaba maquillaje aparte del lápiz de labios rosado vistoso. Ella sabía que la mirada del interlocutor se dirigía siempre a los labios cuando estaban pintados de ese color. Cada vez que el viejo convento necesitaba reparaciones, allí estaba Raquel Agüero dispuesta a firmar un cheque generoso. Un año colocó

la calefacción central en todo el edificio, otro se arreglaron los baños con nuevos artefactos y, más tarde, se amplió y modernizó la cocina. Todo fue donado y refaccionado con los mejores materiales por insistencia de Raquel, para que durara muchas generaciones.

—A mí no me pidan remiendos que luego se desarreglan —y firmaba los cheques sin ningún reparo.

La madre Beatriz anuló sus compromisos y acudió a la cita sin cambiarle el día ni la hora propuesta. Sabía que, si Raquel Agüero llamaba, nadie debía hacerla esperar. No le gustaba ser contradicha y cambiaba sus decisiones si no se acataba su voluntad. Había sido una mujer adinerada desde su nacimiento. Su abuelo Agüero había comenzado a trabajar a los doce años en un laboratorio químico, casándose luego con la hija de los dueños de entonces. La visión del abuelo para los negocios lo llevó a dividir su empresa en laboratorio de investigación y producción de remedios, y en farmacias que fueron multiplicándose por el país. Cuando ella y sus dos hermanos heredaron la empresa, Raquel tenía veinticuatro años y era soltera. Desde entonces, se había convencido de que los hombres se le acercaban por su fortuna, y los aborrecía.

La madre abadesa llegó el lunes a las once de la mañana en punto. La acompañaron Alma, su consejera de confianza, Marcela, ecónoma de la comunidad, y Marie, como chofer. La casa no era llamativa y parecía descuidada. Cruzaron el portón de entrada para encontrarse con un jardín con pastos altos y yuyos inmensos en los canteros, en lugar de flores. Les abrió la puerta una mujer muy elegante que parecía tener la misma edad que la madre Beatriz y se presentó como la nueva enfermera de la señorita Agüero. Las hizo pasar a un estudio y les sirvió café. Media hora después, entró Raquel en silla de ruedas empujada por Ana, su secretaria y dama de compañía, a quien las monjas conocían bien. Raquel comenzó a hablar, sin detenerse en formalidades. A los ochenta y cuatro años y ya casi postrada por la enfermedad, los médicos pronunciaron el diagnóstico final. Había por lo tanto decidido llevar a cabo su último gran legado.

—Quiero hacer algo por vuestras madres, las viudas que no tienen recursos para vivir bien. Mi visión es que las madres que quedan viudas y no pueden vivir solas puedan estar cerca de sus hijas monjas,

cuidadas, pero que mantengan su independencia. ¿Cómo podemos extender la hospedería? Ustedes diseñen una propuesta y me la plantean.

La madre Beatriz agradeció con profusión. Se puso de pie y amagó abrazar a la anciana, quien la frenó con la mano. Raquel detestaba las sensiblerías y prefería mantener su distancia.

—No me agradezcan, lo hago por mí. No quiero que mis sobrinos reciban nada cuando me vaya. Piénsenlo, reúnanse y me avisan.

Dio vuelta su silla, dándoles la espalda, y dijo:

—En cualquier momento llega mi kinesiólogo. Arreglen detalles con Ana.

Y, haciéndole señas a la enfermera para que empujara la silla, atravesó el umbral sin despedirse.

Madre Beatriz, de pie junto al sillón, con la mano detenida en un intento de saludo, miró a la hermana Alma, quien junto a Marcela seguía sentada sin creer lo que estaba pasando. Alma se puso de pie y con una sonrisa poco habitual abrazó a su abadesa tímidamente. Marcela, mientras tanto, intentaba aplaudir en silencio, hasta que volvió a entrar la secretaria de Raquel Agüero.

—Llámenme cuando sepan lo que van a hacer.

—Muchas gracias, Ana. No se imagina usted lo que significa esto para nuestra comunidad y nuestras familias. ¡Qué generosidad! Voy a reunirme con las monjas para contarles y para empezar a pensar en las opciones.

Ana las acompañó hasta la puerta, e intentando caminar entre unos gatos flacos que rozaban sus piernas, las hermanas subieron de prisa al coche y regresaron al monasterio.

La madre Beatriz reunió a las hermanas del consejo dos días más tarde y les presentó la propuesta de Raquel Agüero, que fue aprobada por unanimidad.

Encontró poca resistencia al anunciarlo a toda la comunidad y anticiparle también la selección de algunas de las hermanas más jóvenes para acondicionar el lugar una vez que los obreros concluyeran la obra. Las había tranquilizado asegurándoles que en nada perturbaría la vida monacal de tales hermanas. Consideraba que no podía pedirle dinero a la generosa benefactora para las tareas menores que podían ser realizadas por ellas mismas.

—Solo trabajarán en sus horarios habituales, en vez de asistir a los talleres, y lo harán en silencio.

Todo se haría con discreción y espíritu de sacrificio, dando gracias a Dios por la generosidad de la señorita Agüero, quien no solo atendía el bienestar de las monjas, sino también, ahora, el de sus propias madres.

La obra no pudo comenzar antes del tiempo pascual. La abadesa supervisó ella misma los trabajos y designó a las hermanas de su círculo más íntimo para ayudarla en la elección de materiales y detalles del interior. Entre ellas, Belén oficiaba como su mano derecha y dirigía al grupo habitual que gozaba de la confianza de la madre Beatriz, y Marcela, indispensable por ser quien llevaba las finanzas del monasterio con su mente sobresaliente de economista. Formaban un equipo que se reunía con frecuencia para revisar los planos y decidir cómo se ejecutaría la obra. Diseñaron la ampliación, extensión en altura de la actual hospedería, conectándola con una gran escalera central y un ascensor. La abadesa convocaba las reuniones, generalmente a la hora de la siesta, en las que compartían ideas sobre los detalles a decidir; cerámicos y pisos, tipos de aberturas, colores de las paredes.

Mientras avanzaba la obra, comenzó la búsqueda del equipamiento. La madre Beatriz recorrió ella misma las mueblerías, elegía las telas para las cortinas y los acolchados de las camas. En estas salidas la acompañaba siempre la hermana Marie, una de las pocas con licencia de conducir, y muchas veces se sumaba alguna de las novicias del grupo.

El primer día en que Beatriz pidió a Marie que la llevara a elegir muebles, partieron antes del fin de la misa, acompañadas también por Belén. Ni bien comulgaron, salieron por la puerta de atrás de la capilla, antes de la bendición final. Todo debía hacerse con discreción siempre, repetía la madre Beatriz.

—No quiero que nadie sepa mis movimientos. Es mejor así para el bien de la comunidad. Si alguien pregunta, chicas, me llevaron al médico.

Salieron directamente por el garaje, avisando antes a la madre priora.

—Después de recorrer las tiendas, iremos a lo de mi madre a almorzar —les anticipó al subir al coche.

Visitaron algunos comercios al sur de la ciudad y la abadesa decidió que la madera oscura era lo más apropiado, manteniendo el estilo de la abadía. El color lo darían las cortinas y los acolchados y almohadones de cada habitación.

—A ver, chicas, ¿qué les parecen estas camas? Yo quiero de algarrobo, estas con el respaldo curvo.

—Son un poco más caras que las de pino, hermanita.

—No importa, vamos a llevar camas, sillas y escritorios, todos de algarrobo oscuro.

Caminaban por la calle conscientes de la gente que no disimulaba al clavar su mirada en ellas, cautivada por los velos y las túnicas negras y largas. La madre reía y tomaba del brazo a Marie y a Belén, una de cada lado, diciéndoles que caminaran erguidas.

—No se preocupen. Parece que las monjas no frecuentan este barrio. Además, ¡nos miran porque somos lindas!

Marie anotó en una libreta cada tienda a la que debería regresar y los detalles de cada mueble seleccionado, que compraría días después. La abadesa no podía perder tiempo en la compra, pero debía escoger todo ella misma.

—No puedo confiar en nadie, ¿se dan cuenta? Por eso yo elijo las cosas.

Se detuvieron en los lugares que vendían telas.

—Miren, chicas, toquen esto. Quiero enseñarles a apreciar las telas buenas. Fíjense la diferencia entre estas dos. Toquen, toquen. Fíjense. Cada cuarto tendrá un color propio.

Subieron al coche y se dirigieron hacia el norte de la ciudad, donde vivía la señora Carmen, en un pequeño departamento oscuro de un tercer piso. Las esperaba con la mesa puesta y un pollo asado con papas y verduras, más la infaltable botella de Coca-Cola con la que malcriaba a sus huéspedes. De postre, helado de chocolate, especial para su hija. Carmen no escondía su predilección por tres de las hermanas del monasterio. Eran las nietas que no había tenido, les decía a Marie y Belén.

—Inés y ustedes dos.

Era una mujer sensible y poco demostrativa, y Marie la había conquistado con su trato directo pero discreto. Le preguntaba por su pasado y sabía escucharla.

—Algún día tendría que conocer a mi abuela Antonia —le decía Marie.

Almorzaron juntas y luego la abadesa se recostó un momento a descansar mientras las novicias conversaban con Carmen en el living. A las tres de la tarde, Beatriz se despidió de su madre, explicándole que debían llegar al monasterio para el oficio de las vísperas y evitar así que las monjas comiencen a imaginarse cosas, decía, riendo.

—¿Te das cuenta de mi falta de libertad? No tengo derecho a tener ni un día para mí.

Mientras seguía la construcción de la hospedería, Beatriz asignó a cuatro novicias para pintar los dormitorios de la parte vieja,

aprovechando que no recibirían visitas durante el período en obra. En cuanto terminó la misa del sábado, el grupo de novicias, con brochas y túnicas de trabajo, se dedicaron a las tareas de pintura que les llevó unas dos semanas. La abadesa las autorizó a no rezar los oficios del día y dedicarle el tiempo completo a la labor. Dispensadas también de la obligación del silencio, las hermanas conversaban mientras pintaban, como si estuvieran en recreo, sobre los planes de la nueva construcción, novedades de sus familias y las clases que compartían.

La hermana Gloria, encargada de la hospedería durante las mañanas, limpiaba las brochas cuando el trabajo se lo permitía y se ocupaba de cocinarles y llevarles el almuerzo a una de las habitaciones, quedándose con ellas a comer. Se sentaban en el suelo y apoyaban toda la comida sobre cajas de cartón cubiertas con sábanas viejas. Tomaban café y bebidas gaseosas que les daban energía para seguir hora tras hora, y a menudo recibían la visita de la madre Beatriz, quien llegaba con algún dulce para el café.

Marie entró a la cocina para descansar sus brazos doloridos de tanto sostener los rodillos de pintura en alto y ayudó a Gloria con el almuerzo de sus huéspedes, diez seminaristas que pasaban allí la jornada.

—Nunca tuve que atender a un grupo tan heterogéneo —comentó Gloria—. Uno parece un abuelo y otros dos tienen cara de niños.

—¿Te referís a los dos que asistieron hoy en el altar?

—¿Te fijaste qué jovencitos?

—Nunca hubiera imaginado que se están por ordenar.

Después de una pausa, Marie añadió en voz acallada y pensativa:

— Parecían monaguillos.

—Me hicieron acordar a mi hermano —agregó Gloria mientras ponían la mesa, un mantel blanco, platos y cubiertos para diez.

—¿Tu hermano, el que viene a visitarte con los hijos?

—Solo estuvo casado tres años. ¡Tenía una cara de bebé cuando

se casó!

Las dos hermanas se ensimismaron en unos minutos de silencio hasta que Marie susurró.

—Me hacés pensar en Roco.

—¿Volviste a verlo?

—No, y no sabría qué decirle. Rezo por él como me aconsejaste.

La preocupación unía a Gloria y Marie con un lazo doloroso y privado. Gloria sabía escuchar. Los días de trabajo compartidos les habían dado la oportunidad de hablar con frecuencia de Roco y del hermano de Gloria. Ya habían pasado años desde que Gloria se enterara de la homosexualidad de su hermano, cuando este había decidido divorciarse, a pesar de ser padre de dos hijos pequeños. La familia entera lo había confrontado sin comprenderlo, pero él se había refugiado en Gloria como confidente.

—¿Lo hablaste con la madre Beatriz? —preguntó Marie.

—Sí, apenas sucedió. Y vos también deberías hacerlo.

—Lo veo como una elección tan íntima que no podría decírselo.

—Marie, madre Beatriz es nuestra madre espiritual. Todo lo que te perturba tenés que confiárselo. Pensá que su palabra es la palabra de Dios. Su consejo es como una bendición para nosotras. Confiá. Entregate a ella. No estás traicionando a Roco. Ella va a guardar el secreto. Y además nosotras somos un instrumento. Nuestra misión es rezar por ellos, por mi hermano y por Roco, y confiemos en ellos, acompañémoslos. Tienen que saber que no los condenamos.

Gloria llevó las fuentes de comida a los seminaristas mientras Marie lavaba los platos.

La privacidad de Roco era importante, debía respetarla. Marie no lograba hablarlo con la madre. Valoraba sus consejos espirituales y confiaba en ella para sus propios conflictos y, sin embargo, todavía no había alcanzado aquella cima monástica de abrirse por completo a su madre espiritual en todas sus preocupaciones. Era un proceso,

pensaba, era un camino de confianza en el que debía trabajar.

Después del almuerzo, la hermana Consuelo entró a la hospedería para reemplazar a Gloria. Los seminaristas habían terminado de comer. Debía lavar, ordenar la cocina y ocuparse de la portería hasta la noche. Gloria almorzó rápido, de pie, y volvió a la clausura para preparar, durante la siesta, la clase de historia de la Iglesia que debía dictar a las novicias de segundo y tercer año.

Cuando llegó a la clase, encontró a la hermana Agustina esperándola junto a la puerta, los ojos sombríos.

—¿Qué te pasa, Agustina? —le dijo Gloria, apoyando la mano contra su frente—. ¿Estás enferma? Andá a acostarte. Después de clase paso a verte.

Agustina se dirigió, la cabeza gacha, hacia la habitación que compartía con Belén y se sentó en la cama, la mirada ausente, a esperar la llegada de Gloria.

12

La hermana Gloria golpeó con suavidad la puerta y entró. Agustina estaba sentada a los pies de la cama, la mirada perdida y los ojos húmedos. Gloria se sentó a su lado y esperó.

—¿Qué pasó, Agustina? —y le apoyó el brazo sobre los hombros.

Permanecieron en silencio. Gloria entendió y la abrazó contra sí. Una vez más, Agustina había visto salir de la hospedería a las novicias reunidas con la madre abadesa. Querer pertenecer al grupo, querer sentirse parte, querer ser aceptada, querida y considerada era el conflicto recurrente que Gloria reconocía en las jóvenes. Las reuniones que fomentaba la madre Beatriz generaban tristeza e inseguridad en aquellas que no eran incluidas y que eran sensibles como para saber lo que ocurría. Gloria conocía bien esos sentimientos y no aprobaba las reuniones pequeñas y secretas ni el favoritismo que demostraba la madre Beatriz por un grupo de novicias, pero no tenía el coraje de decírselo. Era una decisión de la abadesa, y ella no podía contradecirla.

Los dibujos de Agustina se vendían como pan en la tienda del monasterio, sobrepasando con creces la demanda de los cuadros de su jefa. En un estilo descontracturado, Agustina usaba colores que no correspondían a la imagen. El negro era el color principal con el que bordeaba las figuras, con un trazo grueso poco común en los íconos religiosos, y matizaba el dorado con manchas de rojo escarlata. Tenía mano suelta, le decía la abadesa con entusiasmo.

—Agustina, eres nuestra mina de oro —bromeaba.

Trabajaba de modo independiente de su jefa, la hermana Lena. Era la discípula con el verdadero talento, mientras que Lena dominaba las técnicas, manejándolas a la perfección y con excesiva prolijidad.

Sentada frente a la ventana del taller, su tablero era su mundo, su

reino. Cajas de zapatos llenas de pinturas, óleos y acrílicos, sus preferidos. Frascos de tinta china sobre papeles manchados de negro, entre vasos repletos de agua coloreada por los pinceles. Agustina se sentaba en la silla dura de madera y miraba hacia el jardín en busca de inspiración. Observaba y se inspiraba.

—La naturaleza es tu maestra —le enseñaba la hermana Lena.

Pero Agustina buscaba los contornos y las sombras de la naturaleza, no los colores. Quería romper con los tonos más obvios, desoyendo los consejos de su tutora. Al lado de su mesa, sobre el piso, se apilaban desordenados unos libros sobre íconos rusos. Este es tu espacio, le había dicho la madre abadesa, aquí transcurre tu creación. Cada mañana comenzaba allí sus bosquejos. Cada tarde los recreaba y pulía interiormente durante la oración.

Agustina comenzó a respirar más pausadamente, se acomodó el velo desprolijo y arrugado, dejó de llorar y miró a Gloria a los ojos, acogiendo dócil los consejos.

—Cada una de nosotras tiene un rol diferente dentro de nuestra comunidad. Abrir los ojos cada mañana y emocionarnos con lo que vemos y sentimos es un don de pocos. Un mínimo gesto o incluso un objeto pueden transmitirnos belleza. Ese es tu don, Agustina. Es el arte que te acerca a Dios con amor. Es lo que hace que salga lo mejor de nosotras. Ese es el sentido que buscamos cada día al levantarnos con ganas de seguir orando.

Gloria sabía. Cuando era novicia, había formado parte del grupo de confianza de la madre Beatriz. Ahora veía con frecuencia cómo la abadesa se iba rodeando progresivamente de las jóvenes, y no dudaba que pronto sería desplazada. Le dolía, pero podía comprender y, más aún, ya lo deseaba. Sentía la necesidad de tener un trabajo metódico, rutinario, en uno de los talleres y dedicarle horas a la oración sin las distracciones de sus actuales responsabilidades.

La preparación de los recientes votos monásticos de Agustina había dejado una huella profunda en su alma. Había profesado los

primeros votos junto a Micaela, una promesa a renovar tres años más tarde. Había consagrado los días del retiro a meditar y rezar, mañana, tarde, noche. Rumiaba cada paso de la ceremonia y de los versículos que se leerían el día de sus votos, primer domingo después de Pascuas, y que conocía de memoria. Por las mañanas, dispensada del trabajo, se quedaba en la capilla después de la misa hasta la hora de la conferencia de la madre Beatriz.

"Dichosos los que no han visto y han creído", le diría Jesús a Tomás durante la misa de la profesión. Arrodillada en su sitial, apoyaba la frente sobre las manos unidas, suplicantes, y miraba fijamente la cruz del altar. Dichosos los que creen, los que tenemos fe. Dichosas nosotras las monjas, porque no necesitamos ver, porque tenemos una fe contemplativa e incondicional.

Cuando finalizaba la conferencia del retiro, volvía a la capilla y asumía la misma postura, absorta en la cruz de Cristo. La cruz y el dolor eran su inspiración, su deleite. Se recogía con facilidad, estática como las figuras bizantinas que facilitan la elevación del alma hacia el estado espiritual. Repetía para sí misma las palabras de la promesa que haría el día de sus votos, meditándolas y experimentándolas con todos sus sentidos, viviéndolas y reviviéndolas.

Por las noches, llegaba extenuada a su celda. Apagaba la luz y caía sobre la almohada volviendo a elevar una oración en un estado de semiconsciencia, pidiéndole al Señor que le concediera ser vehículo puro de su amor y de su gracia. Se dormía con facilidad en mitad de la oración, pero el sueño no se prolongaba. Minutos después abría los ojos, ávida por capturar cada instante de la noche para orar. Observaba la oscuridad y escuchaba el silencio de la casa. Dichosos aquellos que creen. Era el mejor momento de la noche. Los pasillos descansaban en completo silencio. Dichosas nosotras, que entregamos nuestra vida, nuestra persona y voluntad. El regocijo no le permitía volver a dormirse. Belén, su compañera de habitación, respiraba acompasada y discretamente. Una emoción profunda le recorría el cuerpo, lo sentía en la piel. "Dichosas las que creen". Oyó el silbido del tren a la distancia. ¿Último tren de la noche? ¿Primero de la madrugada? También se lo oía en el barrio de la infancia. Su hermana melliza y ella pedían a su madre que las llevara corriendo a verlo pasar. Años después, estudiantes de la escuela de arte, iban las dos a menudo a sentarse en el banco de madera del parque, a la izquierda

de la estación, y dibujaban a los peatones. Cada vez que el tren se aproximaba, elegían una de las ventanillas con gente y competían para bosquejar la escena lo mejor y más rápido posible. Su hermana siempre terminaba primera. Agustina, buscando la perfección, dejaba sus dibujos esbozados, acumulando bocetos incompletos en sus cajones. Obtuvo el título con honores al tiempo que comenzó a plantearse la vocación religiosa. Su hermana, en cambio, llegó a recibirse con gran sacrificio, abstraída en un noviazgo que sus padres intentaron en vano impedir. Ambas mellizas habían sellado sus promesas ante la Iglesia. Una al matrimonio y la otra a la vida consagrada. Pero Agustina permanecía en el convento, mientras su hermana despegaba y partía con su esposo a vivir a España. Ya no formaría parte de su vida, no estaría allí para acompañarla. Algo de ella viajaba con su hermana, con quien había compartido todo. Agustina sentía admiración por ella; era divertida, generosa, adorada por todos los que se cruzaban por su vida. El anuncio del casamiento le había causado tristeza, pero madre Beatriz la había consolado; lo que le ocurría era normal y frecuente en las novicias. Debía alegrarse por su hermana. La tarde en que su hermana se casaba, había llorado sin consuelo. Su hermana melliza, su gran amiga, de la mano de su esposo. Le dolía, pero era una más de las muchas pruebas que Dios enviaba a las monjas contemplativas. Tenía que dejar de pensar en ello. Era ahora novicia de votos temporales prometidos.

Durante su retiro, Agustina se había conectado con Dios de un modo que nunca había experimentado. La emoción la hacía vibrar hasta las fibras más íntimas de su cuerpo. Se estremecía cuando, los ojos fijos en el gran crucifijo del altar, dejaba que el amor de Cristo la envolviera, los contornos de los pies, la sombra de los clavos gruesos y negros que contrastaban con la piel blanca y las gotas de sangre púrpura. Llegaba a palpar al Cristo crucificado con sus sentidos y con su alma, con su espíritu y con su ser, que se exaltaba. Su mismo cuerpo reaccionaba. Beatriz se lo confirmaba.

—Eres la más sensible y espiritual de todo el noviciado.

Las palabras del evangelio la elevaban y la hacían sonreír, mientras que las lágrimas humedecían sus ojos. Lloraba porque se sentía muy cerca de Dios, lloraba por el privilegio de llevar una vida

dedicada a la oración y a la meditación. Los textos bíblicos se representaban frente a ella como imágenes del arte que la acercaba más aún a su Jesús resucitado y futuro esposo. Viviría virginalmente en el cuerpo y en el alma, dedicando cada minuto de sus actos, de sus pensamientos, de sus gestos, a servir a su Señor y dueño.

Pocas semanas después de los votos, Agustina había retomado su rutina en el taller de arte. Le dedicaba todas las mañanas y solía regresar durante las siestas. El trabajo era oración. Llegaba a su mesa, se arrodillaba y dedicaba su labor al Señor. En silencio, decidía qué obra pintaría, hojeando los libros de íconos rusos en busca de inspiración. Se movía con lentitud contemplativa. Pedía la aprobación de su maestra, la hermana Lena, y regresaba a su rincón, contra la ventana. Preparaba los colores y se inclinaba con todo el cuerpo sobre el papel, un cuerpo joven que ya mostraba curvatura en sus espaldas. Dibujaba, casi inmóvil, hasta que las campanas del siguiente oficio la interrumpían.

Gloria se quedó largo rato con Agustina. Le ordenó que esa noche se fuera a descansar después de la cena, dispensándola del último rezo.

—Sos una excelente religiosa, sos muy espiritual, sos muy valiosa —le dijo—. Tenés un talento único para el dibujo y la pintura. Todas las hermanas te quieren. Dale gracias al Señor todos los días por el don que te dio de admirar y experimentar la belleza a nuestro alrededor. A Él es a quien debemos alabar. Pero si hay algo que te empieza a perturbar por dentro y no te permite estar bien, tenés que hablarlo y abrirte a la madre Beatriz.

Agustina la escuchaba en silencio y asentía. Gloria se puso de pie y, antes de despedirse, le tomó la mano y le prometió.

—Voy a rezar para que puedas sublimar lo que te está entristeciendo y lo pongas en manos de Jesús y de la Virgen. Ellos te concederán la fortaleza. Pero vos tenés que hacer tu parte también. Abrí tu corazón a la madre Beatriz. Ella es nuestra directora espiritual y es ella quien puede ayudarte.

13

Una vez más, como todas las mañanas después de misa, la hermana Clara salió de la celda de la abadesa. Caminaba segura, moviendo su cuerpo amplio hacia el lavadero, con la mirada alta y seria. Como todas las mañanas, la seguía la hermana Inés, unos pasos atrás, la cabeza inclinada hacia el piso. Atravesaron los claustros y bajaron al sótano por la escalera de piedra oscura hasta la entrada norte del lavadero. Una al lado de la otra, fregaron toda la ropa que tenían, Inés ayudando a Clara en lo que le pidiera, y regresaron silenciosas al sector del noviciado para iniciar su primera clase de la semana, el estudio del libro de la regla, única clase a la que asistía el noviciado entero. Las dos amigas compartían la celda y se estaban preparando juntas para sus votos definitivos. Era un gesto de confianza de parte de la abadesa el de encomendar a una novicia el lavado de su ropa. Clara debía pasar todas las mañanas por la habitación de la abadesa y maestra de novicias, recoger su bolsa de ropa y lavarla a mano, colgarla y devolver todo planchado por las tardes, guardándolo en el armario. Una tarea encomendada a muy pocas hermanas.

Mientras Clara entraba a la celda de la superiora a buscar la bolsa de ropa sucia, la hermana Inés la esperaba en el pasillo, y en un pacto sobreentendido entre ellas, se dirigían al lavadero, al que se accedía por una de las alas más alejadas. Como el terreno era empinado, el sótano tenía en su extremo sur una salida a un patio al costado de la huerta, donde se colgaban sábanas, toallas y todas las prendas de las religiosas, en numerosas filas de sogas muy largas. La bolsa de ropa de la abadesa estaba más llena que de costumbre. El hábito negro se había manchado. Clara frotó con detergente, pero la mancha era rebelde, de chocolate, de helado o quizás café.

—Tomá, probá vos con vinagre —le indicó a Inés en un susurro, pasándole el vestido—. Parece que la madre estuvo comiendo helado de chocolate —agregó, levantando las cejas—. Frotá bien, pero cuidado, que no se arruine la tela.

Las prendas se lavaban con agua fría, y en invierno las manos se les tajeaban y los nudillos se les cubrían de sabañones al fregar los cuellos y puños de las camisas blancas contra la tabla de madera. Inés enjuagó la túnica y la estiró en una de las sogas, a la sombra. Todas las novicias contaban con media hora después de la misa para lavar la ropa y ordenar sus celdas. Cumplida esa tarea, debían estar sentadas en la sala comunitaria, listas y en silencio, esperando a la profesora del día.

Ese lunes las hermanas se miraron y sonrieron al reconocer la tosecita discreta de la abadesa que se iba acercando por el pasillo. Por la mañana, al salir de la misa, las novicias se habían encontrado con la nota en la cartelera que decía: “Lunes: Regla”. Regla monástica era la única materia dictada por la madre Beatriz. Ella decidía cuándo dar la clase, de acuerdo a sus ocupaciones, y muchas veces la tenía que reemplazar una de las hermanas ayudantes. La madre entró a la sala y las hermanas se pusieron de pie.

—Bendícenos, madre —la saludaron las novicias a una voz.

—Sea Dios quien las bendiga —respondió, inclinando la cabeza.

Y todas se sentaron silenciosamente.

—Les pido que me disculpen, hermanas. Hace tiempo que no me ven y sé que muchas de ustedes están esperando poder hablar conmigo. Estuve muy ocupada estas últimas semanas. Pero hoy voy a pasar el recreo con ustedes, tengo cosas importantes para compartir. Y les prometo que a partir de la semana que viene las voy a ir llamando a todas, una por una.

Respondieron con un murmullo y sonrisas de entusiasmo. Tener la oportunidad de una charla personal con la abadesa era algo anhelado y esperado por todas. Una charla con la madre era un regalo, el privilegio de que ella, tan ocupada y con tantas responsabilidades sobre sus hombros, se interesara por la vida de las novicias. Le gustaba saber del pasado y las familias, y todo lo asociaba con el crecimiento espiritual de sus hijas. Las novicias se sentían queridas cuando tenían la atención indivisa de la madre Beatriz. La abadesa y maestra de novicias era la confidente, la guía espiritual y psicóloga,

una madre y una amiga.

La abadesa pidió a la hermana Renata que leyera un fragmento del capítulo quinto de la regla monástica, capítulo sobre la obediencia. Renata se acercó al atril y levantó su mirada hacia el grupo de novicias, sentadas en dos filas debajo de las cuatro ventanas de la habitación alargada. Mientras acomodaba el libro y aclaraba su voz, vio cómo entre las copas de los castaños se colaban cálidos los rayos de sol matinales, reflejando el blanco puro de los velos de sus compañeras y ensombreciendo sus rostros a contraluz, rostros en los que Renata no alcanzaba a ver los ojos, y sin embargo supo que la miraban ansiosos. Las banquetas individuales con sus pupitres oscuros se alineaban debajo de las ventanas, en filas de seis, y en la pared de enfrente colgaba un gran pizarrón negro junto al escritorio designado para la monja encargada de dar la clase. Renata carraspeó, tapándose los labios, y leyó con voz articulada y bien impostada: “El primer grado de humildad es una obediencia sin demora.

”En el instante en que algo les ha sido mandado por el superior, cual si se lo mandara el mismo Dios, los monjes no saben sufrir dilación en realizarlo.

”Dejando al punto sus cosas y abandonando la propia voluntad, desocupando sus manos y dejando inacabado lo que estaban haciendo, siguen con hechos, en pos de la obediencia, la voz del que manda”.

La abadesa interrumpió a la hermana Renata y le hizo señas con la mano izquierda para que volviera a su sitio.

—A pesar de que hoy debíamos seguir con el capítulo décimo, elegí volver atrás para recalcarles la importancia de la obediencia y la humildad en nuestra vida monástica. La obediencia es el pilar en el que se apoya nuestra vida entera. Sin esta virtud, nuestra vida sería un sinsentido, una vida estéril, y nuestra oración no tendría mayor significado que el de una meditación, como podría ser el yoga.

Las novicias rieron sin timidez. La madre siempre daba su clase siguiendo las notas de una carpeta con apuntes muy prolijos y con distintos colores de tinta. Sin embargo, esta vez, cerrando la carpeta, habló con espontaneidad y vehemencia.

—La obediencia que nosotras, como monjas, prometemos en

nuestra vida —continuó la abadesa con un tono aún más alto—, si bien se dirige y se hace visible en la persona del superior, es una obediencia a Dios. Se trata de un sometimiento profundo de la propia voluntad. Debemos olvidarnos aun de que poseemos voluntad. Este es el primer paso en el noviciado, pero es también el último paso que las monjas deben dar diariamente. Es el paso más difícil, porque no es nada menos que el ignorarnos a nosotras mismas. Es una práctica, un ejercicio que ustedes, que son jóvenes, deben proponerse día a día, en todo momento. Piénsenlo no solo cuando un superior les da alguna orden, o cuando deben cumplir con la regla monástica, sino también cuando están entre ustedes, cuando están en vuestros trabajos. Ya sea en la cocina, limpiando pisos o en los talleres donde les toca trabajar, en todo momento nuestro Señor pide que dejemos de lado nuestra voluntad, nuestros deseos y, más aún, nuestras habilidades.

Las exhortó a dejar que el Señor Jesús se convirtiera en su maestro, en el dueño de cada una de ellas por completo; del cuerpo, del espíritu y de la voluntad. Dejar que fuera Él quien tomara el control de sus vidas.

—Pensemos en las primeras palabras del capítulo. “El primer grado de humildad es una obediencia sin demora”. Sine mora, dice el latín —recalcó la abadesa—, es decir, sin morar, sin detenerse, sin hacer pausa. En definitiva, se trata de no dudar, de no detenerse a pensar y, menos aún, a cuestionar o poner excusas. La obediencia es el tema principal del capítulo, sí. Pero la base, el apoyo en el cual se construye, es la humildad. No puede obedecer aquel que está lleno de sí mismo, aquel que tiene deseos que atender, aquel que se apega a objetos o personas. No se olviden nunca de esto, hermanas. No, siempre no, al apego a objetos o personas. Son vuestros deseos los que las harán caer, los que las apartarán de la vida monástica. Nuestra vida religiosa es un camino de olvido de sí, es un vaciamiento de la propia voluntad, de la propia persona y de sus juicios, para llenarla de santidad, de espíritu religioso, de espíritu de obediencia al otro, una obediencia sin demora hacia aquel que Dios pone en nuestro camino. Nuestra voluntad debe fundirse con la voluntad del otro en el mismo instante en que nos la presenta. Es el Señor, vuestro Dios y futuro esposo, el que les muestra su voluntad en la voluntad del otro.

La abadesa hizo una pausa larga y fijó su mirada en el cielo, que asomaba por las ventanas. Finalmente suspiró y sonrió. Las novicias

fueron aflojándose de a poco después de esos largos instantes de tensión.

—Puedo ver en sus rostros la expectativa por saber por qué elegí volver atrás —continuó con voz más suave—, y repasar una vez más el capítulo de la obediencia, a pesar de que ya lo hemos trabajado en profundidad. No me voy a cansar de insistirles en que este es el pilar de nuestra vida. La obediencia y la humildad acarrean inevitablemente el tema del desapego, no solo hacia las cosas, sino también hacia las personas. El que obedece es libre, se despega de las adherencias, porque ya no piensa en sí mismo. No se puede ser libre cuando se poseen ataduras.

Miró el reloj y a las novicias, una por una.

—Le pido a cada una de ustedes que revise hoy, esta noche, cuando se encuentren a solas en la oración, qué aspectos de lo que hemos hablado en esta clase las han tocado en profundidad y en concreto. Qué hay en vuestras vidas que siga adherido a lo mundano, a esa falta de humildad de la que hemos hablado, a esa demora en entregar vuestra propia voluntad, a esa atención excesiva a uno mismo y las propias satisfacciones. En definitiva, piensen concretamente, cada una de ustedes, qué es lo que les impide oír la voluntad de Dios y seguirla sin demora: sine mora.

Se puso de pie y pidió que cada una le escribiera una nota.

—Me la dejan en mi buzón antes del sábado con las reflexiones a las que hayan llegado en vuestro interior.

Bendijo a las novicias con una breve oración, tomó su libro y su carpeta, les sonrió y se retiró de la sala del noviciado con pasos amplios y firmes.

Antes de la clase, la madre abadesa se había reunido brevemente con las dos hermanas ayudantes del noviciado, Gloria y Marcela, quienes la esperaban en la puerta de su oficina al salir de misa.

—Querían verme —dijo la abadesa—. Adelante, siéntense, las escucho —les dijo, señalando las sillas.

La abadesa se reunía a menudo con las encargadas del noviciado para que le dieran cuenta de cómo iba la vida de las novicias y para organizar la agenda de clases y trabajos. Esta vez, se habían presentado sin pedirle cita.

—Madre, estamos preocupadas por la hermana Inés —dijo la hermana Gloria en voz baja.

—¿Inés? —respondió sorprendida—. ¿Qué pasó? Yo la veo muy enfocada en el estudio. Es muy inteligente y responsable en su trabajo y ya está lista para sus votos solemnes —respondió la abadesa.

—Sí, no es por eso. Es muy cumplidora. Pero es su amistad con la hermana Clara lo que nos llama la atención. Inés es muy bondadosa y tiene una linda personalidad, pero hay algo que nos preocupa. Sigue a Clara adonde vaya, la admira mucho, casi demasiado. Y me parece que las más jóvenes se dan cuenta.

—¿Qué opinas, Marcela? —le preguntó a la celadora más joven, que la miraba callada.

—Me parece un poco sumisa la actitud de Inés, madre. Hay algo excesivo en la relación, estoy de acuerdo, pero no lo había notado hasta que me lo hizo ver Gloria. —Titubeó antes de agregar—: Hay algo diferente en la manera en que la mira en los recreos, como si la hipnotizara.

—¿Y Clara cómo reacciona ante esto? ¿Les parece que se da cuenta? —dijo la madre con seriedad, después de una larga pausa.

Las dos hermanas celadoras se miraron para decidir quién respondería. Gloria tomó la palabra:

—Viste, madre, cómo es Clara. Es muy segura y a veces parece un poco altiva, no en mal sentido, claro. Es buena persona, sí, muy religiosa y obediente.

—A nosotras nos parece que no tiene mucha conciencia, pero que a la vez le gusta la situación —interrumpió Marcela con firmeza.

—Me preocupa sobre todo que esto lo estén notando las postulantes —dijo la abadesa.

Por la tarde, la madre Beatriz asistió al recreo, en la salita del noviciado. Los pupitres ya estaban acomodados en un círculo perfecto para las catorce novicias, las dos celadoras y la maestra. Beatriz comenzó la reunión con un primer anuncio: esa misma tarde harían una mudanza general de celdas. Las mudanzas dentro del edificio eran habituales. Subir armarios, bajar camas o cambiar escritorios de una celda a la otra. Las más frecuentes eran las del noviciado, para que todas fueran rotando de compañera de celda. Siempre elegían a las mismas novicias y postulantes para los trabajos más pesados, aquellas a las que la abadesa juzgaba más fuertes. Las habitaciones de las novicias estaban en el segundo piso y todas eran compartidas. Recién un mes antes de los votos definitivos, la novicia se mudaba a una celda individual en el primer piso, donde vivía la mayoría de las monjas de velo negro.

—Vamos a extender el recreo —dijo Beatriz a sus novicias—. Las que quieran dormir la siesta vayan. Las que quieran quedarse, seguimos charlando. Pero mañana ¡todas se levantan para el oficio de las vigilias! ¡Ninguna me venga con la excusa de que está agotada!

Las novicias rieron y, reacomodándose en sus sillas, ninguna se levantó para ir a descansar.

La madre Beatriz pidió a sus dos hermanas asistentes, Gloria y Marcela, que fueran a la cocina y trajeran, discretamente, café para todas.

—Y consigan galletas dulces —agregó, juntando las palmas—. Tengo mucho que hablar con estas niñas y quiero que estén bien despabiladas y con fuerzas para la mudanza esta tarde.

Mientras Gloria y Marcela se dirigían a la cocina, la abadesa les dijo que era muy grave y triste lo que tenía que contarles. Algo como esto no había ocurrido nunca antes, y les pedía que oraran por la comunidad y que mantuvieran el secreto de todo lo que les iba a contar.

—Las cosas que pasan en nuestra casa deben permanecer entre nuestros muros. Nuestras familias, amigos y aun los sacerdotes que nos visitan no entienden nuestra vida y no conocen los detalles de

nuestra manera de vivir la vocación religiosa. Es una realidad, y ustedes tienen que saberlo desde jóvenes, que el mundo pronuncia constantes juicios de valor sobre nosotras, aun la Iglesia. Pues bien, nuestra respuesta debe ser el silencio, la oración, la resignación.

Cuando volvieron las hermanas con los termos de café y las galletitas, se sirvieron todas y se sentaron en círculo, atentas a escuchar a su madre espiritual.

—La hermana Emilia —les contó con solemnidad— dejó el monasterio ayer por la tarde. Se volvió a su casa. Le diremos al obispo que inicie el pedido de dispensa de sus votos religiosos.

Las novicias se miraron, sin habla. Algunas se tapaban los labios para no hacer oír sus exclamaciones, otras intentaban contener las lágrimas, pero todas sabían que no debían hacer preguntas. La madre les diría lo que necesitaban saber.

La hermana Emilia tenía treinta y un años y había entrado al monasterio a los diecinueve. Había recorrido los seis años del noviciado sin dificultades. Rubia y de ojos azules muy grandes y aguados, con su personalidad dócil y dulce, se la identificaba como una de las monjas más angelicales de la comunidad. Después de sus votos definitivos, las depresiones aisladas se habían hecho frecuentes, días enteros en los que dejaba de comer. La abadesa la había enviado a una psicóloga amiga de la casa, una mujer confiable y religiosa, que sabía guardar los secretos de la comunidad. Durante tres años, esta profesional había escuchado a Emilia dos veces por semana y había logrado que la medicaran con un ansiolítico más un antidepresivo que la ayudaba a dormir. Hacía ya dos años que la hermana Emilia no iba ni al oficio de las vigilias ni al de la noche, las completas, y tenía un régimen especial de comidas más nutritivas. La comunidad comía carne solo los miércoles y los domingos, pero las cocineras tenían órdenes de hacerle una carne asada o un churrasco a Emilia casi todos los mediodías. Necesitaba dormir, comer bien y no ser presionada, le decía la psicóloga a la madre superiora. Son crisis normales, una clase de neurosis frecuente en las mujeres de tipo frágil que han tomado decisiones vitales y drásticas siendo tan jóvenes.

—Ya se le va a pasar —e insistía en que necesitaba descanso.

La hermana Emilia comenzó poco a poco a evadir los consejos de la profesional. Sabía que Dios le pedía sacrificios como el ayuno, y otros muy concretos como la confesión diaria. Todos los días, después de la misa, se arrodillaba en el confesionario y lloraba ante el sacerdote. Seis meses antes de irse, le pidió a la madre abadesa una cita en la que le contó que el Espíritu Santo la había hecho concebir, pero que sus pecados no le permitían traer un niño al mundo, y por eso su cuerpo reaccionaba con arrebatos de vómitos. Madre Beatriz y la psicóloga acordaron esperar un tiempo con la esperanza de que el brote fuera temporario y le ajustaron la medicación para que durmiera más. La abadesa llegó a dispensarla de todos los oficios litúrgicos. Solo le pedía que asistiera a la misa y a las comidas con la comunidad y le ordenó al confesor que no la recibiera más de una vez por mes.

—Tratamos todo para que volviera a la normalidad, hermanas, pero Emilia está enferma. Tuvo que regresar con su familia. Es evidente que no tiene la fortaleza para seguir la vocación monástica. Les pido que recen por ella, está muy mal. Siempre fue una chica frágil. Hemos decidido, en reunión del consejo y después de escuchar la recomendación de la psicóloga que la atendió durante varios años, hacer un pedido formal a la Iglesia para que sea dispensada de sus votos solemnes. El Señor tiene modos misteriosos de mostrarnos su voluntad, y es nuestro deber aceptarla con humildad.

Las novicias tenían poco contacto con las monjas de velo negro, pero se cruzaban con Emilia en los pasillos y muchas habían trabajado con ella en los talleres. Siempre las saludaba y bendecía sonriente, y sus ojos inmensos y azules les transmitían mucha dulzura. Era la voluntad de Dios, les había dicho la madre, la misteriosa voluntad de Dios.

Al tocar las campanas, se dirigieron en silencio a la capilla para el rezo del oficio breve de la tarde, después del cual se vistieron con las túnicas de trabajo y comenzaron la mudanza bajo la conmoción de la noticia sobre la hermana Emilia. Micaela y Clara eran, como de costumbre, las novicias asignadas para levantar los muebles más pesados. El resto debía barrer las celdas, trapear los pisos y cargar con sillas, ropa y libros, siguiendo las instrucciones de las hermanas Gloria y Marcela. Trabajaron ensimismadas. Inés y Clara fueron mudadas

cada una a una punta opuesta del pasillo, al lado de las celdas de las hermanas responsables del noviciado.

14

El primer toque de campanas llamando al oficio de vísperas repicó por los claustros poniendo fin a la mudanza del noviciado. Las hermanas se concentraron en los baños esperando su turno para refregar con cepillo y jabón sus manos ennegrecidas. Se retiraron a las celdas para vestirse con los hábitos y las cofias limpias y bajaron con prisa hacia la capilla, aún conmocionadas por las noticias del día.

Renata recitaba los salmos sin saber lo que decía. La voz monótona de las monjas, que repetían una vez más los conocidos versículos de cada lunes, la fueron transportando de inmediato a otro lugar. Cantaba con su voz entonada y fuerte y arrastraba al resto del coro que se apoyaba en ella. A medida que se sumergía en el tono monocorde de ese la del primer salmo, volvió a sentir aquel pinchazo recurrente en lo hondo de sus entrañas. Las palabras de la conferencia de la abadesa seguían resonando en ella sin que las pudiera acallar: vuestros deseos las harán caer, les había dicho la madre Beatriz. Las apartarán de la vida monástica. ¿Por qué la había elegido para leer en voz alta el capítulo sobre la obediencia? Unos días antes, en el recreo, había estado hablando con la hermana Teresita. Habían murmurado, y no tuvo la fortaleza de frenar la crítica. Olvido de sí misma, vaciar la voluntad, los propios juicios eran palabras que volvían a su memoria una y otra vez. Una vez más había caído, buscando ser graciosa. Había fomentado además que Marie entrara en la conversación. Doble falta: murmurar e incitar a la murmuración. Ahora las tres estaban involucradas. Sentía desagrado por sí misma. Debía humillarse y confesarlo a la madre Beatriz. Eran las reglas.

—Están todo el día juntas —le había comentado por lo bajo Teresita, mientras se dirigían al recreo después de cruzarse con las hermanas Inés y Clara—. Nunca se puede hablar con una sin que esté la otra ahí presente.

—Pegadas cual estampillas —bromeó Renata—. En cualquier momento se toman las manitos. Inés parece una zombi siguiéndola detrás —dijo, entrecerrando los ojos y extendiendo las manos hacia

delante.

Las dos novicias soltaron la carcajada aprovechando el bullicio de las monjas que se agrupaban en el patio del claustro. En ese momento, Marie las vio, intrigada por las risas.

No tendría que haberlo hablado con Marie. En vez de acercarse a las monjas para el recreo en común, Renata había tomado a Marie y a Teresita del brazo para pasear por el jardín solas, hacia el fondo, recorriendo los senderos entre los árboles hasta detenerse y descansar en un banco al sol. Marie había intentado restarle importancia al tema.

—Son muy amigas. Cuando estamos todas juntas se integran bien con el resto.

Marie conocía a Clara desde la infancia. Había sido su amiga y mentora durante sus primeros pasos religiosos. La conocía y la defendería siempre. Su personalidad y su vocación eran fuertes y seguras.

—Eso no es lo que decimos, Marie —le refutó Teresita—. Es algo en la mirada de la hermana Inés, y fijate bien cómo la sigue siempre por detrás como pisándole los talones, con obsesión.

—Les falta muy poco para los votos solemnes, y esa es una actitud infantil. Para mí es raro —agregó Renata—, y parece que nadie se preocupa.

—¿Qué es lo que están diciendo? —preguntó Marie—. ¿Piensan que está mal? ¿Piensan que deberíamos hablarlo con la madre? Tienen una amistad muy especial, se entienden bien. Ustedes están soñando —bromeó—. Es lindo, tienen esa amistad y la madre aprueba.

—Ese es el punto —agregó Teresita—. La madre aprueba. ¿Cómo puede ser? Pero ella no ve todo, deberíamos decírselo.

—Yo no me animo —dijo Renata—. No nos involucremos. Además, ya se les va a pasar. Después de los votos, van a tener otras responsabilidades de las que ocuparse. Quizás tengas razón, Marie.

La conmoción causada por la salida de Emilia siguió repercutiendo en el noviciado días después, agravada por la reacción de las jóvenes ante la conferencia de la abadesa sobre la obediencia y la humildad. El silencio habitual de los claustros en el ala del noviciado se había convertido en un tenso ir y venir de miradas bajas y pensativas. Habían desaparecido las sonrisas distendidas y las risas en la sala de clases.

Al volver a su celda después del oficio de las completas, Renata se arrodilló junto a su cama y rezó. Se incorporó cuando entró Agustina, su flamante compañera de cuarto, y sonriéndole se sentó en su mesa para redactar la nota a la abadesa. Se sentía en falta, confesaría su pecado. Quizás la madre se había dirigido a ella durante la clase. Quizás la hermana Teresita había confesado y la había dejado expuesta. Esa conferencia fue para mí, lo sé, pensó. Para mí y para Teresita. Ella es muy crítica, y yo tengo que ser más espiritual y aprender a callar. Por culpa nuestra separaron de cuarto a Inés y Clara.

El sábado, después del oficio de las vísperas, la madre Beatriz abrió la caja de cartas del noviciado, que le había llevado la hermana Clara. Decidió dedicar esa hora silenciosa de meditación para leerlas, sabiendo que no sería interrumpida. Sacó todas las cartas de la caja y tomó un marcador rojo para responder. Recorrió los sobres, reconociendo la letra de cada una, eligiendo en cuáles detenerse primero. Abrió la de Agustina. ¿Debía preocuparse por ella? Era frágil. La salida de Emilia la había afectado. Le confesaba que se sentía identificada con ese temperamento. Confesaba su propia fragilidad con honestidad, su constante lucha por fortalecerse y combatir la tristeza.

¿Cuándo había comenzado la tradición de las cartas en su monasterio? Beatriz misma era postulante cuando le habían instruido que la comunicación con la maestra de novicias debía ser fluida y por carta. Todo lo que las novicias consideraran falta o inquietud, espiritual o de cualquier otra índole, debía ser enviado por escrito para que la maestra lo meditara y respondiera con su consejo y bendición. Leyó algunas notas y releyó otras pocas. Con el marcador rojo, hacía círculos sobre las palabras en las que quería que sus

novicias se detuvieran. Crisis, culpas, celos y juzgar a otros, nada nuevo. Les escribía comentarios en los márgenes y entre líneas, o solo agregaba una bendición al final y una promesa de llamarlas para conversar en los días siguientes. Apoyó sus anteojos y se recostó hacia atrás haciendo uno de los ejercicios de cuello recomendado por la hermana Alma. Medio círculo hacia abajo y a la derecha, medio círculo hacia la izquierda, mientras cerraba los ojos por el dolor que le producía la tensión de los músculos. Conocía a sus novicias, siempre confesaban lo mismo. Pero algo más grave estaba ocurriendo, una amistad era motivo de murmuración. No toleraría las habladurías, pero más le preocupaba una amistad no sana.

Leyó más cartas. ¿Cómo encauzar las reacciones de las novicias? Debían acusarse de sus faltas, menores y mayores, era la costumbre, y les hacía bien ese ejercicio de humildad. Pero ella esperaba también que fueran más adultas, que tuvieran juicio propio y una actitud madura. Leyó la nota de Renata, doblada en cuatro en un papel diminuto, que la hizo sonreír.

"Madre, te escribo hoy, después de la conferencia, porque durante toda tu charla pensé que me hablabas a mí".

Renata era perspicaz. Había estado hablando de más. Si Renata había visto algo, era porque algo debía estar pasando. Pero ella era su abadesa, su maestra espiritual, y la murmuración era grave. No podía permitir que sus jóvenes cayeran en semejante falta. Debían tener la confianza de acudir a ella si había algo que las perturbaba. Debía hablarlo con Renata, pero sobre todo hablaría con Inés.

Buscó el mensaje de Inés. Tomó su marcador rojo y anotó en el margen superior.

"Bendigo tus buenos propósitos. Conversaremos cuando te llame".

—Se lo diré personalmente —pensó, cansada.

Las notas de Inés y Clara no mencionaban el conflicto. ¿Qué grado de conciencia tenían de que el trato entre las dos estaba llamando la atención? ¿Manifestaban algún rastro de culpa? Beatriz estimulaba la amistad y la naturalidad entre las novicias, pero no podía permitir debilidades o relaciones muy dependientes o de apego. Apreciaba la sinceridad y candidez de Renata. Las novicias lo estaban

conversando entre ellas. Madre Beatriz admiraba la inteligencia aguda de Inés, su capacidad académica y su organización. Sobresalía en todas las clases. Era de las pocas novicias que estaba estudiando griego, además del latín. Si tenía alguna debilidad de carácter, ya se le pasaría, todavía era muy joven. La madre entreveía en ella una posible futura mano derecha. La intelectualidad de la hermana Inés era sofisticada, combinada con gran docilidad y dulzura en el trato, que prometían el aprecio de las monjas.

La humildad y la obediencia había sido el tema de la conferencia del lunes. Beatriz buscaba que las novicias se formaran en la aceptación de sí mismas y de sus circunstancias con todas sus consecuencias. Una monja humilde podría desterrar de su vida tanto la altivez y los celos como la exagerada sumisión, sentimientos tan alejados de la vida del espíritu. La madre Beatriz creía firmemente que la humildad profunda del espíritu conllevaba la confianza y seguridad en ellas mismas.

Se levantó de la mesa de trabajo y se arrodilló en su pequeño oratorio. Dios era su inspiración. Él guiaría su mano para ser justa, ser espiritual, para ser una formadora comprensiva y firme. Había separado a las hermanas Inés y Clara cambiándolas de celda. Eso ayudaría. Ciertamente buscaban seguridad, apoyarse una en la otra, pero Clara mantenía la posición de poder. Cuando Beatriz era novicia, a menudo se juntaban en pares, parecía natural. A pesar de la edad, eran tan solo niñas, apenas salidas de la adolescencia. Estas jóvenes habían sido arrancadas de sus propias familias, separadas de sus amigos, de sus raíces. Tarde o temprano todas pasaban por algún tipo de crisis afectiva. Era parte del crecimiento espiritual, de la purificación. Últimamente las había desatendido. El problema con Emilia había acarreado consecuencias, la había hecho descuidar sus obligaciones. Necesitaba volver a poner su foco en el noviciado. Inés era dócil, sumisa, pero Beatriz admiraba su carácter. Separar a Inés y Clara sería suficiente. Con eso bastaría, sí. Inés no era culpable.

Haciendo la señal de la cruz, besó el pectoral, el gran crucifijo de plata que colgaba de su cuello, señal que la distinguía como abadesa, y salió al claustro para asistir al oficio de las vísperas. Antes de entrar a la capilla, detuvo a la hermana Renata y le pidió que fuera a verla después de la cena.

La hizo pasar a su escritorio y poniéndole la mano sobre la cabeza la sacudió con cariño.

—¡Cómo puede ser, Renata! ¡Te creía mucho más inteligente que esto! Murmurar, criticar. ¿Por qué no has venido a mí si algo de esa índole te preocupaba?

—Madre, por favor, perdoname.

Se arrodilló delante de la abadesa y le besó el anillo.

—No sé cómo pude hacer algo así. Fui muy inconsciente.

—Bien —le dijo, marcando la señal de la cruz sobre su frente—. Ahora cuéntame qué es lo que les preocupa, qué es lo que da tanto que hablar entre ustedes.

La llevó de la mano a sentarse a los sillones.

Antes de despedirse, la madre asignó a Renata para ocuparse del lavado de su ropa a partir del día siguiente.

—Te pido que le avises a la hermana Clara que cambiamos. Que ella te explique de qué se trata esta tu nueva responsabilidad.

El lunes siguiente llamó a las novicias para las entrevistas personales. No asistió a los rezos para poder recibirlas, una por una, desde la salida de misa hasta el oficio de las vísperas. Les había prometido y lo iba a cumplir. Les dedicó cerca de una hora a cada una. Hablaron del progreso espiritual, de sus familias, de las clases. Terminó de hablar con todas las novicias el martes por la mañana. Al mediodía, llamó a la hermana Belén y le indicó que organizara una reunión para el día siguiente con el grupo de su confianza.

—Diles que será mañana miércoles a la hora de la siesta. Inés, Renata, Marie, Micaela y vos. Yo aviso a Gloria y Marcela. Y esta vez no le diremos a Clara.

—Sí, madre.

—Como siempre, no quiero que nadie hable con nadie sobre esta reunión. Lo dejo en tus manos, Belén, actúa con discreción. Las veo mañana en la hospedería después del oficio de nona.

Belén esperó a las novicias a la salida del almuerzo y comunicó a cada una en privado cuáles eran los planes del próximo encuentro.

Renata y Marie llegaron corriendo juntas a la hospedería cuando Beatriz ya conversaba en la puerta con Marcela y Gloria. Con las manos sobre los hombros de sus dos asistentes, la abadesa instruía en voz baja a sus jóvenes monjas sobre la reunión en la que debían votar autoridades y consejeras.

Tomaban café y conversaban mientras comían budines caseros.

—De ahora en más, las reuniones las haremos entre nosotras. Cuando tengan alguna preocupación, me la traen a mí y no hablan más entre ustedes.

Acurrucadas en los sillones, miraron juntas una película vieja en blanco y negro elegida por Beatriz, hasta que repicaron las campanas llamándolas al rezo de las vísperas.

15

El verano se arrastraba, un día tras otro, aletargando a las monjas por un calor húmedo sostenido. La madre abadesa se había visto obligada a incluir en el horario una siesta prolongada, de dos horas y media, y cancelar las actividades de la tarde. Las monjas no rendían en sus trabajos. Las novicias no lograban estudiar. Transpiraban bajo los velos y los hábitos largos y negros. Exprimían limones durante los recreos para hidratarse con limonada fría, sentadas a la sombra de los árboles. La obra de la hospedería avanzaba con lentitud. El arquitecto prometía que ni bien el calor pasara recuperarían el tiempo perdido. Hacia fines de febrero, a pesar de que el calor no daba tregua, las hermanas se despidieron de las siestas largas y los descansos, para entrar de lleno en el tiempo de la Cuaresma y sus sacrificios.

La madre convocó a la comunidad de monjas a una sesión extraordinaria, una reunión capitular, para elegir a las nuevas consejeras. Se acercaba demasiado pronto el miércoles, día de las Cenizas, en el que todas las hermanas observarían un ayuno absoluto. Con un permiso especial de la abadesa, unas pocas estarían dispensadas, algunas por salud, otras por demasiado ancianas. El día antes de la Cuaresma, bien temprano, las monjas se encontraron con un aviso en la cartelera del pasillo que conducía a la capilla:

Reunión Capitular: Votación Consejo

Martes 27 de febrero, 10 horas

Antes de misa, la madre Beatriz habló brevemente con un grupo de monjas de su confianza, Alma, Gloria e Inés, entre otras.

—Les pido que consideren a Marcela como consejera. Lleva las finanzas de la casa y me ayuda con el noviciado. Quiero que sepan que cuenta con mi apoyo.

Marcela asignó a las novicias para ocupar los puestos de trabajo vacantes esa mañana. Clara, Marie y Agustina, cocina y comedor, Belén, hospedería, Renata y el resto, lavadero y huerta. Las novicias se harían cargo de los puestos indispensables, mientras el capítulo —las religiosas de velo negro con derecho a voto— cumplía con sus obligaciones.

Después de recibir la bendición final de la misa, las novicias se apresuraron a llegar a sus trabajos, mientras que las monjas se fueron arrodillando en sus sitiales. La elección de las nuevas autoridades, vicepriora y consejeras, había sido anunciada inesperadamente. No habían podido prepararse. Solo disponían de ese momento como para invocar al Espíritu Santo y pedirle inspiración divina para emitir los votos de esa mañana. Poco a poco, se fueron retirando en silencio a sus celdas y se prepararon para la reunión vistiendo el hábito más nuevo, reservado para las grandes fiestas: Navidad, Pascuas, las profesiones de las novicias. Lustraron sus zapatos y plancharon los velos y los escapularios ni bien fueron notificadas sobre la reunión.

El movimiento de los claustros había cambiado su rutina. Monjas de negro iban y venían de prisa y recogidas. De a poco fueron llenando la sala capitular, salón oscuro, de muebles pesados y pisos fríos en el que nunca entraba el calor. Allí se guardaban los estatutos y los registros; la historia de las distintas votaciones que se habían llevado a cabo desde el inicio de la vida del monasterio, más de ciento veinte años atrás. Era el único recinto reservado exclusivamente para las monjas profesas de velo negro, al cual las novicias no entraban. Las ventanas ojivales altas parecían de iglesia, recubiertas de vitrales con dibujos indescifrables, plantas o casas azules, quizás paisajes con serpientes y diseños afilados como agujas. La sala conformaba un agregado al edificio original que había sido mandado a construir por la abadesa anterior después de recibir una importante donación. No tenía el estilo arquitectónico del monasterio, por lo que las hermanas más audaces eran muy críticas de ese espacio. Una a una, o de a dos, entraban a la sala con la cabeza gacha y las manos escondidas bajo el escapulario y se iban ubicando en las butacas de madera por orden de antigüedad. Cada una sabía qué asiento le pertenecía.

Los votos para renovar las autoridades tenían lugar cada tres años, en mayo o junio, una vez terminadas las fiestas pascuales. Ese año, Beatriz había adelantado la votación a causa de las muchas

actividades que las esperaban después de las fiestas, el fin de la obra de la hospedería más la inusual profesión solemne del grupo de las cuatro novicias.

La madre Beatriz inició la reunión con una invocación a la Santísima Virgen María y pidió que descendiera sobre cada una de ellas la inspiración sabia del Espíritu Santo.

—Hermanas, ustedes bien saben que en los próximos meses nos esperan muchos eventos. Ya podemos vislumbrar que la obra de la hospedería se irá concluyendo en unas semanas. ¡Finalmente!

Permitió que las monjas susurraran discretos comentarios y exclamaciones de aprobación y alivio, antes de proseguir:

—Tendríamos que haber terminado antes del verano, pero así son las obras. Siempre encuentran alguna excusa para atrasarse, sin contar los días que se van perdiendo cuando no aparecen o las veces que llegan a las dos de la tarde.

El arquitecto le había hablado de los problemas de estructura y dificultades para ubicar un ascensor espacioso, uno de los requerimientos de la señorita Agüero.

—Ellos se culpan mutuamente entre los distintos rubros. Pero somos religiosas, hermanas, no debemos quejarnos. Y la obra está quedando preciosa. En cuanto se vayan los obreros, entrará un grupo de hermanas que ya he asignado, a limpiar y pintar las paredes. Al mismo tiempo irán llegando los muebles.

Las monjas escuchaban y asentían, aliviadas de estar en el recinto más fresco del monasterio, con sus paredes anchas de piedra desnuda. No era ese el momento para hacer preguntas, un día solemne en que las monjas procederían a nombrar —o volver a nombrar— al grupo de las seis consejeras que asistían a la abadesa en las decisiones más importantes para la conducción del monasterio.

—Ni bien termine el tiempo de Cuaresma, comenzaremos con los preparativos de la profesión solemne de nuestras cuatro novicias. Por esas distintas razones, he decidido que recibamos mañana nuestro

tiempo cuaresmal con la votación del consejo ya finalizada. Les ruego que me disculpen por no haberles avisado antes. De todos modos, no creo que haya mucho para cambiar —anticipó sonriente.

La superiora se reservaba el nombramiento de la madre priora, su mano derecha, y las monjas debían votar a las cinco consejeras restantes, entre las cuales la abadesa nombraría a una de ellas como vicepriora.

El proceso de recambio de las autoridades dio inicio con la ratificación, por parte de la madre abadesa, de la hermana Alma en su puesto como madre priora. Alma permaneció sentada a su derecha e hizo una leve inclinación de cabeza. Si bien el segundo paso era de costumbre la elección de las cinco consejeras restantes, la madre Beatriz anunció una excepción, una modificación importante en el proceso: elegiría ella misma a la vicepriora.

—A partir de hoy, vamos a darle a nuestra querida hermana Gloria un descanso y agradecerle por su servicio.

Gloria, informada de antemano, dejó libre su lugar a la izquierda de la madre abadesa y arrodillándose frente a ella recibió la bendición en la frente y besó el anillo abacial que resaltaba en sus manos blancas. Las monjas la seguían sorprendidas, y algunas intercambiaron miradas. Gloria era una de las monjas más apreciadas, tanto por las mayores como por las más jóvenes. Se incorporó y se dirigió sumisamente a una de las sillas desocupadas en el fondo de la sala.

Así, rompiendo con la costumbre, la madre Beatriz procedió a designar a la hermana Inés como flamante vicepriora. Estaba previsto, dentro del estatuto del convento, que la abadesa se reservaba el derecho de nombrar a las autoridades en situaciones que considerara apremiantes, pero nunca, en las anteriores reuniones del capítulo, la superiora había prescindido de aquella forma del voto de sus monjas.

Esa mañana Inés se convertía en la vicepriora y consejera más joven en la historia del monasterio, y no solo la más joven, sino también la profesa más reciente, habiendo pronunciado los votos solemnes tan solo unas semanas antes. Se acercó a su abadesa y con una reverencia tomó el lugar antes ocupado por Gloria.

—Ahora, hermanas, procedamos a la votación de las cuatro

consejeras restantes.

Un murmullo tímido fue acallado rápidamente cuando la hermana Alma se puso de pie para supervisar la votación. Cada una de las monjas tuvo que apresurarse a escribir en un papel el nombre de sus cuatro elegidas, una por una, por orden de prioridad, y depositar sus votos en una caja de madera lustrosa que sostenía Alma. La priora fue leyendo los nombres en voz alta, y la hermana Consuelo, secretaria del consejo, los iba anotando en una pizarra y agregando cruces a medida que se repetían.

Gloria, una crucecita tras otra, fue votada casi por unanimidad. Celeste la seguía con cuarenta y cinco votos. Analía, veintitrés. Y por último, Marcela, con veinte votos, pasaba a ser flamante consejera. Otros nombres fueron mencionados, Olivia y Lena, pero no llegaban a alcanzar a sus compañeras. Al finalizar, la madre Beatriz leyó los cuatro nombres más votados, por orden de antigüedad.

—Hermana Celeste, hermana Analía, hermana Gloria, hermana Marcela. Ustedes cuatro, junto a las hermanas Alma e Inés, han sido elegidas en el día de hoy para servir en nuestro consejo.

Las nuevas consejeras se fueron poniendo de pie al ser nombradas y se acercaron todas juntas a la madre abadesa para arrodillarse frente a ella y recibir la bendición.

—Que la Virgen María, nuestra Madre, les conceda la sabiduría en las decisiones, anteponiendo siempre el bien de nuestra comunidad monástica. Por Jesucristo nuestro Señor.

—Amén —respondieron las monjas a coro.

La madre Beatriz se retiró de la sala comunitaria seguida por su priora y su nueva vicepriora, Inés, a quien indicó que convocara para esa misma tarde la primera reunión del consejo.

A las cuatro de la tarde, puntualmente, las consejeras llegaron al despacho abacial. Alma las hizo pasar a la sala de reuniones y esperaron de pie hasta que entró la madre Beatriz, seguida por la hermana Inés, con la mirada siempre fija en el suelo. La abadesa tomó

su lugar a la cabecera de la señorial mesa rectangular, con Alma, la priora, a su derecha, e Inés a la izquierda. El consejo de hermanas no se reunía con frecuencia, solo en casos en los que la ley de los estatutos conventuales requería de un voto formal, o cuando la abadesa debía tomar una decisión de extrema importancia y buscaba ser aconsejada por el grupo de hermanas. A menudo ocurría que ya tenía su decisión formada pero elegía comunicarla a las hermanas del consejo antes de anunciarla a la comunidad, para obtener el mayor apoyo posible.

—Hermanas, en primer lugar debemos designar una secretaria en reemplazo de la hermana Consuelo. ¿Alguna voluntaria?

La madre Beatriz posó su mirada en Marcela, sonriendo.

—Eres la más apropiada para tomar notas —le dijo, señalando a su derecha un armario antiguo de dos puertas—. Alma, te pido que luego le muestres dónde guardamos los documentos y le expliques los detalles del trabajo.

Después de un intercambio de expresiones de asentimiento por parte de las hermanas, Beatriz las hizo callar para retomar la palabra.

—Hermanas, les doy a todas la bienvenida a nuestro consejo, a las nuevas y a las que ya están hace muchos o pocos años. La comunidad las ha elegido por mayoría porque las considera ejemplo de vida religiosa, mujeres de Dios y personas sabias que sabrán aconsejarme ante las decisiones importantes que debemos afrontar. A veces la vida religiosa anda como con ruedas, como ustedes bien saben. Pero también hay días en que se presentan dificultades, conflictos, necesidades. No solo necesidades materiales y espirituales, sino también, y espero contar con ustedes en esto, necesidades de cambio. Yo les pido especialmente que me aconsejen con una mirada abierta al futuro, al presente de este mundo en el que vivimos. Nuestro monasterio debe ser ejemplo de estabilidad, sí, pero también debemos demostrar capacidad de actualización, de modernización cuando la circunstancia lo pide, y así seguir atrayendo a las vocaciones jóvenes.

La madre las miró, una por una, esperando aprobación. Inés observaba callada cada gesto de su abadesa y asentía con veneración y adoración.

—Las he convocado hoy para abrir nuestro período de reuniones y darles la bienvenida, pero particularmente para contarles que he decidido que el padre abad Félix, quien, como ustedes saben, recibirá la consagración de nuestras novicias Renata, Teresita, Dolores y Paola, sea quien nos predique las conferencias del retiro espiritual. No solo el de las hermanas que van a hacer sus votos, sino también, y al mismo tiempo, el nuestro, el retiro anual de la comunidad.

—Madre —la interrumpió de inmediato Analía—, los votos de las hermanas son en agosto. No podés adelantarles tanto el retiro.

La abadesa le hizo señas para que hiciera silencio y agregó.

—Analía, no me has dejado terminar. Ante todo quiero que consideren que esta es una ocasión muy única que merece que hagamos confluir los dos retiros espirituales en uno. No adelantaremos el retiro de las novicias.

—¿Vas a atrasar el nuestro? —se animó a preguntar Marcela, a pesar de ser nueva en el consejo.

—Les recuerdo que no es la primera vez que esto se hace, si bien ya han pasado décadas desde la última ocasión.

—Es nuestra tradición que el retiro anual de la comunidad se haga a mediados del tiempo de Cuaresma —dijo Celeste, la monja más anciana del consejo, dirigiéndose al grupo—. Es tradición que el retiro nos prepare para recibir las fiestas pascuales. Sin embargo, la flexibilidad y el sentido común siempre han sido características de nuestras decisiones.

—Gracias, Celeste, aprecio tus palabras —asintió la madre.

—Apoyo tu decisión, Beatriz —respondió Celeste.

La madre priora e Inés secundaron el apoyo de la hermana Celeste a la propuesta. Inmediatamente las hermanas Gloria y Marcela sumaron su acuerdo.

—Bien —agregó Analía, molesta y sintiendo todas las miradas sobre ella—. No veo otra alternativa más que aceptar la moción, Beatriz. Pero tendrás en cuenta que no será una decisión muy

apreciada entre las monjas.

—Eso me lo dejas a mí, Analía —le respondió la madre.

Antes de dar por concluida la reunión, poniéndose de pie anunció, sin darle importancia, que la hermana Inés reemplazaría también a Gloria como asistente del noviciado.

—Mis asistentes a partir de hoy serán Marcela e Inés. La hermana Gloria ha hecho un trabajo formidable en estos años. Vamos a dejarla ahora descansar un poco. Va a trabajar en el taller de velas, encargada del funcionamiento conjuntamente con la hermana Consuelo. Es mucho para una sola persona.

Las consejeras se volvieron hacia Gloria, pero ninguna objetó. La abadesa no estaba preguntándoles su opinión, sino informándoles. Marcela dejó escapar una exclamación, pero Gloria la tomó del brazo deteniéndola y sonrió. Analía esperó a que todas salieran para dirigirse en privado a la madre Beatriz.

—Madre, creo que deberías explicar por qué tomaste la decisión de designar a Inés como vicepriora, cuando no hubo ninguna situación apremiante que te hiciera no considerar primero la voluntad de la comunidad. ¿Y ahora encima la elevas a encargada de las novicias? Vas a crear demasiado descontento.

—Confía en mí, Analía. Ustedes no conocen aún a Inés como para elegirla. Tienen que confiar en mí. Yo la necesito.

Excusándose con apuro, la madre se dirigió al segundo piso, a la sala del noviciado, donde la esperaban todas las novicias en silencio. Entró, seguida por las hermanas Marcela e Inés. Las novicias se pusieron de pie y esperaron hasta que la madre tomara asiento y les hiciera un gesto para que la imitaran. Marcela e Inés se ubicaron a su lado.

—Queridas novicias, tengo un anuncio importante para ustedes. A partir de hoy, la hermana Inés será mi asistente para el noviciado. Compartirá con Marcela el dictado de las clases. Inés les enseñará latín e historia de la Iglesia y dará ceremonial a las postulantes. Todo seguirá igual que con la hermana Gloria, se los prometo.

Las novicias, serias, no pronunciaron palabra. Algunas se animaron a observar la reacción a sus costados, sorprendidas. No era una noticia que esperaban. Consideraban a Gloria como una hermana mayor, comprensiva y dedicada al noviciado, siempre presente y accesible.

—Ya sé lo que estarán pensando. Mañana es Miércoles de Ceniza. ¿Cuándo le harán la despedida? Ustedes siempre pensando en festejos —bromeó—. Haremos una excepción, reúnanse el sábado a la hora del recreo, aquí en esta sala. Lo pueden juntar con la bienvenida a Inés. Pero sean discretas. ¡Eso sí que no me perdonarían las monjas mayores! Imagínense qué dirán, un festejo en Cuaresma. ¡Inconcebible! Y ahora, vamos a prepararnos para las vísperas, no lleguemos tarde.

El sábado por la tarde, después del oficio de nona, dos de las novicias prepararon una jarra de jugo y buscaron unos paquetes de galletas dulces reservados para días de fiesta. Se reunieron todas en el aula del noviciado con Gloria, Marcela e Inés para dar la conjunta bienvenida y despedida de sus asistentes. Algunas retenían lágrimas. La más afectada parecía ser Agustina. Marie también lagrimeaba, y Renata las consolaba a ambas. Belén se puso de pie, golpeó los nudillos contra el pizarrón y tomó la palabra, en nombre de todas.

—Gloria, te entrego esta tarjeta, escrita y firmada por todas, para que la guardes como recuerdo nuestro. En nombre de todas, quiero agregar que dejaste una huella bien profunda en nuestro noviciado. Les fui preguntando a todas, una por una, qué era lo que más extrañarían, y todas, sin excepción, mencionaron de una manera u otra tu bondad, tu sensibilidad. Siempre supiste reconocer si algo nos pasaba y ayudarnos con la palabra exacta, especialmente ante las aventuras y los dramas de las postulantes —agregó exagerando los gestos.

Las risas de las novicias la interrumpieron. Todas hablaban al mismo tiempo.

—Sí, es verdad —agregó Renata, levantando la voz y acaparando la atención general—. ¿Cuántas desventuras tuvimos de postulantes? Y

las postulantes de ahora ¿me van a decir que no son dramáticas? Pero a Gloria le tocaron las más bravas —rio, levantando los hombros y señalando a Marie, a Belén, a Micaela.

—Silencio, hermanas —intervino Inés con firmeza—. No hagan más bulla. Recuerden lo que pidió la madre. Discreción, por favor, estamos en Cuaresma.

Las palabras de Inés pusieron fin a la reunión. Las novicias se fueron despidiendo una por una de la hermana Gloria, algunas con tristeza, otras con palabras de agradecimiento.

—Yo no lloro porque compartiremos en unos meses los recreos, con mi velo negro —agregó Renata, con un guiño a las novicias.

16

“El primer tema que vamos a tratar en este retiro espiritual en el que, como comunidad, acompañaremos y prepararemos la entrada definitiva de nuestras cuatro novicias a la vida monástica está contenido en una sola palabra: amén”.

La fecha fijada para la ceremonia fue la fiesta de la Asunción de la Virgen, el día 15 de agosto. Una semana antes comenzaron las conferencias del retiro predicado por el padre abad Félix.

El lunes por la mañana, la comunidad de monjas y novicias se reunió en el salón grande de visitas. Las sillas ubicadas como en un teatro, con un pasillo central, enfrentaban una tarima que elevaba una mesa y un sillón señorial para el predicador. Detrás de la mesa, un pizarrón portátil. Una jarra de agua y una copa de cristal eran los únicos objetos sobre el despojado escritorio. Sería una semana de silencio en que la comunidad no recibiría visitas.

La madre abadesa Beatriz entró por el pasillo central desde

la hospedería, acompañando al padre abad Félix, y todas las hermanas se pusieron de pie. Los dos de la misma altura, lado a lado, mellizos con sus hábitos negros hasta el piso y los crucifijos colgados al pecho. El abad, la cabeza rapada y un solideo negro reposando en ella, subió a la tarima del predicador. La madre se sentó en la primera fila, en el centro, del lado derecho. A su lado Alma, la priora, y junto a ella la vicepriora, Inés. Del lado izquierdo aguardaban, recogidas, las cuatro novicias que preparaban sus votos, y detrás de ellas, el noviciado entero seguido por otras monjas.

El padre Félix saludó a las religiosas. Sus primeras palabras fueron dedicadas a la elegancia de la nueva hospedería, en un intento por quebrar la gravedad del momento.

—Espero que se relajen y distiendan; lamentablemente tendrán

que verme todos los días durante una semana entera, así que les propongo que dejemos las formalidades por el bien de nuestras cuatro profesas, que ya tienen demasiada tensión en sus hombros, con la expectativa de esta ceremonia tan masiva. Este es un retiro espiritual muy particular, ya que vamos a unir el anual, comunitario, con el retiro previo a la profesión de los votos solemnes de nuestras novicias, la consagración virginal de sus cuerpos y de sus almas al Señor Jesucristo. Recen, entonces, tendré que hacer algún milagro para integrar temas para todas.

Cuando las risas se atenuaron, el padre Félix se puso de pie y se acercó a las futuras profesas.

—Comencemos con una bendición especial para nuestras cuatro jóvenes novicias: Dolores, Paola, Renata y Teresita —les dijo, las manos extendidas hacia sus cabezas—. Este es el comienzo de la preparación final antes de pronunciar vuestros votos perpetuos, últimos. Preparación que habéis comenzado seis años atrás, cuando cruzasteis el umbral de la clausura llenas de ideales, para conocer y probar esta nuestra vida monástica. Os habéis preparado con diligencia y habéis llegado al momento tan anhelado, vuestro sí final e indeleble.

La comunidad lo seguía desde sus sitios con la mirada atenta y entusiasta. No faltaba ninguna. Más de sesenta monjas y novicias estaban allí, listas para comenzar la semana más importante del año, en que consagrarían seis días completos a una mayor reflexión y silencio interior bajo la guía de un padre monástico. A pesar del día gris y frío, aun las tres ancianas en sillas de ruedas, cubiertas con mantas escocesas, habían dado su presente acompañadas de cerca por la hermana enfermera.

Las cuatro novicias recibieron arrodilladas la bendición del abad, quien retomó luego su lugar para comenzar las conferencias diarias.

“Amén, en hebreo, significa ‘sí’”.

Las pausas entre sus frases eran largas, meditadas.

“Se trata de un ‘sí’ que implica una entrega, un dejarse llevar.

”Es el ‘sí’ de la fe.

”La fe es la virtud del peregrinaje, el aceptar ser llevados por otro.

”Es, por lo tanto, la virtud de la imperfección. La virtud del éxodo, del dejarse llevar hacia lo desconocido.

”Esa es la fe. Ese es nuestro ‘sí’. El ‘sí’ que nace el día mismo en que descubro que Dios es bueno, que Dios me ama. Por eso la fe procede de una adhesión: conozco al Dios bueno, que me ama, y luego adhiero a Él y le digo ‘sí’: me entrego, amén, a aquello que desconozco, pero que amo”.

Las hermanas tomaban nota, inclinadas sobre sus cuadernos. Las novicias no perdían detalle de cada palabra, subrayaban lo que juzgaban más importante, incluían notas al margen, intentando captar todo. Las ancianas escuchaban atentas sin haber siquiera llevado papel donde escribir.

“La fe es una acción entre dos: yo, quien creo; Dios Padre, en quien creo. El mismo Padre que hace que crea en Él, que ha enviado a su Hijo para darme la vida eterna, una vida después de la muerte.

”‘La fe es la prueba de las realidades que no se ven’, dice el autor de la Epístola a los Hebreos, en el capítulo 11. Y después de enumerar uno por uno a los patriarcas bíblicos, el apóstol destaca la fe de Abraham, por la cual ‘al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia. Y salió, sin saber adónde iba’”.

El padre Félix pausó y se sacó los anteojos.

“Sin saber…”.

Levantó la vista y la fijó en la primera fila, en las cuatro novicias expectantes, y repitió con lentitud, acentuando cada una de las palabras.

“Sin saber adónde”.

Las religiosas dejaron de tomar notas y cerraron sus cuadernos.

“Queridas hermanas novicias, ustedes cuatro, en pocos días darán el ‘sí’ más decisivo e inalterable de sus vidas, un ‘sí’ que podríamos llamar ‘indeleble’, que dejará una marca imborrable en vuestras almas.

”Queridas hermanas de esta santa comunidad, nuestro ‘amén’ tiene su mayor sentido y valor justamente por el hecho de que no sabemos adónde vamos, adónde nos lleva. La fe es un llamado y una conmoción, algo que nos sacude. Aquí está la paradoja de nuestra entrega: sabemos en quién creemos y por qué creemos, pero no sabemos adónde vamos y, sin embargo, decimos confiados: amén.

”Entre nuestros votos está el de la pobreza: imitemos la vida de los más pobres, aquellos que tienen una total inseguridad en el mañana.

”Confiemos en quien nos lleva de su mano, y entreguémonos a la incertidumbre que nos espera.

”Pronunciar los votos, hermanas, es entregar a Dios nuestra confianza, nuestra libertad: toda nuestra libertad.

”Amén”.

El segundo día del retiro, Renata reconoció que desde su entrada al monasterio no se planteaba tantas preguntas. “Amén” es decir sí a lo desconocido. Es el sí definitivo e indeleble, había dicho el abad. Y con qué fuerza lo decía. Hace seis años que me estoy preparando para este momento, pensó. ¿Una promesa indeleble? Abraham siguió a Dios sin saber adónde iba. Quiero ser monja, monja fiel. ¿Cómo comparar la fe de Abraham con la mía? Amo la vida comunitaria, rezar y cantar. Ensayamos toda la ceremonia, me probé el nuevo hábito, el nuevo velo, los zapatos nuevos. Me gusta esta vida. Pero ¿indeleble? Sí, es el voto de permanencia. Voto solemne de permanencia. El desposorio eterno.

Se dirigió a la capilla y se arrodilló. Estaba nerviosa, ansiosa, los malestares del estómago habían reaparecido. Rezó todo el día. Por la noche, antes de la oración, se presentó ante el escritorio de su abadesa y golpeó la puerta.

—Adelante —contestó la madre con su voz aguda.

Ni bien entró la hermana Renata, Beatriz vio que no estaba bien. Se puso de pie y la llevó hacia los sillones.

—No lo sé, madre. Tengo miedo. No puedo profesar todavía —sin terminar la frase, escondió avergonzada el rostro húmedo entre las manos.

El domingo celebrarían la ceremonia más grande e importante que el monasterio había tenido en sus ciento veinte años de vida. Cuatro novicias en una sola ceremonia. Las invitaciones habían sido enviadas meses atrás. Las familias, los amigos y los sacerdotes y seminaristas de la diócesis habían confirmado su asistencia. Todo estaba preparado: mesas, manteles blancos, flores.

—Tranquila, Renata, tranquila.

La madre Beatriz le sirvió un vaso de agua, animándola a que no se preocupara, estaba viviendo una gran presión. Era muy comprensible lo que le estaba ocurriendo.

—Mira, Renata. Yo me esperaba que algo así te iba a suceder. Eres una chica con una gran vida interior, pero asimismo tienes una gran vida exterior. Quiero decir, has tenido una vida de gran extroversión y poco a poco la rutina monacal hace que te vayas restringiendo, conteniendo. Pero es importante que seas vos misma. Nadie te pide que cambies tu personalidad, sino que la adaptes a la vida monástica. Hace seis años que estás aquí con nosotras, perteneces a nuestra familia. Este momento, en particular el retiro espiritual, es especialmente desafiante, pero debes tener en cuenta que no representa nuestra vida cotidiana. Por eso te sugiero que te entregues, que te aflojes y no te exijas tanto. Yo te conozco. Sé que estás lista para consagrarte, confía en mí.

Beatriz le alcanzó un pañuelo y Renata secó las lágrimas que lentamente fueron espaciándose.

—Vamos, que no te vean así las hermanas. Se van a asustar —le dijo sonriendo y palmándole la mano—. Espérame aquí.

Se levantó y se dirigió a su dormitorio. Desde la enfermedad de

Emilia, había tomado la costumbre de equiparse de medicamentos sobrantes y resguardarlos en un cajón para momentos de necesidad.

—Mira, quiero que tomes esta pastillita que te va a ayudar a estar más tranquila. ¿Sabes cómo la llamo? El Espíritu Santo. Hay ocasiones en que las hermanas la han necesitado, y los efectos son mágicos. Calma la ansiedad en esos momentos en que estamos bajo mucha presión. Una mitad es suficiente, esta noche cuando salgas de la oración de completas, antes de acostarte. Una mitad. Te va a ayudar a dormir mejor y a estar más descansada durante el día. Estás dispensada de las vigilias de mañana.

Renata le agradeció. Se sentía cansada. La tensión de la consagración y desposorio eterno que ocurriría en tan solo unos días era abrumante. Tomó la media pastilla al salir de las completas, obedeciendo a su madre espiritual, y se durmió ni bien se apoyó sobre la almohada. La tomó cada día antes de la cena, siguiendo la recomendación de la abadesa, y se fue serenando. Se levantaba con esfuerzo para el oficio de la mañana, los músculos flojos, y dormía siestas profundas. Le era más fácil afrontar el día y las conferencias del retiro espiritual. Su pensamiento flotaba, entregándose a un estado en que la mente se vacía de cavilaciones inútiles y el cuerpo se distiende. Hacia el fin de la semana, todo parecía transcurrir en un plano diferente al suyo. Renata se entregaba, oyendo remotamente las palabras del abad.

“Amén es nuestra respuesta a la fe. Y, como hemos visto ya, la fe representa en primer lugar un llamado, una pregunta y al mismo tiempo una conmoción.

”En segundo lugar, ese amén es un encuentro. Es el encuentro con Jesús, en el cual somos elevados por encima de nosotros mismos. Si leemos atentamente los distintos encuentros con Jesús en el evangelio, por ejemplo el encuentro con la samaritana, el encuentro con Nicodemo, y otros, todos tienen las mismas características:

”- son encuentros inesperados,

”- tienen como objetivo que aceptemos lo que somos,

”- se nos pide la entrega incondicional de nosotros mismos a la Palabra.

”Analicemos, por ejemplo, el encuentro con el ciego de Betsaida en Marcos 8, versículos 22 al 26.

”Jesús llega a un pueblo, Betsaida. Teniendo ya Jesús fama de milagroso, la gente le acerca un ciego, lo paran delante, y le piden tan solo que lo toque para curarlo. ¿Qué hace Jesús con el ciego? ¿Lo toca y lo cura? No. Lo toma de la mano y lo saca de su lugar, de su entorno, de su ambiente. Lo saca de la mano. El ciego se entrega y camina a su lado. Acepta salir, sin dudar, confía.

”‘Tomando al ciego de la mano, lo sacó fuera del pueblo’ (23) y después de devolverle la vista le dijo: ‘Ni siquiera entres en el pueblo’ (26).

”Como ven, Jesús lo cura después de sacarlo de su pueblo y le pide que no vuelva a entrar en él”.

El padre abad Félix cerró la última conferencia del retiro reiterando y exhortando a las hermanas, con voz firme y bondadosa, al sí incondicional a Dios, a seguirlo a donde Él quisiera llevarlas.

“Este es el pedido que Jesús les hace a ustedes, mis queridas monjas contemplativas, en particular hoy a nuestras queridas cuatro novicias.

”Hermanas Dolores, Paola, Renata y Teresita: Jesús las cura, sí; las sana, pero deben salir del pueblo. Deben salir del confort, del mundo, deben tender hacia delante y no mirar atrás”.

La concurrencia, apiñada de pie en los pasillos y detrás de las hileras de bancos, llegaba hasta el fondo y más allá. Amigos, vecinos y parientes debían apretujarse para poder ver y oír, amontonados en el atrio frío de la iglesia. Los familiares más cercanos de las cuatro novicias ocuparon los lugares reservados cerca del altar. En el centro, junto a ellos, se había ubicado Raquel Agüero en su silla de ruedas, en la última ceremonia a la que asistiría.

Una procesión de sacerdotes y seminaristas desbordó el presbiterio, como nunca antes se había visto, escoltando a dos abades y tres obispos, en esa mañana del domingo 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen María.

Una por una, Renata y sus compañeras entregaron en manos del abad Félix las promesas solemnes de la vida monástica y la virginidad de cuerpo y espíritu. Con la mirada vacía y la voz delicada, la hermana Renata, erguida y firme, leyó sus promesas y recibió el anillo nupcial en la mano derecha. Con una genuflexión ante el sagrario y sus flamantes velos negros, las cuatro profesas se despidieron, acompañadas por acordes graves y majestuosos que hacían vibrar el recinto. Ante la admiración de familiares y fieles, caminaron a pasos lentos detrás de los prelados, sacerdotes y seminaristas que encabezaban la procesión y cargaban en alto al Cristo crucificado.

17

—Es la luna de miel, chicas, un regalo del Espíritu Santo para que las novias estén a solas con su esposo divino.

Dos días sagrados de silencio completo para las cuatro jóvenes. La madre Beatriz pedía a toda la comunidad que acompañara con la oración a las nuevas profesas y que respetara los días de silencio que se les concedía después de tan gran acontecimiento.

—Es la oportunidad de rumiar y gozar las vivencias de estos días.

Las religiosas estaban cansadas, exhaustas. Habían trabajado en preparar la hospedería y la ceremonia. Las que atendían a los prelados y asistentes habían presenciado las conferencias del retiro sin poder concentrarse en ellas. Ansiaban volver a la normalidad, a su rutina de trabajo y oración, de recreos y silencio. La cantidad de huéspedes que habían alojado y alimentado superaba el trabajo habitual. El retiro espiritual tan esperado había pasado como un soplo, sin tiempo de meditar ni releer sus notas, sin tiempo de reflexionar y orar.

La mañana después de la consagración de las cuatro hermanas, la hospedería había quedado vacía. Despidieron al abad Félix con una mezcla de tristeza y alivio, con campanadas y abrazos. La rutina volvía a instalarse en los claustros.

Volvió a establecerse también la rutina para las cuatro nuevas profesas. Marie se reencontró con Renata en el taller de velas, donde compartían una mañana semanal. Renata asistía ya a los recreos con las monjas de velo negro y no tenían oportunidades de conversar como antes. Marie llegó al taller después de su clase de regla monástica y se dirigió al sector de la preparación de la cera. Cuando se estaba atando el delantal, Consuelo se acercó a ella.

—Buen día, Marie. Estamos atrasadas con un pedido de jabones. Necesito que ayudes a Renata a revisar la partida —y le señaló la mesa de trabajo al fondo del taller.

Se sentaron a trabajar en la mesa larga, una al lado de la otra, revisando los jabones con atención para dejar de lado aquellos que tenían alguna falla.

—Hola —dijo Marie en voz baja interrumpiendo el silencio—. ¿Cómo te trata la vida de monja?

—Las extraño, Marie —contestó Renata en un lánguido susurro—. Tengo que acostumbrarme a no estar con ustedes, a no ir más a las clases. Pero bien. Estoy bien.

Volvió a bajar rápidamente la mirada sobre su trabajo.

Había cambiado. Habían dejado atrás aquel tiempo en que Renata las hacía reír tanto. ¿Sería ese el efecto de los votos perpetuos en ella cuando los pronunciara meses más tarde?, se preguntaba Marie. La juventud replegándose. Renata aplacada, apagada. Sería quizás la muerte del hombre viejo a la cual Beatriz se refería en sus conferencias. Marie desechó con aversión la imagen. Renata ya no estaba allí, había pasado a otra vida.

—Recién me estoy aflojando, Marie, fue todo tan intenso. Pero, sí, ya voy aprendiendo lo que es ser monja.

—¿Por qué no volviste a cantar con nosotras? Te necesitamos. ¿Cuándo volvés?

—A partir de hoy retomo. Decidimos con la madre que me tomaría un tiempo, pero hoy voy al ensayo. Mañana me siento en mi lugar en la schola. Aunque ni sé qué es lo que vamos a cantar.

Marie sacó de su bolsillo una libreta y le anotó los himnos y otros cantos que la hermana Analía había pedido que llevaran al ensayo.

Renata no subió a su celda a descansar durante la siesta, sino que se dirigió a la capilla para marcar los cantos en los libros litúrgicos

que iba a necesitar esa tarde. A la hermana Analía la enojaba que las monjas no asistieran preparadas.

—Por algo les dejo todo anotado en la pizarra la misma mañana de los ensayos. No tienen excusa. El tiempo que se nos da de práctica ya es demasiado breve como para que además tenga que esperar a que busquen libros y páginas.

Renata tomó la lista de cánticos que Marie le había anotado, marcó con estampitas cada página del libro de las misas gregorianas e hizo lo mismo con el de la Liturgia de las horas, cuidando de numerar el orden que seguiría la hermana Analía durante la clase. Como directora del coro, tenía medido y programado hasta el último minuto de clase. Al terminar, Renata se arrodilló. Sentía un cansancio demasiado grande como para subir a su celda a dormir y solo quedaba media hora de siesta. Había bajado la dosis a un cuarto de pastilla. El Espíritu Santo, le había dicho la madre Beatriz. Obra maravillas. Apoyó el rostro cansado en sus manos cerradas en forma de plegaria. Cuándo dejar esas pastillas, ese letargo, ese refugio desde donde no podía ver con claridad. “Amén”. Las palabras del abad volvían, golpeando como oleadas, a su memoria. El tercer punto en el que el padre Félix se había detenido para describir el “amén” había sido el de la mirada. La característica del recorrido de la fe que implicaba una iluminación. En el momento se le habían escapado tantas cosas. Sin embargo, algunas hermanas, las que siempre tomaban nota de todo, seguramente Inés, iban transcribiendo a máquina el retiro, frase por frase, y cada día lo fotocopiaban para las cuatro profesas. Estaba agradecida. Sus notas habían sido escuálidas. Le costaba concentrarse. Podía releer las copias.

“El tercer momento del recorrido de la fe es la iluminación, la mirada, el ver. Judas es quien no quiere cambiar su mirada, es aquel que se niega a ver”.

El abad había insistido en una misma idea: ver, mirar. Qué iluminación podía tener bajo el efecto de una medicación, se decía Renata. El Espíritu Santo. Tengo que empezar a dejarlo. Cruzó los brazos sobre el respaldo de adelante y escondió el rostro en ellos, dejando correr unas lágrimas tibias, sin vida. La capilla estaba desierta y fría. El sol de las tres de la tarde no alcanzaba a calentar el lugar. Soy la nueva esposa de Jesucristo, le entregué mi cuerpo, mi alma, mi

ser, y estoy anestesiada. Qué sienten mis hermanas, Dolores, Teresita, Paola. Andan por los claustros radiantes, exhibiendo la elegancia de sus velos negros inmaculados.

"Cambiar la mirada es observar el mundo como Dios lo ve: mirar a los otros, a Jesús, pero también a nosotros mismos, con la mirada de Dios".

Su mirada estaba velada, pensó, con el velo de la pastilla que tomaba desde el retiro de la profesión de votos solemnes. Pero debía confiar en la madre, su madre espiritual. Era el Espíritu Santo. Un velo de alivio, un velo de serenidad.

El sonido seco del cencerro del fin de la siesta la sobresaltó. Estaba dormitando sobre sus brazos cruzados. Algunas hermanas del coro entraban y salían buscando libros. Unas pasaban rápido, mientras otras se arrodillaban un momento, recordando alguna plegaria. Renata se levantó de prisa y se dirigió a la sala comunitaria para el ensayo. Marie ya estaba allí, ordenando sus libros y marcando las páginas. Renata se sentó a su lado.

—¿Estás despierta? —le preguntó Marie en voz bien baja.

La hermana Analía, con su oído absoluto, levantó la vista reprimiendo palabras de reproche. Inmediatamente dio dos golpecitos en la madera del piano, indicando el comienzo del ensayo.

Después de dar la nota do, Analía marcó con un sutil gesto de su mano izquierda el comienzo de la antífona de entrada del domingo, y las cantoras soltaron sus voces al unísono.

—Ego clamavi, quoniam exaudisti me, Deus.

Marie, habituada a apoyarse en la voz de Renata, siempre firme, fuerte y sobresaliente, percibió que se expresaba ahora más delicada y temerosa. Se habían invertido los roles.

El ensayo estaba llegando a su fin cuando golpearon la puerta de la sala de música y se asomó Alma. Analía hizo señas a las hermanas de la schola para que siguieran ensayando y se acercó a la puerta.

Cuando regresó al piano, esperó a que las monjas terminaran de cantar.

—Nos informan que acaba de dormirse para siempre nuestra querida Ángela.

Analía hizo una pausa y permitió que las hermanas reaccionaran con discretas exclamaciones y comentarios.

—Hermanas, el mejor homenaje que podemos hacerle es seguir con nuestro deber y retomar el ensayo. Esto acaba de ocurrir, fue inesperado, como ustedes saben. No conocemos los detalles de cuándo será el entierro, pero sin duda la velaremos esta noche. Vamos a tomar estos minutos que nos quedan para ensayar los cantos apropiados.

La hermana Ángela había sido admitida al monasterio después de enviudar. En un pacto hecho con su esposo, se habían prometido que el que sobreviviera al otro dedicaría el resto de sus días a la oración y la vida de servicio. Había nacido en Austria, de familia judía. Sus padres habían desaparecido ante sus ojos, junto a sus abuelos y sus dos hermanos mayores. Ángela y su hermano menor habían sobrevivido. Había encontrado en el catolicismo la única manera de poder convivir con el dolor y el resentimiento, con los recuerdos y las pesadillas.

—Descubrí el perdón en la cruz de Jesucristo —contaba a las hermanas, sin rencor.

No tenía otro modo de vivir. Debía perdonar.

—Convivir con el odio, con semejante veneno, es impo-

sible.

Ángela no evitaba el tema. En sus ojos brillaba la serenidad, la paz, el amor de quien estaba verdaderamente reconciliada con el destino. Había dedicado sus veinte años de viudez a rezar por su país y por un mundo más compasivo. Era una mujer contemplativa. Así como vivía, así había partido. En silencio, en paz, con discreción.

—Se quedó dormida —anunció la madre abadesa a las monjas reunidas para la cena—. Nunca se despertó de la siesta. Se durmió con el rosario entre las manos, como una santa.

La misa fue celebrada con el ataúd abierto, expuesto frente a las rejas del lado de la clausura. Las religiosas iban pasando de a dos durante el canto de entrada y dejaban una rosa blanca en un canasto que adornaba los escalones. Al terminar la misa, dos de las novicias se acercaron a tomar el canasto de flores, y el obispo, los sacerdotes y los seminaristas presentes entraron a la clausura, atravesando la reja abierta, para iniciar la caminata hacia el cementerio, única ocasión en que los celebrantes entraban al claustro. Las novicias seguían la procesión con las flores blancas, detrás de los sacerdotes que precedían el ataúd, la madre abadesa y la comunidad de monjas. Un portón grande separaba el cementerio del jardín de los huéspedes y fue abierto para que los hijos y nietos de la hermana Ángela pudieran despedirla. La procesión caminó lentamente, cantando los versículos del salmo 117 y otras antífonas.

Demos gracias al Señor porque es bueno, porque es eterno su amor.

En mi angustia grité al Señor, Él me respondió y me dio respiro;

Él está conmigo y no temo. ¿Qué puede hacerme el hombre?

El obispo pronunció las oraciones y el responso, y la comunidad cantó el cántico de acción de gracias a la Virgen María, mientras despedían a la hermana Ángela y pasaban una por una arrojando las rosas blancas sobre la tierra húmeda.

—Ha sido una ceremonia sencilla, alegre, en la que dominó el espíritu de acción de gracias —comentaba la madre a la comunidad por la tarde, durante el recreo—. Ángela ya reposa para siempre, como lo merece. Una persona sencilla, pura, que ha sufrido tanto y ha sido tan agradecida a la vida, tan espiritual. Su presencia ha sido una

bendición para nuestra comunidad. Que su vida sea un ejemplo para nosotras.

Marie llegó a la capilla para la hora de la meditación antes del rezo de las vísperas. Algunas monjas ya estaban en los sitiales, concentradas en sus Biblias. Otras rezaban arrodilladas. Tenía mucho por absorber, mucho por meditar. Tomó el libro de himnos gregorianos para volver a la antífona que habían cantado durante el entierro. Necesitaba repetirla y rumiar las palabras del salmo. No conocía esa melodía. La había transportado muy dentro de sí misma desde que la habían cantado, la noche anterior, en el brevísimo ensayo improvisado por Analía después de la cena. Era un entierro, estaba triste, la comunidad estaba triste. La muerte de la hermana Ángela había tomado a todas por sorpresa. Una monja silenciosa y dulce, profundamente buena. El ambiente durante la cena había sido grave y, sin embargo, el entierro había tenido un tono festivo. Era la segunda muerte desde su entrada al monasterio, aunque ya no recordaba la anterior en sus primeros meses de postulantado. Ángela, una monja que rezaba por las vocaciones nuevas, que siempre le preguntaba sobre ella cuando tenían recreos compartidos, a la que le gustaba contarles a las novicias sobre el modo en que había descubierto a Dios. Habían devuelto a la tierra el cuerpo de la hermana Ángela cantando In Paradisum deducant te angeli. Qué apropiado, qué melodía. Nadie mejor que Ángela para convertirse en ángel de todas. Que los ángeles te reciban en el paraíso. Chorus angelorum te suscipiat, aeternam habeas requiem. Que te reciban los coros de los ángeles y tengas un descanso eterno. La palabra aeternam, qué cadencia. Qué sabiduría la de los melismas gregorianos cuyas notas subían, extendiendo y deteniéndose eternamente en cada sílaba. Podía ver y sentir a la hermana Ángela subiendo y siendo acogida por un coro de ángeles, vestidos de blanco. Renata no había cantado como antes. Se habían habituado a entonar juntas, con una sola voz, esos melismas que tanto disfrutaban. Con solo mirarse sabían que era en esas notas en las cuales las dos largaban sus voces e intentaban llegar al cielo. Pero Renata era ahora monja profesa. Ya no una novicia bromista; toda una mujer consagrada, alma y cuerpo. Callada, silenciosa. Como la hermana Ángela. De ahora en más, Ángela será mi ángel, mi guía, pensó Marie, mi modelo a seguir. Se arrodilló en silencio.

El domingo siguiente, Marie recibió la visita de Lucio y Antonia. Se sentó con ellos en el salón de la hospedería. Su abuela quería saber todos los detalles de la muerte y el entierro de la hermana Ángela.

—¿Cómo podés creer en los ángeles, Marie? —interrumpió Lucio.

—Lucio, no seas así. Dejá que tu hermana cuente —lo reprimió su abuela Antonia con una palmada en la rodilla.

—Ustedes creen en una historia que fue contada por hombres. Cualquiera de nosotros puede empezar una teoría nueva, y si persiste a lo largo de los años y los siglos, la gente lo va tomando como palabra de Dios. ¿No se dan cuenta? Podría ser ficción.

—Vos porque sos un agnóstico y porque no te gusta que se te asocie a la mayoría.

—No, Marie, en todo caso será porque yo pienso. Porque quizás pienso demasiado, porque leo, porque estudio. Me interesa el tema.

—Estás equivocado, Lucio —lo interrumpió Antonia—. Leé los evangelios.

—Los leo. La Iglesia los predica como si realmente hubieran sido escritos por los apóstoles, pero no nos cuenta que están basados en historias que se fueron transmitiendo de boca en boca. Y no solo de generación en generación, sino que además pasaron de un idioma a otro. ¿Se imaginan los cambios que fueron sufriendo esas historias? Los apóstoles eran ignorantes y hablaban en arameo. ¿Te dicen esto, Marie? ¿Qué te dicen en la clase de Biblia? Los evangelios se escribieron en griego más de medio siglo después de la muerte de Jesús. ¿Por qué lo interpretan como la palabra de Dios? No digo que Jesús no haya existido, o que no haya sido un hombre de Dios, un hombre que quedó en la memoria de la gente. Pero ¿hijo de Dios? ¿Cuentos que pasaron del arameo al hebreo, y después escritos en griego?

—Basta, no tenés por qué sermonearnos. Respetá la fe de los que creemos, Lucio. No me parece bien que tengas que discutir esto con tu hermana. Ese ambiente de teatro no te está haciendo bien, parece.

—Está bien, no te preocupes —dijo Marie a su abuela, sonriendo —. Me interesa escuchar distintas opiniones.

—Marie sabe que la respeto —les dijo con un guiño—. Son discusiones ilustrativas para los dos. Las respeto. Respeto la fe que tienen y, es más, las envidio. Pero tienen que estar informadas.

—Bueno, ya basta —dijo Antonia, deteniendo la conversación con las manos—. Ahora que nos diste una clase magistral, cambiemos de tema. Con ustedes, una nunca se aburre. Contanos más sobre la hermana Ángela.

18

—Madre Beatriz —anunció la hermana Inés, entrando a su escritorio—. Llamó la secretaria de Raquel. La llevaron al hospital y ya no hay nada que hacer.

—Voy a verla. Dile a Marie que se prepare. Salimos después del almuerzo.

—Podrías aprovechar para ver a tu mamá —sugirió Inés—. ¿Le digo a Belén que las acompañe? Tu madre no la ve desde sus votos.

—Buena idea. Que nos rinda la salida.

Belén había profesado los votos perpetuos pocos días después de la muerte de la hermana Ángela. La madre abadesa Beatriz, inspirada por la proximidad de los dos eventos, predicó a la comunidad sobre la profunda comunión entre la vida y la muerte de una monja.

—El día de vuestros votos solemnes, hermanas, es el día de la entrega de la vida, de la vida tal como la conocemos. Es el día de la renuncia a los deseos y los apegos; es la sublimación de los dolores físicos. Es el día de la muerte del "hombre viejo", de nuestra "mujer vieja". Muerte que nos permite entrar en otra esfera: la vida religiosa. Podríamos interpretar esta esfera como un paréntesis entre la vida y la muerte, un tiempo en el que estamos suspendidas entre dos estados. Se trata entonces de dejar de prestar atención al cuerpo, si bien aún lo tenemos, para ya poner todo el vigor en lo que viviremos después de la muerte. Abordemos la vida de monjas como un tiempo de preparación. Esta semana es única en la historia del monasterio. Con una diferencia de siete días, hemos despedido a la hermana Ángela, que ya está gozando del cara a cara con Dios, que ha dejado en esta tierra el peso de su cuerpo, para contemplar la belleza eterna sin estorbos. La hemos despedido con alegría, mientras nos preparamos para recibir la entrega definitiva de Belén al seno de esta comunidad

religiosa. Mientras nuestra querida Ángela, después de una vida larga, entra en la Vida con mayúscula, sin su cuerpo, en donde se da la contemplación pura del espíritu a Jesucristo el esposo, Belén, la joven Belén, ingresa en esta vida de transición y preparación, en la que nuestros cuerpos quedan suspendidos, atendidos tan solo en sus necesidades más básicas como para permitir la elevación del espíritu en la contemplación. Belén se sumergirá en este mundo en el que, como monjas, abandonamos solemnemente los deseos más carnales, más mundanos, en preparación para la contemplación eterna del esposo amado, Jesucristo.

Beatriz se levantó de la mesa antes del postre. Las monjas y novicias siguieron comiendo en silencio, escuchando a Gloria, quien leía desde el atril un discurso de Juan Pablo II, del diario l'Osservatore Romano, al mundo de la ciencia y del arte en Salzburgo. Beatriz llamó por teléfono a su madre y le confirmó que pasarían por su casa alrededor de las cuatro de la tarde, con Belén y Marie. Respondió rápidamente, con su marcador rojo, algunas notas de las novicias, las colocó en el buzón azul y se preparó. Las hermanas la esperaban en el garaje, conversando dentro del coche.

—¿Le dijiste a alguien que nos íbamos? —le preguntó Belén a Marie.

—Tuve que contarle a Agustina. Teníamos que trabajar juntas esta tarde. Espero que no sea un problema. Le dije que Raquel estaba grave y que la madre me necesitaba para llevarla.

—Se va a dar cuenta de que salimos las dos, estoy segura —replicó Belén.

La madre Beatriz entró a la habitación donde Raquel dormía. Saludó a los familiares que la velaban, esperando el desenlace. Un hermano y tres sobrinos se habían hecho presentes. Beatriz les propuso orar juntos. Pidió una plegaria para que Raquel encontrara el alivio final después de una enfermedad prolongada. Agradeció a Dios por la amistad y la generosidad demostradas a lo largo de tantos años con el monasterio y sus monjas. Raquel abrió los ojos. Observó a uno por uno. Con una seña pidió que la dejaran sola con la madre abadesa.

La familia se retiró, titubeando. Raquel hizo que Beatriz se sentara bien cerca de ella. Le habló en voz muy baja y cansada. Beatriz, con gran esfuerzo, interpretó algunas palabras.

—No les cuentes nada.

—No se canse, Raquel, no se agite. La gente está aquí porque la quiere, porque quieren verla y acompañarla. Son familia.

—Quieren verme morir —susurró—. Bien muerta.

Beatriz le tomó la mano y Raquel no se resistió. Era la primera vez que se dejaba tocar por ella. Tenía la piel suave y las manos prolijamente cuidadas. Le acarició el cabello blanco. Rezó. Le volvió a agradecer lo mucho que había hecho por el convento. Le habló de la hospedería nueva, siempre llena de jóvenes que iban a hacer retiros, sacerdotes, religiosas.

—Nos ha permitido ampliar nuestro acceso a muchas almas. ¿Se acuerda de la familia grande que tiene Belén? Ha profesado hace dos meses y todos son muy creyentes y espirituales. ¿Sabe que han decidido hacer un retiro de tres días? Toda la familia, padre, madre y los hermanos, aun los casados, para acompañar más de cerca a Belén y estar preparados para entender la ceremonia.

Raquel la miraba con los ojos grandes abiertos.

—¿Las madres? —dijo con voz ronca, imperceptible.

—¡Y por supuesto nuestras madres! Ya está por instalarse la mamá de la hermana Gloria. Desde que ha enviudado, su situación económica es muy limitada. Por el momento es la única que lo necesita, pero ya iremos recibiendo más —le aseguró.

Beatriz se despidió de Raquel. Le besó la frente y le hizo la señal de la cruz con el pulgar derecho. No volvería a verla.

Dejó pasar a la familia. Intentó conversar unos minutos con ellos y se retiró en silencio. Marie y Belén la esperaban en una sala contigua a la habitación, de las pocas que tenían sala de espera privada. Las tomó del brazo, una de cada lado, y les dijo que necesitaba imperiosamente un poco de aire puro.

Caminaron unas cuadras alrededor de la clínica y antes de volver al auto entraron a una tienda de objetos de cuero.

—Cómo me gusta el olor a cuero —les dijo Beatriz, llevándolas hacia adentro—. Sientan, huelan. Cuero de verdad —y hundió su rostro en una de las prendas colgada en un perchero desbordado de chaquetas y sacos, cortos y largos.

Beatriz tenía una colección de carteras y bolsos negros que iba pasando a sus monjas a medida que se cansaba. Eligió esta vez una cartera de cuero marrón con muchos cierres y bolsillos.

—¿Qué les parece, chicas? —se miró en el espejo—. ¿Me la llevo?

Pagaron la cartera de cuero fino. La gente las miraba con curiosidad y algunos les preguntaban de dónde eran. Las hermanas respondían en pocas palabras, sin detenerse, mientras regresaban al coche para encaminarse a lo de la mamá de Beatriz.

—Apúrate, Marie, rápido. Quiero que pasemos un buen rato en lo de mamá y que no lleguemos muy tarde al monasterio. No puedo dar motivo a la murmuración y la imaginación. Tratemos de llegar a tiempo para anunciar a todas, después de la cena, cómo la encontré a Raquel.

La hermana Inés había compartido el recreo con las novicias con el fin de informarles que la abadesa había partido con urgencia a ver a Raquel Agüero, haciendo una excepción a las reglas de la clausura por tratarse de una gran benefactora.

—Fue a verla y a orar con su familia para sostenerlos y acompañarlos en el dolor.

Al terminar el recreo, Inés retuvo a Agustina.

—Dice la madre que le dejes una nota y le recuerdes que te dé otra cita para verla. Hoy no podrá.

Agustina le agradeció, sumisa, y se retiró a su celda para la siesta. Entró, se sacó el hábito y el velo, sin desatar el nudo de la cofia

blanca, y se arrodilló contra la cama. Un sentimiento conocido la sobrevino; flechazos de una tristeza que se tornaba más y más intensa. Siempre había sido melancólica, pero la tristeza la estaba acosando demasiado a menudo. Dependía de la atención de la madre, necesitaba saber que ella era valiosa para la abadesa. La madre la apreciaba como artista, pero Agustina precisaba más. Quería pertenecer al grupo íntimo de su madre espiritual. Siempre Marie, siempre Belén, siempre las mismas. Adónde van. Por qué mandarle el mensaje con la hermana Inés. Por qué esa distancia. Rezó. Se recostó en la cama y lloró. La familiar angustia se fue transformando en irritación, enojo aplacado por el dolor. Lo sintió en el pecho y se abrazó a la almohada. Lo sintió en el vientre. Su abadesa era su madre, su protectora, guía y maestra. El silencio de la siesta amplificaba su llanto. Estaba avergonzada. Aquietó los sollozos con las manos. Se volteó boca abajo y ciñó la manta entre sus piernas. Estar con la madre Beatriz se había vuelto una necesidad. Oírla hablar, saber qué hacía y con quién estaba. Ya no tenía lágrimas, pero su respiración seguía agitada. El enojo y el dolor se habían fusionado y ya no los distinguía. Un temblor nuevo la invadió, una sensación desconocida le subió por las piernas y le alcanzó todo el cuerpo. Rodeó con fuerza la frazada sintiendo el calor contra sí. Por un instante o dos, tuvo la mente en blanco. Asustada de sí misma, se puso de pie de un salto. Tomándose la cabeza entre las manos, se vio muy lejos de Dios. Caminó en círculos por la celda. Por qué los celos. Por qué tan insegura. Se sentó en el piso mientras su cuerpo seguía temblando. Apretó las rodillas contra su pecho y escondió el rostro. No había entrado al monasterio para alimentar ataduras. Qué lejos estaba de la entrega exclusiva a Dios. Se incorporó. Arregló de un estirón las sábanas y la almohada y volvió a vestirse. Se acomodó el velo y el hábito, bajó las escaleras con determinación y entró al taller de arte. Arrancó una hoja en blanco. Garabateó con energía un nuevo dibujo. Una serie de figuras desordenadas comenzaron a cubrir el papel. Los oídos le zumbaban, y quería acallarlos. Hablaría con Gloria, pero la hermana Inés había tomado su lugar, y Agustina le temía. Era estricta, rígida, había cambiado, era ahora la mano derecha de la abadesa, todo lo hacían juntas. Agustina dibujaba con rapidez, mientras iba recobrando el ritmo natural de los latidos; un ángel con dedos largos y finos, bien largos y blancos, las venas de las manos en relieve y un cuerpo de alas deformadas que flotaba amenazador sobre una virgen sentada en un trono. Recordó los dibujos de Chagall, sus formas estilizadas,

esparcidas como al azar en el lienzo. La virgen llevaba un gran anillo con el sello agigantado de la flor de lis. Inclinado su torso hacia el papel, Agustina repasaba con vigor los contornos que había esbozado en lápiz y los marcaba con una pincelada gruesa de tinta negra, mucho más gruesa que de costumbre. El mismo ángel, en una esquina superior de la página, subía al paraíso y, en bocetos desdoblados, parecía ir deshaciéndose de su cuerpo como de una vestidura, dejándolo caer al vacío.

La madre abadesa, Belén y Marie llegaron a la casa de Carmen para tomar un té bien caliente y unos pancitos de queso recién salidos del horno. La mesa ya estaba preparada, con tazas de porcelana y tetera a la inglesa, como le gustaba a su hija. Carmen abrazó a Belén con su nuevo velo negro y la felicitó. La próxima en profesar sería Marie.

Beatriz quiso saber todas las novedades de sus sobrinos.

—Le he avisado a tu hermana que vendrías, pero has visto cómo es ella con ese tema. Cuanto menos sabe de vos, más contenta está.

—Déjala, mamá. La próxima vez me avisas cuando tengas los nietos y vengo.

Regresaron al monasterio a tiempo para cenar con las monjas. Cuando salieron del comedor, la madre Beatriz se detuvo en el claustro con la hermana Inés a su lado y esperó a que todas las monjas estuvieran congregadas.

—He estado con Raquel hoy, hermanas. He ido porque me han llamado, y considerando las muchas donaciones que ha hecho a nuestra comunidad, no he podido negarme. Está internada y ya no le harán nada más, solo administrarle calmantes. Tiene dolores muy fuertes y ya no puede comer. Los médicos predicen un desenlace muy rápido. Les pido que la tengan presente en vuestras oraciones. La extrañaremos mucho, ha sido una gran amiga para nosotras. Cuando tenga más noticias les informo.

Raquel Agüero murió dos días después, en medio de la noche, sin compañía. Dormida, el corazón frágil dejó de latir. Haciendo una excepción a las reglas de la clausura, la madre Beatriz y Marie asistieron al entierro y la despidieron junto a Ana, la secretaria y los familiares. Beatriz invitó al hermano de Raquel a visitar el monasterio. Le mostraría todas las obras que habían podido realizar gracias a tan generosa benefactora. La abadesa se despidió y se alejó. Supo que ya no volvería a saber de la familia Agüero.

19

La hermana Olivia apoyó las teclas y pedales del órgano con la fuerza de todo su cuerpo. Desde la pared del fondo de la capilla, los tubos resonaron en acordes graves prolongados, interrumpiendo y acallando el silencioso rumor de los fieles congregados del otro lado de las rejas para celebrar los votos solemnes de la hermana Marie.

Era el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. La familia comenzó el día temprano. Cuando la madre de Marie entró a la cocina, su esposo ya estaba sentado al lado de la ventana frente a una taza de café tibio. Se acercó a él y descansó las manos sobre sus hombros anchos.

—¿Te hago unas tostadas?

Lo besó en la cabeza y cortó dos rodajas de pan blanco, sabiendo que no obtendría respuesta. Él giró apenas hacia ella y volvió a fijar la mirada a través de la ventana. Sus ojos azules se habían vuelto a humedecer y el brillo reflejaba el sol que comenzaba a iluminar la cocina con su estrecho comedor diario.

—¿Dónde está Margarita? —preguntó abstraído—. ¿Volvió anoche?

—Sí, volvió. Ahora voy a despertarla.

En ese momento entró Antonia. Había pasado la noche allí para ir a la ceremonia con la familia. Se sirvió un té, tomó dos galletitas de la lata y se excusó para terminar de prepararse. No era momento para hablar.

—¿Saben algo de Lucio? —preguntó Margarita, entrando a la cocina con los ojos cansados.

Lucio vivía cerca de la otra abuela y la llevaría directamente para

encontrarse todos en las puertas de la capilla, media hora antes del comienzo de la ceremonia.

—¿Llegará a tiempo? —y abrazó a su padre con un apretón más largo que de costumbre.

A las nueve y media de la mañana, se encontraron con Lucio y la abuela en el atrio de la iglesia. La hermana portera de turno, Belén, abrazó fuerte a cada uno, felicitándolos por la nueva profesa. Tomó las manos de Lucio y Margarita y los miró bien cerca a los ojos.

—Es un día de lluvia de bendiciones para la familia también —declaró entusiasmada.

—Es cierto que profesaste hace poco tiempo. Felicitaciones, Belén —interrumpió la mamá de Marie tomando a sus hijos de los brazos—. ¿Podemos entrar?

—Tienen reservadas las dos primeras filas, del lado izquierdo —dijo la hermana Belén, indicándoles la entrada por la puerta lateral—. Los veo después de la ceremonia.

Ingresaron a la iglesia saludando a los amigos y familiares camino hacia el primer banco. Antonia se arrodilló entre su hija y Margarita. La abuela francesa se ubicó en un extremo y le hizo una seña de aprobación a su nuera. Todos sus nietos habían concurrido, y notó lo bien vestidos que estaban. Le indicó a Lucio que se sentara a su lado. Estaba elegante con su pantalón crema y el saco azul. A diferencia de su padre, no tenía corbata, pero se había cortado los rulos y se lo veía atractivo con su bigote y barba prolijos.

Atenta al primer acorde, Belén abrió las dos hojas de madera pesada del pórtico principal con devoción y pausa.

La profundidad de los tubos del órgano llegó hasta la calle

y la luz del sol de las diez de la mañana de un cielo inmaculado, cálida y no calurosa, invadió el atrio por donde ingresó la procesión.

Dos seminaristas de alba impecable la encabezaron. El acorde inicial del órgano marcó la entrada a las voces de las monjas de la schola, quienes, del otro lado de la reja, se habían ubicado en semicírculo dándole la espalda a la comunidad de religiosas. Las cantantes entonaron a una voz las primeras dos palabras del himno gregoriano de apertura, Gaudens Gaudebo, para dejar entrar al resto de las monjas que continuaron con ellas la melodía.

—In Domino, et exsultabit anima mea in Deo meo...

Uno de los seminaristas mecía con entusiasmo el incensario dorado, de atrás hacia delante y de adelante hacia atrás, inundando el recinto con el aroma litúrgico que se entremezclaba con el de los jazmines que adornaban los floreros. Detrás de ellos, un tercer monaguillo cargaba, con las manos en alto, un gran crucifijo de madera y bronce. Lo seguían otros dos, llevando las velas y escoltando por delante a un diácono que exhibía la Biblia en alto.

Marie caminaba a pasos lentos detrás del diácono, la mirada fija en las baldosas frías, las manos debajo del escapulario, en su último día de velo blanco de novicia. Evitaba la mirada de los asistentes, consciente de que estudiaban su expresión desde los bancos. Distinguía las voces de sus compañeras de la schola. Renata, cálida y perfectamente armoniosa. Inés, más potente e imponente. Desde su entrada al monasterio, seis años atrás, nunca había escuchado el canto de sus hermanas desde afuera de la clausura, y notó cuán agudas eran las voces.

Seguían a Marie la madre abadesa y la hermana Marcela en su rol de ayudante del noviciado. El órgano y las voces continuaban sonando fuerte y en un crescendo, repitiendo la melodía que Marie conocía bien y que alternaba su tono, más alto, más alto, para luego volver a bajar escalonadamente. Detrás de las monjas caminaban, ceremoniosos, otros diáconos, jóvenes en su mayoría, con sus bandas cruzadas al pecho sobre las vestiduras blancas, seguidos por más seminaristas. Marie conocía a muchos. Con ellos había compartido sus épocas de aspirantes a la vida religiosa y sacerdotal. Luego, los sacerdotes, seis o quizás siete, que habían venido a concelebrar la misa, entre ellos el confesor de Marie y otros que solían visitar el monasterio. Por último, dos monjes, un abad y cerrando la procesión monseñor Güiraldes, obispo de la diócesis, con las vestiduras color

crema adornadas por una banda vertical, ancha y roja, con cruces doradas en el centro. Llevaba un báculo, como pastor de la Iglesia, y en la cabeza una mitra baja bordada por las monjas con una franja del mismo dorado, todo alrededor, y dos ínfulas que caían sobre sus espaldas.

El padre de Marie observó a su hija pasando tan cerca de él que quiso tocarla, con una mezcla de orgullo y abatimiento. Admiraba la obstinación de Marie. Ante la oposición de toda la familia, había perseverado en el impulso de su corazón joven. Pero la visitaban cada vez menos, eran las reglas, sin saber nada de su vida, de su verdadero estado de ánimo. Los recibía siempre sonriente y no podían adivinar si era feliz. Ya no era su hija; el velo, las vestiduras, los ritos. Había elegido un mundo en el que la familia no tenía espacio.

Las tres religiosas llegaron a sus lugares, a la derecha del pasillo central. Marie delante, la abadesa y Marcela detrás, una de cada lado. Frente a los reclinatorios individuales, tomaron sus libros de canto litúrgico mientras la procesión entera iba llegando al altar. Todos los bancos estaban ocupados. Gente de pie en los pasillos laterales, o apoyada contra la pared, intentaba ver la ceremonia entre las cabezas de los más altos. Marie tomó el libro de canto sobre las palmas de sus manos extendidas y con el mentón alto lo levantó a la altura de los hombros como le habían enseñado y cantó suavemente en un intento por unir su voz a la de sus hermanas del otro lado de la reja. A medida que iban subiendo al presbiterio, los sacerdotes y el obispo besaban el altar antes de dirigirse cada uno a su sitio. El obispo, ya sin mitra ni báculo, roció el altar con incienso. El himno de entrada de la fiesta de la Virgen Inmaculada anunciaba el día en que la Santa Virgen María fue concebida sin el pecado original. Concluyó con un acorde final sostenido, y monseñor Güiraldes dio inicio a la misa. Se leyeron las lecturas, se cantaron los cánticos. Marie intentaba recogerse y conectarse con la importancia de la ceremonia. Toda esa gente había acudido por ella, y sin embargo estaba sola con su Dios, en un silencio profundo que no quebraban las lecturas ni la suntuosidad del momento. Se desposaría con Él, le diría sí, frente a sus padres y todos los presentes. Se había preparado con su abadesa y madre espiritual, estaba lista para dar su paso definitivo.

Mientras finalizaba el canto del Alleluia, el seminarista maestro de ceremonias entregó a Marie un velón grueso, grande y alto,

encendido. Marie se acercó hacia los escalones del presbiterio, una mano escondida bajo el escapulario y la otra empuñando la vela, y esperó el llamado obispal, una vez terminada la lectura del evangelio.

—Ven, hija, para que el Señor, por nuestro humilde ministerio, se digne conceder el propósito de tu corazón.

Mientras subía los tres escalones y avanzaba hacia el altar, Marie cantó, sola, acompañada por el órgano.

—Te sigo de todo corazón, busco tu rostro, Señor. Manifiéstame tu bondad, según la abundancia de tu misericordia.

Le entregó la vela a otro monaguillo y tomó asiento frente al altar, delante de las rejas, escoltada por la madre abadesa y la hermana Marcela.

Monseñor Güiraldes se dirigió a Marie en la homilía, exhortándola a una vida de humildad, sometimiento a las autoridades y a la oración y la contemplación. Seguidamente la novicia se acercó y respondió con un "sí" a las preguntas sobre las intenciones de cumplir con las reglas monásticas. Marie regresó frente al altar. Ante la mirada atenta de todos los fieles, se arrodilló lentamente y apoyando las manos sobre la alfombra siguió inclinándose hasta postrar su cuerpo por completo, el rostro sobre las manos. Un sacerdote cantó las letanías, invocando a los santos, con voz muy gruesa. Ante cada nombre, los fieles acompañaban a las monjas respondiendo: "Ruega por nosotros". Marie sentía calor y no quería abrir los ojos. Era un calor interno. Una mezcla de rubor y alivio por tener el rostro escondido entre sus manos, por desaparecer de ese lugar de estrella. Imaginaba el coro de los ángeles cantando con ellos desde el cielo, celebrando a la nueva novia de Jesucristo, allí postrada y sola en su entrega. La comunidad de monjas pasaba a ser su familia, pero la soledad tomaba otra dimensión ahora que dejaba el noviciado y su camaradería. Su vida era Dios y solo Dios. La contemplación, el olvido de sí. Era tierra y a la callada tierra volvería, le recordaba su cuerpo extendido sobre el piso, horizontal, indefenso y vulnerable. Esa era la vida que abrazaba para siempre. Humildad y entrega. Contemplación, silencio y olvido de sí, repetía para sí misma mientras oía el insistente y rítmico "ruega por nosotros".

Al terminar las letanías, se puso de pie y el monaguillo le alcanzó el documento a leer, escrito de su puño, el testimonio de sus votos solemnes y compromiso duradero con la vida monástica y la comunidad de monjas. Lo leyó en voz alta delante de todos, la voz clara y aguda, como le habían enseñado y tal como lo había practicado tantas veces. Lo firmó sobre el altar y lo mostró a todos los presentes, a los presbíteros, a las monjas, a los fieles. Luego lo volvió a apoyar en el centro del altar, para que sobre él se celebrara la transubstanciación, la conversión del pan y del vino en cuerpo y sangre de Cristo, y cantó tres veces, cada vez medio tono más alto, repetida por las hermanas, la antífona de pedido de recibimiento.

—*Suscipe me Domine, secundum eloquium tuum et vivam, et non confundas me, ab expectatione meam.*

Desde el micrófono, un seminarista leyó la traducción.

—Recíbeme, Señor, según tu Palabra, y viviré, y haz que no sea confundida en mi esperanza.

Marie se acercó al obispo y se arrodilló delante de él. Con la mitra en la cabeza, monseñor tomó las manos de Marie entre las suyas y la interrogó.

—¿Quieres ser consagrada y solemnemente desposada con nuestro Señor Jesucristo, Hijo del Dios altísimo, guardando fidelidad a tu esposo en una vida virginal?

—Sí, quiero.

—Demos gracias a Dios —respondieron todos a coro.

La madre Beatriz y Marcela se acercaron a Marie y la revistieron con las nuevas vestiduras. Por encima del hábito, la cogulla, capa de mangas anchas para días de fiesta. Cubrieron luego su cabeza con el velo negro de monja y lo sujetaron con alfileres. Con rapidez y destreza, Marcela deslizó por debajo el velo blanco de novicia y se lo entregó a un seminarista. El obispo le colocó la alianza en el dedo anular derecho.

—Recibe el anillo del santo desposorio con Cristo y guarda intacta la fidelidad a tu esposo, para que seas recibida en el gozo de las

nupcias eternas.

La alianza de oro ceñía el tallo de una rosa blanca sobre una pequeña bandeja de plata. El mismo seminarista que había presentado la bandeja al obispo llevó la rosa blanca a la mamá de Marie, sentada en el primer banco. Marie respondió "amén" a la exhortación del obispo, se incorporó y regresó frente al altar. La familia y los fieles alternaban su mirada entre el seminarista que se dirigía hacia ellos y Marie, que levantaba su mano derecha mostrando la alianza. La mamá, sorprendida, tomó la rosa blanca de la bandeja mientras su esposo, a su derecha, y Antonia, a su izquierda, observaban su reacción. Lucio y Margarita se inclinaron hacia delante para ver lo que sucedía y la vieron llorar. Marie, con el anillo en alto, esperó las notas del órgano que le marcaron la entrada, re-la-sol-la, y cantó sola, sin acompañamiento, anunciando a los presentes su nueva alianza.

—Estoy desposada con Aquel a quien sirven los ángeles, cuya hermosura admiran el sol y la luna.

La misa prosiguió con un canto a la Virgen María durante la entrega de las ofrendas. Marie se acercó a la reja y tomó el cáliz de manos de la hermana Celeste para presentar a los sacerdotes, mientras los padres de Marie hacían lo mismo del lado de los fieles. Llegadas las ofrendas al altar, el obispo, el abad y todos los sacerdotes se congregaron alrededor de ellas y consagraron el pan y el vino para la sagrada comunión. Marie, la abadesa y la hermana Marcela fueron las primeras en recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, seguidas de las monjas y fieles. Marie, arrodillada en su reclinatorio, vio a sus padres comulgar. Era la primera vez en muchos años, y lo hacían por ella.

El obispo dio por finalizada la misa con una bendición y exhortó a monjas y fieles a retomar el día en la paz de Dios y de la Virgen Inmaculada. Después de un fuerte y entusiasta "amén", el órgano libró sus melodías para acompañar la procesión final. Los seminaristas que llevaban el crucifijo y las velas se pararon frente a los escalones, mientras los sacerdotes y los diáconos hacían juntos una genuflexión ante el santísimo sacramento. Marie y las dos monjas siguieron a los seminaristas que encabezaban la procesión de salida. Detrás de ellas, los diáconos, los sacerdotes y, cerrando, monseñor Güiraldes, recogido, ensimismado y serio, con su mitra en la cabeza, la mano derecha sobre el pecho y la izquierda empuñando el báculo. Llegados

al atrio, la abadesa hizo un gesto a Marie para que saludara al obispo y al abad. Monseñor Güiraldes le tomó las manos y los tres intercambiaron unas palabras. Soltando las manos sudadas del obispo, Marie agradeció, emocionada y cansada, aturdida y radiante. Se sentía bendecida.

La sala de visitas los esperaba repleta de fieles y familiares. Se saludaban unos a otros, conversaban y reían fuerte mientras trataban de oírse. La gente intentaba llegar a los padres de Marie para felicitarlos, al tiempo que ellos hacían lo posible por acercarse a Marie. Algunas monjas y novicias también saludaban, enviadas por la abadesa para entretener a los invitados. Marie abrazaba a quien tenía enfrente y era tironeada, por la izquierda, por la derecha, para ser felicitada. Sus tíos, sus primos, sus amigos, buscaban entablar algún diálogo con ella, cuando otra persona aparecía, distrayendo a Marie con otro saludo. Antonia llegó, decidida a tener la atención de Marie. Se abrazaron largamente.

—Estoy tan orgullosa, Marie. Llegaste. Y yo no pensé que sucedería.

Volvió a abrazarla y le dijo al oído.

—Si supieras cómo te extraño. Rezá ahora por mí, por mis hijos y todos mis nietos, tus hermanos y primos. Ahora tenés una escucha directa con el cielo.

20

Madre Beatriz había introducido la tradición de los días de absoluto silencio después de los votos. Las monjas que acababan de consagrar su virginidad a Jesucristo prolongaban el recogimiento del retiro espiritual en dos días de intimidad, absorbiendo el peso de la ceremonia y de la responsabilidad asumida ante la Iglesia. Dos días de soledad junto al esposo divino, rumiando y deleitándose en la unión celestial.

Inmersa en un silencio completo, la única preocupación de Marie era la de reflexionar sobre los textos leídos. Los del retiro espiritual previo a la profesión de sus votos, las lecturas de la misa, las antífonas cantadas durante la ceremonia. Dos días para ella, envuelta en la nube de gracia divina. En un diciembre en que el sol calentaba suave, sin molestar, Marie disfrutaba sin distracciones de su tiempo en el fondo del parque. Se paseaba y notaba los aromas de su infancia, los tilos y los jazmines llenos de brotes que le recordaban a su abuela y a las vacaciones con sus hermanos. Se sentaba en el césped largo o se recostaba cuando nadie la veía. Entre sus lecturas, llevaba siempre el libro de canto gregoriano. Tarareaba con voz suave los himnos de la misa del 8 de diciembre, meditándolos y reviviendo la ceremonia a través de los melismas de las melodías. Besaba la alianza de oro reluciente en su mano derecha y ratificaba para sus adentros su desposorio. Atrás habían quedado las periódicas crisis desde su entrada al monasterio.

La primera crisis fue asmática. Ante los recurrentes episodios durante el postulantado, la monja enfermera la había llevado al médico homeópata que atendía a las ancianas. Este le prohibió los inhaladores y los reemplazó por globulitos, pero después de una leve mejoría los ataques de asma se hicieron aún más frecuentes. Sumado al problema de la respiración, había tenido eczemas, la piel entre los dedos de las manos se le caía a pedazos cuando lavaba los platos y se despertaba de noche por la picazón.

—No seas débil —le decía la maestra de novicias—. Los guantes de goma no son para las monjas.

—El asma se te está yendo a las manos, te está saliendo por los poros —afirmó el médico.

La monja enfermera secundaba la teoría del homeópata.

—Así es la adaptación a la vida monástica. Es una vida más ascética —le decía Alma—. La comida es diferente. Los horarios son estrictos. Nos levantamos muy temprano, trabajamos duro, estudiamos y rezamos. Se acabó la vida delicada. Aquí debemos acrecentar nuestra tolerancia al dolor.

Mi vida no fue tan delicada, pensaba Marie, sentada contra un tronco, desgranando unas hojas de eucalipto. En mi casa se vivía sobriamente. Todos ayudábamos. Trabajábamos, además. En lo que podíamos… Pero el calor del verano en el convento es insoportable. Por eso tuve asma. Lo peor fue al principio, de novicia, y antes también, como postulante. Cuántas noches de verano pasamos con Belén y Renata sobre las baldosas frías para evitar que nos quemaran las sábanas cuando nos tocaban la piel. Nos pasaba a todas. Transpirábamos y dormíamos mal hasta que la madre nos compró los ventiladores… Bueno, fue Raquel Agüero. Otra donación de Raquel Agüero… Desde los ocho años que no tenía esos ataques de asma. El calor y los mosquitos, la humedad tremenda, todo me hizo empeorar. Al no ver resultados con los globulitos, el homeópata me dijo que era una reacción de rechazo a la vida en el convento, que esa vida no era para mí. A la madre no le gustó. Por eso me cambió de médico y fuimos a ver al tío de Belén. Qué fea era la oficina. Íbamos con Inés y Renata. Y además, tan lejos. Inés, con su fatiga crónica, perdiendo peso. Renata siempre con su estómago, flaca como nunca. Una oficina oscura… parecía sucia. El tío de Belén, desgarbado, delantal blanco todo manchado, como un científico de laboratorio. Las persianas siempre bajas. De día con la luz prendida. Y usaba anteojos anchos con vidrios muy gruesos… rotos.

Marie se estremeció ante el recuerdo de aquel doctor que empleaba en sus pacientes una teoría propia. Inyectar interferón para

todas las dolencias. Acompañadas por Alma, las tres novicias habían recibido dos veces aquellas inyecciones poderosas. La misma hermana Alma había advertido a la madre Beatriz de su desconfianza en el tratamiento, suspendiendo así las visitas al tío de Belén. El tercer médico fue un pulmonólogo. La llevaron los padres. Auscultó sus bronquios y meneó la cabeza incrédulo ante la opinión de que el asma se estaba desplazando a las manos.

—Una buena dosis de inhalador, cada cuatro horas, y te ponés guantes para lavar los platos. ¿Le escribo una nota a la abadesa? Sí, se la escribo.

—El asma te hace sentir cansada y débil, por eso te estás cuestionando la vocación, Marie. Esto es salud física, no tiene nada que ver con la vida religiosa —le repetía la madre, y la mandaba a descansar.

El asma había pasado, pero las crisis espirituales siguieron reapareciendo durante el noviciado. La abadesa le hacía notar cómo esas crisis solían manifestarse después de algún episodio que revelaba su falta de humildad. La madre tenía razón. Le decía que era muy común, le hablaba de la dificultad de dejar el mundo y sus tentaciones y abrazar una vida nueva en donde todo tenía que ser aprendido, en la que había que comenzar por abajo, dejando cualidades propias y conocimientos atrás.

—No hay que arrastrar al hombre viejo, hay que abandonarlo —repetía, cual letanía, la maestra de novicias.

Hoy dejaba atrás, finalmente, las sucesivas crisis. Con su consagración virginal y votos definitivos, ya no se cuestionaría más su fe, y las inseguridades afectivas ya no la aquejarían. Como verdadera monja consagrada, atrás quedaban las pruebas más difíciles que acarreaba el noviciado, las había vencido. Había llegado la hora de concentrar todo su esfuerzo en la oración, en el trabajo, cualquiera fuera el que la madre le asignara. Había llegado la hora de entregarse de lleno a la oración por el mundo, por la Iglesia, por los más débiles, por los que sufren, honrando su vocación y su consagración. Si la

madre Beatriz le concedía tiempo para estudiar, profundizaría en el canto gregoriano, las raíces, la espiritualidad y la historia. Quería instruirse sobre la conexión entre la música y la vida contemplativa, la mística. Estaba en manos de la abadesa. Lo que ella le mandara, lo tendría que hacer. Aceptación de la voluntad de Dios. Oración y trabajo, obediencia y humildad. Había ingresado en la última etapa de su vida, la preparación para el encuentro final con el Señor Dios, su esposo, y lo haría con conformidad, entrega y pureza de espíritu. Había alcanzado la paz interior.

La madre Beatriz esperó una semana desde los votos antes de hacer llamar a Marie.

—Marie, te voy a nombrar nueva directora del coro.

Marie le respondió sorprendida. Era una noticia que no se esperaba.

—Pero, madre, ¿y Analía?

—La hermana Analía tendrá dos opciones. Volver a sentarse entre las monjas o, si ella acepta, podrá formar parte de la schola, pero sin la conducción.

La idea la deslumbraba y le daba temor. No se sentía preparada. No se había planteado la posibilidad de dirigir el coro a los veintiséis años, recién profesados sus votos. Conocía su talento y sabía que podía hacerlo, pero temía a la hermana Analía, siempre la había temido. Necesitaba perfeccionarse, precisaba estudiar.

—Madre, si me dieras unos meses, podría prepararme mejor.

—No, de ninguna manera. Estás lista. Te he estado esperando desde hace tiempo. Las quejas hacia Analía se multiplican día a día. Las hermanas dicen que es muy dura, que es antipática; no la quieren, Marie, lo sabes bien. Crea enfrentamientos y divisiones. Puedes tomarte una o dos horas semanales para estudiar el gregoriano. Ya lo insertaremos en tus horarios.

Marie comprendió que el nombramiento se debía a la discordia

entre Beatriz y Analía más que a su talento. A pesar de ser Analía la más capacitada para la conducción del coro, la abadesa estaba decidida. No la quería en ningún cargo. Causaba demasiado conflicto.

¿Cómo lidiar con la hermana Analía?, se preguntaba Beatriz. Le había hecho la vida imposible desde su nombramiento como abadesa. Poseía una personalidad fuerte y astuta, no le importaba arrasar con todo o con todas. Pero no podía recriminarle faltas concretas. No tenía excusas válidas como para levantar una queja ante el abad superior de la congregación. Analía, la más cumplidora de las reglas. Las cumplía a rajatabla y no aprobaba que la abadesa las interpretara con flexibilidad. ¿Cómo afrontar su ambición desmesurada? Había sido su contrincante para el abadiato. Una líder a quien no se le había dado la oportunidad de liderar, la candidata a abadesa que podía haber sido elegida. Si bien los votos debían ser secretos, Beatriz sabía que la siguiente en votaciones había sido Analía. Se consideraba la más capaz, la mejor directora del coro, la mejor costurera y jefa de taller. Y lo era, admitía la madre. Lo era, y con creces. Tenía una inteligencia aguda incomparable, una memoria y comprensión privilegiadas. Podía haber dado clases en todas las materias. Todo lo hacía con superioridad. Todo lo hacía con la certeza de ser la mejor. Solo le faltaba equivocarse. Le faltaba llorar alguna vez por haber cometido un error. Analía no había aprobado que la nombrara a Inés como vicepriora. ¿Cómo tomaría la decisión de que Marie la sucediera como directora del coro? Qué ofensa. Ser sustituida en su especialidad después de décadas, la mejor música del monasterio, ser desplazada por una monjita recién profesa de veintiséis años. Pero Beatriz quería apartar a Analía de toda posición de control. Además confiaba en Marie. Su voz y la manera que tenía de cantar. Se veía en sus gestos. Ella rompería con el estancamiento en el que se encontraba el coro y, en particular, la schola. Necesitaban a alguien joven, con energía e ideas nuevas, alguien que se animara a experimentar, a darle especial movimiento al canto. Marie y Renata cantaban con el cuerpo, con el alma. Aunque Renata estaba muy cambiada, retraída. Marie sí tenía el carácter para llevar adelante a las más difíciles. ¿Por qué la música atraía el conflicto? Las cantantes, siempre las monjas más complejas. Para Beatriz, en cambio, la música era simple. Una expresión más de la oración. Le había costado mucho esfuerzo lograr pulir su voz, y se lo agradecía a la hermana Analía. Ella le había enseñado con

paciencia. Como abadesa, debía entonar los comienzos de las antífonas en ocasiones festivas. Nunca tendría una afinación perfecta, pero se defendía bien y las hermanas de la schola estaban atentas a intervenir cuando la veían vacilar.

La hermana Analía, sin embargo, parecía tener un solo propósito cuando hacía las cosas: avanzar, escalar y controlar. Estaba instalada en su puesto y dominaba a las monjas y novicias a través de la dirección del coro.

—Madre, si vos considerás que puedo, hago el intento —respondió Marie—. ¿Qué van a decir las demás hermanas?

—No tengo duda de que las otras van a celebrar el cambio. Dame unos días para hablar con la hermana Analía y para anunciarlo a la comunidad.

Marie salió del escritorio de Beatriz y se dirigió a la capilla. Necesitaba estar un momento con Dios, con sus pensamientos, calmar la agitación de su corazón. Directora del coro. Tenía que ser humilde, no enorgullecerse de tal honor. Trabajar con la música, transmitirla, parecía un sueño que no merecía. Actuaría de a poco, con cambios paulatinos, sin ofender a Analía. ¿Cómo daría las clases con ella presente, observándola, evaluándola y midiendo sus errores?

Buscó a Renata durante el recreo. Necesitaba compartir la noticia. Renata la ayudaría en su nuevo trabajo, en el que se tendría que dirigir a monjas mayores que ella. Pero Renata no estaba entre las monjas. Estará en la portería, pensó Marie. Cada vez viene menos a los recreos. Tiene que hacerse cargo de la puerta de entrada desde que la hermana portera se enfermó.

Tanto el recreo como la siesta eran horas de tranquilidad en la portería, especialmente cuando no había huéspedes. Renata conversaba con la gente, tenía carisma, buen trato. Si el timbre sonaba al mediodía o durante la siesta, solían ser los mendigos de siempre,

esperando su ración de comida. Sabían a qué hora estaban las hermanitas más generosas contestando la puerta y se presentaban entonces para recibir las mejores viandas. A esa hora también aparecía gente que llevaba huevos para pedir oraciones para que no lloviera en algún casamiento.

Renata agradeció la docena de huevos que había traído la mamá de Belén. Le hizo anotar en un papel su pedido de oración.

“Hermanas, les pido una oración por mi hijo Juan y su próxima esposa, Diana. Se casarán el sábado. ¡Rueguen para que no llueva!”.

En la hospedería estaba su nuevo equilibrio; no tomaba ya las pastillas de la madre abadesa. Se encontraba estabilizada, serena. Le gustaba el trabajo, interactuar con la gente. Por las mañanas atendía la tienda donde vendía medallitas, estampas, cuadros pintados en el taller de arte. Debía hacer inventarios de lo que entraba y salía. Tenía la responsabilidad de la caja de dinero. Por las tardes, día por medio, se ocupaba de la portería desde el almuerzo hasta el fin de la siesta. Su mentora había sido la hermana Celeste. Le había enseñado cómo atender a los mendigos que a menudo se acercaban a sus puertas.

—Les das lo mejor que tengas. Lo mejor es para ellos. En el mendigo está Jesús —le insistía—. Jesús, el mendigo.

Eran palabras que Renata jamás olvidaría. Les preparaba las viandas con su propio almuerzo, si era necesario. Pero ninguno debía quedar con hambre. Les daba fruta y pan fresco, horneado por la mañana.

Al terminar su turno en la hospedería, contó el dinero de las ventas, dejó en la caja algo de cambio y puso el resto en un sobre cerrado dentro de su gran bolsillo. La tienda quedó a cargo de la hermana Olivia. Renata entró a la clausura y al llegar a su celda se encontró con una nota de Marie: “Necesito hablarte, te espero en la sala de música”.

Marie estaba sentada al piano.

—¿Pasó algo? —preguntó Renata.

—Vení, sentate.

Le hizo lugar junto a ella, mientras tocaba una melodía del libro gregoriano. Renata se unió a ella y cantaron juntas.

—¿Qué opinás acá? —dijo Marie—. ¿Prolongarías esta nota? ¿Cuánto? ¿Dónde está el acento?

—A ver, probemos primero acentuando el do.

Repitieron la antífona y Renata se volvió hacia ella.

—No me llamaste para esto. ¿Qué pasó?

A pesar de que solo podían comunicarse por temas de trabajo o de la schola, Marie la tomó del brazo y clavó la mirada en los ojos grandes de Renata.

—La madre me nombró directora del coro.

Renata se puso de pie. Con los ojos llenos de lágrimas, la abrazó fuertemente.

—¡Marie! ¡Qué noticia!

21

Los cantos de la misa del domingo no habían fluido como Marie esperaba. Debía suavizar las voces chillonas y acallar el volumen de algunas monjas. El ritmo era aún lento, a pesar del tiempo transcurrido bajo su dirección. Agilizar el tono general seguía siendo su desafío, lograr un movimiento de himnos y antífonas más ligero, pero que comprendieran a su vez que debían ralentizar los melismas largos donde se sostenían las sílabas más importantes. Canto ágil, canto lento. ¿Cómo hacerles entender? Analía ya no ayuda, pensaba Marie, con la mirada perdida en los libros y revistas gregorianas delante de ella: Prière et musique, Sertillanges, 1930; las conferencias, L'Art grégorien, son but, ses procédés, son caractère, Dom André Mocquereau, 1894. Era la hora de la meditación personal y Marie seguía en la biblioteca.

Analía se había sometido, pero no callado.

—Me parece que estás cometiendo un error —le había expresado a Beatriz—, pero si eso es lo que querés hacer, es tu decisión. Yo no voy a ser parte de la schola. Tendrán que arreglarse entre las más jóvenes, y ya veremos los resultados. Marie no tiene experiencia. Esperaba que siquiera en temas de canto me consultaras, Beatriz. Para vos la experiencia no es lo más importante, pero sabés que yo pienso de otro modo.

No había aceptado formar parte de la schola, pero debía seguir yendo a los ensayos generales como el resto de las monjas. Marie se dirigía a ella, le hacía preguntas antes y después de los ensayos buscando su consejo. La necesitaba para los ejercicios de respiración. Analía era excelente para ello. Cinco minutos, antes de cada ensayo, para que todas usaran más el diafragma. Sabía más que nadie obtener lo mejor de las voces de las monjas y podía ayudarlas a no desafinar.

—Cuento con vos para los ejercicios, hermana Analía. Yo no lo sé

hacer.

Pero Marie había acelerado el movimiento general del canto, y Analía no aprobaba los cambios de estilo, una interpretación opuesta a lo que había enseñado durante tantos años. A veces optaba por callar y observar; otras, no asistía, dejando a Marie sola con los ejercicios de respiración.

—El gregoriano no se interpreta. Se canta de una sola manera —le reiteraba Analía en su intento por corregirla—. La importancia del canto gregoriano radica en el respeto a la tradición. Desde la fundación de nuestro monasterio se ha ido transmitiendo un modo pausado y rítmico de cantar, compuesto de tiempos. No podés aparecer y cambiar todo.

Después de dos años, Marie se había habituado a prescindir de la voz y la ayuda de su predecesora. La "escuela de Analía", como la llamaba la madre abadesa, había quedado atrás.

—Le has dado nueva vida al coro —le decía Beatriz—. Se percibe el entusiasmo.

Pero Marie se preguntaba si sus cambios eran ortodoxos. Interpretaba siguiendo el consejo de su oído e intuición. Analía percibía esa inseguridad y hallaba sin esfuerzo oídos dispuestos a asentir en los recreos: Olivia, la organista, y más de una monja propensa a oponerse a los cambios.

Marie cuestionaba no solo su propia interpretación del canto, sino también la pasión con la que se había entregado al nuevo cargo. ¿Le estaría consagrando demasiado tiempo? Tiempo interior, quizás. Combinar el arte y la perfección de la música con la espiritualidad monástica, con la espiritualidad del canto, era su aspiración. Existían muchos textos antiguos dedicados al tema. En la mística del gregoriano había descubierto su nuevo modo de orar. Poco a poco la iba transmitiendo a las hermanas que participaban de los ensayos. Los cambios introducidos comenzaban a arraigarse en el coro y la schola. Los resultados eran palpables.

—El canto es un rezo, una plegaria, y el gregoriano es la mejor expresión —repetía en los ensayos comunitarios—. Cuando nos dicen que nuestras voces son celestiales, no son nuestras voces, es nuestro

rezo, la elevación de nuestro espíritu, nuestra llegada a Dios por medio de las notas musicales sostenidas.

Debía lograr que el canto de las hermanas surgiera desde un significado nuevo, desde una vivencia.

—Fíjense en la simpleza del canto, miren las líneas. Así nuestras almas deben ser simples, nuestra vida debe estar constituida de "pocas notas". El canto gregoriano se ha transcrito en un tetragrama, son tan solo cuatro líneas para escribir las notas. No tiene acordes, no tiene compases. Del mismo modo, nuestra vida no debería tener acordes ni tiempo ni la división de los compases. La simplicidad es la característica de la vida monacal y es lo que la gente percibe cuando viene a escucharnos cantar. Simplicidad y alegría.

Insistía en ensayar las melodías llanas una y otra vez hasta que comenzaban a resonar las voces interiores y las palabras mismas devenían música.

—Las clases de canto parecen sermones —comentaba Analía ante su audiencia en los recreos—. Marie no tiene por qué mezclar nuestra espiritualidad con la dirección del canto.

Las responsabilidades se acumulaban. Marie fue nombrada vicepriora, tercera en la línea de autoridad. Cumplidos los veintiocho años, la fase de las dudas quedaba atrás. Ya no cabían los planteos de fe. Conocía todas las respuestas de su abadesa.

—Vos eres artista —le había dicho tantas veces Beatriz—. La riqueza de las artistas no está en el intelecto. No pretendan ser especialistas en la teología de la fe. Les ocurre a todas. Se les crea un conflicto porque luchan por analizar lo que debería ser entrega y confianza. Es tu problema de siempre, Marie. Cuántas veces hemos tenido esta misma conversación.

Había llegado el turno de ser ella el ejemplo para las más jóvenes, de ser ella quien transmitiera seguridad.

Pasó la tarde de domingo en la biblioteca, buscando textos y artículos sobre la mística del canto gregoriano. Había concluido finalmente la ampliación y refacción de la biblioteca del monasterio, gracias a una donación póstuma de Raquel Agüero. Aún olía a madera nueva. Dos pisos conectados por una escalera central. En el piso de arriba, construida sobre la biblioteca primitiva, una galería balconeaba hacia la planta baja, rodeada por barandas de madera oscura que enmarcaban paredes cubiertas de libros. Las únicas ventanas eran las originales, y la nueva adición de un gran tragaluz con forma de cúpula octogonal vidriada iluminaba las mesas de abajo, grandes y largas, donde las religiosas leían y estudiaban. Los textos musicales y gregorianos se archivaban en una sala separada, conexa a la biblioteca central, una sala pequeña y oscura frecuentada por pocas. Los tomos dedicados al canto estaban escritos en su mayor parte por monjes franceses, custodios y eruditos de los manuscritos más antiguos que se habían encontrado, a lo largo de los siglos, en las distintas casas monásticas. Textos en francés y otros pocos traducidos del latín. Conferencias, artículos y ensayos sobre el canto gregoriano en la historia de la vida monástica estaban allí al alcance de Marie. El canto, lugar y vía de ascensión a la vida divina. El canto, lenguaje de la Iglesia católica del Medioevo. El canto y su vínculo con la emoción, con los arrebatos místicos. La música plana, llamada originalmente canto llano, fue creada para acompañar el rezo y hacerlo más atrayente. Para que la palabra orada llegara a la mente, la memoria y el alma del orante, con mayor efectividad. El canto monódico ayuda en la meditación al elevar unos tonos la palabra hablada, al hacernos ubicar la voz en una entonación más alta que la hablada, en una vibración del pecho constante y al unísono con el grupo, con el coro, con los hermanos. La creación del canto gregoriano tuvo como objetivo evitar las distracciones para facilitar la concentración y el rezo. Es el canto que destaca la belleza de la palabra cantada. Los melismas, esos grupos de notas extensos sobre una sola vocal, han sido designados para transportar al orante en la meditación, en lugar de distraerlo con armonías.

—Canto plano, directo, como nuestra comunicación con Dios —insistía Marie entre ensayos de himnos y antífonas.

Pero la música era también fuente de problemas. Diferencias en la interpretación, susceptibilidades de cantantes, choques de voces, competencias de solistas. Cuando Marie practicaba con la schola,

fijaba su mirada instintivamente en Renata, quien siempre le sonreía y asentía. Sabía interpretar la dirección, y Marie sentía su apoyo junto al de las otras jóvenes. Agustina, con su voz y mirada angelical y melancólica. La hermana Gloria, la mayor que quedaba en el grupo, cantaba con continuo entusiasmo. Extrañaba la voz de Inés en la schola. Como priora, ya no ensayaba ni se sentaba con ellas, tenía otras obligaciones. Debía presidir los oficios desde las gradas más altas, a la derecha de la abadesa, pero su canto las acompañaba desde atrás, con una voz muy potente y afinada que Marie procuraba no sobresaliera.

La comunidad había sufrido una radical redistribución de cargos en los últimos años. La madre abadesa había transferido toda su confianza en las jóvenes. Inés, la mano derecha de Beatriz, su asistente, su amiga, asesora y confidente, elevada a priora en muy poco tiempo, en reemplazo de Alma. Poco después, en nuevas elecciones, las monjas votaron a Belén y Marie entre las nuevas consejeras, y en esa misma reunión la abadesa nombró a Marie como su vicepriora. La hermana Inés era además la nueva encargada del noviciado. Madre Beatriz la consideraba preparada y capaz como para, finalmente, delegar en ella esa inmensa responsabilidad.

—Necesito dedicar más tiempo a las monjas, a la comunidad entera —había explicado Beatriz al designar a Inés como maestra de novicias.

La abadesa quería ir atendiendo a sus monjas de velo negro, una a una, con frecuencia, escuchar sus preocupaciones y sus quejas. Podría preparar mejor las conferencias, los retiros espirituales, y ocuparse de las necesidades materiales del monasterio sin descuidar las exigencias sociales de los donantes cuando llamaban o visitaban el convento. Buscaba entretanto volver a volcarse a su propia espiritualidad, descuidada desde que había sido nombrada no solo abadesa, sino también maestra de novicias, demasiados años atrás.

La influencia de la hermana priora Inés alcanzaba todos los ámbitos del monasterio. Cada mañana, después de la misa, Inés pasaba por el escritorio de la abadesa para discutir los asuntos del día. La abadesa no tomaba decisiones sin consultarle. Inés supervisaba el

orden general de la casa, dictaba las clases de regla monástica y de latín al noviciado, acompañaba el progreso espiritual de las novicias y aconsejaba a las vocaciones nuevas que se acercaban a las puertas del convento.

Como vicepriora, era Marie quien estaba más cerca de las monjas. Acudían a ella cuando abadesa y priora no se encontraban accesibles. Dictaba además, ocasionalmente, alguna charla sobre el canto monástico al noviciado.

—Es una manera de obligarte a ordenar tus ideas —le decía la madre—. De otro modo, te vas por las ramas y no defines nada. Te estoy haciendo un favor, Marie, cuando te pido estas clases.

La hermana Belén continuaba cerca de las novicias, como profesora de filosofía, teología e historia de la Iglesia. Asimismo, era su trabajo supervisar que todos los puestos de la comunidad estuvieran cubiertos. Organizaba las asignaciones de tareas de los domingos y días feriados y se ocupaba de nombrar reemplazantes siempre que fuera necesario. Todo debía ser reportado a su priora.

Renata subió al primer piso de la biblioteca. Encontraría allí a Marie.

—La madre nos espera en la hospedería. Están reunidas —le anunció en voz baja desde la puerta.

Las reuniones del grupo íntimo de la abadesa se habían vuelto regulares. Además de Inés, Marie y Belén, invitaban a Gloria, Marcela, Renata y Micaela. Se reunían en el sector nuevo de la hospedería, entrando siempre con discreción, de a dos, para no alimentar la imaginación de las monjas, les reiteraba la madre abadesa.

Marie recorrió con su mirada el despliegue de libros y notas que estaba tomando y dudó. Respiró hondo y le sonrió.

—Voy enseguida. Termino estos apuntes. Diez minutos.

Renata se dirigió luego a la cocina en busca de Micaela y se encontró con la hermana Clara. Sudaba, en túnica de trabajo,

ordenando cajones de verdura y fruta, separando lo bueno de lo que ya estaba demasiado maduro. La ayudaban Micaela y Encarnación, la monja panadera.

Acercándose a Clara, Renata le habló al oído.

—Me voy a tener que llevar a Micaela. La madre la necesita.

La hermana Clara dedicaba mucho tiempo a la cocina. Era su reino. Una vez por semana, recibía la compra grande de verdura y fruta. Junto a sus ayudantes, eran dispensadas de la oración de la tarde para organizar, limpiar y guardar los productos antes de preparar la cena. Clara, encogiendo los hombros, indicó a Micaela que partiera con Renata. Micaela se despidió de su jefa con una inclinación de cabeza, y Renata le indicó que se cambiara de ropa y fuera discretamente a la hospedería para reunirse con la madre y las hermanas.

Marie había desparramado frente a ella todos los textos seleccionados para su estudio. Se sentó en el piso, apoyándose contra la pared. Había planeado dos horas de lectura, estudio y meditación, pero no podía decir que no a una invitación de madre Beatriz. Marcaría los textos y las páginas y seguiría en otra oportunidad. Debía asistir a la reunión con el grupo. La madre siempre tenía algo interesante que compartir. Esa camaradería era importante, eran sus amigas. Beatriz contaba con ella, le decía a menudo. Habían dado vuelta la página de su última gran crisis, y la abadesa volvía a redoblar su confianza en ella.

La causa de su última crisis no era nueva. No obstante, con ella había tocado fondo, seis meses después de pronunciar los votos solemnes. El causante inicial había sido un proyecto de traducción del francés al español, encargo de la abadesa. Inés lo dirigía, mientras Marie y Belén trabajaban contra reloj para entregarlo en fecha a una editorial. Estaban cansadas, dormían poco, rezaban poco. La revisión más detallada estaba en manos de Marie. Forzada a romper con su rutina, sin horario, acumulándose las obligaciones de su propio trabajo y la dirección del coro, el agotamiento la invadió, se sentía

abrumada, un quiebre interior la asustó. Una y otra vez buscó la contención de su abadesa, pero siempre estaba ocupada, siempre sin tiempo para escucharla.

—Habla con Inés. Ella es la encargada del trabajo —le mandaba decir.

Un intento tras otro, siempre sin respuesta, se sintió ignorada. Por primera y única vez, se dejó arrastrar por sus impulsos y cruzó el límite de lo permitido. Dolida y resuelta, se dirigió un día al cuarto del teléfono, debajo de la escalera, y llamó a sus padres para anunciarles que estaba decidida a dejar el monasterio. Un llamado a sus padres. Una ruptura con las reglas escritas y con las tácitas de jamás participar a la familia de los conflictos internos.

—Tu crisis es clásica —le había dicho Beatriz al enterarse—. Poco tiempo después de los votos, llega una crisis. No creas que eres la única. Ustedes, las más sensibles, son las que más pruebas deben atravesar. Fue una gran equivocación la de involucrar a tus padres.

Los reproches se repitieron meses más tarde.

—Ese infarto que tuvo tu padre se debe a tu llamado. Has cometido el error más grave de tu vida monástica, Marie, el de contactar y angustiar a tu familia por una de tus crisis pasajeras.

Un llamado impulsivo. Sin medir las consecuencias, había discado el número de sus padres.

—Tu mamá está en la casa de tu abuela —contestó su padre, confundido.

—Papá, esto es importante. Llamala, por favor. Voy a dejar el monasterio.

Hubo silencio. Una eternidad.

Con una nota escueta, Marie le comunicó a Beatriz su decisión. De

inmediato, su abadesa la mandó llamar. La escuchó en silencio, los ojos gélidos. Transcurrieron unos instantes antes de que pudiera pronunciar una respuesta.

—¿Por qué no has venido a hablarme antes de llamar a tus padres, Marie? Lo que has hecho es irresponsable, una inmadurez. ¿No has pensado en tus pobres padres? Es una falta gravísima. Ahora mismo los vuelves a llamar y les dices que fue un arrebato imprudente y pasajero, que estás bien, que estás con mucho trabajo, con un agotamiento muy grande. No me cabe la menor duda de que ese es tu problema, Marie.

Hablaron mucho, como nunca habían hablado, y Marie lloró.

—Haremos una mudanza de cuarto. Esa celda en la que estás, Marie, es para deprimir a cualquiera, con esa ventanita alta, diminuta.

Estaba en la parte más antigua del edificio, en la planta baja, donde no llegaba el sol.

—Esas celdas de abajo son para las hermanas mayores, no para ustedes.

La madre Beatriz le alcanzó el teléfono y la hizo volver a llamar a sus padres. Marie logró que comprendieran: había sido un impulso que nada tenía que ver con su vocación y su deseo de ser fiel a la vida monástica. Había estado trabajando en un proyecto que le exigía dormir poco. Estaba agotada; eso era. Podían ir a verla el domingo y conversarían tranquilos.

La abadesa misma pasó a saludar a los padres el domingo, para tranquilizarlos.

—Marie está muy cansada. Le pedí un trabajo inhumano. Pero ya pasó. Lo tomaremos con más calma. Tiene que descansar y comer.

Los padres la escucharon con respeto. Decían que comprendían.

—Marie es muy buena monja —les remarcó Beatriz intentando distenderlos—. ¡Una excelente directora del coro! —agregó—. Pero es

esa misma sensibilidad la que se interpone a veces en el camino de la fe, un desafío a conquistar, muy normal. No deben preocuparse.

—Todas tenemos una vida espiritual diferente, Marie —le había dicho Beatriz al quedar solas—. Lo importante es buscar a Dios en su palabra mientras sublimamos las dudas y conflictos. ¡Qué susto nos has dado! Ven, vamos a festejar con un cafecito y algo rico. Te vamos a mimar ahora —insistió, abrazándola—. ¡Hay que cuidarte!

Además de mudarla a una celda luminosa en el piso de arriba, madre Beatriz ordenó a Marie que descansara durante diez días, sin madrugar para la oración de las vigilias y dispensándola también del rezo nocturno.

—Te voy a llamar, Marie. Vamos a hablar de esta crisis en profundidad. Ha sido la "madre de las crisis" —bromeó—, y la has vencido. Ahora tienes que descansar y comer bien. Mira tu flacura. No me extraña lo que te ha pasado. Vamos a ir juntas al médico, estarás anémica. Necesitas vitaminas, hierro.

La vergüenza de haber acudido a sus padres atormentó a Marie durante meses. Tuvo que recorrer un camino espiritual arduo para encontrar el perdón de sí misma. Dio gracias a Dios por haberla protegido de cometer el peor error de su vida, como lo llamaba madre Beatriz. Era ella quien la había ayudado a corregirlo y le había hecho recuperar la confianza en su vocación. Le repetía que no olvidara nunca, la fe no se siente, la fe es un don que ya te ha sido concedido, redoblado aun en la consagración virginal. Eres una gran monja, le había vuelto a decir al nombrarla vicepriora. Le recalcaba cuánto contaba con ella, cuánto la comunidad la necesitaba. Debes siempre volver a las fuentes, le decía, y Marie lo sabía, era cierto, se alejaba fácilmente de las fuentes, de su vocación y consagración a una vida simple y contemplativa.

Los padres de Marie habían aceptado sin indagar. Ellos entendían. Su padre mismo había tenido que jubilarse temprano cuando el exceso de trabajo y las responsabilidades habían afectado su salud. Retomaron las visitas mensuales en las que Marie les hablaba de su

pasión por la música y los cambios que estaba logrando en el coro. Ellos la escuchaban, le contaban sobre la familia, y sentían orgullo por su hija, establecida en cargos de responsabilidad, vicepriora de un gran monasterio.

Marie marcó las páginas de los libros sobre el canto gregoriano. Los cerró y guardó en los estantes de la biblioteca. Llegó tarde a la reunión con la abadesa. Habiendo terminado el café con rodajas de budín, el grupo hablaba animado.

—Siéntate aquí, Marie —le dijo Beatriz haciéndole lugar a su lado —. ¿Qué estabas haciendo? Les estoy contando sobre los últimos dramas de nuestra querida familia monástica, agregó, riendo fuerte.

Belén le sirvió café frío y Renata le cortó un trozo de budín de chocolate que ella misma había cocinado durante la mañana en la hospedería.

—La madre nos está hablando de Agustina, Marie —le contó Inés.

—Agustina, como buena artista, es muy sensible y predispuesta a la melancolía —siguió Beatriz, con un guiño de ojo a Marie—. Y quizás por eso, o a través de eso, su espiritualidad es riquísima y su vocación es profunda. Agustina es una mística. Hay que cuidarla. La hemos mandado a una profesional para comenzar un tratamiento. Lloraba mucho, demasiado. Acarrea un problema de familia. Su hermana también tiene similares episodios de angustia.

Les pidió a todas discreción.

—Esto es algo que tiene que quedar entre nosotras. No me gusta hablar de problemas personales de las monjas. No cuento nunca detalles de esta índole, pero Agustina es cercana a ustedes y pueden ayudarla. Inés la acompañó a ver a la doctora Estrada. ¿Notaron cómo se la ve con más paz? Tiene ahora un carácter más parejo. Cuéntales, Inés.

—La psicóloga la verá periódicamente y los médicos decidieron medicarla de inmediato —explicó Inés—. Está tomando psicofármacos y deberá tomarlos de por vida. Son pastillas que ayudan a estabilizar la actividad del cerebro, nada más. Lo que ella tiene es físico, un desequilibrio neurológico fácil de controlar.

—Como todo lo que se habla aquí —agregó la madre abadesa—, lo que oyeron hoy no sale de estas paredes.

22

Marie hundió sus rodillas en el terciopelo sedoso y apoyó los antebrazos en la madera lustrada del reclinatorio. Habían cambiado el tablón duro por una base almohadonada, color sangre, después de que algunas hermanas no lograran levantarse del confesionario y otras, si bien podían ponerse de pie, sufrieran el dolor en las rodillas. Pudo percibir el rostro velado del sacerdote detrás del enrejado de la ventanilla. Le reconoció la voz y suspiró aliviada. Una vez más, el padre Agustín, el santo padre Agustín, a quien ya no le interesaba lo que las monjas le dijeran y se apuraba en dar la penitencia más una cansada bendición final para seguir con la siguiente hermana. Como un gesto reflejo, Marie pasaba instintivamente los dedos por las vetas de la madera, delineando los dibujos que formaban. Los semicírculos alargados de distintos tonos la ayudaban a relajarse y relativizar ese momento tedioso que debía repetir cada mes para evitar tener que confesar el no haberse confesado.

Contestó al "buen día, hermana" del padre Agustín. "¿Hace cuánto que no se confiesa?", primera pregunta de rutina seguida siempre del "qué tiene para contarme hoy, hermanita". Marie cerró los ojos en un esfuerzo por alejar el pensamiento: pobre padre, siempre lo mismo. ¿Cuántos años hace que confiesa a las monjas? ¿Qué variedad de pecados podemos llegar a tener? Sin sacar la mirada de las vetas del reclinatorio, comenzó a hablar en voz baja, recitando su letanía de faltas poco originales. Celos. Siempre ponía los celos en primer lugar. Antes se preocupaba por cambiar el orden, ya no. Era el pecado de todas, así que no importaba si realmente lo había sentido. Un sentimiento mezclado entre tantos otros.

—Sentí celos, padre.

—Bien —respondió el padre Agustín con automatismo—. Es algo que nos ocurre, hermana, pero hay que combatirlo todos los días y confiar en el perdón del Señor. ¿Algo más?

Celos, ambiciones, tristeza por no haber sido tenida en cuenta,

todo lo mismo. Marie le fue mencionando los pecados sin precisiones ni ejemplos. Sentimientos tan generales que ya no distinguía si eran pecados, defectos o estados de ánimo. En la vida monástica, no había mucha oportunidad para pecar, sí para sentir. Orgullo y falta de humildad, siempre en ese orden. Hacía años que ya ni lo anotaba. La confesión era un trámite por el que estaba obligada a transitar, un acto de fe en el sacramento que cumplía por imitación y deber con la menor frecuencia posible. Desde el comienzo de su vida de fe, luchaba contra la impresión de estar frente a un rito vacío, una obligación que no la acercaba más a Dios. Repetía maquinalmente la oración de contrición y le decía "gracias, padre" al levantarse y dejarle el lugar a la siguiente monja arrepentida, tratando de no detenerse demasiado en su cavilación e indiferencia.

Salió aliviada y se dirigió de prisa a su trabajo, proponiéndose cumplir con su penitencia por la noche: un padrenuestro y tres avemarías. ¿Por qué no podía entregarse a la confesión como las otras monjas? Diez años en el monasterio, ocupando cargos de autoridad y responsabilidades, le avergonzaba ese sentimiento de rebeldía. Tantas veces se lo había mencionado a la abadesa y siempre recibía las mismas palabras de aliento.

—Si te pones en manos del Señor, lo amas y confías en Él, verás cómo obrará en vos. La oscuridad es un momento de gracia. Pídele que te regale la fe y te la dará. No pretendas "sentir" la fe.

Y, cuando volvía a verla, la madre Beatriz la trataba como modelo de monja sensata y mujer de fe. Marie había dejado de hablarle de sus incredulidades. Beatriz tenía siempre la razón; dudas, crisis, todo formaba parte de la vida diaria, tentaciones para ofrecer al Señor.

La rutina de la comunidad estaba alborotada en esos días con la visita de una abadesa francesa que había viajado para conocer un modo diferente, más moderno, de vida monástica.

Al salir del oficio de nona, la madre Beatriz esperó a Marie junto a la madre Jeanne y le hizo señas para que la siguiera. Entraron las tres a la sala de conferencias y se sentaron en uno de los extremos de la mesa rectangular. El francés de Marie era fluido, y contestaba las preguntas de la madre Jeanne, interesada por saber de la vida y las costumbres de las jóvenes del monasterio. Estaba sorprendida por el

número de vocaciones que tenían desde hacía ya más de una década y le urgía escuchar sobre lo que debía hacer en Francia como para atraer a las postulantes.

—Hay muchos sacerdotes jóvenes en la diócesis —dijo Marie con franqueza—. Quizás las adolescentes comienzan acercándose a ellos por esa razón. Quizás la vocación viene después.

La comunidad de monjas del convento francés envejecía. La madre Jeanne había habilitado un piso entero de su monasterio en Francia para atender a las hermanas más ancianas. Parecía un hospital, les contaba con candor. Las monjas no daban abasto ocupándose de las enfermas, y el noviciado estaba vacío. Necesitaba más gente para cubrir los trabajos más duros: la cocina, el lavadero, la hospedería y la enfermería. Aun el canto estaba siendo afectado. Necesitaba voces y brazos jóvenes.

—Entonces hay que comenzar por saber por qué hay tantos muchachos atraídos hacia el seminario —preguntó la madre Jeanne con entusiasmo y una palmada sobre la mano de Marie.

—No —interrumpió Beatriz en un francés tolerable—, no estoy de acuerdo con Marie. La vocación está en las jóvenes. La vocación llega primero. El desafío está en que ellas mismas descubran el llamado, con tantas distracciones que hay hoy en día. Quizás recuerdes, Jeanne, que aquí tuvimos la visita papal hace unos diez años y tanto la preparación como la misma visita implicaron mucho movimiento en los colegios y las parroquias. Había mucho trabajo para los jóvenes que tenían interés en ayudar con la organización y durante la visita. Se los atraía a la Iglesia otorgándoles puntaje para las carreras universitarias —concluyó, en su francés quebrado.

—Yo creo —se animó a decir Marie retomando su idea— que el seminario comenzó a llenarse cuando el papa nombró finalmente a un obispo joven.

—Ah, tú me estás diciendo que tu abadesa joven es la razón por la cual tienen tantas vocaciones.

La madre Jeanne se mostró feliz con su descubrimiento.

—No, no, mère Jeanne, perdón, no quise decir eso. ¡Yo hablaba

de los seminaristas!

—Comprendo, y no me ofendes —rio—. Es un círculo. Los jóvenes atraen a más jóvenes. Nuestras iglesias en Francia están viejas y estériles. Necesitamos sangre nueva a la cabeza.

—Bien. Marie, por qué no nos traes un café y luego te vas a descansar —se apuró en agregar la madre Beatriz.

Y dirigiéndose a la abadesa de Francia, que la miraba con ojos enormes sorprendidos, le explicó que esa era una rara ocasión como para romper las reglas y tomar un café.

—Está muy bien, madre Beatriz. Estamos en tu casa, con tus reglas. Pero ¿cómo haces para explicarles esto a las monjas? ¿No reaccionan mal?

—Mis monjas no se enteran de esto. Hay que evitar la murmuración. Pero, Jeanne —le dijo apoyándole la mano en el brazo —, tenemos demasiadas responsabilidades sobre nuestras espaldas. Yo preciso este agregado de cafeína por las tardes cuando no hay tiempo para descansar. Además, podemos hacer una excepción gracias a tu presencia.

Marie preparó la bandeja, sirvió el café a las dos superioras y se despidió con una inclinación de cabeza y las manos debajo del escapulario. Atravesó el claustro decidida a seguir trabajando, sin perder tiempo en una siesta. Tenía tanto por hacer.

Golpeó con suavidad la puerta del despacho de la madre abadesa y sin esperar respuesta entró. Su golpecito había sido casi imperceptible y por costumbre, sabiendo que la madre no se encontraba allí. A la izquierda, la puerta que llevaba al pequeño oratorio estaba abierta. Reinaba el silencio. Las puertas dobles de la derecha estaban sin llave. Entró a la sala de los doce apóstoles, como la llamaba Beatriz, la sala de reunión de las consejeras, que comunicaba el despacho abacial con el dormitorio, con el fin de sacar del armario la máquina de escribir. Era su responsabilidad, en ese noviembre, escribir la oración de los fieles de la misa diaria. Beatriz había puesto a su disposición esa máquina de escribir siempre que la

necesitara.

—Entras y te la llevas, no necesitas preguntarme. Después de todo —le insistía—, ha sido un regalo de tu padre.

La mesa larga brillaba impecable. No había ni un papel sobre ella. Las sillas estaban bien arrimadas. De un lado, las ventanas cerradas para que no entrara el polvo; del otro, contra la pared, el mueble antiguo donde se guardaban los registros del consejo. Abrió el armario, que crujió con un discreto quejido, se agachó y levantó la máquina de escribir de uno de los estantes bajos. Al incorporarse, mientras sostenía la máquina con el brazo derecho, entornó una de las puertas de madera y, al comenzar a cerrar la otra, vio en el espejo interior una cabeza sin velo que se asomaba desde la cama del dormitorio, al final del pasillo. Se miraron. Pronunciando un afónico "perdón", Marie desvió los ojos y sin cerrar el mueble salió de inmediato, en puntas de pie.

Por la tarde, llegó con prisa al ensayo del coro después de terminar sus trabajos pendientes. Ya había anunciado a las hermanas que ese día comenzarían a preparar las antífonas nuevas del Adviento, y la esperaban todas con sus libros abiertos y en silencio. Entró a la sala comunitaria. Las monjas se pusieron de pie y la saludaron. Marie les indicó que se sentaran.

—Hoy no vocalizaremos. Tenemos mucho por estudiar.

Comenzó con el primer himno. Las hermanas de la schola ocupaban la primera fila de sillas, pero Marie podía oír que algunas de las monjas, detrás de ellas, no afinaban. Otras cantaban con demasiado entusiasmo, y Marie, como directora del coro, a menudo debía pedirles que bajaran el volumen, sabiendo que no les gustaba ser corregidas. Quería que todas cantaran y, sin embargo, debía cuidar que las desafinadas no se oyeran. El coro tenía renombre, aun en la ciudad. Mucha gente asistía a los oficios solo para escucharlas cantar. Marie debía resolver a diario el desafío de que se oyera una sola voz.

—Las monjas se están quejando de que eres muy exigente con ellas —le repetía últimamente la abadesa.

La música y el silencio potenciaban la extrema sensibilidad de algunas hermanas. Lograr un balance delicado entre la belleza del canto y el evitar ofenderlas resultaba un dilema. Marie quería mantener la armonía, pero su sentido estético no le permitía conformarse con mediocridades.

Hoy no podía lidiar con ello. El episodio de la máquina de escribir la había desconcertado. Inés durmiendo la siesta en la celda de la abadesa. Dejaría que cantaran como quisieran y se fueran del ensayo animadas.

Por la noche, después del rezo de las vísperas y la cena, subió a su celda y se encontró con una nota debajo de la puerta.

“Hermana Marie, me has decepcionado. Si te doy la mano, no es para que te tomes del brazo”.

Leyó la nota y la releyó. Buscó los matices, la firmeza del puño, algún detalle que la ayudara a descubrir qué pensaba su madre superiora, cuánto enojo había, qué decía entre líneas. Pero la nota era demasiado breve, ni siquiera había un encabezado con su habitual “querida hermana Marie”, ni tampoco una firma con un “te bendigo”. La madre Beatriz estaba enojada, y mucho. El ritmo de su respiración fue redoblando hasta oprimirle el pecho. La opresión ya conocida. Hacía tiempo que no sentía ese temor. Era miedo, era duda, era terror de haber hecho algo que la alejaba de su abadesa. ¿Cuál sería su pecado?

El motivo, la máquina de escribir. La entrada al departamento de la madre Beatriz, la hermana Inés en la habitación durmiendo la siesta. ¿Se había quejado Inés? Lo sabía, a pesar de que no había desobedecido ninguna orden. Su compañera y amiga se había quejado de verla entrar a la oficina de la abadesa.

Tomó enseguida el teléfono y marcó el dos, número directo de la oficina de Beatriz, decidida a resolver el malentendido. Utilizaba esa línea solo cuando debía responder un llamado de su abadesa o cuando se trataba de temas importantes y urgentes. Arriesgaba enojarla más con el llamado, pero estaba desesperada. Conocía a Beatriz demasiado y no tenía dudas del mensaje en una nota tan escueta: ya no cuentas

conmigo. Temía haber perdido su confianza, y estaba en ella el revertirlo pronto. Dejó sonar el teléfono, sin respuesta. Volvió a intentarlo diez minutos más tarde, y nada. No podía trabajar, no podía concentrarse. Unos minutos antes de que sonaran las campanas para el oficio de la noche, bajó las escaleras y golpeó suave y segura la puerta del escritorio de la madre. Le preguntaría personalmente cuál había sido su falta. Esperó, sin respuesta, oyendo murmullos débiles en la habitación. Esperó hasta que sonó el llamado para el último rezo. Cinco minutos, seis, nadie salió del escritorio. Rápidamente se dirigió a la capilla y llegó cuando estaban comenzando a cantar. Entró por atrás. La única superiora que había asistido era la madre Jeanne, la huésped, la abadesa de Francia. Presidía el rezo la hermana Celeste, ante la falta de superioras. Marie tendría que haber estado allí a tiempo. Se ubicó con discreción en su lugar en la schola, avergonzada de haber entrado tarde, indicándole a Celeste, con un gesto, que ella continuaría con la conducción del oficio.

El canto de las monjas la sedaba, y mientras buscaba abstraerse en el último rezo del día y en el himno a la Reina y Virgen María, su mente recorría una vez más el trazo y las curvas de cada letra de la nota de su abadesa. Contenía las lágrimas que le impedían leer el texto que conocía de memoria. Inés y Beatriz estaban hablando de ella. Conocía esas conversaciones. Había sido testigo en tantas oportunidades. Ahora seguiría el castigo del silencio, la distancia de la madre Beatriz. Tendría que pagar por un pecado que no reconocía.

Al terminar la última liturgia del día, Marie se dejó caer de rodillas en su sitial. Oró a la Virgen María. Se arrepentiría, pediría perdón. Le faltaba también cumplir con la penitencia del padre Agustín, padrenuestro, avemarías. Sentía compunción y desconocía el motivo.

23

… Así es como, después de mucha oración y conversaciones con mis consejeras, dada la situación en la que se encuentra nuestra querida abadía, el pedido que te hago, madre Beatriz, es este: el envío de dos de tus monjas jóvenes como para ayudarnos durante tres años. Creemos poder, de ese modo, encontrar alivio al momento tan difícil por el que atraviesa la comunidad. Las hermanas están envejeciendo. Tenemos muchas enfermas y otras con dolencias que les impiden cumplir con nuestra rutina. Son pocas las monjas que pueden ocuparse de los trabajos más pesados y están exhaustas, sin tiempo de descanso. Querida madre, el beneficio más importante con el que espero contar es que tus monjas serían ejemplares y nuestras aspirantes se sentirían más atraídas al ver rostros nuevos y jóvenes, modelos de vocación monástica.

La hermana Inés terminó de leer y levantó la vista. Apoyó la carta sobre la mesa ante un silencio absoluto, largo. La madre Beatriz había reunido a sus consejeras para discutir el pedido de la mère Jeanne. Después de páginas de agradecimiento y expresiones de admiración por el privilegio de haber conocido a una comunidad tan vibrante, antes del saludo final, la abadesa de Francia rogaba que la ayudaran.

—Hermanas —dijo Beatriz con gravedad—, ustedes son mis consejeras. Por esa razón las reuní y confío en que me ayudarán ante esta decisión. Es sorprendente que Jeanne, una abadesa de años, tan preocupada por que en su monasterio se conserve un modo de vida fiel a las tradiciones antiguas, nos pida ayuda. Cuando estuvo aquí, mostró interés por nuestras costumbres más modernas, pero pienso que no nos pediría esto si no fuera una situación apremiante.

—Nuestro monasterio se ve bendecido por la gracia de Dios al tener tantas monjas jóvenes —opinó la hermana Celeste, los ojos claros, ya pequeños, húmedos de emoción.

Y, señalando con los brazos abiertos a las jóvenes consejeras,

agregó:

—Miren cuántas jóvenes. Cuántas novicias tenemos, cuántas aspirantes que andan planteándose hoy mismo la vocación. Seamos generosas, como Dios es generoso con nuestra casa.

Con cada sonrisa, se le acentuaban y multiplicaban las arrugas blancas de las mejillas.

—Madre Beatriz, vos sabés muy bien cómo es de diferente ese monasterio en Francia —opinó la hermana Analía—. Lo conociste, y vos misma nos hablaste de lo anticuadas y cerradas que son en sus costumbres. Va a ser imposible que una de nuestras monjitas más jóvenes pueda adaptarse.

—Tienen una comunidad envejecida, Analía —interrumpió Inés en su rol de priora—. Nos necesitan. Pero por qué no pensar también en cómo podemos beneficiarnos de este pedido. Puede ser una experiencia muy enriquecedora. Las hermanas que vayan perfeccionarán su francés y conocerán otro modo de vida.

Las consejeras más jóvenes escuchaban y callaban. Gloria pidió tímidamente la palabra:

—Madre, yo concuerdo con Inés y Celeste. No podemos decirle que no. ¿Qué excusa le daríamos? Tenemos muchas monjas que pueden hacerlo y lo harían con alegría y espíritu de servicio, aunque represente cierto sacrificio.

La conversación continuó y fue virando hacia otros temas de la comunidad hasta que la madre abadesa cerró la reunión, pidiendo a sus consejeras que rogaran para que el Espíritu Santo inspirara sus decisiones con sabiduría. Las despidió, prometiéndoles que en pocos días volvería a reunirlas para seguir el debate.

La carta de Francia había llegado al mes de la partida de la madre abadesa Jeanne. La relación de Marie con Beatriz y con Inés se había reacomodado con el tiempo y en silencio, a pesar de los vanos intentos de Marie por dialogar y comprender. Siguió, mientras tanto, redoblando su dedicación al trabajo y a la dirección del coro.

Frecuentaba los encuentros con la abadesa y su grupo de confianza, pero se recluía más en sus pensamientos y en su soledad. Buscaba momentos libres para caminar por el jardín. Necesitaba moverse. En la vida monástica no cabía el ejercicio. Marie sentía sus músculos entumecerse; su cuello, tan dolorido que no podía fijar la mirada hacia abajo durante los rezos comunitarios. Se había inquietado, a los pocos días del distanciamiento de la abadesa, por un dolor y una debilidad pronunciados en el brazo derecho que le impedían levantarlo para hacer la señal de la cruz y le repercutía hasta el pecho. No acudió a la enfermería. Debía ayudarse con la mano izquierda, tomándose el codo para que su mano pudiera llegar hasta la frente. Caminatas al aire libre, moviendo los brazos en círculos, la ayudaban. Era tensión, pensaba. Era culpa. No había logrado entender lo que había ocurrido con la hermana Inés en el departamento de la abadesa, pero sabía que en algo había defraudado a su madre espiritual.

Después de días sin hablar con ella, Inés la había llamado para indicarle que debía llevar a mère Jeanne al aeropuerto para su regreso a Francia, y que irían también madre Beatriz y Belén. Era la primera conversación que tenía con Inés después del episodio de la máquina de escribir, y sería también la primera vez junto a la madre Beatriz desde aquel día. Marie estaba herida y no lo disimulaba. Su último contacto con Beatriz había sido la nota encontrada bajo la puerta de su celda. Todos los llamados y pedidos de reunión habían sido ignorados. Un castigo mudo que se prolongó toda la semana.

Subió al coche con mère Jeanne a su lado. En los asientos de atrás, Beatriz y Belén. Marie prefirió callar, escondiéndose detrás del volante, excusándose por la atención requerida por el tránsito. En siete días, la madre no había contestado ninguno de sus mensajes. Belén participaba con su francés básico. La madre Beatriz era quien llevaba la conversación. Constantemente preguntaba a Marie su opinión, bromeaba con ella y le pedía que contara anécdotas en francés. Las respuestas de Marie eran escuetas, monosilábicas. Tenía la garganta oprimida y las manos frías de sudor. El viaje al aeropuerto era largo, pero Marie no podía olvidar; volvía a recorrer cada momento de lo que había ocurrido, persiguiéndola como una obsesión, y seguía sin comprender cuál había sido su falta. Entraron al edificio con mère Jeanne, quien no dejaba de agradecerles, emocionada, con su pequeña valija de pocas cosas. Llegaron hasta la zona de los pasajeros y la despidieron.

—Vamos a festejar que quedamos solas —les anunció Beatriz—. Iremos a almorzar a lo de Carmen.

La madre de Beatriz las esperaba con un almuerzo y los brazos abiertos.

—Ustedes son mis nietas —decía a Belén y Marie abrazándolas—. Me alegran el día cuando vienen.

Marie se esforzó por mostrarse más espontánea. No podía castigar a Carmen. Su actitud camino al aeropuerto había sido infantil. Pero el nudo en su garganta era inmenso, parecía ocupar todas sus cuerdas vocales. Mère Jeanne le había preguntado incluso si se encontraba bien. Había sentido también la mirada inquisitiva y sorprendida de Belén, aunque entre ellas no precisaban hablar para entenderse. Habían crecido lado a lado en la vida religiosa.

Un mes más tarde, cuando llegó la carta de la abadesa de Francia, el tiempo había disipado el enojo y el dolor de Marie. Siguiendo la recomendación de Beatriz en la reunión de consejeras, pidió al Espíritu Santo que iluminara a la madre en su decisión. Marie estaba de acuerdo con la opinión de la mayoría. En Francia las necesitaban. Era la primera vez en la historia de aquel monasterio. El pedido formal de ayuda a un país tan lejano representaba un acto de humildad. La única en oponerse a auxiliar a las monjas francesas había sido Analía.

Un martes por la mañana, Marie estaba en cuclillas encerando los pisos del claustro, ayudando a la hermana Micaela, cuando se acercó Belén y le tocó el hombro discretamente. Marie se incorporó y acomodándose el velo la siguió hasta la entrada de la cocina. Eran pocos los lugares donde estaba permitido hablar; la entrada a la cocina era uno de ellos.

—Hola —le dijo Marie—, ¿qué pasó?

—Me manda la madre. Te espera en quince minutos en su escritorio.

—¿Voy así como estoy? ¿Sabés si me necesita hasta el rezo de

sexta?

—No sé, pero por las dudas cambiate.

—¿Me mandás a alguien para que me reemplace? Nos faltan todavía dos alas del claustro. Micaela no va a poder terminar sola.

—Va a tener que arreglarse. No tengo a nadie a esta hora. Ya es muy tarde para sacarlas de sus trabajos. Le aviso que se apure y haga hasta donde pueda.

Marie se dirigió de prisa a su celda a sacarse la túnica y el velo de trabajo. Se lavó las manos con jabón y un cepillo para sacar toda la cera roja que manchaba sus dedos y sus uñas. Dejó que el agua le enfriara el rostro acalorado y se secó frente al espejo.

Sería la conversación tan esperada con su abadesa. No había aún podido hablar de lo que había ocurrido, finalmente pensó con alivio y un dejo de ansiedad. Le diría lo que tantas veces había intentado expresarle. Le preguntaría qué había pasado. Había ido a buscar, como tantas otras veces, la máquina de escribir de su armario. Le diría: nunca pude entender qué fue lo que hice de malo. Le preguntaría: por qué me dijiste que me tomaba del brazo cuando me dabas la mano. Si hice algo malo, puedo arrepentirme, le explicaría. Le pediría perdón en persona, reiterando lo que ya había manifestado por escrito.

Golpeó con suavidad la puerta del escritorio. La esperaban la madre Beatriz y, sentada a su costado, Inés. Un incipiente rubor entibió sus mejillas. ¿Por qué Inés?

—Hola, Marie. ¿Cómo estás? Ahora viene Belén. ¿Nos tomamos un café, chicas?

Marie preparó el café en el baño de la abadesa. ¿Olvidó la madre lo que pasó? ¿Soy yo que exagero? Dejó los pensamientos de lado y regresó al despacho al tiempo que entraba Belén.

—Chicas, las reuní porque quiero que hablemos del pedido de la madre Jeanne de Francia.

Las miradas se cruzaban, pero Marie las sintió todas sobre ella. La abadesa retomó la palabra.

—Madre Jeanne necesita ayuda. Como saben, pide que le enviemos dos monjas por tres años —se expresaba con medida, pensando en voz alta—. Recé mucho, he rogado al Espíritu Santo para que me guíe en la decisión.

Inés asentía continuamente ante cada palabra pronunciada por la abadesa. Hubiera podido completar cada frase.

—He resuelto aceptar —agregó después de una pausa larga—. Pero le mandaremos una sola monja, en lugar de dos. Lo haremos por tan solo dos años, y el beneficio será mutuo.

Hubo silencio, unos segundos en los que Marie no pudo evitar un estremecimiento.

—Marie —le dijo mirándola intensamente—, eres la persona indicada. —Le tomó la mano a través del escritorio y agregó—: Te he elegido por muchas razones. Nos representarás bien, serás un muy buen ejemplo de servicio. Hablas francés, tienes buen trato con las hermanas mayores y, ante todo, es una oportunidad única para que aprendas bien cómo cantan el gregoriano. Absorber todas las vivencias de esa comunidad, su estilo de vida, es una experiencia que a tu regreso nos transmitirás.

Inés y Belén mantenían la mirada clavada en ella. Inés, la mirada del poder y del triunfo. Belén no escondía su compasión. Esperaban la respuesta y reacción de Marie.

—Será un aprendizaje riquísimo, espiritualmente, si sabes sacar provecho. Y no solo para vos, sino también para nosotras, por todo lo que recibiremos por tu intermedio. Dos años pasan muy rápido, Marie. Quizás logres que se modernicen un poco —agregó riendo.

Marie ciñó con fuerza los brazos de la silla, advirtiendo que, a medida que escuchaba, los hombros y la espalda se le habían ido encogiendo. Se enderezó. No era sorpresa. Sabía que existía esa posibilidad y la había meditado frente al altar, pero esperaba una nueva reunión con las consejeras, en la cual conversarían las opciones, siendo tantas las candidatas. Pero la decisión había sido tomada; solo

le informaban. No era necesaria otra reunión del consejo. Marie iría al monasterio francés, al estilo de vida del siglo diecinueve, e iría sola, a trabajar y prestar su ayuda, dos años.

La partida se planeó para un mes más tarde, fines de junio. Marie debía prepararse y despedirse de su familia. No había nada más que esperar.

—Ya charlaremos tranquilas, Marie. Vamos a planear bien esto. Quiero que saques provecho de esta experiencia.

Ese mismo día, la madre Beatriz llamó al recreo a monjas y novicias. Anunció allí el pedido de la abadesa de Francia y la próxima partida de Marie, ante el desconcierto de todas las hermanas.

24

El tren recorrió con prisa las tres horas que lo separaban de París. Los árboles corrían ante los ojos de Marie, veloces y borrosos. Una película en cámara rápida, pensó, conteniendo una sonrisa infantil. La ciudad y el ajetreo habían quedado atrás. Campos y pueblos con sus iglesias y casas bajas se deslizaban ante la mirada de los pasajeros, suspendidas sus mentes en blanco. Sentada junto a la ventana, entregada al movimiento acompasado, veía pasar estaciones deshabitadas donde el tren no se detenía, carteles con nombres franceses desconocidos. Marie se esforzaba por no dormirse y retener cada instante de ese viaje, cada hora de ese recorrido fuera de los muros del convento; el primer viaje en toda su vida monástica. Cabeceaba y se despertaba sobresaltada, tomando su bolso con las dos manos firmes, recordando la voz de su abadesa.

—No hables con extraños y nunca sueltes tus cosas.

Dos hombres sentados frente a ella la observaban y le sonreían con educación, sin decidirse a dirigirle la palabra. Marie leyó en su breviario la liturgia de la tarde. Sin cansarse de ver los árboles pasar, la admiración por la naturaleza en movimiento y el monótono ronronear del tren la impulsaron a sacar el rosario para conectarse con su plegaria repetitiva. Encomendó una vez más su viaje a la Virgen, en la secuencia de padrenuestros y avemarías. Había sido la elegida para ir a Francia. Era quien mejor hablaba francés, había sido el halago de su abadesa.

—Nos vas a representar bien —afirmaba frente a las consejeras con una gran sonrisa.

Marie había lagrimeado al despedirse. Estaba dejando a su familia monástica, con quien compartía su cotidianeidad y espiritualidad. Iba a lo desconocido, a servir y a ayudar. Le atraía el viaje, el país de sus ancestros, el idioma. Y, ante todo, escucharía el esplendor del canto

gregoriano en el lugar de su cuna, en la escuela de los eruditos. Madre Beatriz le encomendó que escribiera todas las experiencias, que les enviara cartas semanales. Se empaparía del estilo del canto para transmitirlo a su regreso. Pero Dios le estaba dando además la oportunidad de reconectarse con su llamado a la vida religiosa, con lo esencial de su vocación. Viviría dos años en una abadía antigua, de costumbres casi medievales, conociendo el modo original de vida monástica, donde la regla se cumplía hasta la última tilde, y embebiéndose de conocimientos en ese centro de estudios del canto Gregoriano con mayúscula. Madre Beatriz reiteraba que así se manifestaban las gracias de Dios, las señales de purificación y ahondamiento en lo esencial de la vida religiosa.

—Este es un nuevo llamado que te hace nuestro Señor Jesucristo, tu esposo. Es un nuevo comienzo. Aceptar con obediencia y entusiasmo el salir de la comodidad de nuestra vida para insertarnos en situaciones y desafíos nuevos.

La madre insistía en que aquella era una oportunidad y un privilegio que no se daba a menudo.

—Será como un gran retiro espiritual, Marie.

Con esas palabras y marcándole una señal de la cruz en la frente, su abadesa le dijo adiós en el aeropuerto, después de un fuerte abrazo, los ojos húmedos.

Dos días antes de la partida, las hermanas organizaron una despedida sorpresa en la hospedería. Invitaron a los familiares. Los padres y hermanos de Marie y la abuela Antonia compartirían la tarde con algunas monjas. Prepararon una mesa larga y les sirvieron té con tortas caseras. Las hermanas escribieron un discurso que leyeron en voz alta. Belén, Renata y Micaela actuaron una brevísima representación humorística en la que Micaela era la mère Jeanne, y Renata y Belén, dos hermanas francesas que se preparaban para recibir a la nueva monja venida de un monasterio de costumbres laxas. Las monjas reían a carcajadas ante los chistes internos, y los familiares sonreían sin entender de qué se trataba ni por qué las monjas reían tanto. La más seria era Antonia. Sentada al lado de

Marie, observaba y no comprendía. Marie le tomaba la mano y se inclinaba hacia ella abrazándole la espalda. Preocupada, le ofrecía más té.

—Marie escribirá cartas —dijo la abadesa poniendo fin a la reunión—. Pueden llamarnos también cuando quieran para preguntar por ella.

Los padres se despidieron, prometiendo a la madre Beatriz que visitarían a su hija en Francia.

El tren fue disminuyendo la velocidad y llegó a la estación, una estación de pueblo, de poca gente. Marie bajó arrastrando su valija grande y un bolso de cartero cruzado al hombro. Esperó en el andén, mientras este se vaciaba, sola, largos momentos. Dos monjas se acercaron corriendo agitadas, con el velo negro bamboleante, disculpas y excusas. Las hermanas francesas sonreían acaloradas y se apresuraron a tomar sus cosas para aliviarla. El ropaje monástico era similar, largo y negro, pero las cofias escondían el cuello por debajo de la barbilla, enmarcando la cara con un género blanco y el velo largo y negro abrochado por encima.

Subieron a un vehículo sucio y embarrado, amplio y cómodo. Las dos monjas se interesaron por el viaje, una pregunta tras otra. El paisaje era muy distinto a lo que Marie conocía. Los rostros y gestos de la gente eran diferentes, las vestimentas rústicas, las construcciones del pasado. El pueblo de la estación se extendía apenas unas cuadras; pronto lo dejaron atrás y condujeron a través de campos abiertos sembrados de girasoles y flores amarillas salvajes tendidas ante un sol poniente. En el camino iban apareciendo unas pocas casas viejas de piedra cuyas ventanas estaban al alcance de su mano. Cafés y algún bar con mesas afuera, enredaderas y macetas en flor. Hacía calor, y las monjas le hablaban.

—El viaje fue muy bueno, gracias. Sí, el vuelo también. Un poco largo. No, no estoy muy cansada, gracias. Un poco de hambre, sí. Solo un poco.

El cielo parecía bajo, y el azul era intenso, más azul que el de su casa. Detrás de los campos asomaban las agujas de los chapiteles de

las iglesias penetrando las pocas nubes del atardecer. Tardaron una hora en llegar a un portón inmenso de hierro, abierto, y al fondo del camino apareció la abadía, majestuosa y ancestral. Sus paredes de piedra fiel revelaban la estabilidad y el origen de esa orden monástica de la que Marie se sintió genuinamente orgullosa. Era la abadía de monjes hermanos.

—Los monjes son nuestra guía, nuestros maestros, nuestros predicadores —le explicaron las francesas—. Ellos celebran nuestras misas. Nos confiesan y velan por nuestro bienestar espiritual. Nuestro monasterio fue fundado en 1830 por el abad y fue creciendo a lo largo de los años a la sombra y protección del monasterio de monjes. La madre abadesa nos pidió que te lo mostráramos primero, antes de hacerte entrar a nuestra clausura.

Visitaron la capilla, la hospedería y sus jardines, saludaron al padre hospedero y volvieron a subir al coche. En pocos minutos, estaban cruzando el portal de las monjas. Asomaba a lo lejos la casa monástica. Marie nunca había visto una construcción tan imponente. Se fueron acercando por un camino flanqueado de campos que se extendían hasta el horizonte ya rojizo y oscuro. El olor a pastos húmedos era el olor de su jardín. El parque abarrancado de su monasterio. Se vio paseando con sus hermanas, oyó las risas de los recreos. Comenzaba a pesarle el sueño, y sin embargo la envolvieron la ansiedad y cierto miedo. Todo era nuevo, extraño.

Había viajado toda la noche. Una amiga de las monjas la había esperado a su llegada al aeropuerto. Recorrieron el centro de París en auto y se detuvieron frente a la catedral de Notre Dame, camino a la estación, única parada permitida para una oración frente al altar. Le dio quince minutos mientras la esperaba mal estacionada. La llevó hasta la terminal y no la dejó sola hasta que vio partir el tren.

—Órdenes de la mère abbesse —le explicaba.

El coche de las monjas se fue arrimando hacia la puerta de la hospedería, y la hermana que conducía se detuvo a unos metros de la entrada, le indicó que bajara y partió con las valijas. La otra monja la acompañó caminando y tocó una campanita adosada al portón.

Aparecieron enseguida la mère Jeanne y su vicepriora. Los ojos azules de Jeanne se empañaron detrás de los anteojos y la abrazó con efusión y agradecimiento reprimidos. Entraron al gran hall sombrío de la hospedería. Los pisos de madera ancha, desparejos, olían a siglos. Eran los mismos pisos añejos que Marie admiraría en todo el convento francés.

Las campanas mayores de la capilla repicaron fuera de horario, y cuando abrieron las puertas para entrar a la clausura, las hermanas ya estaban agrupadas, sonrientes, para recibir a Marie con un gran aplauso. La madre Jeanne la presentó a todas sus monjas con voz alegre y las despidió para que regresaran a sus trabajos. La comunidad ya había cenado y pronto rezaría el oficio de las completas, antes de retirarse a descansar. Se acercó una monja de edad media que se presentó como la hermana Natalie.

—Vamos a comer algo, hermana Marie, debes estar con hambre —le dijo la abadesa tomándola del brazo—. Natalie vendrá con nosotras y luego te llevará a tu celda.

Volvieron a pasar a la hospedería, a una sala pequeña, donde le sirvieron una sopa y algo de pan y fruta.

—Hermana Marie, gracias por estar aquí. Gracias en nombre de todas las hermanas. Sé que para ti es un sacrificio muy grande dejar tu comunidad, un grupo tan joven y lleno de vida. Prométeme que me irás diciendo todo lo que sientas, todo lo que pueda hacer para que te adaptes. La hermana Natalie te mostrará tu celda y tu ducha. Las monjas tenemos nuestras duchas en el sótano, pero a ti te hemos asignado una celda en el segundo piso, donde tenemos una instalada. Allí es donde alojamos a las huéspedes que recibimos de otras comunidades. Mère Natalie te explicará el reglamento.

La abadesa se despidió de ella en voz baja. Había llegado la hora de silencio mayor. Se verían a la mañana siguiente, al salir de la misa.

—Descansa mañana. Levántate con tiempo como para la misa de las siete. Te enviaré una hermana para que te vaya a buscar.

La hermana Natalie le instruyó que la siguiera. Dejaron la hospedería, entraron al claustro y lo atravesaron hacia el lado opuesto. En la fría oscuridad, pudo percibir la fuente en el centro del

claustro, y un olor a piedra húmeda le oprimió los pulmones. Se cruzaron con monjas, las miradas fijas en el suelo y las manos bajo el escapulario, bultos negros que se encaminaban en todas las direcciones. Ninguna la miró. Siguió a la hermana Natalie, entraron por una puerta doble y subieron la escalera fría, dos pisos. Cada varios pasos, Natalie se daba vuelta, asegurándose de no haberla perdido, y le sonreía con una inclinación de cabeza. El segundo piso eran las bohardillas. Parecía vacío; no se encontraron con ninguna monja. Un pasillo angosto, mucho más angosto que el de su monasterio, enmarcado por puertas viejas y oscuras, todas cerradas. Natalie se detuvo frente a una de ellas. Miró a Marie con una sonrisa más y, asintiendo, sacó de su bolsillo una llave y abrió la puerta. Hizo pasar a Marie y cerró suavemente la puerta tras de sí. La celda era pequeña, alargada. La ventana, con sus dos postigos internos cerrados, enfrentaba la puerta. A la izquierda, la cama, bien alisada con sábanas y manta blancas. A los pies de la cama, con suficiente espacio como para una monja delgada, entre la ventana y la pared, un armario oscuro. En la otra pared, una mesa sencilla con un cajón al medio y patas torneadas, la silla arrimada y, a su lado, un reclinatorio. El dormitorio olía a pintura fresca. Como único adorno en las paredes, un crucifijo custodiando el reclinatorio. Sobre la mesa, un vaso de vidrio con agua y una flor blanca que Marie no supo nombrar. Una luz tenue iluminaba la celda. Su valija ya estaba allí, de pie, al costado de la cama.

—Esta es tu celda, hermana. Esperamos que te sientas cómoda aquí entre nosotras. Ven —susurró—, te voy a mostrar el baño y la ducha.

Salieron de la habitación hacia la izquierda, al fondo, las tablas de madera crujiendo todo el camino. Aun las paredes estaban recubiertas de madera. Luego, nuevamente a la izquierda, al fondo. Entraron a los baños, una habitación con cuatro casillas y tres lavatorios sin espejo. Indicándole que la siguiera, Natalie salió y la llevó hacia el lado opuesto del pasillo para mostrarle la ducha. Parecía una cabina telefónica. Una monja ancha no podría ducharse allí. Una pequeña cabina, sin techo, con una ducha de mano colgada de un gancho.

—Eres la única con permiso para usar esta ducha, Marie.

Regresaron a la celda y, antes de despedirse, la hermana Natalie le mostró, debajo de la cama, una palangana blanca con una jarra de loza adentro.

—Las monjas no salimos de noche de nuestras celdas. No está permitido. Si necesitas levantarte, la utilizas y la vacías por las mañanas.

Natalie se despidió de Marie y le prometió buscarla antes de la misa.

Marie se arrodilló en el reclinatorio, el priedieu, como lo llamaban las francesas. Recorrió la celda y fijó la mirada en el Cristo sobre la pared blanca. Agradeció, cansada. Deseaba cerrar los ojos sobre la almohada. Estaba tensa después de atender todas las indicaciones y arrastrar su agotamiento. Sin abrir la valija ni buscar el camisón, se sacó el hábito y el velo, los dobló sobre la silla y se acostó, durmiéndose antes de un primer padrenuestro.

Por la mañana, la hermana Natalie dio dos golpecitos en su puerta y la acompañó hasta la capilla. Marie se sentaría en los sitiales de arriba, en la punta, junto a la schola. La capilla era oscura, de piedra blanca, y los respaldos de madera eran tan altos y ornamentados que cubrían gran parte de las paredes. Marie tuvo que acomodar sus ojos a la luz tenue y mística que entraba por los vitrales ojivales rojos y negros oscuros. Allí estaba Dios.

El introito dio comienzo a la misa. Un monje sacerdote encabezó la procesión, acompañado de dos acólitos, monjes también, las capuchas negras sobre sus espaldas. Las voces de las monjas eran muy agudas, más agudas que en su monasterio, pero más amalgamadas. Eran una sola, un solo espíritu. Marie no cantó. Tenía que escuchar primero, necesitaba gozarlo en silencio. El canto de sus hermanas francesas reverberaba en los muros de piedra de la iglesia, contenido por los arcos, elevándose como nunca lo había sentido antes.

Pasó el día con Natalie. Conoció el edificio y los trabajos de los talleres, el jardín inmenso con vista hasta el extremo infinito de los

campos que lo rodeaban. Le explicó las reglas y costumbres de la casa, esa casa que debía adoptar como propia por los próximos dos años. Se reunieron un momento con la madre Jeanne para conocer su despacho, hasta que sonaron las campanas del oficio de las vísperas, al que se dirigieron las tres juntas.

Al terminar las vísperas y la cena, tuvieron un breve recreo en su honor. Se sentaron en el claustro, a la salida del comedor, donde ya tenían las sillas colocadas en semicírculo. Opuesto a este, un sillón con brazos para la abadesa. Una silla a su derecha, donde se ubicó la priora, y otras dos sillas a la izquierda. Marie debía sentarse junto a la mère abbesse, y a su lado, la vicepriora. Nadie pronunció palabra hasta que la madre Jeanne inició la conversación.

—La hermana Marie, como bien saben, fue enviada generosamente para pasar un tiempo con nosotras, trabajando y estudiando nuestro modo de cantar el gregoriano. Le damos la bienvenida como nueva integrante de esta querida familia monástica.

25

Les escribo hoy domingo porque tengo tiempo libre, las monjas reciben a sus visitas y yo puedo pensar en ustedes y en lo vivido en la semana. Los domingos son de un silencio tan hondo que por momentos me sorprende aun mi voz cuando canto. Este es un lugar que me impacta como santo, como histórico y casi podría decir también como de cuentos. Me gustaría poder transmitirles cada instante, cada ambiente, cada sabor y olor para que puedan vivirlo conmigo. Quisiera describirles cada persona, cada monja con la cual tengo algún intercambio. Pero el ritmo aquí es intenso, y son pocos los momentos libres fuera de los domingos.

Esta casa es imponente, un lugar bellísimo, antiguo y anticuado. Está muy presente el espíritu de la regla monástica junto al carácter permanente e indeleble que da el edificio, símbolo de la reconstrucción de la vida religiosa después de las distintas persecuciones que sufrieron desde su origen en el siglo once. Los monjes volvieron a instalarse en el siglo diecinueve con determinación y un mensaje: llegaban para quedarse por los siglos de los siglos; esta vida se construye piedra por piedra, monje por monje. En todo momento tengo muy presente que Dios me regaló esta experiencia como un viaje al pasado para descubrir la permanencia del espíritu de nuestra orden, y le doy gracias. Al mismo tiempo ofrezco al Señor y a la Virgen la sensación constante de sentirme una extraña dentro de nuestra misma espiritualidad. Tienen ceremoniales para todo: gestos que marcan el respeto y el rango. Aquí ante todo se reverencia el pasado.

Antes de convocar a las monjas para una reunión extraordinaria, la madre Beatriz se había asesorado con su priora, Inés, para definir quién sucedería a Marie en los distintos puestos.

—Belén tiene que ser la vicepriora, madre. Y de consejera votemos a Renata.

—Me parece bien —reflexionó Beatriz—. ¿Y qué hacemos con el coro? ¿Analía?

—No podés volver a poner a Analía. Renata, quizás. Pero si preferís me hago cargo yo, hasta que vuelva Marie.

La abadesa reunió a la comunidad en la sala capitular, y Renata obtuvo los votos suficientes como nueva consejera. Madre Beatriz prosiguió con el nombramiento de Belén para reemplazar a Marie en el cargo de vicepriora, cerrando así la breve votación.

Aun los recreos son conducidos en el marco de las tradiciones. Hay monjas encargadas de organizar las sillas en el jardín, preparando de antemano los recreos. Se ubican en semicírculos, en distintas filas, como en un teatro. Al centro, adelante, enfrentadas a las demás, colocan un sillón con brazos para la abadesa y dos sillas a sus lados como para la priora y alguna invitada u homenajeada del día. ¡Cómo extraño la espontaneidad de nuestros recreos! Si no hay ninguna invitada, se sienta allí la madre vicepriora. Las monjas se ubican en las primeras filas de sillas. Luego las novicias, cuando son llamadas a compartir el recreo con las monjas, en general los domingos. Y, en la última fila, las hermanas legas. Es esencial para ellas respetar el rango. Sí, respondiendo a lo que me preguntaron, todavía tienen hermanas conversas. Ellas no van a los rezos, o van a muy pocos, y no se toman tiempo para la lectura personal. No votan, y para ellas es optativo participar de las conferencias. Son las que han hecho tradicionalmente los trabajos más pesados, como la cocina y la huerta. Hoy son todas mayores de setenta. Le pregunté a mère Jeanne por qué seguían teniendo legas y me respondió que son ellas mismas las que prefieren ese estilo de vida; que son mujeres simples, sin educación, a las que les gusta el trabajo. Pero a la vez se interesó por saber cómo fue la transición para nosotras cuando dejamos de tener hermanas legas. Le conté algunos pocos detalles que conozco, pero ella sabe que yo no estuve en esa época y que no viví esos cambios. No sé si me lo preguntó por interés o por educación. Desde que llegué, me llama ceremoniosamente una vez por semana, los días martes por la tarde. Si se le pasa un día, me pide disculpas. Es muy formal. A veces sufro pensando de qué más vamos a hablar y pienso que ya no tendremos tema, y ruego para que no me llame. Pero es afectuosa y le preocupa saber si me estoy adaptando y que las monjas me traten como de la familia y no como una extraña. Se enteró de que me están preguntando sobre nuestra vida. Por un lado, quiere que le avise si las hermanas hablan cuando no deben y, por otro, tiene miedo de que me pregunten de más. Hay una en particular, la madre cocinera, que

me hace miles de preguntas mientras estamos trabajando. Se pasa el día entero en la cocina y aprovecha cuando yo estoy para hacer las comparaciones entre nuestros monasterios. Es muy simpática y muy graciosa, pero me hace sentir culpable, porque rompe las reglas del silencio. Como acá le dicen "madre" a todas las hermanas de velo negro y "hermana" solo a las legas y novicias, quiere saber por qué nosotras hace tiempo que dejamos ese uso, quiere saber cuándo pasamos a llamarnos todas "hermanas".

—Tener hermanas legas es una antigüedad —explicaba Beatriz a las novicias—. No creo poder contar con una mano la cantidad de conventos que aún conservan esa tradición. Hace muchísimos años que nosotras dejamos de tener hermanas legas por no considerarlo justo. Por supuesto que Marie no lo vivió. En el pasado, siglos atrás, las legas eran las que entraban al monasterio para los trabajos manuales, para permitir que las demás se pudieran dedicar a la oración y la contemplación, además del estudio. Se las llamaba también conversas. Trabajaban originariamente en el campo, y luego pasó a ser en la cocina y en otras tareas de la casa. Hacían votos igual que las demás, pero no se dedicaban al estudio. Eso dejó de existir hace años, especialmente después del Concilio Vaticano segundo, cuando la Iglesia recomendó que se igualara la condición de todas las religiosas.

El día que llegué con las hermanas a la puerta principal, la hospedera nos hizo pasar al hall de entrada, muy solemnemente. De pronto sonaron las campanas de la torre principal (¡son seis!) y al abrirse las dos hojas de la puerta del claustro vi a toda la comunidad parada en semicírculo, todas ordenadas, listas para saludarme. Las campanas seguían sonando como en una festividad. Era una expresión de agradecimiento hacia nuestro monasterio, para ellas era una fiesta. Están felices de que, como dicen ellas, hayamos compartido generosamente nuestra juventud.

La lectora de turno leía en voz alta las cartas de Marie durante el almuerzo de los domingos. En ocasiones, la madre Beatriz las

compartía en los recreos, seleccionando los fragmentos que consideraba de interés general. Sentadas, formando una gran ronda, las monjas escuchaban atentas los relatos y los comentarios de Beatriz y luego conversaban en grupos, imaginando a Marie en cada situación. La vida del viejo mundo despertaba en las monjas una curiosidad nueva.

Me preguntan cómo transcurre mi día, un día común de semana. La mère Jeanne me sigue extendiendo la dispensa del oficio de las vigilias. Yo no se lo pedí, pero admito que lo necesito. Tuve algunos episodios de asma que la preocuparon. Pienso que es la humedad, pero hacía tanto tiempo que no me pasaba. Ella insiste en que es muy grande el cambio y que debo adaptarme de a poco. Es cierto que es un cambio importante, pero espero pronto comenzar a ir. Me da vergüenza frente a las otras monjas y quisiera poder seguir la rutina de todas. Me levanto entonces como para ir a laudes. Los rezos son muy parecidos a los nuestros, así que no voy a detenerme en eso. Solo les voy a contar las cosas que no son como en casa, que son muchas. ¡Hay mucho ritual!

Mère Jeanne me dio muy poco trabajo al principio y lo fue incrementando paulatinamente. Quiso que los primeros días aprovechara para leer, rezar y aclimatarme. A la semana, me pidió que fuera dos horas por día a ayudar en la enfermería. Ahora ya tengo mi horario designado: tres veces por semana por la mañana. Los otros dos días voy a la cocina como ayudante. Por las tardes, asisto a los ensayos del coro o a alguna clase especial, y al terminar voy a la enfermería para preparar a las hermanas para la noche. Son nueve hermanas las que viven ahí y casi no salen de sus cuartos. Tienen una capilla improvisada donde les celebran misa los domingos por la tarde. Una hermana, bastante joven, perdió por completo la memoria. A veces se la ve deambulando por los pasillos y hay que acompañarla de vuelta a la enfermería. Es tan triste. Pero ella parece contenta, siempre sonríe. Después están las muy ancianas, algunas en sillas de ruedas. Tengo que levantarlas de la silla y acostarlas, darles los remedios y a veces hasta darles de comer. Una de mis tareas fijas es ir a la cocina antes del rezo de las vísperas para buscar las fuentes de comida para las enfermas. En la enfermería tienen una cocinita solo para calentar y servir en los platos a cada una. Supongo que con el tiempo me darán más responsabilidades, pero por el momento esa es

mi tarea. Mi trabajo en la cocina es también como ayudante: pelar, cortar, cargar cajones y ollas.

Es impresionante la cantidad de clases y conferencias que les dan. Casi todas las tardes hay algo interesante. Vienen monjes de al lado, monjes y abades de monasterios de Europa, y vino el obispo varias veces. Como ven, estoy bien ocupada. Quisiera tener más tiempo para estudiar todo lo que nos dan, para buscar las citas que se mencionan. Los sábados me tienen de comodín, siempre pidiéndome ayuda en algún trabajo, sea la huerta, la cocina o limpieza.

—Parece intenso el horario de Marie. Me cansé con solo escucharlo. Trabaja como cuando éramos novicias —opinó Renata.

—Está ayudando —respondió Gloria—. No te olvides de que fue para trabajar. Lo está tomando como la voluntad de Dios.

—¿Se sentirá muy sola? —preguntó Agustina.

—Esos recreos parecen tan estructurados —siguió Renata.

—Va a estar bien —sentenció Inés.

Me gustaría que vieran lo grande y majestuoso que es el edificio. No dejo de admirarlo y me gusta mucho pasear y recorrerlo. Como les dije, me parece estar en un libro de cuentos del siglo pasado. Es una construcción oscura, las ventanas son chicas, las típicas de las granjas francesas. Todavía no me tocó un invierno, pero ya ahora que estamos llegando al otoño tengo frío estando adentro. ¡Me pongo dos abrigos debajo del hábito! No quiero imaginar lo que será en unos meses. Miro por todos lados para ver si tienen algún tipo de radiador o estufa y no veo nada. Ya les contaré cuando llegue el momento. Los pisos son tablones anchos de madera llena de agujeros y clavos, con partes gastadas y deformadas. Tienen un olor particular que lo siento hasta de noche cuando estoy en la cama. Es olor al pasado, y me lo puedo imaginar cuando cierro los ojos.

Me preguntan sobre la comida. Creo que no les sorprenderá que les diga que es muy frugal. ¿Saben lo que almorzamos hoy? ¡Lechuga hervida! Nos

sirvieron un bife a cada una con un poco de lechuga al costado. Nunca había comido lechuga hervida. Se parece a la espinaca, pero mucho menos amarga y en realidad sin sabor. El bife lo hacen prácticamente crudo. Traté de masticarlo y no pude. Me dio mucha vergüenza, pero no comí ni la mitad. Me fui comiendo los bordes cocidos y dejé todo el centro. Le voy a tener que explicar a mère abbesse que no tenemos esa costumbre, aunque probablemente ya se va a enterar por mis vecinas de mesa. Es la primera vez que comemos un bife. Me dijo la hermana cocinera que lo hacen a veces los domingos, como plato especial. De postre, una pera cada una, peras de aquí mismo que ayudé a juntar hace unos días. Son bien chiquitas y de piel muy áspera; nada tentadoras de aspecto, pero bastante ricas. Ese fue nuestro almuerzo de domingo.

Las monjas reían hasta las lágrimas cuando la madre Beatriz les leía sobre la lechuga hervida y el bife crudo. Algunas se miraron preocupadas.

—Marie ya estaba flaca cuando partió —dijo Inés a la madre Beatriz después del recreo—. Quizás tengamos que pedirle a la madre Jeanne que monitoree que no vaya a adelgazar más. De otro modo, no va a durar dos años allí.

La ducha es una cabina como de teléfono, toda plástica, y tiene un tanquecito de agua con un calentador. Sale bastante bien el agua, y me dejaron en la celda un pedazo de jabón de lavar ropa para mi uso personal. Mère abbesse me dijo que me había alojado en el piso de arriba porque sabía que nosotras nos duchamos todos los días. Es tan atenta. Cuanto más la voy conociendo, más me impresiona por lo humilde que es. Me hace preguntas sobre nuestra vida y comentarios de admiración. Me dice que de a poco ella quiere ir abriendo un tanto las costumbres, que yo fui enviada por Dios para que ellas cambien. Se preocupa siempre por mí. A veces me hace servir algo extra en la comida. Sigo, mientras, sin asistir a las vigilias. Mère Jeanne quiere que siga descansando, y la realidad es que siento mucha necesidad de dormir. Ella piensa que quizás sea por el idioma, o quizás por tanto latín. Entiendo todo, pero es posible que esté en tensión por ello, en permanente esfuerzo.

Madre Beatriz había reunido a las hermanas de la schola para anunciarles que la hermana Inés estaría a cargo del coro durante la ausencia de Marie. Su voz estridente las arrastraba a cantar con mayor potencia, y era muy organizada al conducir los ensayos. Renata sería su ayudante.

—La conducción de Marie creaba conflictos —se quejó una de las cantoras ante la hermana Inés.

—Yo no tenía ningún problema en seguirla —la defendió Renata —. Ese es el estilo de Marie y los resultados que obtuvo lo dicen todo.

Más de una se manifestaba a favor del cambio. Con Inés en la dirección del coro, no sufrían la exigencia de estar constantemente buscando la perfección, comentaban a menudo.

—Madre, yo siento que hay más armonía en el grupo desde que no está Marie —confió a Beatriz una de las hermanas más jóvenes.

La semana pasada tuvimos, como les anticipé, el retiro espiritual anual. Fue muy interesante y muy recogido. Lo predicó el padre abad y lo tituló "Volver al corazón". El abad habla muy lento, así que pude tomar notas. Fue todo muy solemne. Nos reunimos en la sala capitular. Van entrando de a dos y le van haciendo una reverencia a la madre abadesa, que las espera sentada en un costado, más elevado, a la derecha de la mesa desde donde hablará el abad. Luego entra el padre abad y todas nos ponemos de pie y le hacemos otra reverencia profunda. Después de darnos una bendición, nos invita a sentarnos. Muchas veces hace bromas a las hermanas. Es bastante joven, fue elegido hace unos meses. Me da la impresión de que intenta romper con lo estructurado, que se aflojen un poco, pero a las monjas les cuesta. Nos habló de la oración para entrar en lo más secreto del corazón de Dios, en donde nos declara su amor y a la vez nos va cambiando, nos va transformando. Dijo que, como Dios está en silencio, nuestro diálogo con Él es una aceptación y una apertura para recibir esa luz que viene de Dios y que nos hace cambiar, y para decirle que confiamos en Él. Insiste en que nosotras, como monjas contemplativas, estamos hechas para la adoración. Y así encadenó el tema con el de la belleza y la liturgia. Definió la belleza como algo incompleto, algo que está en nosotras y que debemos

ir perfeccionando. Dijo que lo bello es aquello que nos despierta y nos hace ir maravillándonos a través de la liturgia. Nos afecta y nos transforma. La belleza es receptora de más belleza. Me gustó mucho cómo lo planteó. Es de una profundidad que conmueve. La belleza se va completando con más belleza, una frase que me sigue resonando. El último día el abad se concentró en el tema de la misericordia. Les copio esto que dijo: "Lo esencial para tener en cuenta en esta vuelta al corazón es la misericordia: es el atributo divino más alto; es la razón de todos los sacramentos. Misericordia, del latín miser y cordia: la virtud que hace sentir compasión por la miseria, es decir, por la desdicha ajena. La compasión viene del corazón". Me emocionó. Habla con sencillez. Lo que dice parece obvio y, sin embargo, nuevo. Sigo todavía bajo el efecto de la gracia del retiro espiritual y no quería dejar de transmitirles estas palabras.

Unos días después del retiro espiritual, tuvimos lo que llaman "Deposición" y "Reposición". La deposición fue el lunes. Todas las monjas se reúnen en la sala capitular, a la que también nos invitaron a las huéspedes, las legas y las novicias. La abadesa llama una por una a las hermanas que va "deponiendo" de sus puestos. Estas se acercan, se inclinan y arrodillan y le entregan la llave simbólica de su oficio. Luego van al medio y, arrodilladas, se acusan de sus culpas frente a toda la comunidad, como se hacía antes.

Después de esta pequeña ceremonia, tanto en la capilla como en el refectorio, todas las monjas, desde la priora para abajo, se vuelven a sentar en su lugar de profesión. Las jefas de los distintos oficios no van a trabajar y las auxiliares son las que se ocupan de las distintas responsabilidades. En el coro, la schola queda como está, exceptuando la primera cantora, que vuelve a su lugar de profesión. Todo esto es tan raro. Tan formal, tan antiguo. Pero tiene algo de encanto, de solemne y de cautivante. Ayuda a volver a lo esencial de nuestra vocación religiosa. Es tan espiritual. Una vez que van a la capilla, se rezan seis salmos penitenciales. Querrán saber que ya empecé a ir al oficio de las vigilias. Hace un frío helado a las cuatro, cuando me levanto, y está totalmente oscuro hasta la hora de la misa.

—¿Se dan cuenta de todo ese rito? Nosotras ni en nuestros primeros años adoptamos tanto ceremonial —decía madre Beatriz a sus monjas, haciéndolas reír.

—¡Qué contraste! —agregaba Inés—. Se les va mucho tiempo en costumbres y ceremonias.

Al día siguiente, se hace el nombramiento de la priora. Nuevamente todas reunidas en la sala capitular después de la misa. Primero invocamos al Espíritu Santo cantando el "Veni Sancte Spiritus". La madre Jeanne nombró a su priora, dejando a la misma, y esta retomó su lugar junto a la abadesa. Rezamos el "Sub Tuum Praesidium" para encomendar a la priora bajo la protección de la Virgen María. La madre hizo una broma por lo breve de la ceremonia y salimos todas para saludar a la priora. Y así siguen las formalidades. ¿Por qué no simplificar y anunciar en la deposición que la priora no cambiaría? Y a la vez, hay encanto en los símbolos a los que le dan tanta importancia y significado. Cada gesto tiene detrás una vivencia profunda, una expresión de humildad absoluta. Es como una meditación, una oración muy reflexiva.

—Mientras ellas mantienen a la misma priora, acá Beatriz sigue nombrando gente muy joven a pesar de que tiene toda una camada de monjas con más experiencia —comentaba Analía en los recreos, a quienes quisieran escucharla.

—Por qué poner a Belén cuando tiene gente como Gloria, provocar a las hermanas a la murmuración. Belén ni siquiera fue votada por muchas.

—A mí la que más me preocupa es Inés —replicó Olivia—. Beatriz ahora parece haber revertido los roles y es ella quien le dice amén a Inés en todo. Ya no se sabe cuál de las dos toma las decisiones.

—¿Te acordás lo que era Inés de novicia, siguiendo a Clara por todos lados? Parecía no tener personalidad. Quién se hubiera imaginado que iba a estar a la cabeza de todas.

Un día después, llegó el turno de la reposición. Nuevamente nos reunimos todas, esta vez después de nona, en la sala capitular. Más solemne y formal aún, nos vestimos con nuestras cogullas. La abadesa abrió la

reunión diciendo que todas adivinarían que habría grandes cambios en esta reposición, debido a la edad avanzada de algunas hermanas y a la débil salud de otras. Dio una breve conferencia haciendo alusión al "desprendimiento" de los cargos, a la "entrega" de sí para cada trabajo. A la santificación personal que no depende del cargo que se tenga sino de la conversión cotidiana de cada una, esté donde esté. "No vinimos al monasterio para ser prioras ni maestras de novicias, ni mayordomas ni sacristanas u hospederas, sino para buscar al Señor; como dice nuestra regla, si revera Deum quaerit". Me encantó esa reflexión, tan simple y tan esencial. Cuando va nombrando a las distintas oficiales, se van poniendo de pie y reciben la "llave" de su oficio y hacen una inclinación profunda ante la madre abadesa.

—Qué ridículas, cómo conservan las formas —opinó Inés, sentada frente al escritorio de su abadesa.

—Pobre Marie, debe sentirse ahogada. Lo percibo a pesar de que lo escribe con entusiasmo. La conozco muy bien. Voy a llamarla por teléfono para que me cuente exactamente cómo se siente. Es una experiencia excepcional, tanto para ella como para nosotras enterarnos así, a través de sus cartas —agregó madre Beatriz—, pero habrá que ver si no estamos pidiendo demasiado de ella.

—Está cumpliendo con la voluntad de Dios, eso es lo importante —remarcó Inés.

Además de mi nuevo trabajo fijo en la enfermería, ayudo dos mañanas en la cocina. Y la gran noticia para darles hoy es que mère abbesse me sentó en la schola, al lado de la primera cantora. Eso significa que, si ella no está, soy yo la encargada de entonar las antífonas. Estoy contenta con eso, porque es la mejor manera de aprender el estilo, estando entre dos cantoras extraordinarias. Me dijo que quiere que esté allí, participando de lleno en preparación de la Navidad. Las clases de canto son excelentes, estoy aprovechando mucho, y la mère Jeanne me deja que hable con la directora después de los ensayos. Me estoy anotando todo lo que nos dice.

—Estoy deseando que vuelva Marie —dijo Renata a Gloria, mientras esperaban la llegada de Inés antes de un ensayo—. ¿Qué te parecen los ensayos?

—Están bien. Son más fáciles, más rápidos. No podemos esperar que sea lo mismo. Inés tiene tanto que hacer, y además es solo por un tiempito. Es ante todo mantener lo que ya estaba aprendido.

—Sí, tenés razón. Pero me pregunto si no estaremos de a poco perdiendo lo que habíamos ganado en los últimos años.

Acá las hermanas de la schola usan el Graduale Triplex, que es un libro que tiene el gregoriano con los signos originales, además de las notas del tetragrama de nuestros libros graduales. La directora, mère Michelle, me está explicando todos los signos con mucha paciencia; es fascinante. Hasta por las noches sueño con las melodías.

—Ahora Marie no solo está embelesada por las charlas y retiros, sino que se enamoró del canto gregoriano de Francia —bromeó Inés —. Espero que no quiera cambiarnos todo.

—Lo está aprovechando bien, ¿no crees? —le preguntó su abadesa—. ¿Y cómo están las hermanas de la schola?

—Están contentas. Noto más armonía entre ellas, madre. A veces comentan que Marie era desorganizada. Les exigía y las corregía demasiado.

—Siempre tuvimos conflictos con la schola. Tenían esas mismas quejas con Analía.

Hay algunas cosas que me gustaría contarte, querida madre. ¡Cómo quisiera poder estar cerca, golpearte la puerta y sentarnos a conversar! Tuve que hablar con mère Jeanne y decirle que estoy escuchando demasiadas quejas de parte de las monjas. Parece como si me hubieran tomado de punto para desahogarse y criticar las formas de vida que ya no

son muy actuales. Me preguntan cómo es nuestra vida y comparan. Siento que el solo escuchar es traicionar la confianza que puso en mí mère Jeanne. No dejo de pensar que estoy representando a nuestro monasterio y no quiero pronunciar ningún juicio de valor que luego sea mal interpretado. No sé bien cómo manejar esto.

Tal como me sugeriste en tu carta, le pedí al Espíritu Santo que me ilumine y hablé con mère abbesse. Le dije que sería muy franca con ella y le conté lo que me preocupaba. Me dijo que sabe muy bien quiénes son las que se quejan, son solo tres o cuatro. Ella tiene razón. Dice que si bien son las que hacen ruido, son buenas y siempre están dispuestas a pedir perdón. Dijo que hablaría con ellas. Me preguntó cuáles eran las cosas que yo sentía más diferentes y por las que me pesa acostumbrarme, qué cosas eran las que más me costaban. Le hablé de los recreos. Ella vio que los nuestros son más desordenados, espontáneos. Le conté que tenemos la libertad de conversar entre nosotras o con vos desde que suena la primera campana. Mère Jeanne me dijo que ella quiere cambiar y modernizar, pero que hay muchas ancianas que están acostumbradas y aferradas a las tradiciones y no las quiere hacer sufrir. Quiere ir cambiando muy de a poco, muy paulatinamente. Se dio una charla tan franca que aproveché también para preguntarle si mi estadía le está resultando como había esperado. Esto no se lo dije, pero no puedo evitar preguntarme qué es lo que estoy haciendo aquí. Me insiste en lo mucho que se sienten aliviadas las hermanas, en la enfermería y la cocina. Y que además mi presencia les resulta como un bálsamo de vida joven. Quiere cuidar que coma bien y no me canse, porque me dice que es muy importante mi voz en el coro. Confieso que mi impresión es que se arreglarían muy bien sin mí en la cocina, en la enfermería, en el coro y en todo lo demás.

La Navidad fue emocionante. Les cuento los detalles, porque se van a maravillar. Ante todo, no se imaginan el frío que tengo todo el tiempo. Y me defiendo con camisetas abrigadas que me mandó por correo mi tía desde Suiza. Después de las primeras vísperas, fuimos todas directo a la sala de comunidad (la llaman l'ouvroir) que estaba decorada por la madre priora con tres estrellas de papel brillante en la pared, símbolo de la virginidad de María, velas en las lámparas, un fueguito en la chimenea. Bien simple y muy cálido. Cuando llegó la abadesa, nos quedamos de pie mientras la priora leía su discurso en el que hizo un recuento de todo lo ocurrido durante el año: las visitas de otros conventos, la elección de un nuevo abad, el retiro espiritual. Hizo mención de nuestro monasterio, agradeciendo el servicio "discreto y eficaz" que les prestamos. Tuve ganas

de llorar. Sentía un nudo terrible en la garganta. La priora terminó agradeciendo a la abadesa sus cuidados maternales. Luego escuchamos unos cantos navideños de unas monjas de África, cosa que hacen todos los años. Finalmente, para estar en comunión con ustedes, pusieron un villancico de los nuestros, que me hicieron elegir previamente. Escuchamos todos los cantos con religiosa piedad. Mère Jeanne leyó por último dos cartas, breves saludos de dos abades, y dijo unas palabras de exhortación: evocó la antífona "Levate capita vestra", insistiendo en que en toda situación hay que levantar la cabeza, en las buenas y en las malas, con alegría. Me llama la atención cómo insiste en esto siempre que puede. Luego, por orden de profesión fuimos saludando a la abadesa, ella sentada en el trono y nosotras de rodillas, y en seguida saludamos a las monjas por orden. Después de las vigilias, fuimos todas al refectorio a tomar lo que llaman le réveillon. Consiste en dos ollas grandes, una con caldo y otra con chocolate con leche, más una especie de facturas y mermelada. La única decoración era la de la mesa abacial: un mantel blanco, un velón y unas flores. Nos fuimos a dormir y a la mañana siguiente nos levantamos más tarde. Después de la misa, subimos todas juntas a saludar a las hermanas de la enfermería. Por ser el 25, nacimiento de Jesús, pasaron café en el almuerzo y no hubo siesta, pero nos fuimos a dormir más temprano. El día 26 tuvimos la tradicional visita del abad para el saludo navideño a las monjas. La costumbre es que la madre abadesa haga un discurso dirigido al padre abad, pero, siendo nuevo y más joven, él le pidió de antemano que no se lo hiciera, porque dijo que tiene alergia a los discursos. El abad se quedó con nosotras durante el recreo. Lo recibieron en silencio y con música de villancicos de fondo. Todos callados como en misa hasta que terminó la canción. La mère Jeanne le dijo unas palabras: que para ellas la Navidad había comenzado con el nacimiento del nuevo abad. Él contestó que no sería lindo que el viejo abad oyera eso, y las monjas rieron. Dijo que muchos piensan que él rejuvenecerá la vida monacal de los monjes, pero no es así, ya estaban las cosas muy bien desde antes, dijo. Luego, el noviciado cantó "Un Flambeau", y las monjas, otro villancico. El recreo siguió más distendido, ya que él hablaba y hacía bromas. Por parte de las monjas, todo fue muy formal. Se inclinaban cuando pasaban delante de él. Y él parecía un poco incómodo con tanta reverencia y formalidad.

Las campanas siguieron repiqueteando después de la misa en la que la comunidad se había reunido para celebrar el nacimiento de Jesús. Las monjas salieron directamente al claustro de dos en dos, con

la madre Beatriz a la cabeza, y se congregaron alrededor de la fuente central para saludarse frente al pesebre de piezas grandes, expuesto desde el comienzo del tiempo de Adviento y adornado festivamente con flores blancas, calas y jazmines. Las hermanas se abrazaban y se deseaban una feliz Navidad, y la madre anunció que todas las que quisieran tenían permiso para ir a saludar a los fieles al locutorio grande. Los padres de Marie y su abuela Antonia habían asistido a la misa y se acercaron a saludar a Beatriz.

—Marie está haciendo un aporte silencioso y precioso a las hermanas en Francia.

—Eso nos pone muy orgullosos —respondió la mamá de Marie—. Queremos ir a verla. Pensamos viajar a mediados del año, después del casamiento de Margarita.

Sí, los recreos son estructurados y no hay lugar para la espontaneidad. Y sin embargo hay algo tan simple en el alma de estas monjas. Sin contar ese puñado de descontentas, pero que a la vez son muy buenas, las monjas irradian una alegría muy serena. Me transmiten y contagian una espiritualidad profunda y a la vez simple, sin rodeos o pretensiones. A pesar del frío, tenemos días soleados. A veces me paseo por el jardín para meditar y rezar. Ya estoy adaptada a mi ritmo de trabajo y me queda tiempo libre para mí misma. En especial los domingos puedo hacer paseos larguísimos, ya que la propiedad es inmensa. Rara vez me topo con el cerco, de tan extendido que es el campo. El único edificio que veo a la distancia es la abadía de los monjes. Me gusta ir a escuchar las campanadas en un punto del jardín en el que se entremezclan los sonidos de los dos monasterios. Tuvimos nieve tres veces, pero no duró mucho. Las monjas dicen que ya no va a nevar más. Fue muy lindo ver todo blanco. Pienso a menudo en mi familia y los pongo a todos en manos de nuestro Dios. Me escribió mi hermana Margarita para contarme cómo van los preparativos de su casamiento. Rezo siempre por ella, para que Dios los llene de bendiciones y sean muy felices. Pienso en ustedes y las extraño, pero sé que esta es mi misión y estoy aceptándola e intentando cumplirla lo mejor posible con la ayuda del Espíritu Santo y tu bendición, madre.

—Los padres de Marie van a ir a verla a mitad de año —dijo Beatriz a su priora—. Pídeles a todas las hermanas que le escriban. Ellos pueden llevar las cartas.

El martes me citó mère Jeanne para hablar de la Cuaresma que ya comenzaba. Quiso saber cómo era allá y me explicó lo que ellas hacen con respecto a los ayunos y los recreos. ¡Ayunan todos los días! Pero me dijo que muy pocas pueden cumplirlo. Lo deja así por esas pocas, para no bajar el nivel de observancia. Ella decide a quiénes les da permiso y qué tipo de ayuno hará cada una. Las postulantes y novicias no ayunan. Las profesas temporales comienzan de a poco. La hermana Sabrine, por ejemplo, que está en su tercer año, ayunará cuatro días por semana, el año que viene cinco, y así sucesivamente, pero descansando semana por medio. A mí me pidió que no ayunara más que los viernes. Le agradecí. El padre abad vino hoy, primer domingo de Cuaresma, y nos habló de la espiritualidad del ayuno. Fue una charla muy linda. Habló sobre qué nos pide nuestra regla monástica para este tiempo. Más oración, más lectura, y restricción en la comida, la bebida y el hablar. Habló de la Cuaresma como un combate en el que no hay que descorazonarse; hay que sostenerlo hasta el fin, sabiendo que no estamos solos. Jesús también experimentó el cansancio. Insistió en que no amemos lo negativo que hay en el ayuno, o sea, la privación, sino lo positivo. Que sea un camino hacia Dios. No un ayuno farisaico para que nos vean los demás o para probar nuestra fortaleza. Insistió en que el ayuno sea, por sobre todo, un profundo pedido de perdón a Dios. Las monjas acá lo hacen al pie de la letra y a la vez no se nota. Siguen tan contentas por los pasillos. Siempre con gran recogimiento, pero me transmiten una alegría tan profunda, una simplicidad que me tiene admirada. Una forma de vida tan anticuada, de otra época, y a la vez las siento tan auténticas en su modo de vivir la vocación. Comenzaron a rondar algunas jóvenes desde que llegué. Entró una nueva postulante, antes de la Cuaresma, y hay otras dos que ya están decididas a hacerlo pronto.

—¿Alegres con tanta estructura? —decía Beatriz, mientras marcaba en rojo los párrafos que les leería a las monjas en el recreo.

Mère Jeanne me llamó hoy para saludarme por las Pascuas y entregarme el paquete que me enviaron mis padres. Chocolates, jabones y una colonia. Qué vergüenza me dio recibir la colonia. Aproveché la oportunidad para decirle que algunas monjas me hablaban de los tres años que pasaría aquí con ellas. Le expliqué que yo siempre pensé que eran dos años. Me dijo que iba a fijarse en las cartas que intercambió con vos, pero que quizás ella entendió mal. Supongo que te escribirá algo junto con mi carta.

—No me parece que le esté haciendo bien a Marie estar allí. Fijate cómo se fue fascinando con la vida de Francia. Se está obnubilando y no es objetiva —opinaba Inés—. ¿Qué tiene de nuevo lo que dijo el abad sobre el ayuno? Oyó lo mismo aquí muchas veces.

—Me preocupa también. Cuando hablé con ella por teléfono, la noté muy nostálgica, más callada. Además, la madre Jeanne pensó que se quedaría tres años. Quizás convoque al consejo para decidir una vuelta anticipada. Ya pudo dar un buen servicio.

Desde que comenzó el tiempo lindo, volvemos a tener los recreos afuera. Mère Jeanne anunció que a partir de ahora los recreos serán más libres. Que no es necesario que se sienten por orden ni tampoco es necesario que sea ella la que traiga el tema de conversación, sino que las animó a que hablen en grupos, a que se paseen por el jardín o que se sienten de a dos. Estoy impresionada de la sencillez con que la abadesa admitió, delante de todas, que era necesario adaptarse a realidades más actuales, y les pidió disculpas por no haberlo hecho antes y disculpas también a las más ancianas por si no les gustan estos cambios. Cuando me reuní con ella el martes pasado, me contó que llamó a cada una de las ancianas, una por una, para anunciarles su decisión de abrir un poco los recreos. Dice que todas lo tomaron muy bien, que le dijeron que ella es la que recibió la sabiduría del Espíritu Santo para reconocer lo que sea mejor para la comunidad toda.

Todavía no les conté cómo son los ensayos de canto. Las hermanas de la schola ensayan todos los días. Los de la comunidad son los lunes y los viernes antes de las clases de la tarde. Cuando la directora decide que hace

falta agregar un ensayo, se lo agrega los días miércoles. Me impresiona el lugar tan esencial que le dan al canto. Aun la abadesa no se los pierde. Le piden a una de las conversas que atienda la portería durante los ensayos y a otra que se quede con las hermanas enfermas, y todas tienen que asistir. Nadie tiene dispensa de los ensayos. Los más fascinantes son los de la schola. A veces participa algún monje para hacernos una crítica y dirigirnos. Todas tenemos el Graduale Triplex, o sea, el que tiene los neumas antiguos en rojo, sobre las líneas del tetragrama, por encima de las palabras del texto. Son los signos de los manuscritos de san Galo, que la directora va interpretando y representando con los movimientos de su mano izquierda en alto. Esto es lo que da la fluidez y expresión a la interpretación. Es imposible explicarlo por escrito. Me gustaría tanto que lo vieran, pero ya se los podré transmitir bien y verán qué apasionante y cómo cambia el canto.

La reunión con sus consejeras fue breve y concreta. La abadesa inició el debate, y las hermanas no objetaron su decisión.

—Marie piensa que no tiene sentido ya su estadía en Francia. Han entrado tres postulantes desde que ella llegó. Creemos que su presencia fue importante, pero el estilo de vida tan cerrado y anticuado parece oprimente para ella, y si bien es una experiencia interesante, pienso que ya hemos cumplido con la promesa y el propósito de darles una mano joven. Quiero que hablemos de hacerla regresar.

Mère Jeanne me dijo que no anunciará mi partida hasta que falten pocos días, así que me pidió que no diga nada a las monjas. Tengo muchas ganas de volver, madre, las extraño. Pero siento también que en este tiempo fui muy bendecida. Ante las costumbres tan diferentes y quizás gracias a ellas, encontré refugio en mi espiritualidad. Creo que voy a extrañar también a las monjas de aquí. Llegué a encariñarme con ellas y con este monasterio de un modo diferente, pero igual de genuino. Mientras te escribo, en este momento, estoy sentada en mi escritorio mirando hacia afuera. Veo un cuadro cuyo marco es la ventana. Mucho verde, tan verde que por momentos se torna azul. Desde mi ventana asoma un camino angosto,

de tierra, rodeado de una larga fila de árboles frutales que están comenzando a llenarse de peras. Es un camino infinito. Desde mi ventana no puedo ver el final.

26

La opresión al entrar en la sala oscura y fría de la hospedería lo agobió. A pesar de los años que habían transcurrido, seguía debatiéndose por aceptar la elección de su hija. Un mismo pensamiento lo acechaba cada mañana al levantarse: la habían perdido. Tendía a deprimirse, a entristecerse, y el infarto lo había vuelto aún más sensible. Sin embargo, era un padre orgulloso. Su hija había logrado encontrar su vocación, su ideal, el sueño de darle a su vida un sentido perdurable. La admiraba por su determinación. No se había echado atrás ante las dificultades. Y ahora Marie había vivido más de un año en un ambiente remoto, sirviendo a una comunidad que envejecía.

Habían llegado a las nueve en punto, de acuerdo a lo prometido. La hermana hospedera les ofreció té y les preguntó si estaban cansados. Podía prepararles una habitación. No, no estaban cansados, le respondieron. Era de mañana, después de misa. Venían de París. Habían pasado la noche en un hotel de la zona, de aquellos que el padre de Marie elegía con meticulosidad, pequeños, atendidos por los dueños. Después de un desayuno a la francesa, estaban listos para llevarse a su hija y seguir camino. En los últimos diez años, las visitas a Marie no superaban la media hora, o quizás una hora, en raras ocasiones. El viaje a Francia les abría la oportunidad de compartir con ella momentos de intimidad que no habían siquiera soñado. Su esposa, al borde de la silla, esperaba, la mirada fija en el reloj, mientras él recorría el salón con pasos largos.

—Ya son las nueve y media —dijo, dando golpecitos en su reloj pulsera.

Marie entró agitada, y la saludaron con un abrazo que emocionó a los tres.

—Estás más flaca —le dijo la mamá.

—En estos días con nosotros vas a comer bien —agregó el padre,

tomándole las dos manos para mirarla.

—Hace tanto tiempo que no te vemos. Qué buena idea la de Beatriz, dejarnos venir a buscarte y viajar juntos. ¡Estamos tan contentos!

—¿A qué hora nos vamos, Marie? —interrumpió el padre—. ¿Hay que saludar a alguien?

—Sí, papá. ¿Cómo no van a saludar a la abadesa? Va a pasar un rato, está esperando que le avise.

—¡Andá a buscarla! Cuanto antes salgamos, mejor. ¿Dónde están tus cosas?

—No seas impaciente —le reprochó su esposa.

—Ya sé que no les gusta estar acá. No se preocupen, tengo todo listo y ya me despedí de la comunidad.

Con un golpe tímido a la puerta, la abadesa Jeanne entró al salón de la hospedería, seguida de la priora. Les agradeció el gran servicio, silencioso y eficaz, que les había prestado su hija. La extrañarían mucho. Se interesó por los detalles del viaje, pero no se extendió, sensible a la ansiedad de los padres. A pedido de madre Beatriz, dejarían a Marie en Barcelona, donde iría a conocer un monasterio hermano. Mère Jeanne les deseó un buen regreso.

Guardaron las valijas en el baúl y, mapa en mano, se acomodaron para emprender el trayecto hacia el sur. El padre de Marie había estudiado la ruta como para evitar autopistas y recorrer los caminos más escondidos. El país de sus padres merecía ser disfrutado, y nunca más se repetiría la oportunidad de viajar con Marie. El tiempo debía estar perfectamente calculado como para almorzar en uno de los pueblos más pintorescos. Le harían probar la exquisita cocina francesa en un restaurante local y finalmente conversarían tranquilos. Querían saber más de Marie, conocerían quizás sus secretos.

La abadesa Jeanne y la hermana hospedera agitaban las manos, despidiéndolos, al tiempo que el auto se alejaba. Mientras las saludaba

por el vidrio de atrás, Marie las perdió de vista. Salieron por el camino angosto de la abadía que los fue llevando hacia el río. Lo fueron bordeando despacio, flanqueado por robles de ramas extendidas y sauces que se inclinaban rozando el agua. Lo siguieron cuanto más pudieron hasta que llegó el momento de desviarse hacia el sur. Tomaron el camino largo, el más angosto, aquel que atravesaba pueblos y campos. A pesar del aire fresco, andaban con las ventanas bajas.

—¿Cómo está Margarita? —quiso saber Marie, inclinándose hacia delante.

—Estamos muy preocupados. Él no tiene un trabajo estable. Vende cosas, de casa en casa —le respondió su madre—. Cambia constantemente de rubro y tiene diez años más que ella. ¿Te parece que podemos estar contentos?

—Viste cómo es tu hermana —replicó el padre—. No quiso escucharnos. Cuanto más tratamos de hacerle ver las cosas, más aceleró su plan de casarse.

—Ni siquiera quiso esperar tu regreso.

—Mamá, sabés que de todos modos no hubiera podido ir.

Marie se dejaba llevar y se hundía en el asiento de atrás, contemplando el paisaje. Había escrito una carta larga a Margarita por su casamiento y no había recibido respuesta. Ya no conocía la vida de sus hermanos, pero estaban siempre presentes en su oración.

Atravesaron un gran parque natural, llegaron a un pueblo de camino y se detuvieron a almorzar.

—En este bistrot vas a conocer el verdadero sabor de la comida.

El padre abrió sus brazos envolviendo a Marie y a su madre, una de cada lado, y caminaron unos metros hasta el restaurante. Una terraza con mesas y sombrillas asomaba hacia la calle. Era el lugar perfecto para unas omelettes, decidió el padre de Marie.

—Fíjense cómo nos mira la gente —les susurró la madre, divertida.

Retomaron la ruta después de almorzar. Dormitaron, escucharon música, conversaron. Pararon a caminar por los jardines de un castillo cerrado, para estirar las piernas. Volvieron a subir al auto. Su madre la ponía al día con los temas de familia; su padre silbaba y conducía. Con una mano al volante, estiraba el brazo derecho hacia atrás con frecuencia, para que Marie le tomara la mano. Un gesto casi inconsciente al que la había acostumbrado desde la infancia.

—¿Y Lucio?

—Está bien —comenzó a explicar el padre—, pero también nos preocupa.

—A pesar de que finalmente terminó la carrera —lo interrumpió la madre—, no le gusta. Trabaja en un estudio de ingenieros, pero se queja de que no es lo suyo.

—Lo que quiere es dedicarse al teatro —acotó el padre—, ya verás.

—Además no se va a casar nunca. Es muy indeciso. Tuvo una novia que nos gustaba, y en cuanto ella quiso casarse se acabó todo.

—Es su vida —intentó opinar Marie—. Van a tener que confiar en sus decisiones.

—Rezá por tus hermanos. Nos angustia mucho verlos sufrir —dijo la madre.

—¿Paramos para un cafecito? —sugirió el padre.

Cada pueblo que atravesaban era una invitación para probar algo. Dulces, café, quesos. Paraban cada dos horas, hasta que cayó el sol y se detuvieron a pasar la noche en un pueblo del siglo trece, al pie de los Pirineos. Las palmeras cercaban las calles de piedra, llenas de gente que buscaba sentarse en los cafés del centro para la cena al aire libre. Aún se veían las cimas de la cordillera, esbozos a la distancia.

—Mejillones con papas fritas, hay que probarlos. Y basta de hablar de malas noticias. Te tenemos con nosotros. Queremos saber de vos.

Levantando la copa de vino, el padre brindó por el encuentro, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Marie apoyó la mano en el brazo de su padre y se dirigió a los dos.

—Salud, y gracias por buscarme.

—¿Pasó algo, Marie? —dijo su madre, fijando los ojos cansados en ella—. ¿Por qué te hacen volver antes? Nos podés contar.

—La madre Beatriz nos dijo que estabas extrañando y que no te podías adaptar a una vida tan cerrada.

—Me costó al principio, sí, es verdad. Pero fue una experiencia muy positiva; la valoro. Me alegré cuando la madre me anunció el regreso, pero también sentí mucha tristeza por las monjas. Son muy buenas, son caritativas y muy sencillas.

—Ella dice que no entendías por qué estabas ahí, que no sentías que te necesitaban.

—Quizás me necesitaban de otra manera de la que nosotras creíamos —contestó pensativa.

Los padres querían saber todos los detalles de los últimos años. Quisieron volver a escuchar, en ese ambiente íntimo, por qué Marie los había llamado aquella vez para decirles que dejaría el convento.

—No tienen que preocuparse. Piensen en ustedes, cuando tienen una discusión o pasan por momentos difíciles. Cuando los atraviesan, la unión se fortalece. Quédense tranquilos, es mi vocación. Es la vida que elegí, nadie me obliga.

Marie asistió a misa por la mañana y comulgó. Su madre la acompañó.

—Marie, pidamos por tu abuela. No estuvo bien de salud.

—No me dijeron nada en las cartas. ¿Qué pasó?

—Está cansada, pero no le encuentran nada. Son picos de presión. ¿Decís una oración?

Pidieron por Antonia en las intenciones de la misa, arrodilladas, una al lado de la otra, mientras el padre se paseaba por la capilla y sacaba fotos.

Antes de cruzar las montañas para llegar al monasterio barcelonés, se desviaron hacia las playas del Mediterráneo. El agua era cálida y acariciaba su piel. Marie, descalza, levantaba su hábito dejando que el agua salada mojara sus pies, mientras sus padres la miraban desde la arena, las manos entrelazadas con resignación.

Quiero que Marie conozca cómo viven las monjas en España, había sido el encargo de la abadesa Beatriz a los padres de Marie. La llevarían hasta allí y ellos continuarían su viaje, habiendo cumplido con su misión.

Las monjas españolas salieron a recibirlos. Con sus velos blancos, más cortos, parte de la cabeza y el cabello a la vista, la comunidad entera los saludó. Los hábitos eran grises y frescos, hasta la media pierna. Habían cambiado su horario para poder agasajar a Marie y a sus padres en un almuerzo y recreo compartido. Vivían la clausura de manera fluida y flexible; los huéspedes comían en el refectorio con las monjas, y la comunidad celebraba las ocasiones especiales conversando durante las comidas.

El momento de despedirse había llegado demasiado pronto para los padres de Marie.

—Marie, rezá mucho por nosotros —la abrazó la madre, transparentando la angustia de la separación—. Rezá por tus hermanos y encomendala a tu abuela. Tus rezos son mucho más eficaces que los nuestros.

La madre priora se detuvo frente a la puerta de entrada, esperando a Marie. Mientras caminaban solos hacia la calle, se iban despidiendo los tres, sin prisa, en etapas, hasta que Marie vio partir a sus padres en el automóvil alquilado.

27

Las hermanas Marcela y Renata cargaron el equipaje en la camioneta y emprendieron con Marie el viaje de vuelta a casa. Habían esperado un largo rato antes de verla salir al hall de arribos. Buscaban con reprimida emoción entre los pasajeros de distintos vuelos que abrazaban a los familiares, hasta que la vieron salir entre los últimos, radiante a pesar de los dos bultos que arrastraba. Era la tarde de su cumpleaños número treinta y uno.

Las monjas la esperaban en el claustro, reunidas para el recreo. Rodeaban a Marie, la abrazaban, le decían cuánto la habían extrañado.

—¡Gracias por las cartas! Era nuestra lectura de los almuerzos de los domingos —le contaba Celeste, dándole una mano cálida.

—Nos reímos tanto con tus cuentos de la ducha y los baños —la acaparaba Analía.

Se sentaron en círculo, la hermana Marie junto a su abadesa, todas deseando escuchar los cuentos de lo vivido. Marie volvía a respirar el aire puro y no contenía su alegría. Reencontrar a sus hermanas, el claustro amado, su jardín, el aroma familiar en ese otoño soleado. Absorbía y retenía cada sensación. Las monjas, mientras tanto, estaban ansiosas por oírla hablar de las costumbres anticuadas y anacrónicas y divertirse.

—Nos daba mucha tristeza que nos extrañaras tanto — intercalaban algunas, entre preguntas.

—Pero ahora ya estás de vuelta. La pesadilla terminó.

Marie contaba y las monjas reían; repetía pormenores ya relatados en las cartas, que las monjas querían escuchar a viva voz. Preguntaban todo, hasta los detalles más insignificantes: el color de la ducha, la fuerza con la que salía el agua, si el jabón tenía perfume. Quisieron volver a escuchar sobre la palangana de loza que le habían

dejado debajo de la cama para usar de noche. Cuán estructurados eran los recreos, la mère Jeanne y la obstinación de sus costumbres. Las hermanas acotaban y comentaban entre ellas, todas al mismo tiempo, con voces agudas y carcajadas.

—A ver si hacemos un poco de silencio y la escuchamos a Marie —alzó la voz madre Beatriz.

—Cantemos el feliz cumpleaños, madre —sugirió Renata.

—Sí —agregó Belén—. ¡Cantémosle a Marie!

Después del canto, algunas hermanas se atrevieron a pedir más.

—¿Dónde está la torta de cumpleaños?

—Pobre Marie. ¡Hace dos años que no come una porción de torta! —exclamó Micaela.

—Sí, torta, torta —entonaron a coro las hermanas más jóvenes, palmeando las manos, intentando convencer a la madre Beatriz de que les concediera un festejo más prolongado.

Con tanto alboroto, la madre abadesa extendió el recreo hasta la hora del rezo de las vísperas.

—Vamos a hacer una excepción. Hermana Clara, Renata, vayan a buscar algo dulce para todas y un poco de café. ¡Me convencieron! Todo sea por la llegada de Marie. Las que quieran vayan a descansar; las demás pueden quedarse conversando.

El aplauso fue súbito. Jóvenes y ancianas celebraban el espíritu de fiesta. Tenían tanto que preguntar y escuchar de Marie. Francia, su viaje con los padres, el convento de España. Marie respondía las preguntas. La comunidad de Francia había sido su familia durante más de un año, monjas cuya caridad y alegría eran ciertamente espirituales, monjas que exudaban sabiduría. Rezaban mucho y sabían mucho. Aprovechaban todos los minutos posibles para orar y seguir estudiando, y en los recreos se trataban temas interesantes. Eran estructuradas, simples, encantadoras. Contenidas y a la vez espontáneas. Difícil describirlas.

Poco a poco, se fueron formando grupos de monjas conversando entre ellas. Se levantaban para servirse café en vasos de papel y galletitas dulces de chocolate. Renata y Marie se acercaron a la mesa juntas. Marie tomó el vaso, rodeándolo con las palmas, y el aroma del café fue entibiándole el cuerpo cansado y destemplado después de tantas horas de viaje. Agradecía ese café.

—Las monjas en Francia no saben de estos pequeños placeres —le confió a Renata—. No se permiten siquiera conocerlos.

Eran austeras. Eran cálidas y auténticas. Recordó la tristeza de la despedida, el afecto y la alegría que le transmitían.

—La recuperamos, finalmente —decía Renata a Belén, abrazando a Marie.

Micaela y Agustina se acercaron a ellas e intercambiaron las últimas novedades de sus familias. Nuevos sobrinos habían nacido, bautizados en la cripta del convento.

—¿Cómo va tu arte, Agustina? —se interesó Marie.

—Trabajando mucho —contestó, con su voz dulce y la sonrisa triste que Marie conocía bien.

—No sabés cómo se venden las últimas producciones —replicó Belén, rodeando los hombros de Agustina y arrimándola hacia ella.

La hermana Gloria esperaba pacientemente su turno para poder conversar a solas.

—Marie, me enteré de que se casó Roco —le dijo al oído, llevándola hacia un costado.

—Sí, mis padres me mostraron la participación. No sé qué pensar, Gloria, estoy confundida.

—La gracia de Dios, Marie. Tus rezos. No lo pienses más y demos gracias al cielo.

Se acercaba el horario del rezo de las vísperas y las monjas

comenzaron a dispersarse de a poco. Las que debían cocinar para la cena se retiraron primeras. Otras guardaban las sillas y juntaban los vasos vacíos, ya en silencio. Madre Beatriz e Inés tomaron del brazo a Marie, una de cada lado, y se dirigieron a pasos lentos hacia el escritorio abacial.

—Marie, ahora queremos que descanses.

—Te merecés unas vacaciones —agregó Inés.

—Te hemos ubicado en el coro al costado de la schola, así te recuperas bien. Ya te vamos a designar un trabajo. Tómate un tiempito para volver a adaptarte.

—Gracias, madre. Me siento bien. Estoy deseando reinsertarme a la vida regular.

—Seguro —acotó Inés—. Pero después de tanta separación y de haber vivido una experiencia tan intensa, te tendrás que reajustar, aunque no sientas la necesidad ahora.

—Esta semana te dispenso del oficio de las completas y del de las vigilias, y por ahora te desentiendes de toda obligación. Con la hermana Inés iremos organizando qué trabajos harás.

—Gracias, madre. Las extrañé mucho a todas. Gracias por el festejo.

Arrodillándose frente a ella, le pidió la bendición, la señal de la cruz en la frente, y volvió a besar el anillo de su madre espiritual, la mano blanca, transparente, donde las venas latían visibles.

—Bienvenida, Marie. Vamos, no lleguemos tarde a las vísperas.

Después de la cena y de pronunciar una nueva oración de agradecimiento ante el altar, Marie subió a su nueva celda, decorada por las hermanas con un moño blanco en la puerta, flores sobre la mesa y tarjetas de recibimiento escritas por las monjas y las novicias. Las leyó todas antes de dormirse. Sus hermanas le daban la bienvenida, bendiciones por el cumpleaños, y le expresaban lo mucho

que habían esperado tenerla de vuelta en casa, en el seno de su familia monástica.

El festejo continuó días más tarde cuando la madre Beatriz reunió a unas pocas para celebrar en grupo íntimo la llegada de Marie. Conversaban sin reservas sobre los detalles que no habían podido compartir frente a las demás monjas. La madre Beatriz les relató los problemas con los que se encontraba mère Jeanne, quien afrontaba no solo críticas internas en su comunidad, sino además las externas, por parte de los monjes vecinos. Marie escuchaba. Hubiera querido interrumpir y asegurarles que mère Jeanne estaba muy bien dispuesta a modernizar algunos aspectos de la vida en Francia y cuánto se debatía por lograrlo con mucho cuidado, sin ofender a las ancianas.

—Contanos sobre el gregoriano —quiso saber Renata.

Marie describió su fascinación por el estilo del canto de las francesas y las nuevas formas de interpretar la música a través de la transcripción de manuscritos originales que los monjes habían ido descubriendo. La importancia del Graduale Triplex, que mère Jeanne le había entregado como recuerdo en su último día en Francia.

—La razón por la que hemos hecho regresar a Marie —interrumpió Beatriz— es porque nos hemos percatado, por sus cartas, de que era un ambiente retrógrado que no le estaba haciendo bien. Tuve miedo de que a Marie le afectara el estar en tanta tensión.

Marie admitió que había sido duro adaptarse a las pequeñas cosas, pero, insistió, no había advertido que en sus cartas transmitiera malestar. Le costó tiempo ajustarse a ese estilo de vida monástica, les decía, pero eran cuestiones accidentales que sabía que vencería, y no esenciales. Se había apasionado por la música, por el descubrimiento de un estilo de vida tanto más cercano a lo medieval, al principio del monasticismo y al renacimiento del siglo diecinueve. Seguían las tradiciones al pie de la letra. A pesar de ser conscientes de que eran prisioneras de semejantes tradiciones, las reverenciaban. Había oído críticas, descontentos, como afirmaba madre Beatriz, pero les contó también cómo la madre abadesa Jeanne no tomaba mal esas críticas. Por el contrario, comprendía y trataba de escuchar a todas. Le había

dicho a Marie en repetidas ocasiones que Dios hablaba a través de los más pequeños, de los huéspedes, o de los más inesperados, y por esa razón no dejaba de tener en cuenta a nadie. La humildad de la madre Jeanne le hizo ver que no importaban las diferencias entre los estilos de vida monástica, sino la refinada espiritualidad vivida allí. La madre Beatriz volvió a interrumpir.

—Vos, Marie, no te dabas cuenta de todo. Eso es evidente. Estoy segura de que no le hacían la vida color de rosas a la mère Jeanne. Ella me ha hablado con dureza de los conflictos en el seno de la comunidad.

Partieron al toque de las campanas que llamaban al rezo de las vísperas. Beatriz retuvo a Marie para que se quedara un momento con ella, mientras las demás salían con prisa, dejando a la hermana Micaela a cargo del orden y la limpieza.

Madre Beatriz le apoyó la mano en el hombro y la miró condescendiente.

—Marie, ya vamos a hablar con tiempo de esto, pero debo pedirte que todo lo que has aprendido del canto gregoriano en Francia no sea mencionado más. Es mejor que, de ahora en adelante, lo olvides. Déjalo a un lado, por ahora. Debemos mantener la paz de la schola.

La sorpresa la impulsó a reír con espontaneidad nerviosa, sin saber cómo debía tomarlo, y se atrevió a contestar.

—¿No querés que adoptemos el Graduale Triplex con las anotaciones antiguas?

—Por ahora, no.

Su abadesa le estaba pidiendo que reprimiera el entusiasmo con el que había llegado de Francia. Todo su estudio y lo que le habían enseñado con tanta generosidad las monjas francesas no lo pondría en práctica, al menos por ahora, le indicaba Beatriz, en lo que semejaba una advertencia.

Con el regreso de Marie, había llegado el momento de volver a convocar a la comunidad para elegir el nuevo consejo y las autoridades. Todas reunidas en la sala capitular votaron siguiendo las formalidades habituales. La hermana Gloria fue la encargada de ir leyendo y revelando los nombres, con voz firme y aguda. Uno por uno los iba anunciando, y la hermana Micaela los anotaba en un pizarrón. No hubo cambios. Las monjas que ya formaban parte del consejo fueron reelegidas. Marie no obtuvo los votos suficientes. Belén la había reemplazado como consejera y permaneció en su lugar, ratificada además por la abadesa como vicepriora.

Un largo estremecimiento le recorrió los brazos, los hombros, el cuello, a medida que Gloria iba nombrando a las monjas más votadas. Las hermanas no me votaron, pensó. Me hicieron volver y no me votaron. ¿Qué había ocurrido en su ausencia? Estaba de regreso de Francia y no sabía cuál era su rol en la comunidad. Cuando Beatriz anticipó su regreso, Marie había concluido que la necesitaban, que la consideraban más útil en su monasterio.

—Es un desperdicio que estés allí —habían sido las palabras de su abadesa en su última carta en la que le anunciaba que la haría regresar.

Se había preparado durante toda su estadía en Francia para transmitir al coro el modo primitivo de interpretar el canto. Había aprendido y asimilado la manera ágil y, sin duda, más espiritual que se enseñaba en los monasterios antiguos, donde contaban con monjes especializados y dedicados a estudiar en profundidad los manuscritos originales, aquellos signos que se habían escrito previos a la transcripción al tetragrama. Era la forma correcta de interpretar el gregoriano, considerada por los eruditos como el estilo más cercano a la intención de los creadores de las melodías. Marie sabía que nadie podía transmitir esa interpretación mejor que ella. El coro tenía voces suficientes como para alcanzar un nivel nunca logrado en el monasterio. Voces jóvenes, afinadas, voces celestiales. Marie poseía la capacidad y el conocimiento como para dirigirlas, y la abadesa le había ordenado que ni siquiera se sentara entre las cantoras.

Salió de la votación y se dirigió hacia su celda. ¿Dónde estaba su humildad?, se decía, mientras subía escalón por escalón los dos pisos. Me apegué a los cargos. Si bien había apreciado su tiempo en Francia

sin responsabilidades, en su propia comunidad los cargos y puestos de autoridad representaban un guiño de Beatriz, una expresión de confianza y afecto. Algo se desarmaba bajo sus pies. Se sintió frágil. La comunidad no te ha elegido, le repetía sin pausa una voz interna. No sería parte del consejo ni volvería a ser la vicepriora. Y, aun así, había algo más doloroso: el canto. Se había preparado con empeño. La madre abadesa Jeanne le había concedido tiempo libre como para que lo estudiara, como para que pudiera asistir a todos los ensayos, como para que aprendiera junto a la directora del coro de Francia, la cuna misma del gregoriano. La dirección del coro abría la oportunidad de transformar la espiritualidad del canto. Hoy, ni siquiera formaba parte de la schola. Más aún, debía sentarse a un costado de las cantoras, en la punta de los sitiales, sin influenciar el canto de sus compañeras.

Con una nota, le pidió a la abadesa una cita unos días más tarde. La necesitaba, no estaba bien. La madre la llamó.

—Sé lo que te está pasando, Marie. Debes abrazar la voluntad de Dios. Que no te hayan elegido como consejera y que no hayas vuelto a ser vicepriora es algo que no puede afectarte. No estás en el monasterio para ello. Te va a hacer bien volver a ser monja rasa. No optamos por entregarnos a esta vida contemplativa como para estar pendientes de si nos eligen o no para algún cargo.

—Lo sé, madre, entiendo. Lo puedo razonar. No estaba preparada, no me lo esperaba. Te pido que me perdones y bendigas. Lo pondré todo en manos del Señor. No quiero sentir ambiciones, quisiera poder entregarme con simpleza. Y sin embargo me hace sufrir, me duele. Me persigue la tentación de pensar si habrá pasado algo durante mi estadía en Francia. Estoy confundida. Se quebró la confianza en mí, y me pregunto por qué.

—No, Marie, nada de eso. Es la evolución de las cosas, el paso del tiempo. Pasaron casi dos años, y la vida siguió. La comunidad se fue reacomodando de otro modo. Nadie es indispensable. Ahora lo que el Señor te pide es que te centres en tu espiritualidad y en tu relación con Dios, y no en el lugar que ocupas entre las monjas. Además tienes que hablar con Inés. Quiere ponerte a cargo de las ventas de todo lo que producimos, y esa es una gran responsabilidad. Desde que te

fuiste, hemos redoblado la producción de las velas y jabones. Hemos conseguido clientes en todo el país. Ahora, Marie, ¡a trabajar! Cuento contigo. Siempre he contado contigo.

Marie quería hablarle del coro, quería pedirle que le diera la oportunidad de transmitir lo que había aprendido, pero supo la respuesta que obtendría y se abstuvo de preguntar.

—En cuanto al coro, Marie, aprovecha, piénsalo como un tiempo de descanso. Las hermanas se han quejado de que no tenían buena relación contigo. Están muy bien con Inés a la cabeza.

—¡Nunca supe de nadie que no estuviera bien conmigo! ¡Nadie me lo manifestó! ¿Quién se quejó?

—Ya lo sé —rio la madre Beatriz—. Has visto lo complicadas y ultrasensibles que son tus compañeras. No te preocupes, las conozco bien. Mientras tanto, quiero que te quedes ahí, al costado de las cantoras.

Se puso de pie e indicó a Marie que se arrodillara frente a ella para recibir la bendición en la frente.

—Que el Espíritu Santo descienda hoy vehementemente a tu corazón y lo encienda en su fuego divino, haciendo en ti nuevas todas las cosas, en esta etapa que comienzas, tan deseada y feliz. Confía en mí, Marie. Yo sé lo que es más beneficioso para tu alma en este momento.

Inés le asignó su nuevo trabajo. Estaría a cargo de la tienda de ventas de la hospedería. Tomar pedidos telefónicos, recorrer los talleres y llevar un inventario de lo que producían para vender al público eran sus nuevas responsabilidades. Ordenar y clasificar, poner los precios y abrir y cerrar la tienda todos los días. Marie y la hermana hospedera de turno se arreglarían para atender durante las horas en que la tienda estuviera abierta.

—Vas a ser la responsable de la caja. Todos los días tendrás que contar el dinero al cerrar y llevarle a la hermana Marcela lo colectado en un sobre. Debés quedarte siempre con algo de dinero como para

tener cambio al día siguiente. Aparte de llevarle la caja a Marcela, me tenés que dejar una nota por la noche en mi buzón, con la información del monto que le entregaste.

Su nuevo trabajo, las ventas. Era la primera vez que se ocuparía de algo relacionado con dinero y con la gente del exterior. Inés lo consideraba un trabajo interesante y variado.

Volvía a trabajar cerca de Renata, la hospedera de las mañanas.

—¿Cómo es que no estás más en la schola, Marie? Te extrañamos.

—Son decisiones de la madre, Renata, no puedo más que obedecer. Alguna de las hermanas del coro se quejó de mí.

—Lo sé, Marie. No te preocupes, porque son las mismas protestas de siempre. Confiemos en madre Beatriz. Ella sabe. Tiene una mirada más clara de lo que es mejor para cada una. Pero no rompamos el silencio —agregó—. Y tenemos las dos mucho trabajo. Esperemos que esto sea solo un tiempo y que pronto estés cantando con nosotras. No soy la única que está pidiendo para que vuelvas al coro.

La hermana Analía avivaba las críticas hacia la dirección musical de Inés. La consideraba muy cerebral. A pesar de lo mucho que se había opuesto, apreciaba la conducción de Marie.

—Madre, no podés comparar la dirección del coro de Inés con la de Marie. ¿Por qué no vuelves a nombrarla?

—Vos, que no te gustan los cambios, ¿me estás pidiendo esto?

—Le podrías instruir a Marie que no haga innovaciones. Lo que hace Inés es aceptable, les enseña las notas, y como ella canta tan fuerte, las arrastra, y suena afinado y bien. Pero Marie les transmitía la expresión, e Inés carece de sensibilidad musical.

—¡Quién viene ahora a decirme esto! Y has luchado tanto para que Marie no fuera la directora.

—Eran otras razones. Marie era muy joven, sin experiencia. Todas

queremos que el coro suene como en nuestras mejores épocas. Marie no tiene por qué cambiar nada. Solo dale la oportunidad de que vuelva a hacer lo que hacía antes.

—La decisión ya ha sido tomada, Analía. Inés es la directora del coro, y no voy a reemplazarla.

28

La enfermera les indicó que esperaran afuera. Su madre salió de la habitación y escondió el rostro sobre el hombro de Marie en un abrazo callado y triste. La abadesa Beatriz le pasaba la mano por la espalda, consolándola y prometiéndole que toda la comunidad de monjas estaba rezando por Antonia. Las hicieron entrar. Antonia descansaba en una cama alta, en el centro de una pequeña habitación. Un tubo de suero goteaba impasible. Parecía dormida, sin monitores que la perturbaran. Uno de los hijos de Antonia había instruido a los médicos que no le prolongaran la agonía. Dos de ellos, sentados sobre una cama vacía arrinconada contra la ventana, se pusieron de pie cuando las vieron entrar. Abrazaron a Marie, y a la madre abadesa le estiraron la mano con formalidad antes de salir al pasillo. Marie debía despedirse de su abuela. La madre Beatriz tomó la mano de Antonia, pronunció una oración en voz baja y le dijo a Marie que la esperaba fuera del cuarto.

Sentada sobre la cama de su abuela, Marie lloró. Lloró en silencio. Lloró lamentando las pocas ocasiones que había tenido de estar con ella en los últimos años, y lloró recordando los viajes a los que la había acompañado en su adolescencia, tantas conversaciones y risas, la sabiduría que siempre había admirado en ella. Un pico de presión repentino le había interrumpido el flujo de oxígeno al cerebro. Ninguno estaba preparado para ver partir a la matriarca de la familia. Ninguno de sus hijos y nietos había concebido la posibilidad de aquel desenlace.

Entró la mamá de Marie y tomándole la mano le pidió que rezara una oración. Formando un círculo de seis manos entrelazadas, Marie encomendó el cuerpo cansado y dormido de su abuela al cuidado de la Virgen María, con una oración espontánea y breve de despedida y de esperanza en el reencuentro.

Salieron al pasillo, y mientras saludaban a la familia uno de sus tíos la llevó a un costado. Con discreción, sacó de su bolsillo un paquetito envuelto en papel de diario y se lo entregó.

—Para vos, Marie. Quiero que escuches esto. Es para vos. Escuchalo cuando estés sola.

Marie lo guardó en el bolsillo de su túnica. Un disco, le había dicho. Le agradeció, desconcertada. Era su tío, el amante de la ópera. Les grababa conciertos de Mozart o Bach, a pedido de la madre Beatriz, para los domingos durante el almuerzo, en lugar de lectura. Los discos compactos habían comenzado a reemplazar los casetes, y la abadesa había adquirido dos reproductores portátiles con auriculares para que las hermanas pudieran escuchar música los domingos y días libres.

Madre Beatriz y Marie se despidieron de la familia. Salieron del hospital, condujeron hacia la casa de Carmen y almorzaron las tres juntas.

—El hospital es cerca de la casa de mi mamá —le había dicho Beatriz esa mañana al partir del convento—. Vamos a pasar un rato con ella. Carmen le tenía mucho cariño a tu abuela. Está muy afectada con lo que le ha ocurrido.

Dos días después, Marie recibió el llamado.

—Marie, te llama tu padre por teléfono —le anunció la hermana Inés, con un golpecito en la puerta de la celda.

Marie supo la razón.

—Murió tu abuela. El entierro es mañana a las once —le dijo su padre—. Confirmanos y te pasamos a buscar. Ya sabés lo que representa para tu madre tu presencia.

La madre Beatriz la llamó a su escritorio.

—Sería una falta de autoridad de mi parte dejarte ir. Va contra nuestras reglas de clausura, Marie, y lo sabes muy bien. Si te permito ir al entierro, tengo que hacer lo mismo con las otras monjas. Te he dado la oportunidad de despedirte en el hospital.

Marie comprendía. Se dirigió a la capilla y se arrodilló en el sitial de la primera fila. Estaba más cerca del altar y del santísimo sacramento. La capilla desierta, más silenciosa que de costumbre, la estremeció. A esa hora de la tarde, las monjas trabajaban o estudiaban. No tenía permiso para ir al entierro de su abuela. Se había despedido en el hospital. ¿Cómo se lo diría a su madre? El abatimiento la oprimía. Un dolor le subía por el cuerpo como flechazos. No tenía lágrimas. Ansiedad y frustración se apoderaban de ella e intentaba aceptar la voluntad de Dios, la voluntad de la abadesa. Debía obedecer, sin cuestionar. En unos momentos debía estar trabajando en la cocina. Como todos los jueves, Renata y Marie eran las encargadas de preparar la cena. Se dirigió a su celda, se vistió con la túnica de trabajo y bajó a la cocina antes de la hora prevista. La hermana Clara estaba escribiendo las instrucciones en la pizarra.

—Llegaste temprano, Marie. Estaba anotándoles todo. Te lo explico, entonces.

Y mientras Marie anudaba el delantal blanco a su cintura, le indicó lo que debían cocinar:

—Sopa de calabaza y avena y ensalada de papas y huevo duro. De postre, que pasen las fuentes de chuño que hice esta mañana.

La hermana Clara se despidió y Marie buscó el cajón de papas para comenzar a pelarlas, papas para sesenta y cinco monjas. Puso unas cinco por vez en la peladora eléctrica, agrupándolas por tamaño. Dejaba que el tambor girara muy poco tiempo, porque le molestaba ver cómo se desperdiciaba. Una vez que pasó por la máquina el cajón entero, se sentó en un banquillo a sacarles los ojos negros y la cáscara restante, papa por papa. Trabajar en la cocina una vez por semana era ideal. Más de eso era mucho. Había algo relajante al poner su mente en una tarea mecánica que podía hacer con sus manos, y solo debía limitarse a seguir instrucciones. Pero ese día la hundía una gran tristeza, hasta sus piernas sentían el peso. No vería nunca más a su abuela, no recibiría más sus visitas y charlas. Cuánto había dependido de ella. La pérdida era inmensa. La madre Beatriz le había dado la oportunidad de despedirse en el hospital. Antonia era esencial en la familia, era el baluarte de hijos y nietos. Su madre esperaba su presencia en el entierro, y ella no iría.

Renata la saludó al entrar a la cocina y la abrazó.

—¿Querés irte a rezar? ¿No preferís estar sola? Yo me ocupo. Es fácil la comida de hoy.

—No, gracias, Renata. Es mejor así. Ya tendré tiempo de estar sola. Pelar papas es lo que necesito en este momento —le dijo, y sonrió.

Juntas y en silencio continuaron la preparación de la cena.

Marie llamó a sus padres después de comer y les explicó que no iría al entierro. Eran las reglas del monasterio. Ya se habían despedido en el hospital. Rezaría por todos. Del otro lado del teléfono, oyó un silencio prolongado, hasta que su padre tomó la palabra.

—No te preocupes, Marie. Tenés que cumplir con lo que te dicen. Nosotros entendemos.

Al día siguiente, Marie asistió a su trabajo, vendiendo medallitas, cuadros y libros religiosos. Diez de la mañana, hora del entierro de su abuela. Debía mantener el inventario, ordenar estantes, limpiar y reacomodar. Debía aceptar, obedecer y aplacar el enojo. Entró poca gente. Tendré que confesarme. Estaba cansada y pensaba en la siesta. Dormir y olvidar. Dormir la tristeza. Tendría que hablar con madre Beatriz y acusar su rebeldía, sus cuestionamientos, pero no sentía la culpa. Consideraba la injusticia, lo paradójico de la situación que atravesaba. Es un entierro, pensó. Acompañar y rezar con mi madre, con mi familia. Tantas salidas por cuestiones menores, se decía. Imaginaba cada paso del entierro y se situaba allí, en el mismo cementerio en donde estaba su abuelo. Su madre, siguiendo el féretro con grandes anteojos negros, destrozada. Sus tíos y Lucio, el nieto mayor, cargándolo. Había abrazado la vida contemplativa con todas sus exigencias. Debía ofrecer ese sacrificio a Dios. Era monja de clausura, había hecho el voto de obediencia, de someter su voluntad y de olvidarse de sí misma. La madre abadesa, en su rol de autoridad, se había pronunciado, no había nada más que cuestionar. Debía ofrecer a Dios su congoja y sublimarla.

La madre Beatriz le concedió el día siguiente, sábado, como su día

libre mensual. A cada una se le otorgaba un día por mes en el que asistir a los oficios litúrgicos era optativo. Tenían obligación de rezarlos, pero podían hacerlo solas, en la capilla, en el jardín, en el claustro o en sus propias celdas. En sus días libres, las monjas podían comer en el segundo turno y estaban dispensadas del recreo y del trabajo, si así lo deseaban. Hubiera permanecido todo el día en cama, pero Marie se obligó a sí misma a ponerse de pie. Al salir de la misa, pasó por la biblioteca y retiró uno de los pasadiscos que tenían para uso de las monjas. Qué bien le venía ese día libre. Cada día ansiaba más la soledad. Era el día para absorber los hechos de la semana y reconciliarse con la pérdida de su abuela. Tendría tiempo para leer y para escuchar música. Con el sol de diciembre podía estar en el jardín. Subió a su celda y se cambió el hábito negro por una túnica de trabajo limpia para sentarse en el césped y estar cómoda. Recorrió los lomos de sus pocos libros. Tomó la Biblia; no la que usaba siempre, sino la que le había regalado su abuela para su Confirmación cuando tenía catorce años. "Sagrada Biblia de Nácar-Colunga, 1962". No era una traducción muy recomendada, le había dicho alguna vez la madre Beatriz. Pero tenía la dedicatoria, con la letra prolija, grande e inclinada, de su abuela. La releyó, en tinta azul y firuletes en las mayúsculas.

"Para mi querida Marie, de tu abuela que te quiere mucho".

Tomó también el libro de Joyce, regalo de Lucio, y guardó todo en una bolsa. Leería solo algún fragmento. Esperó a que las monjas se dirigieran apresuradas a sus trabajos y se encaminó hacia el jardín. Saludó a la hermana Encarnación, quien le hacía señas desde la puerta abierta de la panadería, las mejillas rojas y encendidas por el calor de los hornos de pan. Salió del claustro y caminó frente a los talleres. Cajas apiladas de velas y jabones a lo largo de la galería llegaban hasta la entrada del último taller. Vio cabezas escondidas tras los velos, inclinadas y absortas en sus tareas, sumergidas bajo el ruido de las máquinas. El taller de costura, dividido por un tabique para dar más lugar al secado de jabones. El de encuadernación, cerrado, transformado en un depósito. Y, en la esquina, el taller de arte donde Agustina y Lena dibujaban solas, en medio de un desorden poco monástico. Bajó los escalones que la llevaron hasta los vestigios de la huerta. Tan solo los frutales seguían dando su fruto. Iban a tener que limpiar ese terreno, les había dicho la abadesa en una reunión, y sembrar pasto. Contratarían a un jardinero. Las monjas ya no

disponían de tiempo como para trabajar en eso. Se sentó sobre el césped, al fondo, al sol. No había retomado el libro de Lucio desde su partida a Francia. En el convento no se lee ficción, sentenciaba a menudo la abadesa. Pero necesitaba leer algo diferente, algo que la ayudara a distraerse y disipar su enojo. Era un día perfecto, quieto, de un sol suave primaveral. Una hoja reseca de roble marcaba la página. "La noche se iba haciendo profunda sobre el callejón. El blanco de dos cartas sobre su falda se tornó indistinto". Era Evelina. Miraba por la ventana y pensaba en su partida. Dejaría esa vida que la oprimía tanto. Una Irlanda conservadora y cerrada que no la dejaba respirar. Trabajaba sin descanso y cuidaba a sus hermanos menores. Tenía la oportunidad de partir con su novio hacia tierras lejanas. "Tembló al recordar la voz de su madre antes de morir. ¡Derevaun Seraun! ¡Derevaun Seraun! Con un repentino impulso de terror se puso de pie. ¡Escapar! ¡Debía escapar! Frank la salvaría. Le daría quizás amor también. Pero ella quería vivir... Frank la salvaría".

Cerró el libro y se recostó en el pasto, distendida, absorta en el relato. Evelina estaba cansada de su vida en Irlanda, y Frank le daba la oportunidad de viajar a lo desconocido. "Frank la salvaría; quería vivir". Frank, el novio. Lucio le había aconsejado prestar atención a la escritura. Estudiá la belleza de las frases, le había recomendado. Lucio era sensible, era lector y artista. Le recriminaría su ausencia en el entierro. No puedo entender que no hayas venido, todos te esperábamos, le diría, sin aceptar explicaciones. Marie estaba triste. Escucharía el disco de su tío. Giró apenas hacia un costado, se calzó los auriculares que cubrían sus oídos y pulsó el botón de inicio. Cerró los ojos. El sol calentaba su cuerpo y la adormecía. La música comenzó con suavidad mientras el sol reavivaba la piel blanca de los brazos y el rostro. La orquesta fue magnificando su fuerza, lenta y pareja, en un crescendo. Los instrumentos iban entrando de a poco, iba subiendo el volumen, crecía en intensidad. Comenzó a llorar. Se incorporó, sentándose en el pasto, mientras se unía a la melodía que la involucraba. Quería mover los brazos y dirigir la orquesta, a pesar de su llanto. Qué sensación tan poderosa debía ser el estar frente a una orquesta. La armonía era prodigiosa. Su tío había querido que la escuchara. La había elegido para ella sola. Cada entrada de un instrumento la conmovía. Primero los de viento, suaves y firmes, como una marcha solemne. Los violines introdujeron sus notas graves y prolongadas hasta que uno de ellos lanzó una melodía aguda que fue subiendo, mientras otro grupo de violines se unió para acompañar con

una línea melódica más dramática, aguda y rápida. La emoción la elevaba, sola ante esa inmensidad. Cuando la orquesta fue acallándose, entró un instrumento que Marie no reconoció, quizás una tuba o algún otro viento grave, para retomar luego su fuerza con una nueva entrada de cuerdas y flautas. Wagner. La obertura al famoso "Coro de los peregrinos" que su madre tantas veces había ensalzado y que había descubierto en aquellos encuentros musicales de los domingos con su hermano, el experto en ópera.

Sentada en el césped, inmóvil, inspiró la belleza del jardín y el aroma familiar de los eucaliptos. Resonaba en sus oídos el silencio mudo después de la música. La soledad la consolaba. Sintió hambre. Comería en el segundo turno con unas pocas monjas. Su abuela había partido y no la había despedido ni había acompañado a su madre. El abandono del mundo y los afectos, la sublimación de las experiencias mundanas, era ese su llamado original. Ya no lloraba. Ser monja era vivir la entrega de esos momentos en manos de un Dios y esposo misericordioso y divino que debía bastarle y colmarla de serenidad. De rodillas, mirando al cielo, invocó a la Virgen María, a los santos, a su abuela Antonia. Les pidió paz, les rogó sabiduría.

29

Frente a la ventana aún oscura, Marie leía el evangelio del día cuando oyó deslizarse una nota por debajo de su puerta.

“Marie, prepárate para salir después de la comunión. Tienes que llevarme al oculista. Luego aprovechamos y comemos en lo de Carmen. Te bendigo”.

Madre Beatriz había llamado ella misma a un médico amigo para pedirle un chequeo completo de los ojos. Era quizás la vista lo que le producía las frecuentes jaquecas. En esa hora de meditación personal, entre el oficio de las vigilias y el de laudes, contestó rápidamente unos mensajes y escribió la nota para Marie. Se asomó al pasillo con prisa y la entregó a la primera monja que pasaba. Arrodillada en su oratorio frente al crucifijo que resguardaba el pequeño altar, rumió el evangelio. Se acercaba la Semana Santa. Debía preparar una conferencia para la comunidad. Encontraría inspiración en el texto de san Juan.

“Jesús tomó la palabra y dijo: yo no puedo hacer nada por mi cuenta. Juzgo según lo que oigo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado”.

Preparar las clases y conferencias es orar, se dijo. Hizo la señal de la cruz, volvió a su escritorio y escribió sus reflexiones en un cuaderno. No se detuvo hasta que la interrumpió el llamado al rezo de laudes y la celebración de la misa.

Una vez más, Marie debía salir con la abadesa. “Luego aprovechamos y comemos en lo de Carmen... Te bendigo”. Desde que era responsable de la venta de los productos de cada taller, el día era escaso. Cuidaba su soledad e introspección, en un anhelo imposible de ser dueña de su propio tiempo. Pero, cuando Beatriz la llamaba, no

titubeaba en dejar todo y seguir a la madre espiritual, un instinto enraizado en ella por tantos años de admiración y deber filial. La pulseada interior entre la fidelidad a su abadesa y la necesidad de recogerse y aislarse la inquietaba. Arrastraba aún el duelo y la decepción de los últimos meses y ya no buscaba los consejos de la madre. Ya no se hablaba de Francia. El Graduale Triplex, regalo de la mère Jeanne, en un estante en su celda, era el único vínculo que le quedaba con su estadía francesa. No tenía ocasión alguna de interpretar los signos gregorianos antiguos y se limitaba a cantar, junto con sus hermanas, obediente ante la dirección de Inés.

La madre abadesa y Marie dejaron la capilla antes de que el celebrante impartiera la bendición final.

—No se te ocurra comentar esta salida ni a tus padres.

Eran las palabras de Beatriz cada vez que subían al coche. Las excusas de oculistas, dermatólogos y dentistas, algún trámite de abogado o escribano, las llevaban siempre a desviarse para almorzar con Carmen.

—Se te ve cansada —dijo Carmen a su hija—. ¿Estás enferma?

—No, mamá —contestó Beatriz sonriendo—. He estado trabajando en mi próxima conferencia y estoy atrasada.

—¿De qué vas a hablar? —preguntó Carmen sin esperar respuesta —. ¿Qué necesidad tienen de tener esas clases tan seguidas? ¿Por qué se complican así la vida?

—Es importante para las monjas que la abadesa esté cerca de ellas y les hable de las cuestiones del espíritu, es nuestra tradición. Se acerca la Semana Santa y debemos prepararnos.

—¿No les basta con estar todo el día rezando?

—Les hablaré de la fidelidad y la tristeza de la Virgen María al pie de la cruz. Del amor de Dios Padre por Jesús, amor que lo lleva al sacrificio final, a aquella renuncia terminante que nos hace libres.

—No es excusa —continuó Carmen—. Te noto muy cansada. Es importante que te cuides. ¿De qué les serviría a tus monjas una abadesa enferma? Todas trabajan demasiado.

—Inés piensa que deberíamos modernizar la fábrica de velas y jabones —agregó Beatriz.

—¿Cómo? ¿Ahora la llaman fábrica? Estás loca. Eso no es para ustedes.

—¿No te parece, Marie, que es necesario hacerlo? —le dijo su abadesa, sin buscar respuesta.

El nivel de trabajo se había incrementado, incluso redoblado, desde que Marie había regresado de Francia. Los encargos de cajas de velas y jabones eran abrumadores; para poder cumplir, precisaban la ayuda de las monjas de los otros talleres. El ritmo en el claustro se había acelerado.

La madre Beatriz y Marie regresaron al monasterio con tiempo para invitar a Inés y Belén a un encuentro en su despacho, antes del toque de campanas de las vísperas.

—Prepárennos un café —indicó Beatriz a Belén y Marie.

Conocían el escondite. Un frasco de café instantáneo, paquetitos de azúcar y edulcorante, todo guardado junto a un calentador eléctrico de mano en el botiquín del baño de la abadesa. Volvieron con los cuatro pocillos de café en una bandeja y arrimaron sillas al escritorio.

—Hemos decidido hacer una ampliación del taller —les anunció —. Comenzaremos pronto con la obra.

Había sido la propuesta de Inés: instalar nuevos equipos, moldes y maquinaria más moderna, mejorar el ambiente como para que las hermanas pudieran trabajar cómodas y con eficacia. Gracias a Inés, habían logrado un incremento exponencial en la comercialización de los productos. Las velas y jabones representaban las ventas más rentables, e Inés planeaba ir concentrando allí los esfuerzos. El primer

paso había sido cerrar el taller de encuadernación de libros. Es mucho el trabajo y poco el rendimiento, le había dicho a Beatriz, quien le daba rienda suelta para hacer los cambios y ajustes que considerara necesarios. Tenía toda su confianza. Inés compartía horas y charlas en el escritorio abacial, cada día. Era organizada y meticulosa. Salían de misa por las mañanas, Inés siempre detrás de la abadesa, gesto que las monjas reconocían y que las transportaba al tiempo en que, siendo novicias, Inés seguía a la hermana Clara adonde fuera, caminando tras ella, la cabeza gacha.

—Beatriz, no podés confiar todo en manos de Inés —insistía la hermana Analía—. ¿Jefa de trabajo, jefa de las novicias, priora y además dirige el coro? Tenés que diversificar responsabilidades.

Las quejas ya no afectaban a la abadesa. Inés era su confidente y amiga, tomaban las decisiones juntas. Beatriz descansaba en ella, miraba a través de sus ojos. La presencia de Inés se hacía sentir en todos los aspectos de la organización del monasterio: cambios de trabajo de las monjas, formación de las novicias, postulantes y aspirantes. Sin embargo, Beatriz tenía la última palabra, les repetía a las monjas, mientras delegaba en Inés y la consultaba más y más. Su madre tenía razón, estaba cansada. Buscaba alivio para sus frecuentes dolores de cabeza y molestias de la vista y recurría a la hermana enfermera a menudo. Alma la trataba con masajes en el cuello y en la frente.

—Estás muy tensa, madre. Deberías seguir el consejo del oculista, tomarte unos días y descansar. Todas estamos trabajando mucho.

—¿Se están quejando las monjas? —balbuceó, entregada a las manos fuertes de Alma, que masajeaban su cuello y sus hombros atravesando capas de ropa.

—Se sienten muy exigidas por Inés.

Alma dudó antes de continuar.

—Algunas se quejan de que no pueden hablar con vos, de que no tenés tiempo para ellas.

—Siempre ha habido monjas quejosas.

—Creo que nos estamos llenando de trabajo a expensas de nuestra oración, de nuestra vida de recogimiento.

—El trabajo es importante, Alma, es necesario sustentarnos. Pero sí, debemos buscar el equilibrio. Un equilibrio delicado.

La abadesa intercalaba sus frases entre prolongados silencios.

—Cada monasterio debe encontrar su propia identidad, dada también por el trabajo.

—El trabajo no puede ser el centro de nuestras vidas. No lo permitas, madre.

Los latidos que resonaban en sus sienes se iban disipando y daban lugar a unas suaves pulsaciones a un costado de la cabeza, junto a un profundo sopor.

—Tienes razón, Alma —contestó pensativa—. ¿Para qué abrazar la vida contemplativa si no es para encontrar ese espacio interior en el que florece nuestro ser de monjas?

Alma dio por terminado el masaje con unos golpecitos de mano en los hombros.

Después de una larga pausa, Beatriz se incorporó en el sillón y estirando los brazos y el cuello reinició la conversación.

—Alma, debes ayudarme a no perder la actitud crítica ante nuestra propia vida. La estructura monástica, lo laboral, debe estar al servicio de nuestra vida de oración.

—Es cierto —respondió Alma—. Lo externo y funcional no es lo permanente. No podemos ser rígidas en eso.

—¿No era acaso el problema de las francesas? No debemos caer en esa misma actitud de resistencia hacia todo lo que implique un cambio. Si el trabajo no está al servicio de nuestra vida contemplativa, pues se revisará —dijo, acomodándose la cofia y empujando hacia adentro los pocos cabellos que asomaban—. Cambio tiene que ser parte de nuestro cotidiano. No debemos temerle. Lo que debemos mantener es el espíritu de nuestros padres monásticos.

Beatriz acentuaba la palabra espíritu, al tiempo que posaba la mano derecha sobre el corazón.

—Debo irme, madre, tengo que atender la enfermería.

—No podemos bajar la producción, Alma —la retuvo la abadesa, poniéndose de pie—. Encontraremos el equilibrio. Deben entenderlo las hermanas. Ya estamos siendo conocidas por nuestras velas y jabones. La gente elige nuestro producto porque tiene el sello de nuestro monasterio, la flor de lis. Saben que al comprar están también colaborando con nosotras, no podemos fallarles. Darnos a conocer es importante para atraer vocaciones. Debemos además mantenernos. Mantener este edificio es muy costoso. No podemos depender siempre de la caridad de los benefactores.

—Sí, madre, pero hay algo más —le dijo con una mano en el picaporte, titubeando.

—¿Qué es, Alma? Puedes decírmelo.

—Las monjas sienten que estás perdiendo el control. Sienten que las jóvenes te dominan. Dicen que no acompañás la espiritualidad de las hermanas, que no las escuchás.

—¡De ninguna manera! Las conozco muy bien a todas y sé qué le pasa a cada una. No me preocupan las críticas, son un puñado. Veo que andan necesitando una conferencia general. Quizás les hable sobre el trabajo. Sí, precisan un buen sermón sobre la espiritualidad del trabajo.

¿Cuál es el rol del abad sino el de guiar a su comunidad monástica por un camino de perfección? Beatriz volvió a recostarse en su silla y apoyó la cabeza en el respaldo. Estaba ausente, y las monjas se quejaban. Predicaría no solo sobre el trabajo, sino también sobre el pecado de la murmuración, la aceptación sin cuestionamiento de la palabra del superior. Es importante encontrar el balance. El trabajo silencioso como medio de adoración y unión con Dios en la obediencia. El trabajo solitario ordena; el trabajo sublima si se lo convierte en oración.

Beatriz volvió a sentir leves latidos en sus sienes mientras escribía, reclinada sobre un cuaderno. Sin obediencia, nace la crítica, el juicio de valor. Las monjas se quejan de que no las escuchas, le había confiado Alma. Escuchar y guiar, seguir de cerca el camino espiritual de sus hijas, había sido la misión divina que se le había encomendado. Acompañarlas en el encuentro cotidiano con el esposo divino. Las hermanas estaban juzgando su accionar. “Mi juicio es justo, porque busco la voluntad del que me ha enviado”. Debía transmitirles un mensaje incontestable: la abadesa, intérprete fidedigna de la voluntad de Dios. Pero admitía que debía dedicarles más tiempo, recibirlas, atenderlas. Si tan solo los dolores de cabeza fueran menos frecuentes. Preparar conferencias era su don, un medio eficaz en la dirección del monasterio. Oración y trabajo, subrayaba. Para ello hemos sido llamadas a esta vida. Trabajo en la oración y oración en el trabajo. Inés, su mano derecha, había logrado una reestructuración impecable y eficiente, pero era ella, Beatriz, quien tenía las riendas de la casa. Sí, les diría a sus hijas, se trata tan solo de un período de ajuste en el que los aspectos prácticos y materiales de la vida cotidiana parecen eclipsar las vivencias de la espiritualidad.

Entre liturgias y rezos, la rutina siguió girando alrededor del cumplimiento de pedidos y fechas. Inés dirigía, perfeccionista, exigente. Había que producir. Gracias a ello se podía ahorrar dinero como para continuar con la refacción del taller —ahora cuasi fábrica — de velas y jabones, cuya demanda escalaba mes a mes. Había que trabajar, sin descuidar los quehaceres de la casa. Ni una flor palidecía en los floreros gigantescos del altar sin que la hermana priora lo notara. Los pisos de los claustros lucían aún más impecables, rebosantes de cera roja, lustrados con máquinas industriales. Escaleras sin pelusas y el jardín en su máximo esplendor. La venta, tanto de las velas como de los jabones, había redoblado las ganancias desde que Inés tomara el control y les impusiera a las hermanas las metas de producción. Había creado un equipo encargado de la comercialización y la publicidad para incrementar los ingresos. Las monjas cumplían y ejecutaban, obedientes.

Al terminar el último oficio litúrgico de la noche, Marie se

arrodilló y esperó a que la capilla se vaciara. La oscuridad realzaba la permanencia del santísimo sacramento custodiado por un candil rojo y tenue. El compás de los pasos de las últimas hermanas se alejó. Reinaba un silencio perfecto, la paz del silencio que facilita el recogimiento. La monja promete obediencia, aceptar lo que se le ordena, pensaba Marie, cautivada por la luz que parpadeaba. Cuántas veces había reflexionado sobre el olvido de sí y aún se aferraba a sus deseos. Renunciar a ellos, como Cristo en la cruz, es la renuncia que nos hace libres. Lejos estaba de fundir su voluntad con la de sus superioras. Ecce ancilla Domine: la Virgen María acepta, sin cuestionar. Aceptar su rol en la comunidad. ¿Qué rol? Aquella indefinida y sutil inquietud que no la abandonaba desde su regreso de Francia la acosaba ahora con persistencia. El gregoriano había sido su pasión. Su renuncia dolía: el descubrimiento de los enigmas de los manuscritos en la cuna del canto sagrado, aquella interpretación que más acercaba, a cantante y oyente, a la cima del espíritu monástico, a la pureza misma del alma, a una experiencia sensorial de Dios. Aunque cerrada en sus costumbres, mère Jeanne había abrazado ese cambio. El nuevo espíritu había sido recibido con entusiasmo en Francia, monjas ascéticas, simples, auténticas. Marie debía vencer la prueba de humildad, confesar su resentimiento. Sin embargo, no sentía aceptación ni lograba siquiera acercarse a la compunción del arrepentimiento. “Primer grado de humildad, una obediencia sin demora”. La abadesa recalcaba el latín, sine mora, sin demora, sin excusas. Ya no hablaría con Beatriz de sus tormentos, aquellas pruebas que Dios le enviaba. Ya no. Conocía las respuestas. Su vida espiritual era ahora solo suya. Aceptación, y no resignación. Las monjas deben ser libres. No apegadas a nada ni nadie, sobre todo nadie. Iba a enfrentar sola sus tribulaciones.

Domingo a domingo, esperaba en silencio los momentos en que podía estar más aislada aún. Leía y meditaba en el jardín, ensimismada, aprovechando los últimos días cálidos del otoño, con frecuencia interrumpidos por llamados a reuniones del grupo íntimo de la abadesa. Un creciente deseo de que no la incluyeran había comenzado a invadirla. Sentía conjuntamente el miedo de no ser llamada y el deseo de estar sola. Marie asistía, distante y desconectada de las conversaciones. Era el grupo de Beatriz. Observaba cómo se divertían, mientras se imaginaba solitaria, caminando por el parque.

Tanto tiempo pendiente de esas reuniones que hoy le causaban desazón. Amaba al grupo de monjas con quienes se reunía con frecuencia, pero Marie estaba lejos, afuera, abstraída.

30

Marie abrió los ojos y se incorporó, el silencio resonando en los oídos. La celda estaba oscura. Sin necesidad de esperar el despertador, lo apagó. Se levantó, una vez más, a las cuatro y media de un domingo para asistir al rezo de las vigilias. Había dormido poco. La habitación estaba ordenada, prolija y desértica. Nada sobre la mesa. El hábito negro y el velo doblados sobre el respaldo de la silla, el armario ya casi vacío.

Había comenzado a organizar sus papeles el día anterior; apuntes y cartas recibidas a lo largo de los años, unos pocos libros de su familia y algún regalo de la abadesa. Como todos los sábados, el sacerdote celebrante se había quedado después de la misa para confesar a las que lo desearan. ¿Cuánto tiempo hacía que no recibía el sacramento? Otro sábado de trabajo monótono, avivando una familiar desidia, pero no se arrodilló a recitar pecados. Llegó a su trabajo y enfrentó la rutina. Vender íconos y medallitas, saludar cortésmente a los clientes, responder de manera escueta las preguntas, cobrarles y dejar el lugar ordenado antes de cerrar para el rezo del mediodía, el almuerzo, recreo, siesta. La desidia de la rutina de los sábados.

El recreo comenzó animado en el jardín, en uno de los últimos días templados. Ninguna de las tres superioras se encontraba allí. Tampoco estaban Renata ni las monjas que frecuentaban las reuniones con la abadesa, evidencia de que estaban juntas en la hospedería. Una campanada breve marcó el fin del recreo y la comunidad se dirigió en silencio al oficio de nona. La vicepriora, Belén, entró agitada por la puerta de atrás, las mejillas encendidas, y marcó sin demora el inicio del rezo con un golpecito en la madera del reclinatorio. Un himno, una antífona, un salmo, y salieron todas para el descanso de la tarde.

Sin planear ni pensarlo, Marie se dirigió con pausa hacia la tienda de ventas, su oficina. Cruzó el largo del claustro. Los pisos limpios, a la espera de que alguna novicia volviera a pasarles cera, como todas

las tardes de los sábados. Las macetas del patio central, ya sin flores, cambiaban el verde de las hojas por un amarillo radiante. Era la hora de la siesta y sus amigas estaban reunidas. Necesitaba dormir, y a pesar de ello entró a la tienda cerrada. Abrió la caja y tocó el dinero. Lo contó, lo separó por valor, alisando billete por billete. El mejor día de ventas era el domingo, pero esa mañana una feligresa del convento había comprado algunos cuadros de Agustina. Sus cuadros y las estampitas de bautismo, los objetos más buscados entre los clientes. No le sorprendió cuando, al atender el teléfono, Renata le transmitió que Beatriz la esperaba, tenían café. La abadesa, en reunión con su séquito de confianza en una de las tantas habitaciones vacías de la hospedería, requería la presencia de Marie. Reclinándose contra la pared, cubrió sus ojos cansados y respiró hondo. Seguía siendo parte del grupo. No se olvidaron de mí, se dijo, con automatismo. ¿Aún le importaba? ¿Por qué esperaba ese llamado? Se estremeció y sacudió la cabeza. En ese momento, en ese mismo instante, vio, como en un espejo, la imagen cruda de una atadura enferma. Se le representó ante ella lo absurdo de su conflicto y se vio cayendo, lejos de Dios. La dependencia por aquellos llamados se le hizo intolerable. Tironeada por dos mundos contradictorios, sintió una ruptura. No. Se negaba a enfermarse.

—No —contestó—. Gracias, Renata, pero no. Prefiero quedarme. Ya estaba por subir a la celda a descansar.

—Pero ¿qué te pasa? La madre te llama. ¿Te sentís mal? ¿Necesitás algo?

Sí, necesitaba recluirse y estar sola. Necesitaba rezar. Más aún, necesitaba pensar, encontrar el origen de su angustia, la raíz de tantos vaivenes emocionales. ¿Dolor por no haber sido invitada desde el principio a esa exclusiva reunión? ¿Desgano al ser incluida? En ese instante, supo que no importaba. Había perdido aquella confianza de ayer, se sentía ajena, no pertenecía. Una revolución se había instalado tiempo atrás en sus vísceras y hoy se le tornaba palpable. Del otro lado del tubo, la hermana Renata tuvo que aceptar, sorprendida.

—Si necesitás algo, Marie, avisame.

Se dejó caer en la silla dura y se acurrucó sobre su propio regazo. Se había producido un quiebre, y no era nuevo. Un dolor punzante, indicativo de que no podía seguir así. Por primera vez en doce años, seguiría su propia razón y las advertencias de su conciencia. Decidiría por sí misma, sin ninguna interferencia. Durante años sus vacilaciones y dudas habían sido vanas. Había sido, una y otra vez, singular y dócilmente persuadida por la madre superiora de que su destino era el claustro. Un destino dispuesto por Dios, decía Beatriz.

El desencanto se había alojado en ella, desconcierto que iba cediendo el paso a la resolución. Había logrado en ese momento, con ese no al llamado de la abadesa, una negativa esencial, mucho más profunda y tajante que el rechazo a participar de un té con sus compañeras. Constituía la aceptación de una fractura, de una rebeldía, un resultado del límite al que había llegado. Tantas veces había resistido la fantasía de partir, de abandonarlo todo y volver a tener una vida sin claustro, en el mundo exterior, fuera de los muros. Había atravesado demasiadas crisis desde su primer año como postulante. Crisis de fe, más profundas que las crisis de vocación, seguidas de una insondable crisis de identidad monástica. Pero estaba atada emocionalmente a la comunidad, a su familia espiritual. Las quería de manera genuina, y no dejaban de resonar en sus oídos las palabras de Beatriz: es normal tener crisis, muy normal; tu promesa ha sido solemne, para toda la eternidad, toda la eternidad…

No lo hablaría con ella, resolvió Marie. Es mi decisión, y nadie me va a influenciar, pensó. La madre tiene poder sobre mí, no debo hablar con ella. Precisaba ser dueña de sus opciones. Subió hasta la celda y se entregó al orden de sus papeles.

Toda la tarde del sábado había sido destinada a separar en bolsas de plástico cuadernos y ropa. Había releído cartas viejas y sorteado fotos que tenía guardadas en una caja de zapatos. Unas pocas fotos que le había ido enviando su familia y una sola, más grande, de sus amigos de adolescencia. Una fiesta, Marie al lado de Roco, un grupo grande celebrando un cumpleaños. Los amigos que poco a poco habían dejado de visitarla. Había alineado sus carpetas y cuadernos en un estante, acomodados por tamaño. No podía deshacerse de los apuntes tomados en las clases, las conferencias y los retiros, durante doce años. Allí quedarían. Llevaría a quemar, por la mañana, tres bolsas de basura con papeles y prendas viejas.

Regresó a la tienda después de la cena. Dejaría las cuentas ordenadas y cuidadosamente detalladas en una nota, para que la siguiente monja en hacerse cargo tuviera las tareas facilitadas. La interrumpió el llamado al oficio de completas. Cantó el último himno a la Virgen María y esperó de rodillas hasta que la capilla quedara desértica. Ya no sentía sueño. La última monja en retirarse había sido Celeste, la más anciana de toda la comunidad. Le había sonreído al pasar con su bastón por delante del sitial, dándole una palmada cálida sobre su mano.

La liturgia de las vigilias, el habitual canto monótono y monocorde de la madrugada, salmo tras salmo, iniciaba con luces tenues el ritmo de las horas de un nuevo domingo.

Marie repetía los cánticos, ausente y con el pensamiento errante. Repasó el día planeando y recorriendo los pasos que daría, y si debía o no comunicarlo. Una dualidad pulseaba y se apoderaba de ella mientras intentaba conectarse con Dios. Sentía calma y certeza y una silenciosa opresión. La ansiedad aflorando, o quizás era miedo. Después del rezo comunitario, seguía una hora de oración personal. Dedicó ese tiempo para terminar el orden de sus papeles, antes de los siguientes rezos, laudes y la misa dominical.

Al finalizar la misa, entró con discreción en la cabina telefónica y sorprendió a su hermano Lucio con un llamado.

—¿Vas a estar libre alrededor de las dos hoy? —le preguntó.

—Sí, seguro. ¿Por qué?

—Necesito hablarte. Voy a ir para allá a esa hora. Y te pido que le avises a Margarita. Quiero que hablemos los tres.

—Pero ¿qué hay? Me estás preocupando. ¿Vos venir? ¿Pasó algo?

—Después les cuento. Por favor, espérenme a las dos.

Se encontrarían en la casa de los padres. Te queda más cerca y

ellos están de viaje, le había dicho Lucio.

Marie no tenía trabajo asignado para ese domingo. Al terminar la misa, hizo los viajes desde su celda hasta el sector de los residuos donde se quemaban papeles y restos de la cocina, detrás de la vieja huerta. Era común que las monjas fueran allí a llevar basura los domingos. A nadie le sorprendería. Bajó tres veces las escaleras con bolsas llenas de notas y ropa, sin mirar atrás. Como todos los domingos, la casa estaba silenciosa y los pasillos, muy vacíos. Se cumplían solo los trabajos indispensables de la cocina, y mientras algunas hermanas recibían a sus familiares en las salas de visita, otras se paseaban por el jardín o leían en sus celdas. Después de deshacerse de los cuadernos y la ropa vieja, Marie limpió su habitación cuidando de no hacer ruido. Su compostura y frialdad la sorprendían. Limpió la ventana, trapeó el piso con un lampazo que exhalaba kerosene, desarmó su cama y bajó las sábanas hasta los canastos del lavadero. No les dejaría trabajo a las hermanas.

Había hablado con Lucio y había terminado el orden de la celda. Se sentó en su escritorio. Desde el sábado a la tarde, desde la hora de la siesta, se había preparado para irse. No amanecería otro lunes en el convento. El peso de los doce años se esfumaba. Los cuestionamientos de los últimos doce meses desaparecían. Una nueva energía le recorría el cuerpo. Ansiaba respirar el aire de la calle, puertas afuera. En un papel de cuaderno, blanco, se dispuso a escribir la carta que le dejaría a Beatriz. Era la única manera en que podía tomar semejante decisión. La madre la conocía bien. Le explicaría el dolor que sentía por su incapacidad de hablarlo con ella personalmente. La madre entendería. Le escribiría sobre su imposibilidad de dar ese paso de otro modo, ese paso del que ya no dudaba.

Querida madre Beatriz:

Estoy escribiendo esta carta con tristeza, al tiempo que pienso cómo reaccionarás ante mis palabras. Te van a sorprender y te van a causar dolor. Y es por eso que ante todo te pido que me perdones, que me comprendas. Hoy voy a dejar el monasterio, voy a dejar la vida monástica y a esta familia que quiero. Si bien puede parecerte un modo abrupto e irracional, creeme que es para mí el único modo. Pensarás 'por qué no

pidió verme, cómo es que no confió en mí, su madre espiritual'. Te prometo que confío, madre, y confié durante todos estos años. Confío en que las crisis pasan. Las dudas recurrentes de vocación, de fe, debilidades de carácter, todo pasa, y sin embargo yo sé que alcancé el límite. Siento miedo, madre. No quiero enfermarme. Venero nuestra vida, admiro la vocación genuina, y Dios sabe cuánto le pedí que me concediera aceptación y entrega, que me ayudara a reconciliarme con tantos interrogantes. Te escribo con opresión, pero también con la certeza de haber llegado al final de mi camino. Tantas crisis, tantos cuestionamientos. Necesito, madre, paz interior. Ansío esa paz. Ya tomé la decisión, ya no tengo duda alguna. Necesito dar este paso, y darlo sola, escuchar y responder a lo que se vino gestando en mí durante meses, sin haberme animado a confrontarlo antes.

Escribía sin pausa, un borrador, volcando su desnuda conciencia en el papel.

Madre, te dejaré esta carta y me iré cuando ustedes estén cantando los salmos de nona. Me tomaré el tren hasta lo de mis padres. Ahí estaré para que me llames. Estoy rompiendo mis promesas, lo sé, pero confío en Dios, bueno y misericordioso. Me duele dejarlas así, a vos y a la comunidad, pero soy incapaz de enfrentar esta decisión de otra forma. De nuevo, te pido que me comprendas. Por favor, bendecime y perdoname.

Releyó la nota, repensando palabra por palabra. Corrigió frases y expresiones. Sonrió al revisar las comas. La madre siempre le decía que escribía muy bien, pero que se tomaba demasiadas libertades con las reglas de puntuación. Volvió a copiarla en un papel de carta, intentando afirmar su puño.

Te quiere siempre, Marie.

Regresó a la tienda de ventas, antes del rezo de sexta, y sacó cinco pesos de la caja de dinero. Los precisaría para comprar un boleto de tren. Al toque de las campanas, se dirigió a la capilla para la oración del mediodía. Su última liturgia.

—Dios mío, ven en mi ayuda —cantó la monja de turno, en un la agudo y sostenido.

—Apresúrate, Señor, a socorrerme.

Marie había visitado otros monasterios, había tenido el privilegio

de conocer abadías europeas, su ascetismo, su apertura espiritual. Ninguna tenía una capilla tan luminosa, abierta, radiante. Los rayos de sol penetraban las ventanas altas con múltiples colores que acentuaron una vez más la belleza del recinto y se unían a la perfecta armonía de las voces celestiales de las monjas. La luz siempre la había impactado, y hoy la veía más iluminada que nunca. Los vitrales claros desviaban los rayos y la pared blanca se tornaba azul, verde, rosada. Escuchaba el órgano llenando el ambiente con sus acordes profundos y creando un espacio perfecto para la adoración y la elevación del alma. Qué privilegio tener vocación. Doce años después de su primer día, no había olvidado ningún detalle de aquella mañana, sensaciones de las que ya se sentía una extraña. No estaba triste; era lo que debía hacer. Atravesar el miedo y la ansiedad de una etapa clausurada. Una etapa destinada a concluir.

Como todos los días, la comunidad salió del oficio de sexta y las hermanas se dirigieron en dos filas y en silencio hacia el refectorio. Marie hizo un esfuerzo por comer. Renata, sentada frente a ella, la observaba. Mientras almorzaban, un concierto clásico grabado por su tío reemplazaba la lectura. No dejaba de asombrarse de lo silenciosas que eran las monjas para comer. Más de sesenta mujeres manipulando cubiertos al mismo tiempo, sin perturbar las melodías. Podía distinguir hasta la cuerda más grave detrás de los violines, con todo detalle. Las notas más bajas eran su predilección. El goce de las melodías se añadía a la ansiedad creciente por la hora que se acercaba, y no podía comer.

Después del almuerzo, mientras un grupo de monjas limpiaba la cocina y lavaba platos y otras desaparecían en sus celdas, Marie se sentó a releer la carta. Hubiera vuelto a cambiar palabras, pero ya era tarde. No quería dejarla desprolija y con tachaduras, sabía lo mucho que eso le molestaba a su abadesa. Sola, en su celda vacía, esbozó una sonrisa. Estaba dando un paso definitivo y se preocupaba por aquellos pormenores. La quería, y la seguiría queriendo siempre. Maestra y madre espiritual, había dejado una impronta en su vida, una huella por la que ya no transitaba.

Finalmente se anunciaron las primeras campanadas de la tarde, el llamado para el breve oficio de nona. Marie esperó unos minutos en su celda hasta asegurarse de que todas las hermanas estuvieran en la capilla. Tomó una bolsa con las pocas cosas que se llevaría y caminó

por el pasillo desértico hasta bajar las escaleras, los dos pisos, y cruzar el claustro en dirección a la oficina de la madre abadesa. Su corazón pulsaba con una velocidad que le aflojaba las piernas mientras daba un golpecito suave a la puerta. ¿Qué haría si la abadesa se encontraba allí? Contuvo su respiración para escuchar el silencio de la habitación, sabiendo que Beatriz nunca faltaba a los oficios de los domingos. Nadie contestó. Entró y apoyó la carta sobre el escritorio, visible, en el centro, delante del sillón abacial. Cerró con cuidado el picaporte y recorrió el claustro hasta la puerta de salida. Caminaba contra la pared, como si pudiera desaparecer, y apresuraba el paso a medida que se acercaba. Salió de la clausura y tocó una campanilla para llamar a la monja portera de turno.

—Hola, Marie. ¿Vas a salir?

—Sí, Gloria. ¿Me abrís, por favor?

La portera sacó el llavero, enganchado en su cinturón, y le abrió sin esperar comentarios.

—¿Vas sola? Cuidado. Volvé pronto.

Con una inclinación de cabeza, Marie se despidió. Mientras se alejaba por el camino de piedras hacia el portón, sintió la mirada de Gloria en sus espaldas, hasta que la sobresaltó la firmeza con que la portera corrió las trabas de hierro, un golpe seco seguido del sonido metálico de las dos vueltas de llave que resguardaban la separación con el mundo exterior. No podía controlar el temblor de sus manos al abrir y cerrar las rejas detrás de sí. Caminó con su bolsa al hombro las cuadras que la llevaban a la estación. Las había recorrido tantas veces antes de ingresar, doce años atrás, atraída por lo que encerraba ese convento contemplativo en el que las monjas irradiaban paz y alegría. La tarde se había cubierto de nubes inertes, un domingo silencioso y gris, terrenos vacíos, un almacén cerrado; nueve o diez cuadras, muy largas, hasta el tren. Se le acercó un perro a olerla, y Marie intentó ignorarlo, atemorizada. Daba unos pasos y se daba vuelta, mirando hacia atrás con frecuencia. El perro podría seguirla. Apresuró el andar. Rogaba que nadie se le cruzara en su camino. Se aferró a su cartera negra y acomodó la bolsa que llevaba sobre el hombro izquierdo. Sus documentos, su Biblia y los libros que nunca había declarado ante la abadesa. Volvió a palpar el billete de cinco pesos en el bolsillo.

Después del rezo de las horas, la abadesa iría a descansar o se reuniría con Inés o alguna otra monja a conversar y tomar café. No vería la carta hasta más tarde. Cuanto más se acercaba a la estación, más juntas estaban las casas y más perros le salían al encuentro con ladridos fastidiosos. Llegó por fin a la ventanilla y pidió el boleto a un empleado que no levantó la vista, absorta su mirada en una revista. El tren esperaba su horario de domingo, estacionado en el andén con las puertas abiertas. Marie se sobresaltó cuando vio a lo lejos, sentada en un banco, a la mamá de Belén. Tenía la costumbre de ir los domingos a rezar con las monjas, a pesar de que vivía tan lejos. No debía verla. Querría sentarse con ella, le haría preguntas. Marie pagó y subió al tren. Caminó hacia el lado opuesto, hasta el primer vagón, para esconderse en un asiento a esperar la partida. El tren arrancó casi vacío, y pronto el guarda pidió los boletos. Marie estiró el brazo para alcanzárselo y el hombre la saludó.

—Buenas tardes, hermanita. No, ¡cómo le voy a cobrar a una monjita! Que Dios la bendiga siempre. Rece por mí.

Cuántos años transcurridos desde que había emprendido ese trayecto por última vez, y nada había cambiado. Cerró los ojos. Las últimas horas se le representaron desordenadamente, reviviendo el fin de semana completo. La abadesa leería su carta, Inés enterándose al instante. Llamaría a la portera para preguntarle si la había visto, increpándola por haberla dejado ir. ¿A qué hora leería la carta?

El viaje duró cerca de una hora. Bajó por la puerta delantera del vagón y sin mirar a sus costados se dirigió con prisa a la escalera que la cruzaría al otro lado de las vías. Subió las tres cuadras empinadas hasta llegar a la casa de sus padres. Margarita abrió la puerta antes de que Marie golpeara, sin saber cómo recibirla.

—Me dijo Lucio que viniera. ¿Qué pasó? —le dijo antes de saludarla.

Marie la estrechó con fuerza.

—¿No vino? —contestó Marie entrando a la casa.

—Está por llegar.

Lucio llegó corriendo, agitado, y se sentaron en el living de la

casa.

—Perdonen, los colectivos no pasan nunca los domingos. Marie, ¿qué es esto? Te vas del monasterio —afirmó sin dudar.

Margarita estalló en un llanto incontrolable.

—¿Es tan obvio? —Marie sonrió, tomándola de los hombros y acercándola hacia sí.

—Me parece que estoy soñando —llegó a expresar entre las lágrimas que bajaban hasta sus labios. Pero ¿estás segura? ¿Por qué te viniste así, con hábito y todo? ¿Cómo no nos avisaste antes? ¿Te echaron?

—Me fui sin decir nada. Le dejé una carta a la abadesa en su escritorio, que debe estar leyendo ahora, o la leerá pronto. Ya va a llamar, van a ver.

—¿Te escapaste?

—No, no me escapé ni me echaron —agregó, después de un profundo suspiro.

Comenzó a detallarles lo que había escrito en la carta a la abadesa, e incluso lo no escrito.

—Esperá, esperá, no cuentes nada —interrumpió Lucio—. Necesito un café. Todavía no estoy despierto como para esto.

Marie recostó la cabeza hacia atrás mientras sus hermanos preparaban café. Los músculos le pesaban, en las piernas, en los brazos. Se fue hundiendo en el sillón, los ojos cerrados, sintiéndose caer en un pozo profundo y confortable que la contenía. ¿Cuánto tiempo hacía que no se distendía así en un sillón? Había reprimido el llanto durante todo el día. Allí estaba, oculto por la excitación de los preparativos. Estaba dando, y ya lo había dado, el paso más importante de su vida. Quizás más crucial que el día de su entrada, más fuerte aún que el día en que había pronunciado sus votos definitivos. Estaba cortando con lo que había vivido durante doce años. Rompiendo una promesa solemne hecha ante la Iglesia. Doce años de su juventud entregados a la vida recogida, contemplativa, de

oración y silencio, de estudio y vida comunitaria. Doce años que en ese instante le parecieron un soplo. No conocía nada de la vida fuera del convento. La había dejado a los veinte años. Doce años: un soplo y una eternidad. No sabía nada del mundo. Qué ocurría en su país. Cómo tendría que vestirse. De qué viviría. No sabía nada. Pero tenía a sus hermanos. Contaba con sus padres, que aún no estaban enterados. Tratarían de ubicarlos por teléfono, debían avisarles, donde fuera que estuvieran viajando. ¿Cómo reaccionarían?

—¡Van a estar felices! ¡Ni lo dudes! —exclamó Margarita, los ojos aún brillosos.

Había comenzado con algunas crisis de vocación a los dos años de su entrada al convento, les contó.

—¿Por qué nunca nos lo dijiste?

Marie sonrió, con tristeza, meneando la cabeza.

—Fueron planteos espirituales, parte del crecimiento. Me gusta la vida contemplativa. Trabajar y estudiar era lo mío. La vida ordenada, la caridad comunitaria en busca de un mismo ideal.

—¿Cuántos nos casamos por las razones equivocadas? —interrumpió Margarita con opresión—. Les debe pasar lo mismo a las monjas.

—Seis años de noviciado compartiendo muchos momentos con quienes eran mis amigas, mis hermanas. Esperábamos ansiosas que llegara el día de nuestros votos, para ser monjas, para recibir el velo negro, para ser santas y consagrarnos por el mundo entero. Seis años preparando y aspirando a ese momento para ser desposadas con Jesucristo. Esposas de Jesús, ¿se dan cuenta de lo que eso significa?

Lucio y Margarita la miraban, los ojos grandes, meneando sus cabezas en espanto: esposas de Jesús.

Marie se desahogaba en su monólogo, sin detenerse ni esperar comentario:

—Todos nuestros pasos dirigidos y con la mira en ese preciso momento en que nuestra vida sería ofrecida, cuerpo, alma, intelecto,

todo para que Jesús nos reciba en sus brazos como esposas fieles, como servidoras devotas.

Marie hizo una pausa. Necesitaba agua.

—Sin embargo, no fue suficiente. Hubo un desgarro paulatino, un desengaño, quizás, muy doloroso. Me fui encontrando en otro plano, casi sin pertenencia, en un mundo lejano. Y Beatriz con sus críticas a ese viejo mundo de las monjas francesas…

El sonido del teléfono los sobresaltó.

—Sí, está acá —atendió Lucio con gravedad. Cubriendo el tubo contra el pantalón, suplicó a Marie—: ¡Que no te convenza! Cuidado, no te dejes convencer.

—Hola, madre.

—¿Estás sola? —replicó con firmeza—. Si no lo estás, cierra la puerta. Esta conversación es privada, entre vos y yo. Me debes una explicación.

Marie obedeció. Sus hermanos salieron y cerró la puerta del escritorio de su padre. Permaneció de pie para hablar con la abadesa.

—¿Qué es esto, Marie? ¿Te has vuelto loca? ¿Acaso nos lo merecemos?

Un silencio pesado entre cada frase revelaba un enojo que Marie no había visto jamás en su superiora.

—¿Por qué no has venido a hablarme, a decirme que no estabas bien? Eres monja, tu deber es hablar conmigo. ¿Qué clase de religiosa hace una cosa así?

Marie escuchaba, sin interrumpir. Su respiración se agitaba con cada frase, en un esfuerzo por contener las lágrimas.

—¿Qué pasó con tus votos? ¿Quiere decir que nos has mentido toda la vida?

La voz de la madre abadesa era ahora temblorosa, de ira contenida.

—Te voy a pedir que vuelvas al monasterio. Ya mismo. Vamos a hablar como corresponde. Y después te dejo ir.

Marie caminaba en círculos por el estrecho escritorio. Con los ojos enrojecidos, se detenía a tocar y mover de lugar fotos y adornos que su padre apoyaba contra los libros de su biblioteca. El corazón le latía con violencia, y callaba.

—Te di tanta confianza a lo largo de los años y ahora me haces esto —agregó en un intento por calmarse.

Las pausas entre las frases eran cada vez más largas, pero Marie sabía bien que la abadesa no esperaba su respuesta.

—Dios no te lo va a perdonar nunca —concluyó—. Eres una inconstante. Ya verás que dentro de otros doce años harás lo mismo, a quien sea que le hagas alguna promesa. Eres una gran simuladora, Marie. Y yo creí que tu afecto era genuino.

Marie regresó al living con sus hermanos. Las piernas le temblaban. Estaba pálida, pero ya no lloraba.

—No vuelvas —imploró Lucio—. ¡No vuelvas!

—Tengo que hacerlo —respondió Marie dejándose caer en el sillón.

—¡Te va a querer retener! —dijo Margarita—. Te va a volver a convencer, como lo hizo tantas veces, Marie, no lo hagas. ¿No ves el poder que tiene sobre vos?

—No puedo dejarlo así.

—¿Qué te va a hacer? —insistió Margarita.

—No me va a hacer nada. La conozco, está furiosa. Golpeé demasiado su orgullo. La herí. No me va a querer convencer. Se siente defraudada y humillada porque no confié en ella en los últimos meses. Hice mal en no hablarlo antes.

Con una sonrisa pasajera, negó con la cabeza antes de agregar.

—Y hay otra cosa. No debe saber cómo se lo va a decir a la comunidad.

—Marie, cuidado. Sos muy dócil. Voy con vos.

—No podés entrar conmigo, Lucio. No se preocupen, porque la decisión ya la tomé. Llegué demasiado lejos con este paso que di. Ya sé que me van a criticar mucho, sea cuando sea que decida decírselo a las monjas. Sea lo que sea que les diga de mí, veo que me va a crucificar.

—Te acompaño hasta la puerta del convento.

Los dos hermanos volvieron a caminar las cuadras hasta la estación. Esperaron largos minutos hasta que llegó el tren para recorrer la hora de regreso al monasterio, callados.

Se estaban acercando a la abadía cuando oyeron el repiqueteo de campanas que llamaba al rezo de las vísperas, y por instinto Marie aceleró unos pasos, pero luego se detuvo.

—Volvete, Lucio, por favor. Dejame que entre sola.

Lucio esperó hasta ver de lejos cómo su hermana desaparecía detrás de la puerta.

La recibió la priora. Con pocas palabras y ojos esquivos, Inés la hizo pasar y cerró con las dos vueltas de llave y la traba de hierro. Le informó que la madre Beatriz la esperaba en su despacho. Marie dio un paso hacia la clausura, pero Inés la tomó del brazo y la detuvo. Usó el teléfono interno e hizo un llamado breve en voz muy baja. Ella la acompañaría.

Entraron a la clausura y atravesaron juntas dos alas del claustro, Marie unos pasos detrás. Comenzaba a oscurecer, a pesar de la hora, y sintió frío, un frío interno que le erizaba la piel. Las monjas se dirigían apuradas hacia la capilla sin mirarla, sin saber. Debían llegar a tiempo a las vísperas. Siete minutos entre las primeras campanadas y el inicio del rezo era poco tiempo para algunas. ¿Entraría Inés con ella a la oficina de la madre Beatriz o llegaría tarde a presidir el rezo de las

monjas? Beatriz no le ocultaba ningún secreto a su priora, le había leído la carta, sin duda. Seguro había presenciado la conversación telefónica de la tarde, testigo del enojo. La abadesa, de pie, frente a la ventana, estaría esperándola. Caminando de pared a pared en su oficina. Rezando en su oratorio, pidiendo que el Espíritu Santo ponga en sus labios las palabras de perdón y comprensión, o de poder y enojo. Marie detrás de Inés. Bajaba la cabeza, la levantaba, las manos debajo del escapulario, y seguía sintiendo frío. Con el claustro ahora vacío, sus pasos se afirmaron. Clavó la mirada hacia delante y ya no la bajó. Volver para despedirse de la manera correcta era el mandato, y Marie había obedecido, a pesar de las advertencias de sus hermanos. Lucio había dudado en dejarla, pero confiaba en Marie. Se despidieron con un abrazo largo, muy largo. Cansada y entregada, había apoyado el rostro sobre el hombro de su hermano.

—Esta noche comés con nosotros, tus hermanos. Margarita, vos y yo. Te esperamos.